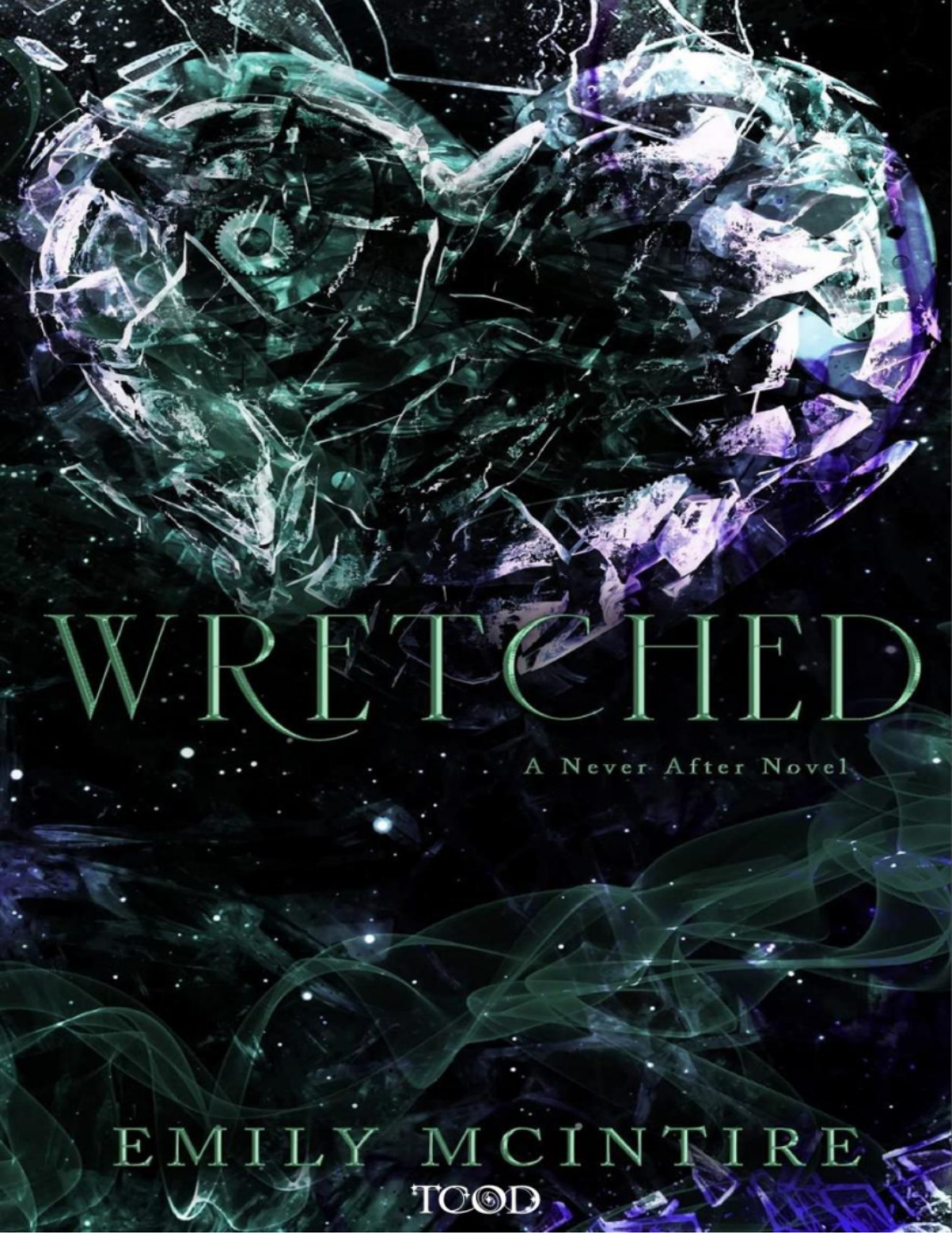
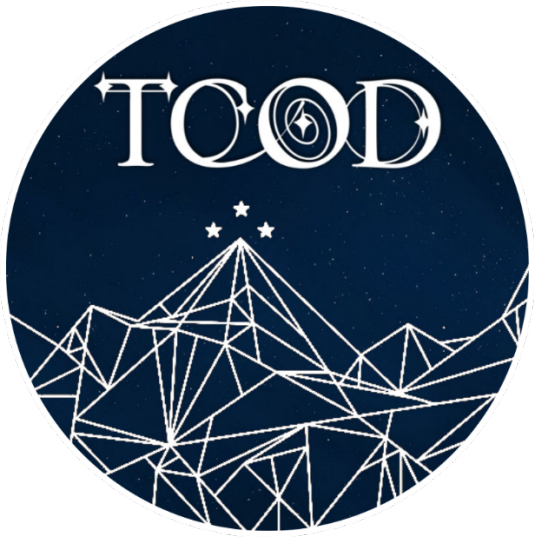

WRETCHED
A Never After Novel
EMILY MCINTIRE
TOOD

Esta traducción fue hecha **SIN FINES DE LUCRO**.
Traducción de lectores para lectores.
Apoya al escritor comprando sus libros.
Ningún miembro del staff de TCOD
recibe una retribución monetaria por su apoyo en esta traducción.
Por favor no subas captura de este archivo a alguna red social.


TCOD

Contenido

Staff
Sinopsis
Playlist
Nota de la autora
Prólogo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27

28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
Epílogo
Pequeños hechizos de amor
Agradecimientos
Sobre la Autora

Staff

Traducción
Emrys
Linden
S-Da'Neer
Bridezilla
Nessa

Corrección
Corvina_Ross
JD
Mad O'Malley
Whitney Houston

Revisión final
S-Da'Neer

Diseño
Nyx

Sinopsis

Érase una vez,
había una chica malvada.

Ella perdió todo lo que importaba,
haciendo que la oscuridad se desplegara.

Impulsiva e inteligente,
ella ayudó a que el nombre de su familia se fortaleciera.

Pero un día llegó un hombre sin corazón.

Un agente encubierto, destinado a espiar y encontrar pistas.

Siguiendo su camino oculto de ladrillos amarillos descoloridos.

Ella lo odiaba, él la quería;
ella era demasiado buena para ser verdad.

Pero una mujer puede ser genial...
y también terrible.

(NEVER AFTER #3)

Playlist

Natural - Imagine Dragons
Teeth - 5 Seconds of Summer
Genius - Sia, Diplo, Labrinth, LSD
Ruin My Life - Zara Larsson
Fire on Fire - Sam Smith
I Don't Wanna Live Forever - ZAYN, Taylor Swift
Don't Speak - No Doubt
Crying Over You - The Band CAMINO, Chelsea Cutler
If I Killed Someone For You - Alex Benjamin
Over the Rainbow - Israel Kamakawiwo'ole

Nota de la autora

Wretched es un romance oscuro contemporáneo.

Es un cuento de hadas fragmentado: no es una fantasía ni un retelling.

El personaje principal es un villano. Si buscas una lectura tranquila, no la encontrarás en estas páginas.

Wretched contiene contenido gráfico y para adultos no apto para todas las audiencias El romance oscuro es una escala móvil y lo que se considera tono negro para algunos será gris claro para otros. Se recomienda la discreción del lector. PREFIERO que vayas a ciegas, pero si quieres una lista detallada de advertencias, puedes encontrarla a continuación.

- Escenas sexuales gráficas
- Violencia gráfica
- Tortura leve
- Asesinato
- Consumo de drogas

Para los incomprendidos.

“Un corazón no se juzga por cuánto amas, sino por cuánto son amados por los demás.”

— L. FRANK BAUM, EL MARAVILLOSO MAGO DE OZ

Prólogo
EVELINE

(EHV-AH-LEEN)

17 años

La pena es algo extraño.

Es la única emoción en el mundo que la gente dice entender pero que tratan como un inconveniente.

El tiempo cura todas las heridas, Evie.

Ahórratelo.

El tiempo no cura nada. Sólo les da a las cosas más espacio para crecer, supurar y pudrirse.

Me muevo en mi asiento, el viejo banco de madera rasgando la piel de mis muslos y me hace estremecer. Dorothy, mi hermana, la que todavía está viva, me mira, mirando hacia abajo como si mi movimiento fuera a atraer la atención equivocada. Como si todos los hombres de la sala no estuvieran ya mirando hacia nosotras para poder verla.

Su cabello castaño es perfecto y flexible, una coleta alta que se balancea detrás mientras se gira hacia el frente, escuchando al sacerdote hablar de cosas de las que no sabe nada. Sobre los recuerdos hechos y la vida no olvidada. Pero mis ojos se quedan en ella. En ella y en ese estúpido cabello castaño que rebota.

Mis manos pican con el impulso de alcanzar y envolver los mechones alrededor de mi puño, tirando hasta que se rompan desde la raíz. En lugar de eso, me siento sobre ellos. Por mucho que quiera estrangular a Dorothy, no se trata de ella. Hoy no.

Hoy se trata de Nessa.

Y Nessa siempre me decía que era esclava de mis impulsos, así que lo menos que puedo hacer es intentar contenerlos. Es *su* misa conmemorativa, después de todo.

Esa extraña sensación sube por mi garganta de nuevo.

La pena.

A veces es fluida, como las olas del océano, y a veces es estancada como las esculturas talladas en piedra. Ahora mismo, es sólida como una roca y pesada en el centro de mi pecho.

Me muerdo la mejilla tratando de calmarme.

Mi padre se aclara la garganta, y dirijo la mirada hacia él, sentado al otro lado de Dorothy, empapándome de los tatuajes que se alinean en sus dedos y desaparecen por la manga de su camisa. De vez en cuando, intento echar un vistazo mejor, buscando pistas ocultas sobre su significado, preguntándome si uno de ellos me representa. Sin embargo, lo más probable es que se aburrió en una celda de seis por ocho durante los últimos ocho años y quería tinta en su piel.

Me mira desde su periferia, con la tristeza entretejida en sus ojos marrones claros mientras rodea a Dorothy con su brazo y ella descansa su cabeza en su hombro. No estoy segura de sí la mirada de dolor es por la pérdida de la propia Nessa o por todos los años que se ha perdido. Tal vez no sea ninguna de las dos cosas.

No es que importe, en realidad.

Hicimos una vida sin él, y ahora ha vuelto, fingiendo como que no dejó a su familia sin nada a su nombre cuando cometió sus estúpidos errores.

Mis ojos escudriñan la sala, tomando en cuenta las cabezas que se mueven de la gente que se preocupan por aparecer. Elijo ignorar cómo se están durmiendo o susurrando entre ellos como si fuera apropiado parlotear durante la misa en memoria de la persona más importante de mi vida.

—Pero por encima de todo —la voz del sacerdote me corta—. Nessa Westerly era una mujer de familia. De fe. Y quién mejor para hablar de su amor por ambas que alguien a quien amaba más que a nada... su hermana.

Mi corazón tartamudea en mi pecho, las uñas se clavan en la madera bajo mis muslos hasta que siento que podrían partirse por la mitad. *No sabía que necesitaría hablar*. Pero lo haré porque Nessa era algo más que mi hermana. Diez años mayor y eones más sabia, me crio desde que tenía nueve años; después de que nuestro padre fue

atrapado con diez kilos de coca en la parte trasera de un avión de transporte y lo metieran en la cárcel. Aunque, a decir verdad, ya me cuidaba mucho antes de eso. Se me hincha la garganta mientras me pregunto qué demonios se supone que debo hacer

Un pensamiento pasajero se desliza por mi cerebro, curioso por saber si nuestra madre sabe que su hija mayor ha muerto o que el hombre al que dijo amar, y luego abandonó, está libre. Me deshago de la idea y decido manifestar que está muerta y pudriéndose. Le vino bien abandonar el barco antes de que el veredicto de mi padre fuera definitivo.

Vuelvo a mirar de reojo a Dorothy, estrechando la mirada mientras se limpia con un pañuelo los ojos. Como si tuviera derecho a estar triste. Ella odiaba a Nessa.

Para ser justos, también me odia a mí, pero con nuestra hermana era diferente. Más volátil. Al principio, eran puros celos. Nessa era la mayor, y la más hermosa, llamando la atención de todos simplemente por existir. Y Dorothy era... la segunda mejor.

El síndrome del hijo mediano en su máxima expresión. Cuando papá fue encerrado, sus últimas palabras fueron para que Nessa «lo hiciera sentir orgulloso». Ni una sola palabra para Dorothy o para mí. Ella cambió después de eso. Su envidia se convirtió en odio, y su persona pasó de ser una niña amargada a la mujer ideal con problemas con su padre.

Habría sido una maravillosa actriz con lo bien que interpreta el papel.

Al recordar, aspiro profundamente y me pongo de pie, pero antes de que pueda enderezar las piernas, Dorothy se levanta y me empuja hacia atrás mientras se desliza por los bancos y entra en el pasillo. Apenas me mira, pero mis ojos arden al verla subir al estrado, con esa maldita cola de caballo marrón ondeando y los tacones rojos brillantes repiqueteando en el suelo de madera.

Aprieto los dientes con tanta fuerza que me duelen las muelas mientras me concentro en sus pies.

Los zapatos de Nessa.

Dios, que perra.

Sí... la pena es una cosa rara.

Pero también lo es la ira.

Y estoy *enojada*.

Estoy enojada con Nessa por hacer que la maten.

Y estoy enojada con Dorothy por matarla.

1
NICHOLAS

7 años después

—¿Cómo se llama?

Miro de reojo a Seth, observando cómo se cepilla con el dedo su oscura barba.

—Sabes, no es de extrañar que no consigas un coño cuando tienes esa mierda en la cara.

Me sonríe.

—A las mujeres les encanta esta mierda. Y tú te desvías.

—¿A qu*é mujeres?*

—A todas las que tu bonito culo deja atrás. —Guiñando un ojo, se levanta y toma su chaqueta, el cuero marrón complementa su piel oscura y cae sobre la pistola enfundada en su cadera—. ¿De verdad no vas a decírmelo?

Encogiéndome de hombros, me doy la vuelta en la silla de mi escritorio, con las pequeñas paredes de mi cubículo presionándome desde ambos lados.

—No me acuerdo.

—Típico —se burla Seth.

La risa brota de mi pecho.

—Ella conocía el trato. Follamos. No pedí su mano en matrimonio.

Sacude la cabeza.

—No creo que alguna sea tan estúpida como para pensar que va a pasar más de una noche contigo, hombre.

Me tira del pecho y fuerzo una sonrisa. No se equivoca. Aunque quisiera, no hay espacio para una relación en este trabajo. Ya

me cuesta bastante mantener a mi hermana a salvo. Todos los demás serían un equipaje que no me interesa.

—No te enfades conmigo por negarme a participar en una emoción inventada en un cuento de hadas.

Su ceja se levanta.

—¿Qué diablos significa eso?

—Amor. —Me encojo de hombros—. Es falso. Sólo una reacción química que la gente pretende que es más.

—Lo que tú digas, hombre. —Seth se ríe—. ¿Quieres comer algo?

Miro el largo pasillo de escritorios, acentuado por una alfombra azul mugrienta.

—No, el Cap. quiere verme.

Los ojos de Seth siguen mi mirada hasta que dan con la puerta cerrada del despacho de nuestro supervisor de división, el agente Galen.

—¿Para qué?

—Probablemente para hacer de canguro otra vez. Dios sabe que ha pasado bastante tiempo desde que me puso en un caso real.

El lado de su boca se levanta.

—Bueno, tal vez no deberías haberte follado a su hija.

Gimiendo, me paso las manos por la cara.

—Eso fue una vez, y no sabía que era su hija.

Seth se ríe y yo frunzo el ceño, lanzándole un bolígrafo cualquiera de mi escritorio a la cabeza. Sinceramente, es grosero que se alegre de mi desgracia.

La puerta del despacho del Cap. se abre y los dos nos giramos al oír el ruido. La risa de Seth se apaga y su cuerpo se endereza mientras se aclara la garganta. Lo miro y sonrío.

Marica.

Siempre le ha tenido miedo a nuestro jefe, sin importar cuántas

veces le haya dicho que Cap es todo ladrar y nada de morder.

—Woodsworth.

La voz de Galen es áspera, y le guiño un ojo a Seth mientras me levanto y camino a su oficina, sintiendo el ardor de la mirada del Cap con cada paso. No es ningún secreto que me odia y me quiere fuera de su división y, por consiguiente, de su vida. Pero independientemente de sus sentimientos personales, yo vivo y respiro este trabajo, y soy el mejor en lo que hago.

Me siento en la rígida silla gris frente a su escritorio y mis ojos recorren los retratos enmarcados de su mujer y sus tres hijas, y mi polla se agita cuando veo a Samantha sonriendo con su perfecta piel de aceituna y su delgado brazo colgado del hombro de su hermana pequeña.

Le mentí a Seth. *Sabía* que era la hija del Capitán. Pero me importó una mierda. Se lo merecía por haberme sacado de una investigación activa y haberme puesto de guardia.

El Cap se aclara la garganta al pasar junto a mí, entrecerrando los ojos y saca la mano para girar el marco de la foto hasta que queda boca abajo. Se me levanta el labio, pero lo reprimo y adopto un aire de aburrimiento.

Me señala con el dedo.

—No la mires, idiota.

Riéndome, levanto las manos en señal de rendición.

—Culpa mía, capitán.

Frunce el ceño.

—Soy tu supervisor, no un puto capitán. Y tus disculpas significan una mierda.

—Bueno, tú eres el capitán de mi corazón, y no soy feliz si tú no eres feliz. —Aprieto una mano en mi pecho, sonriendo—. Vamos. He dicho que lo siento. ¿Qué más puedo hacer?

Sus ojos oscuros se estrechan.

—Ya has hecho *más* que suficiente.

Vuelvo a sentarme en mi asiento.

—Nada que no haya pedido.

Una fuerte bofetada resuena en la habitación, los dedos del Cap se tensan al presionar la parte superior de su escritorio.

—Estás despedido.

Encogiéndome de hombros, coloco las manos en los brazos de la silla y me empujo hacia arriba.

—De acuerdo.

—Siéntate. *Joder*. —Se pasa la mano por la cabeza calva y exhala profundamente mientras se sienta detrás de su escritorio—. Dios, odio tu culo, —refunfuña.

Frunzo una ceja.

—¿Tienes permiso para decirle eso a un subordinado?

—Tengo un trabajo para ti.

Ahora *esto* llama mi atención y me siento hacia adelante, la diversión cayendo de mi cara.

Finalmente.

—¿Has estado alguna vez en Kinland? —Me lanza una carpeta manila, el golpe de su peso contra el escritorio resuena en mis oídos, y unas cuantas fotos de vigilancia en blanco y negro se deslizan por el lateral.

Me acerco y las recojo.

—Sí, unas cuantas veces —digo con indiferencia, sin querer centrarme en la forma en que se me retuercen las entrañas cuando pienso en el viaje de dos horas de Chicago a Kinland en el que mi madre solía llevarnos a mí y a mi hermana—. Pero hace mucho tiempo que no voy. No desde que era un niño.

Mi voz se quiebra un poco en la última palabra, la incomodidad envuelve mi cuello. Me aclaro la garganta y ojeo las fotos. Hay una, de gente descargando cajas de un camión. Luego otra de un hombre mayor con el cabello canoso y tatuajes desde los dedos hasta el cuello, que sonríe al tipo que está a su lado.

—¿Quién es este?

—*Ese* es Farrell Westerly. ¿Has oído hablar de él?

Sacudo la cabeza.

—Es un irlandés americano de pura cepa con los mismos antecedentes penales. Pasó ocho años en la Penitenciaría de Gilyken antes de salir en libertad condicional por buen comportamiento. Ha vuelto a aparecer en los últimos años. Parece que el tipo está en todas partes.

Sonrío.

—¿Un convicto reformado?

—¿No lo son todos? —El Cap resopla—. Están dirigiendo una operación fuera de Kinland, inundando las calles con esa nueva mierda.

Se me revuelve el estómago. Esa nueva mierda se llama El Mono Volador, y está tomando el control. Es similar a cualquier otro tipo de heroína, sólo que no lo es. Es muy popular lo que significa que los imitadores están surgiendo en todas partes tratando de emular el producto, y fallando. Todo lo que termina sucediendo es más muerte por sobredosis de drogas mal cortadas.

Entrecerrando los ojos, miro más de cerca la foto de los dos hombres.

—¿Ese es...?

—Lo es.

Exhalando un suspiro, me siento de nuevo en la silla, reconociendo el brillante cabello castaño y su gran complexión.

—Zeke O'Connor.

Se me revuelve el estómago mientras vuelvo a dejar las fotos sobre su escritorio. Zeke es bien conocido en nuestros círculos. Su padre, Jack O'Connor, era notorio en Chicago como rey de la mafia irlandesa. Era despiadado. Pero eso fue antes de que su poder fuera desmantelado hace años, y Jack fuera asesinado en la cárcel mientras cumplía condena por sus *numerosos* crímenes.

—Entonces, ¿qué... quieres que haga un reconocimiento?

Sus ojos se entrecierran.

—Quiero que entres y encuentres a su proveedor. Si

conseguimos al perro grande, podemos arrastrar al resto. No pasé los mejores años de mi carrera persiguiéndolos sólo para que la mafia irlandesa vuelva a brotar con nuevas caras en un nuevo lugar, pensando que pueden tomar todo de nuevo.

Mis cejas se disparan.

—¿Encubierto?

—¿Te sorprende? —Su cabeza se ladea.

Mis manos tiemblan por la repentina sacudida de adrenalina.

—Es que ha pasado un tiempo.

Refunfuña, sus gruesas cejas se juntan hasta que se forma una arruga en el medio de su frente.

—¿Dices que no lo quieres?

Se me revuelve el estómago y me pongo derecho.

—¿Estás loco? Nadie puede hacer esto como yo, y lo sabes, Cap.

Se acerca al lado de su ordenador y toma otra foto, poniéndola delante de mí. Es de una mujer. Una hermosa mujer con el cabello castaño brillante recogido en una coleta alta, con ropa de diseño que le cae al cuerpo.

—Es Dorothy Westerly, la hija de Farrell. Se rumorea que ella es su punto débil. Una vez que estés dentro, intenta acercarte a ella. Se romperá.

La sorpresa me recorre las entrañas.

—¿Por qué ella?

Una lenta sonrisa inclina la comisura de sus labios y se echa hacia atrás en su silla.

—¿No te gustan las hijas bonitas?

2
EVELINE

Hay sangre en mi zapato.

Maldita sea.

Entrecierro los ojos en el desgastado cuero negro de mi bota de tacón, mi estómago se tensa de irritación por tener que pasar el resto de la noche en este club de mierda con partes de un hombre muerto empapando mi pie.

Espero que eso no signifique que vuelve a perseguirme.

—¿Qué pasa, gruñona? —me pregunta mi mejor amigo, «mi único amigo», Cody, con una amplia sonrisa mientras se apoya en la barra a mi lado.

Levanto la mirada, me llevo la mano al pecho y enarco las cejas.

—No soy gruñona.

Su cabello rubio rebota mientras echa la cabeza hacia atrás, con una risa burbujeante saliendo de su boca.

—Eres cien por cien pesimista.

Miro a la gente que se agolpa detrás de él para tomar una copa y me encojo de hombros.

—Soy realista. Hay una diferencia.

—Pues estás siendo jodidamente *aburrida*. —Pone los ojos en blanco—. ¿Esto es para lo que me sacaste a rastras? Pensé que con ese cabello falso, te relajarías un poco. Se supone que las rubias se divierten más.

Aprieto los dientes, tamborileando mis uñas almendradas sobre la barra de madera, la manicura negra que me hice refleja mi estado de ánimo. La única razón por la que estoy aquí, en Chicago, es porque se me ha encomendado el desafortunado deber de localizar a un *idiota* don nadie al que hay que darle una lección. La peluca rubia pegada a mi cabeza y las lentillas de colores son sólo un seguro. No

para *divertirme*.

—¿Quieres un trago? —Intenta de nuevo, moviendo las cejas medio ocultas por las gafas.

—Yo no bebo.

Las palabras salen más duras de lo que pretendía, pero tengo un dolor de cabeza que me crece entre los ojos y un temperamento que se ha ido deshaciendo desde esta mañana, cuando un *imbécil* me interrumpió mientras trabajaba.

Vuelvo a mirar la sangre seca.

Él frunce el ceño.

—¿Desde cuándo?

Suspirando, me paso una mano por el grueso cabello, los mechones rubios cayendo sobre mi hombro.

—Desde siempre, Cody, no lo sé. Dios, ¿piensas darme el décimo grado todo el tiempo? Sólo quería ayudarte a salir de la casa de tu madre. —Me encojo de hombros—. Vive un poco en lugar de pasarte todo el tiempo mirando pantallas de computadoras.

Parpadea mirándome.

—Está bien —finalmente exhala—. Voy a ir a bailar. Búscame una buena polla gorda para montar.

Mi sonrisa aparece por primera vez en toda la noche, y él me guiña un ojo.

—Después de que hayas terminado con lo que realmente viniste a hacer, deberías hacer lo mismo. Quizá un buen polvo te haga perder ese palo gigante que tienes en el culo.

Haciendo un gesto para que se vaya, me doy la vuelta y se me revuelve el estómago cuando el camarero se acerca a mí y sonríe.

—¿Quieres algo de beber ya? —Me pregunta.

—No estoy segura de lo que quiero. —Me esfuerzo por esbozar una sonrisa socarrona y lo miro a través de las pestañas.

Sus ojos azules brillan.

—¿No hay favoritos?

Imito sus movimientos, asegurándome de que la parte superior de mi escote se levante de donde lo tengo presionado contra la barra, dándole una buena vista.

—No me gusta mucho la bebida, ¿sabes? Creo que prefiero... *volar*.

Su mirada baja de mis ojos a la hinchazón de mi pecho, y me muerdo el disgusto por lo predecible que es. Sinceramente, ni siquiera soy tan atractiva. No en comparación con los delicados rasgos faciales de mi hermana, pero si le pones un par de tetas en la cara a un hombre, toda la sangre se dirige a su polla en lugar de a su cerebro.

Se lame los labios.

—Sólo me gusta pasar un buen rato... —Ladeo la cabeza, tamborileando con mis largas uñas sobre la barra—. ¿A ti no?

Se echa un paño blanco sobre el hombro y apoya el codo en el borde de la barra.

—¡Andrew! —grita una voz. Su atención se dirige a una camarera que está de pie con una bandeja vacía y una mirada molesta en su rostro—. Amigo, ¿puedo pedir mis bebidas?

Haciendo una mueca, vuelve a mirarme, golpeando la barra con los nudillos.

—No vayas a ninguna parte. Tengo justo lo que necesitas.

En cuanto me da la espalda, dejo caer la fachada, tomo un posavasos y le doy vueltas en la mano, intentando no pedir agua con gas y una servilleta para poder limpiar la mancha de la punta de mi zapato.

No se nota, pero me *molesta*.

—Te estás esforzando demasiado.

Levanto la cabeza y me fijo en una mandíbula fuerte y unos ojos verdes brillantes. Enarco una ceja.

—¿Perdón?

El hombre sonríe, con los hoyuelos enmarcando sus labios carnosos, mientras da un sorbo a su cerveza y se apoya en la barra.

Me burlo, irritada porque este tipo haya decidido molestarme y

aún más irritada por el hecho de que sea tan atractivo como para hacer que se me retuerza el estómago.

—¿Quién dice que lo estoy intentando?

Su garganta se inclina y se acerca, enviando un olor a canela a mi nariz mientras se pasa la mano por sus mechones castaños, cortos y ligeramente rizados. Mis ojos siguen el movimiento y luego se alejan por su chaqueta de cuero negro y sus jeans oscuros.

—Puedes practicar conmigo si quieres —continúa, señalando con la cabeza al camarero—. Antes de que vuelva.

Ladeo la cabeza, tratando de averiguar si está coqueteando conmigo o burlándose de mí.

—Vaya, qué oferta.

Se encoge de hombros.

—Estoy de humor para dar.

Normalmente, no reaccionaría bien si alguien se metiera en mi espacio. Pero este tipo me intriga. Además, está caliente, y francamente, estoy caliente. Es difícil encontrar a alguien que pueda tolerar lo suficiente como para dejar que me excite.

Extiendo mi mano, tomo la cerveza de sus dedos, llevándola a mi boca y tomando un pequeño sorbo. Disimulo el estremecimiento por el sabor, pasando la lengua por mis labios mientras trago. Se siente raro sin el piercing que suelo tener, pero las cosas identificables como los anillos en la lengua no son buenas para mantener el anonimato.

Y no estaba mintiendo antes. *No* soy una bebedora.

—Bueno, eso es una buena noticia. —Me deslizo del taburete y avanzo hasta que mi pecho roza su torso. Su respiración se entrecorta cuando me levanto ligeramente, con mis labios rozando su mandíbula—. Porque soy una tomadora.

Sus ojos se encienden cuando me alejo y esa sonrisa perfecta florece en su rostro.

—Eres interesante.

—Y tú eres molesto —respondo.

Se ríe.

Mi pecho se aprieta y me muerdo el labio para ocultar la sonrisa que se quiere escapar, negando con la cabeza.

—¿Cómo te llamas? —pregunta.

Lo miro de reojo.

—¿Por qué?

—Es natural. Un tipo ve a una mujer atractiva en el bar y quiere conocerla mejor. —Estira la mano—. Soy Nick.

Cruzando los brazos, miro la palma de su mano.

—¿Cómo sé que no estás intentando averiguar mi nombre para acosarme?

—Eso es bastante arrogante.

—¿Lo es? Quiero decir, estás aquí en un club, solo, coqueteando con mujeres al azar y preguntando sus nombres. ¿No has visto nunca *Dateline*, Nicholas?

Señala hacia la pista de baile.

—*No* estoy aquí solo. Y es Nick.

Mis ojos siguen hacia donde él señala, hacia un tipo atractivo que baila contra una mujer al azar en medio de la pista.

—Ese es mi amigo, Seth. Hoy me han puesto en un nuevo trabajo que me lleva fuera de la ciudad, así que vamos a "celebrar" por última vez.

—Probablemente yo también celebraría si te fueras.

Riendo, toma otro sorbo de su bebida, exactamente en el mismo lugar que yo antes, su lengua asomando y recorriendo sus labios, sin dejar de mirarme ni un solo segundo. Mis entrañas se tensan, el calor me inunda entre las piernas.

Es odioso lo mucho que me está afectando.

—Escucha, no tengo tiempo para… —hago un gesto con el brazo entre nosotros— lo que sea que sea esto. Así que o vas al grano o te buscas a otra persona. Estoy segura de que hay muchas mujeres desesperadas dispuestas a dar su información personal para

que puedas asomarte a sus ventanas.

Deja su vaso y mira a mi lado antes de dar un paso adelante y se inclina, con sus labios imposiblemente cerca de mi mejilla. Respiro, el corazón se me acelera en el pecho.

—No quiero acosarte, niña bonita. —Me coloca un mechón de cabello detrás de mí oreja—. Quiero follarte.

Oh.

Algo caliente y perverso se arremolina en mi centro. Este tipo es peligroso. Una distracción que no puedo permitirme. *Aunque*... miro a Andrew, el camarero, y me doy cuenta de que quedan al menos un par de horas antes de que salga del trabajo. Un poco de diversión no me vendría mal, y ¿por qué no iba a recompensarme? Además, no estoy acostumbrada a ser el centro de atención. Normalmente, me escondo en rincones oscuros, tratando de mezclarme con las sombras. Este cambio de ritmo es algo agradable, de una manera inesperada.

—Bueno... —Golpeo la barra con las yemas de los dedos, sintiendo el ardor de la mirada de *Nicholas* mientras recorre mi cuerpo —. Esto ha sido divertido, pero tengo que usar el baño. Si sabes lo que te conviene, no me seguirás, acosador.

Frunce los labios como si estuviera conteniendo una sonrisa y ladea la cabeza.

Sinceramente, espero que me siga de todos modos, pero mientras me abro paso por la pista de baile y por los estrechos pasillos, pasando entre una docena de cuerpos pegajosos y sudorosos, no lo encuentro por ninguna parte.

Es mejor así.

Abro la puerta del baño de mujeres y entro. Es un baño pequeño, con azulejos blancos y negros en las paredes y sólo dos inodoros. Me acerco y miro por debajo de las dos cabinas para asegurarme de que no hay nadie más antes de dirigirme al lavabo y apoyar los brazos en el borde, respirando profundamente.

La puerta se abre y se cierra, lo que hace que el corazón se me suba a la garganta y mis defensas se disparen con el chasquido de la cerradura. Me giro, con la emoción apretando mi centro mientras me encuentro con la mirada de Nicholas, sus ojos oscuros mientras se acerca a mí a grandes zancadas. Inclina la cabeza, se quita la

chaqueta de cuero negro y la tira sobre la encimera del lavabo. Retrocedo hasta quedar al ras de los sucios azulejos de la pared del baño, pero él continúa hasta que su cuerpo se aprieta contra el mío, y una emoción me recorre por dentro.

—Sabía que me seguirías —Pongo los ojos en blanco—. Previsible.

Su mano se extiende y se enreda en mi cabello, y me obliga a mirarlo a los ojos mientras mi cuello se estira hacia atrás.

Dios mío.

Mi corazón se acelera, esperando como el demonio que el pegamento que usé mantenga la peluca en su sitio.

—Resulta que... no sé lo que es bueno para mí —dice.

Y entonces se inclina y me besa.

Gimo, mis manos vuelan a la parte posterior de su cabeza mientras su lengua se sumerge en mi boca, enredándose con la mía. Su sabor es dulce y picante, y me dejo llevar por el momento. No volveré a ver a este tipo, pero espero que esté a la altura de su bravuconería y pueda al menos darme un orgasmo antes de desaparecer.

Sus manos bajan hasta mis muslos, levantándome, y se presiona hasta que cada centímetro está encajado entre mis piernas. Empuja y yo gimo en su boca.

Me alegro de haber dejado la pistola en el auto. Sería incómodo de explicar.

Encerrando mis tobillos detrás de su espalda, muevo mis caderas, rechinando contra él.

—Joder —maldice, separándose para recorrer con sus labios la columna de mi cuello.

Me mojo y arqueo la espalda hasta que mi cabeza choca con la pared, dándole más espacio para trabajar.

—¿Ya me vas a decir tu nombre? —raspa.

—No.

Me agacho y abro el botón de la parte superior de sus jeans,

deslizando mi mano dentro y agarro su polla, mi estómago se tensa cuando me doy cuenta de lo grande que es realmente.

Me suelta las piernas, retrocede un poco y saca un condón de su bolsillo. Se lo arrebato, me arrodillo y le agarro la cintura de los pantalones, bajándoselos lo justo para poder meter la mano por los calzoncillos y sacarle la polla. La cabeza gotea de su presemen, y me inclino hacia él, lamiendo el líquido salado, gimiendo cuando llega a mi lengua. Sabe bien, y decido que necesito más, así que pongo mi boca sobre él y la deslizo hacia abajo, dejando que golpee la parte posterior de mi garganta.

—Dios mío —gime, con la palma de la mano golpeando la pared.

Muevo la cabeza un par de veces, deslizando mi lengua a lo largo de la gruesa vena que recorre su eje, y luego lo dejo salir de mí con un chasquido, retrocediendo y abriendo el paquete del condón con mis dientes. Lo coloco sobre él, con su mirada clavada en la parte superior de mi cabeza mientras lo hago.

Sus manos me agarran por los hombros, levantándome agresivamente, y antes de que pueda parpadear, me levanta la falda y me aparta las bragas.

—Necesito estar dentro de ti.

Me levanta las piernas alrededor de él, y con un sólido empujón, está allí.

Tan profundo.

Comienza un ritmo rápido y castigador, y mis ojos giran hacia atrás en mi cabeza porque no creo que nadie me haya follado nunca así. Rápido y sucio y como si no quisiera nada más que a mí.

Ese pensamiento, combinado con la forma en que me está llenando, hace que mi orgasmo suba rápidamente, mi clítoris se hincha mientras la tensión se enrosca en mi abdomen.

—Oh, Dios —murmuro, y mi cabeza se estrella contra la pared —. Me encanta tu polla.

Se ríe y me aprieta con más fuerza su agarre en mis muslos, casi magullando por lo fuerte que los aprieta.

—Muéstrame —dice, chupando el lóbulo de mi oreja entre sus dientes y mordiéndolo—. Muéstrame lo mucho que te gusta mi polla.

Sus palabras son lo último que necesito, y exploto, las luces brillantes cegando mi visión, mis uñas clavándose en sus hombros mientras él continúa follándome a través del placer.

—Eso es, niña bonita. Dámelo.

Unos cuantos empujones más y empuja profundamente hasta que sus caderas presionan contra las mías, sus bajos gemidos vibran en cada hueso de mi cuerpo mientras su polla se sacude salvajemente.

Lentamente, vuelvo a la tierra y me doy cuenta de lo que acaba de pasar y dónde estoy.

De lo que se supone que estoy haciendo.

Deja caer mis piernas temblorosas, pasando las yemas de sus dedos por mis muslos y agarra mis costados mientras presiona su frente contra la mía.

—Dime tu nombre —susurra.

No lo hago, prefiero apartarlo. Me encorvo para tomar mi ropa y me visto, con los miembros aún temblorosos por la forma en que me ha follado.

Sin duda, el mejor sexo que he tenido nunca.

De repente, el aire es sofocante y tengo que irme. Ahora.

No me gusta cómo me hace sentir. Porque quiero darle mi nombre. Quiero preguntarle a dónde va y quiénes son sus amigos, y... así no es como trabajo

No es así como funciono.

Así que, en lugar de eso, me giro, sintiendo que las paredes se cierran a mi alrededor. Me acerco a él, deslizo mis dedos alrededor de su cuello y me pongo de puntillas, dejando un suave beso en sus labios hinchados.

Sus ojos se oscurecen.

Entonces salgo del baño, moviéndome lo más rápido posible para asegurarme de que no me sigue.

No lo hace.

Y cuando disparo una bala en el cuello de Andrew, el camarero, tres horas más tarde en el callejón, viendo cómo su sangre empapa el pavimento agrietado mientras cae de rodillas... lo único que puedo pensar es en cómo me gustaría haberle dado a Nicholas mi nombre.

3
NICHOLAS

Mi estómago está hecho un nudo. De esos que hacen que la ansiedad se te suba a la cabeza y que la bilis suba por la garganta.

No hay muchas cosas que me afecten y menos aún que me preocupen, pero cada vez que miro a mi hermana, Rose, está en el fondo, molestando a mi conciencia como un pájaro picoteando un árbol. Saber que es la última vez que la veré en quién sabe cuánto tiempo hace que la sensación sea más fuerte.

No es la primera vez que voy de incógnito, pero es la primera vez que estamos los dos solos. Desde que la localicé en las calles secundarias de Chicago y por fin, *por fin*, conseguí que su culo estuviera limpio y se instalara en mi apartamento.

—¿Tienes hambre? —me pregunta, levantando una ceja y poniendo una mano en su cadera.

—Podría comer. —Me encojo de hombros y golpeo con los dedos la mesa redonda de madera mientras la observo revolotear por la pequeña cocina. Se inquieta mientras echa pasta en una olla y se pasa las uñas mordidas por el cabello rojo intenso.

—¿Cuándo fue la última vez que te reuniste con tu padrino?

Su cuerpo se estremece y apoya las manos en el borde de la estufa blanca, bajando la cabeza con un fuerte suspiro.

—No empieces, Nick.

—No estoy empezando nada. Sólo estoy preguntando.

—Pues deja de preguntar —suelta.

Me da un pellizco en el pecho y la miro con el ceño fruncido, pasando de las pecas de su cara a los huesos de la cadera que sobresalen, aunque ya no son tan prominentes como antes, y luego a las cicatrices y marcas descoloridas que tiene entre los dedos y en los brazos.

Toma una cuchara de madera del cajón que tiene a su

derecha, los otros utensilios suenan al cerrarlo con fuerza.

—Puedo *sentir* que me investigas. Deja de hacerlo.

Se me levanta la comisura de la boca y levanto la mano para frotarme la mandíbula, la barba incipiente arañando las yemas de los dedos.

—Escucha, chica...

—Soy tres años mayor que tú.

Sonrío.

—Semántica.

Se ríe, sacudiendo la cabeza mientras vuelve a la cocina y remueve la pasta.

Mi estómago se aprieta, mi cerebro trata de expulsar las palabras de mi boca cuando no quiero decirlas. No hay muchas cosas que me importen aparte del trabajo, pero si hay algo que *sí*, está aquí mismo, en esta habitación, y dejarla sola durante un tiempo indeterminado hace que las náuseas me revuelvan las tripas.

—Tengo que irme un rato.

Sus hombros caen.

—¿Por qué?

Mi lengua pasa por delante de mis dientes.

Ella vacila.

—¿Por el trabajo?

Asiento con la cabeza.

Su cabeza se inclina, los dedos se dirigen a su boca donde mordisquea las puntas.

Exhalando un fuerte suspiro, me pongo de pie, las patas de la silla de madera raspando contra el feo suelo de parqué, y me acerco a ella a grandes zancadas.

—Es un hábito asqueroso.

Me mira fijamente y sus labios se mueven en una sonrisa fantasmal.

—Sí, bueno... he tenido cosas peores.

Frunciendo el ceño, le quito la mano de la boca de un manotazo.

Ella suelta una risa suave y vuelve a girar para seguir removiendo la pasta.

—Relájate, Nick. Si no podemos bromear sobre el pasado, nunca lo superaremos. Además, el humor me ayuda.

—El humor se supone que es divertido.

—No es mi problema que tengas mal gusto.

Me muevo rápido, estirando la mano para agarrarla y atraerla hacia mí, encerrando su cuello bajo mi brazo y frotando mi puño en la parte superior de su cabeza.

Ella chilla, levantando la cuchara de madera para golpear mi brazo.

—¡Suéltame, imbécil!

La diversión me calienta el pecho y se extiende por mis extremidades mientras la libero sonriendo mientras maldice y se alisa el cabello. Mirándome fijamente, se dirige a la pequeña despensa de la pared izquierda y se pone de puntillas para tomar un tarro antes de volver a la olla.

El aire desenfadado se retuerce con cada segundo de silencio hasta que empieza a oprimirme el pecho.

—¿Podrás venir todavía? —Pregunta.

Algo se me aloja en la garganta y trago alrededor del bulto.

—No lo sé.

Ella asiente con la cabeza y vuelve a la cocina, mezclando la salsa de tomate. Permanezco en silencio, sin saber qué más decir, y esperando que ella esté bien mientras yo no esté.

—Quiero un abogado

La voz de Zeke O'Connor es áspera y grave; ronca cuando escupe las palabras sobre la mesa de metal en la pequeña sala de interrogatorios.

—Claro. —Sonrío y me inclino hacia atrás en mi silla hasta que las dos patas delanteras se levantan del suelo—. Pero sólo somos un par de tipos conversando, ¿no?

Sus ojos dorados se estrechan.

—A menos que... —Suspiro, pasándome una mano por el cabello, sintiendo cómo las ligeras ondas vuelven a su sitio después de hacerlo—. No, no importa.

Su mandíbula se aprieta.

—Dios, no empieces con esa mierda, Woodsworth —gime Seth desde mi lado—. Sabes que no soporto que digas 'no importa' como una mujer.

Señalo con un dedo en dirección a Seth.

—Eres un puto machista. Y sólo estoy tratando de no asustar al chico. —Lanzo la mano al azar en dirección a Zeke, notando la forma en que se sienta hacia adelante ligeramente en su silla, como si estuviera escuchando nuestra conversación sin querer admitirlo.

La pierna de Zeke se agita tan rápido que hace temblar los cimientos de la mesa.

—No quiero ser una puta rata, hombre.

—Bueno... —Suelto un suspiro, tomando mi chaqueta de cuero del respaldo de la silla mientras me pongo de pie—. Somos nosotros o la cárcel.

—Sí —refunfuña, pasando la mano por el moño castaño brillante de su cabeza.

—Siempre puedes arriesgarte —dice Seth—. Estoy seguro de que tu padre tiene contactos, ¿verdad?

Los ojos de Zeke se oscurecen, sus dedos golpean contra la mesa.

—Oh. —Seth se golpea la cabeza—. Es cierto, lo olvidé. Culpa

mía, hombre.

—¿Olvidaste qué? —Pregunto, aunque ya sé la respuesta.

Seth aprieta los labios mientras mira a Zeke antes devolver su atención hacia mí.

—Su padre murió en la cárcel.

Asiento con la cabeza y subo la mano para frotarme la barbilla.

—Así es. —Me giro para mirar a Zeke—. ¿Cómo fue? ¿Apuñalado cuarenta y *siete* veces y encontrado colgado en las duchas?

Su barbilla se estremece, sus grandes manos se cierran en puños.

Silbo, encogiendo la chaqueta sobre mis brazos.

—Espero que no me guarden rencor.

—Bien —escupe—. Estoy dentro... pero tienes que entenderlo. Si esto sale a la luz, si esta mierda va mal... Me matarán.

—Entonces no lo jodas. —Apoyo mis nudillos en la mesa y encuentro la mirada dorada de Zeke—. Ahora háblame de Dorothy Westerly.

4
EVELINE

—¿Quieres un poco? —Pregunta Zeke, dejándose caer en la silla frente a mí, con el hedor de su pollo frito y su salsa arremolinándose en el aire.

Arrugo la nariz, levantando la vista de mi pequeño cuaderno negro, negando con la cabeza.

Se ríe.

—Olvidé que estabas haciendo esa cosa de ser vegana.

—No es una *cosa* —le digo.

—Entonces, ¿qué es? —Su ceja castaña se arquea mientras se mete la mitad del muslo de pollo en la boca.

—Es que no quiero participar en el sacrificio de animales sólo para disfrutar temporalmente. Es egoísta.

Vuelve a reírse, chasqueando los labios de forma dramática y gimiendo al dar el siguiente bocado.

Poniendo los ojos en blanco, vuelvo a mirar el papel y me concentro en las palabras, inclinando el bolígrafo en la comisura de los labios y mordisqueando el duro plástico. El asco me sube por la garganta mientras bajo la tinta y trazo duras líneas a través de las letras hasta que me escuece la mano por la presión, y todo lo que he escrito queda tachado y obsoleto.

Una mierda absoluta.

—Yum, ¿qué huele tan bien? —La voz de Dorothy se eleva en el aire. Es suave y ligera, y me chirría en los oídos, igual que *cada vez* que habla. Miro a través de mis pestañas, siguiéndola mientras entra en la cocina y sonríe ampliamente cuando se acerca a Zeke.

—Es carne de animal. —Zeke me guiña un ojo.
Me burlo.

Se ríe.

—Suena delicioso.

—¿Lo hace? Tu hermana piensa que soy asqueroso por comerlo.

—No podría importarme menos lo que decidas hacer con tu vida, Ezekiel. —Cierro mi cuaderno de notas, acercándolo a mi pecho.

—Bueno, Evie no es precisamente conocida por su buen gusto —dice Dorothy, dedicándome una pequeña mirada—. No te ofendas.

Entrecierro los ojos, observando su traje de pantalón a cuadros azul bebé perfectamente planchado y sus labios rojos brillantes. Siempre está bien arreglada, pero hoy parece un poco más, y aunque no tenerla en casa es una bendición, tampoco me gusta la idea de que salga a la ciudad y ponga su cara por todas partes en público.

O bien no se da cuenta de que nos pone constantemente en peligro o simplemente no le importa, y nuestro padre la quiere demasiado como para refrenarla, permitiendo que su culpa por Nessa se desborde en su afecto por Dorothy mientras ella se desliza sin esfuerzo en el papel de “favorita de papá”.

Pero eso está perfectamente bien para mí. No quiero ser la favorita de nadie. Sólo quiero que me dejen en paz.

—¿Estás lista para irnos? —Zeke le pregunta.

—Sí —responde ella—. Papá ya me ha puesto al corriente.

Mi cabeza se inclina, la curiosidad tejiendo telarañas en mi centro. Nunca he visto a Zeke y Dorothy ir juntos a ningún sitio, y mucho menos hacer un recado para nuestro padre.

—¿A dónde vas?

Durante un breve segundo, la confusión empaña los rasgos de Dorothy, con las cejas fruncidas y los ojos moviéndose de un lado a otro, como si mi pregunta hubiera desvelado un rompecabezas invisible para que ella lo recomponga. Pero eso es todo lo que dura: un momento. Tan rápido como la mirada, se desvanece, sus ojos se aclaran mientras una sonrisa se extiende por su rostro.

—Hay un tipo que Zeke quiere traer. Papá me pidió que lo acompañara, que me asegurara de que lo comprobaran.

Los hombros de Zeke se ponen rígidos.

—S*abría* si no sirviera para eso. ¿Crees que estoy mintiendo? Vete a la mierda con eso.

Ella se ríe.

—No creo nada, Zeke, sólo digo lo que dijo papá. —Ella ladea la cabeza mientras me mira de nuevo—. ¿No te lo dijo?

Se me aprieta el pecho con sus palabras porque *no*, no me lo ha contado. Y aunque no necesito saber todo lo que pasa, sigue doliendo que me mantenga en un segundo plano, ciega por omisión y atada por la sangre.

Especialmente cuando me dice en privado lo importante que soy.

Pero entiendo por qué no lo hizo. No estaría de acuerdo en traer a *alguien* nuevo ahora mismo. No cuando parece que estamos siendo atacados por un enemigo invisible desde todos los lados. Entre los Cantanellis de Chicago haciendo tratos de trastienda con el alcalde de nuestra ciudad, y los narcotraficantes idiotas que creen que es una buena idea sacar tajada, no es un buen momento.

Los ojos de Zeke se dirigen a mí.

—No te lo dijo porque no hay nada que contar. Al menos, todavía no.

Asiento con la cabeza, mis dedos juegan con los bordes del papel del cuaderno.

Se levanta, crujiendo el cuello.

—Voy a encender el auto. Nos vamos en cinco minutos.

Dorothy le sonríe, sus ojos lo siguen mientras atraviesa el pasillo arqueado y desaparece antes de girar para mirarme.

—Sólo está tratando de hacerte sentir mejor... lo sabes, ¿verdad?

—¿Sentirse mejor para qué?

Se encoge de hombros, levantando una de sus manos y hurgando en el lecho de sus uñas.

—Porque papá me está enseñando el camino.

Levanto las cejas.

—Diviértete con eso.

Su sonrisa cae.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa... *diviértete* con eso —repito—. Estoy segura de que me arrastrarán cuando sea el momento de limpiar tu desorden.

Sus ojos parpadean hacia mi pequeño cuaderno.

—Lo que sea, Evie. Te diviertes sentada aquí enojada con el mundo y escribiendo tus estúpidos hechizos de amor. Quizá si te esforzaras un poco más en ser normal, papá te prestaría algo de atención en lugar de esconderte en los rincones y sacarte sólo por la noche.

Aprieto los dientes y mis dedos se tensan alrededor de los bordes del papel.

—Es *poesía*.

Ella sonríe.

—Claro.

—Dorothy, tenemos que irnos —dice Zeke, entrando de nuevo en la habitación y mirándome—. ¿Quieres que recoja algo en el camino de vuelta?

Sonrío ampliamente.

—Una nueva hermana estaría bien.

Dorothy se burla.

—¿Por qué? Ni siquiera pudiste conservar a la anterior.

Se me cae la sonrisa y mis dedos se mueven del cuaderno al borde de la isla, con la pena ardiendo en el centro de mis entrañas como un ácido. Cerrando los ojos, cuento desde diez, dejando que el recuerdo de Nessa me lleve a una sensación de calma que no siento realmente. De lo contrario, me sentiré inclinada a actuar de nuevo según esos molestos impulsos, y eso no me hará ningún favor.

—Dorothy —dice Zeke—. Cierra la boca y entra en el auto.

—Pero yo...

—Ahora.

Hace un mohín y se va con una última mirada por encima del hombro.

El silencio me aprieta, sintiéndose más pesado con cada segundo, pero aun así, mantengo los ojos tan apretados que me empieza a doler la cabeza.

Diez. Nueve. Ocho. Siete...

—No lo decía en serio —susurra finalmente Zeke.

Separo los párpados y lo miro.

—Ella lo hizo. Pero está bien.

Cierro el cuaderno y me pongo en pie, con la furia corriendo por mis venas. Salgo de detrás de la gran isla de la cocina y paso junto a Zeke, caminando tan rápido que me arden las piernas. No me detengo hasta que llego a la entrada principal, donde el mármol a cuadros blancos y negros brilla bajo la araña de cristal y una gran escalera de princesa se abre a ambos lados. Mis pies pisan fuerte mientras subo los escalones y me concentro en contar mientras me dirijo a mi habitación.

Cualquier cosa para alejar mi mente de los *sentimientos* que bullen bajo la superficie de mi piel.

Pequeñas salpicaduras de sol apagado se extienden por el suelo de madera brillante y las esquivo a propósito mientras camino por el pasillo. Esta casa es demasiado grande. Demasiado luminosa, con todos los cuadros abstractos que cuelgan de las paredes y la luz que se cuela por los cristales de las ventanas.

Abro la puerta de mi habitación de un empujón y me dirijo a la mesita de noche y meto el cuaderno en el cajón antes de dirigirme al tocador y suspirar mientras me miro en el espejo.

Mi cara se ve dibujada. Cansada. Levanto los dedos y los presiono bajo los ojos, las ojeras hacen que el marrón turbio de mis iris parezca pozos de negro. Presiono con firmeza hasta que la presión resuena en mis cuencas y arrastro las uñas por mis mejillas, los anillos que adornan cada uno de mis dedos repiquetean cuando se tocan.

Tranquilízate.

Tomo la goma de cabello de gran tamaño que hay sobre la

mesa, me hago un moño con el cabello teñido de negro y tomo una sudadera con capucha, y salgo de mi habitación y vuelvo a bajar las escaleras para asegurarme de que Zeke y Dorothy se han ido de verdad.

Se han ido.

Zeke no vive técnicamente aquí, pero pasa la mayor parte de su tiempo en la finca. Mi padre prefiere mantener su círculo íntimo lo más cercano posible, por lo que no se extiende mucho más allá de su familia real y algunos de sus asociados más cercanos. Afortunadamente, la mansión tiene más de diez mil metros cuadrados, es una de las propiedades más bonitas de Kinland y tiene mucho espacio para que yo desaparezca por completo sin mucha fanfarria.

La gente y yo no nos llevamos bien.

Recorro el pequeño pasillo que sale de la parte trasera de la cocina principal y salgo de la casa por una puerta lateral, asegurándome de ceñirme la capucha y mantenerme en los límites del recinto, fuera de la línea de visión de las numerosas cámaras de seguridad instaladas.

Finalmente, llego a los árboles que protegen la propiedad y me adentro en ellos, con las hojas caídas crujiendo bajo mis pies. Nunca me ha gustado mucho el verano; hay algo en el clima fresco y en el olor del otoño que me trae una especie de paz en la que me sumerjo, y mientras la brisa de septiembre me azota la cara, haciendo que me cosquillee la nariz y me ardan los oídos, una sensación de satisfacción me calienta el centro del pecho. Por primera vez desde que hablé con mi hermana, el enfado se desvanece y la concentración se reduce a su lugar cuando llego al claro entre los árboles. Me dirijo a la pequeña casa de campo situada en el centro, caminando por el descolorido y astillado sendero de ladrillos amarillos, medio invadido por la vegetación y la maleza, hasta llegar al porche de madera. Metiendo la mano en el bolsillo, las púas metálicas de una llave se clavan en mis dedos y la saco, abriendo la puerta principal y entrando.

Hay una pequeña sala de estar con un sofá de terciopelo verde, una pequeña mesa de café de roble que rara vez se utiliza, y justo al lado hay una cocina con una estufa blanca y una mini-nevera.

No es nada especial. Pero es *mío*.

Paso por delante de todo, me dirijo al dormitorio trasero y abro de golpe la puerta del vestidor.

Respirando profundamente, separo los estantes de ropa y me arrodillo, pasando la mano por la pequeña hendidura en la pared de yeso. Es tenue, hecha específicamente para mezclarse con la pintura desgastada. Apenas se nota que está ahí a menos que se sepa dónde mirar.

Mis dedos encajan bajo la pequeña muesca y tiran, permitiendo que la puerta oculta se desenganche y se abra, revelando la oscura habitación y los escalones de hormigón que conducen a las profundidades. Mis rodillas crujen cuando me pongo de pie, enviando un dolor sordo a través de mi pierna, y hago una mueca de dolor cuando entro en el espacio ennegrecido, tirando de la cuerda de luz antes de girar y cerrar la entrada secreta detrás de mí.

Bajo los escalones y recorro el estrecho pasillo de hormigón. Se me pone la piel de gallina en la nuca y se me esparce por los brazos. Acelero el paso, los sonidos de cada paso rebotan en las paredes y llegan a mis oídos.

Hay un cierto escalofrío que se produce cuando estás bajo el nivel del mar y rodeado de cemento. El tipo de frío que se mete en los huesos y hace que un escalofrío suba por la columna vertebral, y no importa cuántas veces haga este viaje, nunca me acostumbro a él.

Finalmente, llego al final del pasillo y me detengo frente a una gran puerta de acero con una pantalla iluminada a su izquierda. Levanto los dedos y presiono la mano sobre ella, observando cómo escanea mis huellas y acciona la cerradura para abrirla.

Tiro de la puerta para abrirla, cientos de luces de haluro metálico brillan con tanta intensidad que hacen que mis ojos se estremezcan. Se oye el leve clic de la cerradura que vuelve a cerrarse detrás de mí, pero ya permito que mi mirada se centre en lo que tengo delante.

La satisfacción se instala en lo más profundo de mi pecho mientras avanzo por las largas hileras de parterres, dirigiéndome hacia el centro de la habitación, donde se encuentra el termostato digital, y luego me inclino para mirar los números.

Setenta y cinco grados Fahrenheit. Perfecto.

Anoto la hora. Faltan dos horas para que se ajuste a treinta grados, justo después de que el sol caiga bajo el horizonte.

Estas plantas son una raza temperamental.

Este no es el único termostato que tendré que revisar. Esta

zona subterránea se extiende a lo largo de dos acres y está separada en habitaciones más pequeñas para facilitar la contención. Sonriendo para mis adentros, imagino lo que Nessa pensaría sobre las mejoras que nuestro padre hizo en la casa de campo que me regaló.

El calor se extiende por mis extremidades y me encojo de hombros para quitarme la sudadera antes de poner las manos en las caderas y empaparme de la vista. De todos los lugares en los que he estado en mi vida, aquí es donde me siento realmente en casa. Quizá sea porque es el único momento en el que no estoy mirando constantemente por encima del hombro mientras me sumerjo en mi pasatiempo favorito.

La soledad.

Y la botánica, por supuesto, aunque no es realmente una pasión sino un medio para alcanzar un fin.

Mis ojos parpadean hacia las miles de vainas que crecen hermosas, casi listas para ser lanceadas.

Otro día... quizás dos.

Verás, lo que Dorothy no sabe «lo que nadie más sabe» es que aunque nuestro padre sea la cara del negocio familiar, no es el cerebro.

Me necesita para eso.

Así que ella puede tener su atención y ser bañada en su amor, pero no tiene realmente su favor.

Yo sí.

Y empieza aquí mismo, en mi invernadero lleno de amapolas.

5
NICHOLAS

Nunca he pasado tanto tiempo mirando piedras brillantes.

El último mes lo he pasado aislado, distanciándome de “Nick Woodsworth” y convertirme en “Brayden Walsh, ladrón extraordinario”, al tiempo que aprendía los entresijos de las joyas raras. Me he escondido en mi nuevo apartamento en el centro de Kinland, por cortesía de la DEA. Las únicas personas con las que he hablado son Cap, Seth y Desmond Dillam, el mejor joyero de la zona triestatal. He estado viviendo y respirando cortes, claridad, colores y todo lo demás hasta que mis ojos sangran y sueño con destellos.

Cuando no estoy aprendiendo eso, me estoy ahogando en todo lo que puedo sobre Farrell Westerly y su influencia, aunque, no hay mucho que pueda averiguar. Mientras que Farrell dirige claramente las calles de Kinland, la ciudad en sí es muy reservada, y el funcionamiento interno de su operación está mejor guardado que Fort Knox. Todo lo que tengo para seguir son fotos de vigilancia granuladas que no prueban nada, y “una corazonada”.

Si a esto le añadimos que Farrell es, aparentemente, un Robin Hood moderno que comparte su riqueza con la comunidad, es como arrancarse una muela sin novocaína.

Tiene dos hijas vivas, pero está claro que a la mayor, Dorothy, es a quien le gusta vivir en el centro de atención. Mis archivos tienen docenas de fotos; paseando por la ciudad, yendo a almuerzos con amigos, sentada en el auto con su padre mientras juegan rondas de golf con sus “socios de negocios”.

Su otra hija, Eveline, parece ser más reclusa. Hay algunas fotos, pero siempre tomadas a distancia. Sé que es increíblemente inteligente, que se graduó pronto como valedictorian[1] del instituto Kinland a la tierna edad de dieciséis años, pero la foto más clara que tenemos en el archivo es antigua. Cabello castaño claro, ojos castaños oscuros y una cara que no ha perdido la redondez propia de la juventud. Las fotos más recientes son de vigilancia.

Tenso los dedos mientras Seth me habla al oído. Él es mi punto de contacto, la persona a la que se le asigna el control semanal. Aparte de eso, no habrá ninguna interacción externa con mi vida real.

—Es una pena que no salgamos una última vez —suspira Seth.

—Lo *hicimos* —respondo, cerrando el viejo y curtido libro que tengo en la mano.

Es un libro de poemas; lo único que me queda de mi madre, y aunque no soporto ni siquiera pensar en ella estos días, por alguna razón, incluso cuando finjo ser otra persona, me aferro a él. Quizá porque me recuerda por qué hago lo que hago. Algunos de los únicos momentos sobrios que tuvimos fueron cuando ella se acostó en mi cama y leyó estos poemas hasta que me quedé dormido.

—Eso apenas cuenta, hermano. Ni siquiera lo pasaste conmigo, imbécil. Desapareciste para mojar tu polla en su lugar. ¿Qué clase de amigo hace eso?

Me vienen a la cabeza los recuerdos de la rubia luchadora y la forma en que me iluminó el cuerpo con una sola mirada. Mi polla se sacude y sacudo la cabeza, sonriendo mientras miro fijamente la mesa de centro de alta gama de color castaño de mi salón temporal.

Debería haber conseguido su número. O su nombre.

—¿Ya me extrañas, amigo? —Pregunto, tratando de despejar mi cerebro de cosas que no importan.

Se ríe.

—Por favor. ¿Sabes que es mucho más fácil conseguir una mujer cuando no tengo que competir con tu sonrisa de “elígeme”?

—Eso no es muy agradable.

Me pongo de pie y me acerco a la pared de ventanas que da a la cubierta con vistas al centro de la ciudad. Es una ciudad preciosa, de la mitad del tamaño de Chicago, pero con un aspecto mucho más grandioso. Las siluetas de los rascacielos besan las estrellas, miles de ventanas teñidas de verde brillan incluso bajo la luna.

Y quizás si fuera un sentimental, podría encontrar la belleza. En cambio, sólo me siento hueco.

—Oye —interrumpo mientras Seth sigue divagando—. ¿Vas a ver a Rose por mí, sí? ¿Mientras estoy fuera?

La línea se queda en silencio durante unos segundos.

—Por supuesto. He estado yendo cada dos días. La mantendré a salvo.

Asintiendo, me muerdo el interior de la mejilla.

—Bien. —Los nudos de mi estómago se tensan—. Bueno, eso significa que sólo queda una cosa.

—¿Qué es eso? —Pregunta Seth.

—Dime que extrañas mi sonrisa.

Él gime.

—Vete a la mierda, Nick.

—No —replico, el nombre resuena en mis oídos—. No me llames así. No quiero confundirme.

Duda, el silencio zumba en mi oído.

—¿Estás preparado para esto, amigo?

Apretando los nudillos contra el cristal, contemplo la ciudad que será mi nuevo hogar en el futuro inmediato.

—Sí, estoy listo. Vamos a derribar a estos cabrones.

Dos noches más tarde, estoy descansando en la cabina de Winkies, el bar propiedad de Westerly en el lado este de Kinland. Nunca me ha gustado el whisky, pero es lo que estoy bebiendo mientras observo la escena. Es un lugar agradable, en lo que respecta a los bares de mala muerte, lo suficientemente concurrido como para pasar por legítimo, pero no en una parte de la ciudad lo suficientemente acomodada como para llamar demasiado la atención.

Dicen que Farrell lo abrió para ayudar a la comunidad a prosperar, pero lo más probable es que lo utilice como una forma fácil de blanquear dinero en una zona protegida y no tocada por los federales y, sobre todo, por los italianos.

Los Cantanelli son el sindicato más fuerte de Chicago, y llevan

diez años intentando hundir sus garras en el territorio de Kinland.

En este momento, a las tres de la tarde de un miércoles, Winkies está casi vacío, con televisores en las esquinas que transmiten las estadísticas de la próxima temporada de fútbol, y cabinas cubiertas de vinilo de color verde bosque que albergan a un puñado de bebedores empedernidos o personas que aprovechan una hora feliz temprana.

Estoy de espaldas a la pared en una de las mesas que se encuentra en la esquina más a la derecha, y aunque no lo muestre en mi cara, mis entrañas se retuercen, la ansiedad hace que los estallidos de aprehensión apuñalen mi centro.

Estos primeros momentos de trabajo encubierto son siempre los más angustiosos. O te preparas para el éxito o fracasas antes de tener la oportunidad de caer.

Pero nunca he flaqueado bajo presión, sino que prosperé.

No todo el mundo está hecho para este trabajo. No todo el mundo lo entiende. Algunas personas están demasiado arraigadas en su moral, en su ego, para hacer lo que se necesita para actuar su parte. Tienes que vivir y respirar el trabajo. Convertirse en él. De lo contrario, acabarás con zapatos de cemento y una bala en la cabeza.

O sacado de en medio de una investigación y considerado no apto.

Mi mandíbula se aprieta al recordar mi última actuación y cómo terminó. La forma en que me arrancaron de las calles, obligándome a ver cómo dejaban que el caso se enfriara.

Una campanilla suena en la puerta principal, y yo golpeo con los dedos el borde de mi vaso, observando cómo Zeke O'Connor y Dorothy Westerly se dirigen hacia el interior y hacia mí.

Mi estómago se retuerce.

Es la hora del espectáculo.

Zeke es un hombre grande, de hombros anchos y cabello largo y castaño que le llega al pecho, y si fuera cualquier otra persona, probablemente me sentiría intimidado. Parece una mezcla de rudo y jovial, como si te golpeara en la cabeza con su pinta antes de ayudarte a levantarte e invitarte a otra ronda.

—Brayden —dice cuando llegan a la mesa. No me ofrece la

mano, así que yo tampoco lo hago, y prefiero sentarme y llevarme el vaso de whisky a la boca, mientras mis ojos recorren su gigantesco cuerpo antes de dirigirse a su compañera.

La hija de Farrell.

Mi mirada se detiene en la suya sólo un poco demasiado tiempo para ser considerada apropiada.

Es una mujer atractiva, y en cualquier otra situación, sería mi tipo.

Pero es un trabajo. Una forma de recoger información y canalizarla de vuelta al campamento.

—¿*Eres* el tipo con el que nos reunimos? —Se lame los labios rojos y brillantes.

—Así es —digo, dejando el vaso en el suelo antes de levantar la mano para frotarme la mandíbula— ¿Problemas con eso?

Inclina la cabeza, haciendo que su cola de caballo marrón oscura se balancee hacia un lado y baje por la parte delantera de su hombro.

—Es que... no eres lo que esperaba.

Mi sonrisa crece y me inclino hasta que el borde de la mesa se clava en mi esternón.

—Rara vez soy lo que la gente espera.

Zeke se ríe y me señala con un dedo grueso.

—No le coquetees, joder.

—¿Por qué, tienes novio? —Le guiño un ojo y sus mejillas se sonrojan de un tono brillante de color carmesí.

—Tal vez —responde, sonriendo mientras se sienta frente a mí. Alarga la mano y golpea sus uñas rojas sobre la mesa. Mis ojos se dirigen al pequeño trébol tatuado en el interior de su muñeca, oculto bajo finas pulseras de oro rosa.

Zeke se sienta junto a ella, cruzando una pierna sobre la rodilla contraria mientras me observa. No quito la vista de Dorothy, pero siento su mirada y una pizca de inquietud me recorre los costados, preguntándome si tal vez no se ha vuelto loco después de todo. Si esto es una trampa.

Fue una estupidez dejar que me viera la cara antes.

—Entonces, ¿hacemos algo aquí? —Finalmente digo—. ¿O me has llamado sólo para hacerme perder el tiempo?

Zeke sonríe y se pasa la palma de la mano por la barba.

—Deberías sentirte honrado de que queramos hablar contigo. Skip no se reúne con cualquiera.

Skip es la abreviatura de Skipper, que es como llaman a Farrell.

Giro la cabeza a la izquierda y luego a la derecha antes de volver a mirarlo y encogerme de hombros.

—Sin embargo, no está aquí, ¿verdad?

Los ojos dorados de Zeke se oscurecen y se dispara hacia delante en su asiento, con el puño presionando la mesa.

—¿Crees que esto es un juego, Brayden? Respondo por ti como un favor. ¿Quieres participar? ¿Quieres una parte? Esta es tu oportunidad, no te la volveré a dar. Así que deja de ser un jodido listillo y muestra algo de respeto.

Me relamo los labios, tomo el vaso y vuelco lo último que queda de whisky, dejando que el ardor me abrase la garganta y me caliente el pecho. Cuando lo dejo sobre la mesa, paso el dedo por el borde y asiento con la cabeza.

—Volvemos, Zeke, y te agradezco que me hayas tendido la mano. Lo agradezco. —Bajo la voz—. Pero no creas que puedes hablarme como una de tus perras. ¿No quieren hacer negocios conmigo? No pasa nada. Hay muchos otros peces en el mar. Peces más grandes. Unos que vienen de Sicilia y reconocen la oportunidad cuando la ven.

Zeke se mueve hacia atrás en su asiento, sus cejas golpeando su línea de cabello.

—¿Me entiendes? —Termino.

Se queda en silencio mientras me mira por debajo de la nariz, y yo espero, con las entrañas palpitando mientras la sangre corre por mis venas.

Finalmente, una sonrisa aparece en su rostro.

—Sí, maldito imbécil. Te entiendo. —La satisfacción me recorre por dentro. Ha hecho bien su papel.

Dorothy se aclara la garganta.

—Toma. —Se desprende de su collar y lo coloca en la mesa frente a mí—. Háblame de esto.

Miro la gran esmeralda verde. Mis nervios se tensan, haciendo que mis músculos se contraigan; esto está saliendo exactamente como quiero. Pero me aseguro de mantener mis rasgos faciales mundanos y nivelados.

Suspirando, levanto la mano y me rasco la comisura de la oreja antes de volver a mirarla a los ojos.

—¿Qué pasa con eso?
Hace un gesto hacia la pieza de joyería.

—Dímelo tú. Eso es lo que se te da bien, ¿verdad?

La recojo. La fina cadena de oro rosa se siente fría contra mis dedos mientras inspecciono la joya.

—¿Te lo ha dado tu novio? —La miro, levantando el lado izquierdo de mi boca.

Ella sonríe.

—De mi papi.

—¿Así lo llaman hoy en día?

Sus ojos se estrechan.

—Mi padre, maldito pervertido.

Riéndose, vuelvo a mirar el collar antes de dejarlo de nuevo sobre la mesa.

—Bueno, dile a tu *papi* que debería recibir un reembolso.

Su cara cae, y Zeke se sienta hacia adelante.

—¿Disculpa? —Espeta, su mano envolviendo la cadena y llevándola a su pecho.

Me encojo de hombros.

—Es una roca bonita, pero no es real.

—¿Entonces qué es? —Pregunta ella, mirando la joya como si fuera veneno.

—¿Sintético? Que me jodan si lo sé.

Se burla.

—Creí que serías capaz de decirlo.

—El hecho de que pienses algo no hace que sea cierto.

Alargo la mano y la tomo con la mía, escuchando su aguda inhalación cuando lo hago. Paso el dedo por la superficie de la joya y levanto las palmas para que se refleje en la luz.

—Mira. ¿Ves cómo es la piedra? Tiene matices amarillos. —Muevo nuestras manos, dejando que la "esmeralda" brille—. Las verdaderas esmeraldas tienen matices verdes o azulados puros. Nunca amarillas.

—Pero se ve impecable. —Ella inclina la cabeza.

—Y las esmeraldas reales tienen defectos, cariño. Como el resto de nosotros. —Zeke tose—. ¿Cómo sabemos que estás diciendo la verdad?

Mirando hacia él, paso deliberadamente el pulgar por el dorso de la mano de Dorothy antes de dejarla caer sobre la mesa.

—No lo haces.

6
EVELINE

Los veinticuatro años se sienten diferentes.

Hace tiempo que dejé de reconocer mi cumpleaños. Después de que Nessa murió, no quedaba nadie que me obligara a celebrarlo, nadie a quien le importara lo suficiente como para recordarlo.

Pero *técnicamente* hoy es el día.

Es curioso recordar cuando era sólo una niña. Me pasaba todo mi cumpleaños intentando imaginar cómo era cuando nací; cómo reaccionó mi madre cuando me trajo al mundo.

¿Lloró?

¿Me acercó a su pecho y sintió que nuestros corazones se sincronizaban? ¿Estaba mi padre allí sosteniendo su mano?

—¿Cuánto tiempo más?

La voz ronca de mi padre llega a mis oídos y mis hombros se tensan ante la intrusión. No me giro hacia él, sino que mantengo la mirada fija en la vaina de la flor que tengo en la mano. La giro hacia delante y hacia atrás, inspeccionando la pequeña corona de la parte superior y asegurándome de que los extremos no se curvan hacia abajo, antes de tomar mi hoja de sierra y hacer una incisión poco profunda en el lateral.

—Hola, ¿hay alguien en casa? —Dice—. Te he hecho una pregunta.

Está en mi visión periférica, recostado contra la pared de mi invernadero con las manos tatuadas en los bolsillos y el cabello plateado peinado hacia atrás.

—Te he oído —murmuro, cortando otra pequeña línea.

—¿Y?

Suelto la amapola y aprieto el puño alrededor del mango de mi regla mientras me giro para mirarlo.

—¿Y? —Repito—. ¿Es esa la única razón por la que estás

aquí? ¿Para comprobar mis progresos?

Una sonrisa divertida se cuela en su cara y odio cómo me salta el corazón cuando lo hace.

—Por supuesto que no, Bug.

El apodo raspa mi piel.

—Te necesito en Winkies esta noche.

Y, así, la brizna de esperanza se rompe en mil pedazos que me atraviesan el estómago al caer. Suspirando, vuelvo a mis amapolas y cuento desde diez en mi cabeza.

—Eveline. No ign...

—Cerca de la mitad de ellos están listos —interrumpo—. Pero pasará una semana antes de que se pueda comenzar el proceso químico.

—*¿Una semana?*

Otra rebanada, esta vez en un nuevo brote.

—Tal vez más.

—Eso es demasiado tiempo.

—Es lo que es. —Me encojo de hombros, irritada de que venga a *mi* espacio en *mi* cumpleaños y actúe como si no estuviera haciendo lo suficiente—. Y no voy a ir a Winkies.

Se endereza.
—Lo harás.

—No —vuelvo a decir—. No lo haré. —Mis nudillos se blanquean mientras agarro la regla con tanta fuerza que me corta la circulación.

Suspira, se pasa una mano por la cara y gime.

—Escucha, Bug. Voy a traer a un tipo nuevo.

No digo ni una palabra, sino que continúo con el trabajo de lancear las vainas, avanzando lentamente por la fila.

—¿Has oído lo que he dicho? —Pregunta.

Rebanada.

—Te he oído.

Sinceramente, es un maldito estúpido si cree que no lo sabía ya. Sé todo lo que pasa, ¿cómo cree que nuestro negocio se mantiene a flote?

—Te necesito allí esta noche para que me representes. Asegúrate de que es alguien en quien podemos confiar.

—¿Y si no lo es? —Pregunto.

Se encoge de hombros.

—Entonces no lo es.

Lo que realmente está diciendo es que quiere que haga el trabajo sucio. Otra vez.

Giro la cabeza, mirándolo de reojo.

—¿No has hecho que Dorothy lo conozca? ¿Qué le pareció?

Se aclara la garganta, su cara se agria.

—Dorothy está... algo enamorada. No puedo confiar en que no deje que eso nuble su juicio.

Mis cejas se levantan porque esto sí me sorprende. A Dorothy le encanta ser el centro de atención, pero normalmente usa y abusa de los hombres de su vida, sin conformarse con más que una aventura de fin de semana. No sé si es porque no quiere estar atada o porque es una sociópata.

Me resulta difícil preocuparme, para ser completamente honesta.

—Bug. Te necesito aquí. Tu *familia* te necesita.

Mi estómago se aprieta ante sus palabras, como cada vez que dice eso, y la voz de Nessa susurra en el fondo de mi mente.

"No hay nadie como la familia, Evie, y no hay lugar como el hogar. Tenemos que permanecer juntos".

—Bien.

—No sabía que ibas a venir.

Dorothy aparece al lado de donde estoy sentada en la barra, con los labios rojos como el rubí pellizcados.

La miro, hundiendo los dedos en el pequeño cuenco de aceitunas verdes que he robado de la bandeja de la guarnición y sonriendo ampliamente.

—Sorpresa.

Ella abre la boca, pero antes de que pueda pronunciar una palabra, Zeke se acerca por detrás, con una sonrisa en la cara mientras su mirada pasa de ella a mí.

—¡Está viva! —Se lleva una mano al pecho—. Llevo todo el día intentando localizarte.

De todos los que trabajan para mi padre, Zeke es sin duda mi favorito. Es una de las únicas personas que puedo tolerar y, con los años, me ha desgastado lo suficiente como para disfrutar de su compañía.

—He estado ocupada. —Me meto otra aceituna en la boca.

—¿Con qué? —Dorothy se burla—. ¿Has vuelto a salir con ese perdedor de tu colegio?

Aprieto los dientes, tratando de contener mi irritación por su constante insistencia. Está hablando de Cody, por supuesto. Está convencida de que somos amantes, y dejo volar su imaginación porque lo que piense de mí no es asunto mío.

Sin embargo, la verdad dista mucho de eso. Cody es un friki de la informática, y cuando se sentó a mi lado en la clase de química me di cuenta de que hacerme amiga de él me beneficiaría a largo plazo. Así que lo mantuve cerca y toleré su compañía, sabiendo que estaría a mi lado siempre que lo necesitara. Y menos mal que lo hice, ya que ahora es uno de los mejores hackers del mundo. Por supuesto, nadie lo sabe aparte de mí, y la mayoría de la gente está de acuerdo con Dorothy, pensando que no es más que un perdedor que fracasó en

Silicon Valley y que volvió a vivir en el sótano de su madre.

No podrían estar más lejos de la verdad.

Zeke le pone la mano en el hombro y señala con la cabeza la puerta principal detrás de mí.

—Ahí está.

Sus ojos se agudizan y se pone un poco más erguido. Mis ojos se dirigen a Dorothy, observando cómo saca el pecho, con las pupilas dilatadas.

—Llegas tarde —dice Zeke.

—Me gusta hacer una entrada —responde una voz sedosa.

Una sensación de malestar se apodera de mi estómago porque conozco esa voz. La tengo susurrando en mi memoria desde que gimió en mi oído.

—Brayden —Dorothy arrulla—. Hola.

La bobina se deshace un poco. *Tal vez sólo suena igual.*

Me doy la vuelta en el taburete y la respiración se me escapa de los pulmones como un puñetazo en las tripas porque es él. Nicholas.

Y se ve... conmocionado.

¿Me mintió sobre su nombre?

Tiene la misma chaqueta de cuero negro que llevaba la noche que me folló contra la pared del baño, y una cadena de plata que asoma ligeramente por el escote de una camisa blanca.

Cuando nuestras miradas se cruzan, el calor inunda mis venas, y no estoy segura de si es porque estoy recordando lo bien que se sentía dentro de mí o porque estoy furiosa de que esté aquí ahora.

Se toma su tiempo para recorrer mi cuerpo y volver a subir antes de volver a fijarse en mis ojos. Y entonces sonríe.

La irritación hierve a fuego lento en mi pecho.

—Brayden —dice Dorothy de nuevo.

El nombre me saca de este extraño concurso de miradas en el

que estamos inmersos y dejo que la comisura de mi boca se incline en una sonrisa socarrona.

Brayden. Me *mintió* sobre su nombre.

Se acomoda en sí mismo, sacudiendo cualquier emoción momentánea que haya revoloteado por su rostro y sustituyéndola por un aura de confianza que grita tranquilidad y control.

—Zeke. Dorothy —murmura, sin dejar de concentrarse en mí —. ¿Y a quién tenemos aquí?

Lo miro y esa estúpida sonrisa crece.

Me meto otra aceituna en la boca, la mastico y trago. Su mirada se dirige a mis labios.

—Eso no es realmente de tu incumbencia, Brayden —digo.

—¡Evie! —Dorothy presiona.

La satisfacción brilla en sus iris y ladea la cabeza.

—Por alguna razón, te imaginaba más rubia, Evie.

—Es Eveline.

Su rostro se suaviza.

—Es un nombre precioso. —Mis entrañas se tensan.

Dorothy se ríe y da un paso adelante hasta colocarse en ángulo frente a mí, extendiendo la mano y pasándola por la manga de su brazo.

—Vamos, busquemos una mesa en el fondo.

Por fin, por fin, deja de mirarme y se concentra en mi hermana. Asiente y le pone la mano en la espalda, permitiéndole a ella alejarse, y mis hombros se hunden por la tensión que ni siquiera sabía que tenía.

Zeke tararea, frotando su mano sobre la barba mientras me toma en cuenta.

—¿Qué? —Dejo caer mis ojos en la barra, agarrando mi teléfono y poniéndome de pie.

Sacude la cabeza.

—Nada. ¿Tienes algo que decirme?

Mis músculos se tensan.

—¿Qué quieres que te diga, Ezekiel? Estoy aquí porque mi querido *papi* no confía en tu juicio. O en el de Dorothy, aparentemente.

Mis ojos se dirigen a donde está ella, junto a Brayden, en la cabina.

Zeke asiente, hinchando las mejillas.

—Conozco a Brayden desde hace tiempo. Hace mucho que no lo veo, pero es buena gente. Y está buscando trabajo.

Golpeando con los dedos en la tapa del bar, la decepción me envuelve.

—No veo cómo eso es nuestro problema.

Sonríe, me pasa un brazo por el hombro y me arrima a su lado mientras nos dirigimos a la mesa del fondo.

—Tú y tu maldito corazón sangrante.

Me río de su sarcasmo y dejo que me lleve a la cabina, ignorando la forma en que mi corazón sangrante se acelera cuando levanto la vista y me encuentro con un par de ojos verde jade.

7
NICHOLAS

Esa pequeña y jodida mentirosa.

Técnicamente, supongo, nunca me dijo su nombre.

Pero ella es una Westerly. Y yo... le *dije* mi nombre. Y que estaba empezando un nuevo trabajo.

Joder.

Llevo ocho años como agente, desde los veinticuatro, y no me he cuestionado ni una sola vez. Pero ahora mismo, ¿ver a la chica que no quiere dejar mis recuerdos de pie justo delante de mí mientras estoy en una investigación encubierta activa? Las probabilidades definitivamente no están a mi favor. Y para ser completamente honesto, ya he dejado caer la pelota, porque si estuviera haciendo mi trabajo, habría reconocido quién era cuando estudié sus fotos en nuestros archivos.

Tal vez si hubiera mirado un poco más de cerca, habría notado el parecido, pero mi chica bonita no es esta chica de cabello negro con piercings que cubren la longitud de sus orejas y ojos marrones que miran tan profundamente que me carbonizan la piel.

—Lo sé —me dice Dorothy para sacarme del aturdimiento.

Arqueo una ceja.

—¿Saber qué?

Se acerca a mi lado.

—Estás mirando a mi hermana. Ella es diferente. Mucha gente la tilda de desubicada. No sale mucho.

—¿Oh?

—Sin embargo, no es su culpa. Nuestra madre, ella... no trataba a Evie muy bien, ¿sabes? Causó muchos problemas. —Ella golpea su cabeza—. Aquí arriba.

El impulso de seguir haciendo preguntas, de saber todo sobre

Eveline Westerly, es fuerte, pero me deshago de la idea, inseguro de si quiero saber por el caso o porque ella está bajo mi piel; la energía que emana de ella, incluso ahora, es lo suficientemente pesada como para hacerme tambalear al borde de la cordura.

Nunca ha habido nadie que me haya afectado así. Es la razón por la que me acerqué a ella en el club, y es definitivamente la razón por la que me la follé contra el sucio azulejo del baño mientras ella gritaba en mi boca.

Sigo con la mirada a Eveline y Zeke mientras se dirigen a la mesa, con el brazo de él rodeando los hombros de ella y una leve sonrisa en la comisura de los labios. La molestia me recorre mientras observo su compatibilidad. Ella está a gusto con él. Confía en él.

¿Están saliendo? Es demasiado viejo para ella.

En el momento en que llegan a nosotros, nuestras miradas se fijan, mi mandíbula se aprieta cuando ella se desliza en la cabina primero, intercalándose entre los paneles de madera y Zeke, que se sienta a su lado.

Una mano me toca el brazo y me saca de mi problema de mirada, y miro hacia Dorothy, recordando dónde estoy y, sobre todo, qué se supone que estoy haciendo.

Ahora eres Brayden.

—¿Tienes hambre? —Pregunta Dorothy, con una sonrisa que se extiende por su cara.

Parece tan inocente y dulce que es difícil creer que esté involucrada en alguna actividad criminal. Pero aprendí hace mucho tiempo a no juzgar un libro por su portada. Los mejores criminales son los que nunca sospecharías. Son aquellos con los que haces bromas, en los que aprendes a confiar, los que se convierten en tu mejor amigo mientras te apuñalan por la espalda y te roban todo.

Mi mirada se desplaza por la parte delantera del vestido amarillo pálido de Dorothy y luego vuelve a dirigirse a su rostro, cuyas mejillas se enrojecen por mi mirada.

—Podría comer.

—Ya los tengo cocinando algo en la parte de atrás para nosotros —dice Zeke.

Mis ojos se dirigen a Zeke y luego se dirigen a Eveline, sin

poder evitar comprometerse con ella.

—¿Y tú? —Muevo la barbilla en su dirección—. ¿Vas a comer?

Dorothy se ríe a mi lado, tapándose la boca y sacudiendo la cabeza para ahogar el ruido.

—Por favor, Evie nunca come aquí.

La mirada de Eveline atraviesa la mía hasta que la siento en los dedos de los pies.

—¿Por qué? —Indago—. ¿Eres demasiado buena para la comida de bar, cariño?

Se endereza, pero no dice nada, sólo sigue mirándome con esos jodidos ojos letales que tiene.

—Están bien para un capricho rápido de vez en cuando —responde finalmente—. Pero aparte de eso, no hay nada realmente especial en ellos. Apenas recuerdo que estuvieron en mi boca una vez que terminé.

Dorothy hace una cara.

—Qué asco, Evie. ¿Por qué lo dices así?

—Eso suena bastante pretencioso —interrumpo, molesto porque insinúa que nuestra noche juntos es olvidable. Estiro el brazo por el respaldo de la cabina y me acomodo más al lado de Dorothy.

Eveline esboza una pequeña sonrisa, una sonrisa falsa. Del tipo que no muestra los dientes y apenas se inclina hacia arriba en las esquinas. Pero es suficiente para encender una chispa en mi estómago, sabiendo que estoy consiguiendo que se levante.

¿Recuerda el nombre que le di?

Tal vez ella se engancha mucho, y yo sólo soy uno en una larga fila. La idea hace que una punzada de incomodidad me apriete el centro.

Es raro que no me llame la atención por ello, y no puedo decidir si quiero que lo recuerde o si prefiero que lo olvide. Esto último sería lo más fácil. Pero en el fondo, sé la verdad, por mucho que desee no tener que reconocerlo. Quiero que recuerde cada segundo de nuestro tiempo, de la misma manera que se ha grabado en mi cerebro desde que ocurrió.

Y ahora me está mirando.

De hecho, no ha dejado de observarme desde el momento en que entré, como si estuviera pelando mis capas una a una y reorganizándolas para que encajen en su cabeza.

Me siento vulnerable, expuesto, casi a su merced. Lo que significa que es una *gran* responsabilidad.

Se me cierra la garganta, los nervios se aceleran bajo mi piel.

Joder, joder, joder.

—Disculpa —digo, mi mano se extiende para presionar el hombro de Dorothy, de repente necesito tener unos minutos para recomponerme.

Sus cejas se arrugan, el labio inferior se hincha un poco.

—¿Estás bien?

Forzando una sonrisa, asiento con la cabeza.

—Sí, ya vuelvo.

Ella se mueve, se desliza fuera de la cabina y se pone de pie, y yo estoy justo detrás de ella, deslizándome mientras me dirijo al oscuro pasillo que lleva a los baños.

Pero no es su mirada la que siento clavarse en mi espalda.

Me arden las piernas cuando me apresuro a llegar al pequeño cuarto de baño, abro la puerta de golpe y la cierro rápidamente tras de mí, luego me apresuro a abrir el fregadero, tomo el agua fría con las manos y me la echo en la cara. La sensación de frío me devuelve los nervios a un estado estable y mis nudillos se tensan alrededor del borde de la encimera, las gotas de agua gotean de mi nariz y caen en la pila del lavabo.

Contrólate. Esto no es un problema. Ella no es un problema.

Me quiebro el cuello y me dirijo al dispensador de toallas de papel, tomando un puñado. Me limpio la cara antes de exhalar un profundo suspiro y convencerme de una falsa confianza que no siento realmente mientras salgo del baño y vuelvo al oscuro pasillo.

Mis pasos tartamudean cuando me topo con Eveline, apoyada en la pared, donde claramente me está esperando.

Tiene los ojos bajos mientras se inspecciona las uñas, con el cabello negro recogido, mostrando la impecable extensión de su cuello. Mi mirada recorre su figura, bebiéndola como si fuera agua en el desierto. Es tan diferente de la que era la noche en ese club, con su camiseta de banda de gran tamaño rasgada, su falda negra, sus botas de tacón de aguja hasta la rodilla y sus anillos de plata, pero esto le sienta mejor; el púrpura intenso de sus labios es incluso más sexy que el rosa chicle que llevaba la noche que nos conocimos.

—Nicholas. —Finalmente mira hacia arriba, enderezándose de la pared y ladeando la cabeza—. ¿O debería decir Brayden?

Se acerca un poco más y, por mucho que intente no hacerlo, me vienen a la cabeza imágenes de su pequeño cuerpo entre mis manos. Cómo se amoldaba perfectamente a cada centímetro de mi cuerpo. Lo flexible y cálida que era cuando la rodeaba por la cintura y la partía con mi polla.

Me aclaro la garganta y me paso una mano por el cabello.

—Sí —hago una mueca—. Perdón por eso.

Sus ojos se estrechan y da otro paso.

—¿Sobre qué?

—¿Qué? —Repito.

—¿De qué te arrepientes, exactamente?

Por *todo*. Siento haberla conocido entonces. Lamento conocerla ahora. Y lamento que no sea ni de lejos la persona que imaginé que sería. Pero no digo nada de eso. En lugar de eso, guardo a Nick Woodsworth en el fondo, donde no podré encontrarlo, y dejo que Brayden Walsh sea el protagonista.

Me encojo de hombros, adoptando una sonrisa torcida en mi rostro.

Sus ojos brillan, los labios se fruncen un poco. Se acerca un paso más.

—Hay dos opciones, Brayden. O me mentiste sobre tu nombre entonces o... estás mintiendo ahora.

—No es tan profundo, cariño. —Me río—. He conocido a tu tipo mil veces. Chica solitaria en el bar, haciéndose la difícil pero desesperada por ser follada. Todas las señales clásicas de un clinger[2].

Mi mirada recorre la extensión de su cuello mientras ella echa la cabeza hacia atrás y se ríe.

—Por favor, no soy la que estaba pidiendo un nombre y siguiéndome a espacios privados sólo para probar.

Ahora soy yo quien se adelanta, con mi aliento soplando suavemente sobre su cabeza.

Maldita sea, es bajita.

Ella inclina el cuello para encontrar mi mirada, y yo aspiro profundamente cuando lo hace.

Al principio creí que echaba de menos el llamativo azul de sus ojos de la noche en que nos conocimos, pero, al estar tan cerca, los marrones oscuros se arremolinan con el amarillo y una pizca de verde creando un caleidoscopio de color tan profundo y jodidamente hermoso que me absorben y me arrastran como arenas movedizas.

Mi polla se endurece.

No. Daría cualquier cosa por volver a esos azules básicos.

—Y qué sabor tan delicioso tenía —digo con la voz ronca.

Ella se burla.

—Eres un cerdo.

Inclinándome, mi boca roza su oreja.

—Nunca he pretendido ser un caballero, y no me disculparé por mentir cuando termine contigo temblando alrededor de mi polla.

—¿Lo hice? —Ella inclina la cabeza—. No lo recuerdo.

Sonrío.

—¿Ahora quién miente?

Zumba, sube los dedos y los desliza por la abertura de mi chaqueta. Miro fijamente el movimiento, mis manos se cierran en puños para no extender la mano y arrastrarla hacia mí. Para recordarle lo mucho que le gustaba cómo la hacía sentir.

—¿Y este es el nuevo trabajo que vas a empezar? —Murmura, manteniendo su atención en cada lugar que toca—. ¿Trabajar con mi

padre?

—Sólo una nueva aventura —murmuro—. Ampliando mis horizontes. No sabía que era tu padre.

Ladea la cabeza, como si asimilara lo que digo y dejara que se le metiera en el cerebro, y lo guardara para usarlo después contra mí.

Nunca he conocido a nadie como ella.

Es desconcertante de una forma que te pone la piel de gallina. Sería una fantástica interrogadora.

Sus dedos rodean mi chaqueta y se levanta de puntillas, arrastrándome hasta que sus labios patinan sobre mi mandíbula.

—Nicholas. *Brayden*. Cualquiera que sea tu jodido nombre... aléjate de mí y aléjate de mi familia. No eres bienvenido aquí.

Deja de sujetarme y me empuja bruscamente antes de darse la vuelta y alejarse.

8
EVELINE

Oscar Norman, el alcalde de Emerald, es un hombre llamativo que pasa más tiempo preocupado por llenarse los bolsillos que por su moral. Lo conocí cuando tenía diez años y Nessa lo invitó a cenar bistec y a 'charlar'.

Yo, siendo la niña que era en ese momento, pensé que era su novio. Pero debería haberlo sabido mejor porque Nessa nunca hizo nada sin una causa justa, y muy pronto el nombre de Westerly estaba financiando el título de ciencias políticas de Oscar. A lo largo de los años, observaba con gran atención mientras ella tiraba de sus hilos como una marioneta, conduciéndolo por las estrechas avenidas que quería que tomara, hasta que un día se convirtió en un nombre familiar.

Exactamente como ella quería que él fuera.

Asumí que su lealtad a Nessa era tan fuerte como la mía. Parecían tener un vínculo, y ella es la razón por la que él valía tanto. Pero pronto me di cuenta de lo tonta que era esa idea después de que ella muriera en el barco y ni siquiera se presentó a su funeral.

Cortó todos los lazos con nosotros y no ha vuelto desde entonces.

Oscar Norman es un fraude, se esconde detrás de una cortina de libertinaje mientras retrata la imagen de un hombre de familia moralmente honrado. Y mientras lo veo inclinado sobre su escritorio mientras el comisionado de la ciudad le mete una polla en el culo, eso nunca ha sido más obvio.

—¿Puedes bajar esa mierda? —Cody frunce la nariz, estira la mano al lado de su computadora de monitor triple y agarra sus auriculares—. No todos queremos escuchar a los hombres que dirigen nuestra ciudad gimiendo como cerdos atrapados.

Sonrió, arrojando un trozo de palomitas de maíz a mi boca mientras mantengo mis ojos en la pantalla.

—Por favor. No sabrían cómo dirigir esta ciudad, aunque sus vidas dependieran de ello.

Se ríe, pasando una mano por sus mechones rubios sucios.

—Tienes razón.

—Oye —digo, sin apartar los ojos de la pantalla—. ¿Me puedes hacer un favor?

—¿Te refieres a otro? —pregunta, girando en la silla de su escritorio para mirarme—. Sabes, instalar una cámara oculta en la oficina de un funcionario del gobierno no es exactamente *fácil.* Un agradecimiento estaría bien.

Asiento con la cabeza.

—Gracias. Necesito que investigues a alguien.

Empuja hacia arriba sus anteojos con armazón de alambre mientras se sienta hacia adelante en su asiento, colocando los codos sobre las rodillas.

—Ilústrame. ¿Quién?

Mis entrañas se retuercen, y el hecho de que mi cuerpo reaccione tan visceralmente

incluso al pensar en Brayden Walsh me enfada. Me rompo el cuello, tratando de aliviar la tensión.

Una lenta sonrisa se dibuja en el rostro de Cody.

—Alguien te tiene jodida.

Estrecho los ojos.

—Alguien me ha molestado, si eso es lo que quieres decir, y estoy tratando de decidir si matarlo o no.

Su sonrisa se hace más grande y con ella también mi irritación hasta que es una cosa viva, que respira y gruñe dentro de mí.

—¿Me haces un favor? —chasqueo—. Deja de psicoanalizarte y apégate a lo que sabes.

La cara de Cody cae.

—Dios, eres una perra.

Sonriendo, me meto otra palomita de maíz en la boca y me encojo de hombros.

—Tienes problemas serios, nena —dice justo cuando un largo gemido suena desde la computadora frente a mí.

Ambos desviamos nuestra atención de nuevo a la pantalla, observando cómo nuestro querido alcalde se levanta de su precaria posición, el semen goteando de su trasero y bajando por su muslo.

Cody hace un ruido de arcadas.

—Podría haber ido toda mi vida…

Avanzó, el rodillo del mouse presiona la punta de mi dedo mientras presiono guardar y descargo la grabación en una unidad USB.

—Es solo sexo. —Miró a Cody—. Apuesto a que el comisionado también te follaría si supiera que eres el misterioso *Oz*. Probablemente vendría justo de la idea de poder utilizarte él mismo.

Él sonríe, sus mejillas se tiñen de rosa.

—Sí, bueno, desafortunadamente para él, me gusta follar no *ser* follado.

—Semántica. —Sonrió

La computadora hace un ping, haciéndome saber que la descarga está completa, y me acerco, tomando el USB. La satisfacción se asienta en el centro de mi estómago y se extiende hacia afuera cuando deslizó el USB en mi escote, metido en el aro de mi sostén.

—¿Para tu banco personal de azotes? —Cody mueve las cejas.

—Para el seguro —corrijo.

—Entonces, ¿quién es? —Pregunta Cody.

—¿Qué? —Poniéndome de pie, estiro mis brazos por encima de mi cabeza, las ondas y chasquidos de mis tensos músculos hacen que un suspiro de alivio se me escape. Me acerco al sofá rojo contra la pared del fondo y agarro mi chaqueta de los cojines traseros.

—Sea quien sea que estás debatiendo sobre asesinar.

Mi estómago se contrae cuando un destello de ojos verdes y cuero revolotea a través de mi memoria.

—Brayden Walsh.

Cody tararea.

—Nunca escuché de él. ¿Qué necesitas saber?

—Todo.

Deslizo mis brazos a través de las mangas de mi gabardina y desabrocho mi cabello del cuello, girando para enfrentarlo.

—Nena, tendrás que ser más específica.

Aprieto los dientes, deseando que deje de hacer tantas preguntas y solo haga lo que

necesito, pero reprimo el fuerte impulso de romperme porque si no soy amable no obtendré lo que quiero. Moviéndome por la habitación, me detengo directamente frente a él.

—*Estoy* siendo específica.

Sus ojos se deslizan hacia mi pecho, y si no supiera que es gay, me inclinaría y le daría un pequeño espectáculo para asegurarme de que me diera lo que quiero. Pero desafortunadamente, Cody no es seducible, así que tengo que ser *amigable*.

—Quiero saber dónde duerme, quién es su familia, si obtuvo estrellas doradas en sus malditos libros de primaria. Todo.

Las cejas de Cody se elevan y levanta las manos frente a él, con las palmas hacia afuera.

—De acuerdo. De acuerdo. Dame un par de semanas. —Hace una pausa—. Sabes, si quieres más ayuda con las cosas, aquí estoy.

Me pongo de pie, el borde del USB se clava en la piel de mi pecho.

—Tienes dos días.

Es una hora más tarde cuando finalmente regresó a la propiedad, saludo a los guardias de seguridad apostados afuera de la

entrada y conduzco mi Range Rover oscurecido por el camino sinuoso que está bordeado de arbustos perfectamente cuidados.

Corriendo la bola de mi aro en la lengua contra la parte posterior de mi labio, estaciono mi auto en el garaje y camino hacia la puerta, mis músculos de las piernas ardiendo por lo rápido que entró corriendo. El USB está abrasando un agujero contra mi pecho, y tengo que contenerme físicamente para no agarrarlo continuamente solo para asegurarme de que todavía está allí.

La puerta del garaje se abre directamente a la cocina, y aunque sé que estoy a salvo de miradas indiscretas (nadie que vive aquí se da cuenta de mí hasta que necesita algo), la ansiedad todavía se desliza por mi columna vertebral y se envuelve alrededor de mi garganta, instándome a moverme rápido hasta que pueda llevar el USB a un lugar seguro.

Una fuerte risa resuena desde el final del pasillo y mi corazón late contra mi pecho, haciendo que mis pasos se tambaleen. Suena como si viniera del comedor, y aunque no tiene sentido cambiar de dirección y dirigirme hacia el ruido, es lo que hago de todos modos.

Me quito la chaqueta y los zapatos, camino lo más ligero posible, tratando de asegurarme de que mis pasos no se escuchen en los pisos de madera, y cuando llego al comedor de la entrada principal, la ira inunda mi sistema con tanta fuerza que me inmoviliza.

Él está en la casa.

En nuestras vidas hace menos de una semana y ya Brayden Walsh está en nuestra jodida casa.

Mi familia está llena de idiotas. Mi corazón golpea contra mis costillas y mis dedos se cierran en puños, las uñas cortan mis palmas.

Diez, nueve, ocho…

El control vuelve a su lugar mientras cuento hasta uno, y me doy la vuelta, camino por el pasillo rápidamente, haciendo una parada rápida en la cocina para tomar agua.

Es cuando estoy agachada en el refrigerador, mis dedos rozando el costado de la botella, que lo escucho de nuevo.

—Hola, cariño.

Su voz patina sobre mi piel como mil cuchillos, y la forma en que usa *cariño* me hace querer gritar. Jodidamente *odio* esa palabra.

—¿Ya me estás ignorando?

Gimiendo, me enderezo y cierro la puerta del refrigerador.

—Es Eveline, acosador.

Él sonríe y me dan ganas de golpearlo en la cara.

—Eveline.

—¿Qué quieres? —Preguntó, tratando de moverme alrededor de él. Da un paso hacia un lado cuando lo hago, así que estoy encerrada. La tensión se extiende alrededor de mis hombros.

—Eres como una enredadera, mirando alrededor de las paredes y dentro de las habitaciones —señala, inclinando la cabeza —. ¿No querías decir hola?

Me burlo.

—Yo vivo aquí, genio. Y estaba tratando de evitarte.

—¿Por qué? —él presiona

—Porque si no lo hago, te voy a asesinar.

Sus ojos brillan y su sonrisa crece.

¿Piensa que estoy bromeando?

Da un paso hacia mí y pierdo el aliento por lo rápido que cambia el aire. Ya sea que quiera admitirlo o no, físicamente, este hombre me afecta más que nadie, y eso hace que el pánico se filtre a través de cada nervio, porque lo último que necesito es que alguien en quien no confíe venga y me obligue a sentirme fuera de control.

Levantó mis manos y las presionó contra su pecho.

—Estás en mi burbuja.

Levanta una ceja.

—¿Tu burbuja?

Agitando mi mano entre nosotros, intentó empujarlo hacia atrás.

—Esta es mi burbuja, *perro*. Y tú estás en ella.

—Tal vez me gusta tu burbuja —Se inclina hacia mí, mis palmas son lo único que separa su cuerpo del roce contra el mío—. Es acogedora. *Ajustada*.

—Genial —digo secamente—. ¿Puedes moverte ahora?

Él tararea y presiona contra mí de nuevo, esta vez empujando hasta que mi espalda está al ras contra el refrigerador. Cuando levanta la mano, mis dedos se clavan en su camisa, mi corazón late con fuerza en mis oídos, y me aparta un mechón de cabello de la frente antes de ahuecar mi mandíbula.

Sus ojos verdes parpadean desde mi cara hasta mis labios. El calor explota en mi estómago.

—Suéltame —me las arreglo para decir con voz áspera.

—No.

—No era una pregunta —siseo—. Y quiero que dejes en paz a mi familia. No estoy jodidamente bromeando.

Empuja sus caderas contra mí y se inclina hacia abajo, su aliento se desliza por mi cuello, provocando escalofríos por mi columna.

—No estoy muy seguro de quién crees que soy —susurra—. Pero claramente me has confundido con alguien a quien le importa una mierda lo que quieres.

Aprieto los dientes, la ira sangrando en mi visión hasta que se oscurece alrededor de los bordes.

—Entonces, si quiero cenar en tu casa —continúa—. Si quiero hacer negocios con tu papá... si quiero follarme a tu ingenua hermana mayor, entonces eso es lo que haré.

Mi pecho se contrae, las fosas nasales se dilatan cuando vuelvo la cara hacia un lado, tratando de controlar mi temperamento. La *única* vez que no tengo mi arma.

—¿Me entiendes, niña bonita?

Dejando escapar una risa baja, asiento con la cabeza, sumerjo la punta de la lengua y la paso por el borde de mi labio inferior.

Sus ojos siguen el movimiento, de la misma manera que lo hicieron la noche que nos conocimos en el club.

Me levanto de puntillas hasta que nuestras narices rozan, el olor a canela y pino nadando a través de mis sentidos.

—Vete a la mierda.

Sonriendo, empujó su pecho con tanta fuerza como puedo. Él no se mueve mucho, pero es suficiente para que me escape de su agarre y me deslice debajo de su brazo, y me alejo lo más rápido que puedo, mi corazón golpeando mis costillas con cada paso.

9
NICHOLAS

—¿Dónde estamos? —Preguntó, mirando alrededor del estacionamiento.

Ya lo sé, por supuesto. Estamos en The Yellow Brick, que es un club de striptease en el corazón de Kinland, propiedad de nada menos que el mismo Farrell Westerly.

Liam, uno de los socios de Farrell a quien se le ha encomendado la tarea de cuidarme, sonríe mientras se peina hacia atrás sus grasientos mechones rojos en el espejo retrovisor de su auto.

—No juguemos, ¿de acuerdo, torre? —dice, girándose hacia mí y encendiendo la punta de un cigarrillo—. Ambos sabemos que *tú* sabes dónde estamos.

Mi corazón se dispara en mi garganta. *¿Es esto una trampa? ¿Me atraparon?*

—¿Qué diablos se supone que significa eso?

Él frunce el ceño.

—¿Esperas que crea que no sabes lo que es un club de striptease?

El alivio inunda mi sistema y mis músculos se relajan. Solo está siendo un imbécil. Me recuesto en el asiento de mi auto y sonrió.

Frunce los labios.

—Debe ser agradable entrar tan rápido con Skip.

Me encojo de hombros, sin molestarme en responder. Para ser completamente honesto, estoy tan sorprendido como cualquier otra persona que Farrell me haya dado acceso a su persona tan fácilmente; que me permitió entrar a su casa y reunirme con él cara a cara. Que a él no parece importarle si su 'orgullo y alegría' quiere follarme de seis maneras a partir del domingo y que, al menos a los ojos de todos los demás, estoy entreteniendo la idea.

Y eso me dice una de dos cosas. O Farrell Westerly es el hijo de puta más tonto que jamás haya dirigido una red de crimen organizado, o se ha vuelto demasiado confiado y descuidado.

De cualquier manera, surge la pregunta de cómo diablos construyó tal imperio en tan poco tiempo si este es el tipo de decisiones que toma.

Liam gruñe antes de abrir la puerta de su auto y cerrarla de golpe detrás de él, arrojando su cigarrillo medio quemado al suelo. Hago lo mismo, el aire fresco de la noche me azota la cara cuando salgo del vehículo y camino hacia la puerta principal.

La grava suelta del estacionamiento del club cruje debajo de mis zapatos mientras nos dirigimos a la entrada principal, y me hundo en mi papel de Brayden, mi mano recorre la cadena en mi cuello, tirando de ella para que descanse sobre mi camisa en lugar de debajo de ella. El minúsculo cable interior no capturará mucho video si estuviera escondido debajo de la tela.

El interior es exactamente lo que esperarías del nombre. El piso es casi negro y está acentuado con paredes de ladrillo amarillo apagado. Los sofás bordean el perímetro con áreas VIP escondidas a lo largo de la parte posterior. La iluminación tenue y la música que suena a través de los parlantes crea una atmósfera de club, pero en lugar de ser abrumadora, es relajada. Hay un bar en el extremo derecho que se extiende por toda la longitud del edificio y en el centro de la sala hay un gran escenario con un poste. Los escenarios circulares más pequeños están dispersos por todas partes, todos ellos con mujeres en diversas etapas de desnudez.

Conozco el diseño de este lugar por dentro y por fuera, después de haber mirado los planos arquitectónicos hasta que me sangraron los ojos. Pero verlo en persona es diferente.

La mano de Liam golpea mi hombro, apretando.

—Mira todas las tetas que quieras después, vamos.

Me muevo detrás de él mientras pasa por el escenario principal y pasa por el bar, apenas echándole a nadie una segunda mirada mientras se dirige a la parte de atrás donde están las áreas VIP. Giro mientras caminamos, tratando de tener una visión de la mayor parte de la habitación posible. Hay un pasillo largo con puertas ciegas y él pasa por delante de las dos primeras antes de abrir la tercera con agresividad, el sonido de la misma golpeando contra la pared dura en

mis oídos.

Un hombre se sienta en el centro de una cabina en forma de U con un cigarro en la boca y una botella de Don en el centro de la mesa. Levanta la cabeza. La chica en su regazo ignora por completo que estamos aquí y continúa frotando su coño desnudo encima de él.

—Liam, amigo. —Él mira alrededor de su hombro—. ¿A qué debo el placer?

—Tony. —Liam hace crujir los nudillos, luego mete la mano en el bolsillo y saca un collar de esmeraldas. Mi estómago se contrae cuando me doy cuenta de que es el que dije que era falso.

Lleva su brazo hacia atrás y luego lo arroja. Golpea a la mujer en la espalda y ella grita, tartamudeando en su movimiento.

El rostro de Tony cae, la tranquilidad relajada que estaba presente transformándose en algo más siniestro. Pone sus manos en las caderas de la bailarina, deteniéndola. Él le aprieta el culo con fuerza y gime como si no pudiera soportar la idea de dejarlo ir antes de tocarla con la palma de la mano.

—Dame unos minutos, muñeca.

Ella se levanta de él y nos roza los ojos a Liam y a mí antes de abandonar la habitación por completo.

Se ajusta la cintura de sus pantalones antes de señalar a Liam con un dedo con un anillo de oro.

—Será mejor que tengas una buena razón para hacer lo que acabas de hacer.

Liam levanta la barbilla.

—¿Estás vendiendo falsificaciones a Skip ahora?

Mi pecho se aprieta, mis ojos van y vienen entre ellos.

Jodidamente genial.

—Por favor. —Tony se ríe—. Vete a la mierda de aquí con eso.

Liam levanta las cejas y señala con el pulgar en mi dirección.

—Este tipo dice que lo haces.

—Tonterías —escupe Tony, sus ojos entrecerrándose en mí—.

¿Estás diciendo que di un fugazi?

Aprieto la mandíbula, queriendo estar en cualquier otro lugar que no sea esta habitación. Porque no, *él no*, en toda la actualidad.

—Vamos, amigo. No juguemos.

—¿Y ahora me llamas mentiroso? —Se sienta derecho, mirando a Liam—. ¿Quién diablos es este tipo? ¿Vienes aquí y me acusas de mierda? No tengo que responderle a nadie. Ni siquiera a tu puto jefe.

Liam niega con la cabeza.

—Quiere su dinero, Tony.

Se recuesta, cruza la pierna sobre la otra rodilla y sonríe.

—Dile que me facture.

Hay un momento intermedio en el que considero lo que estoy a punto de hacer, pero es solo eso; un momento. Necesito ganarme la confianza de Farrell lo suficiente como para entrar en el círculo íntimo y, independientemente de las repercusiones, le llegará la noticia.

Me rio antes de lanzarme hacia delante y agarrar a Tony por la nuca, golpeando su cabeza contra la mesa de cristal. El sonido de la rotura es fuerte, y un dolor punzante se dispara por el costado de mi brazo, un goteo constante de líquido se filtra de un corte en mi muñeca.

—Sí, sí —espeta Liam, tirando de mí hacia atrás mientras Tony lucha y grita en el fondo—. Por el amor de Dios, torre, contrólate. Por el amor de Dios.

Me burlo, lanzando mi brazo hacia él.

—¿Vas a dejar que un don nadie te falte el respeto, falte el respeto a Skip de esa manera? ¿Aquí? ¿En tu territorio? —Niego con la cabeza—. No, conmigo no. Así no.

—*Vattela a pigliare in culo* —Antonio escupe.

—¿Qué mierda dices? —Respondo, volviéndome para ir hacia él de nuevo. Los estallidos falsos de violencia me hacen sentir como una mierda, pero todo sobre mi personalidad tiene que encajar en el molde. Él habla perezoso, el mal genio y los estallidos de violencia. Ese es Brayden, así que en efecto, ese soy yo.

Los ojos de Liam se estrechan, sus fosas nasales se dilatan y agarra la parte delantera de mi camisa, arrastrándome hacia él.

—No puedes golpear en la cabeza a personas con más importancia que tú. Yo puedo pero tú no puedes. ¿Entendido?

Me alejo de su agarre, mi corazón golpeando contra mi pecho por la adrenalina.

—Lo que sea.

—Ve a limpiarte. —Baja la mirada hacia mi mano—. Cristo.

Suspirando, sacudo mi muñeca y me dirijo directamente a los baños, con la esperanza de no haber cometido un error al golpear a un italiano. Asumo que si estuviera pasando el rato en el territorio del oeste, no sería alguien alto en la cadena alimenticia, posiblemente podría llegar a tener ochenta y seis años si la gente se enterara, pero cuando se trata del funcionamiento interno del inframundo, nunca puedes estar demasiado seguro.

Doy vuelta en la esquina y me estrello contra un cuerpo, mis manos salen disparadas rápidamente y agarran los hombros delgados, arrastrándolos hacia mí para mantenernos estables.

Mi muñeca palpita.

Mirando hacia abajo, me encuentro con ojos marrones enojados alineados en negro.

Eveline. *¿Qué diablos está haciendo ella aquí?*

—¿Por qué no me sorprende verte? —dice, levantando una de sus cejas perfectamente arqueadas—. ¿Qué estás haciendo aquí atrás?

Mis ojos la absorben, observando las suaves líneas de su rostro y su camiseta sin mangas de encaje negro cubierta por una sudadera con capucha que está desabrochada en el frente, dejando su escote en pantalla completa.

Debería haberles prestado más atención cuando tuve la oportunidad.

—Se perdió.

Entrecierra la mirada antes de tomar una respiración rápida y

superficial, extendiendo su mano para agarrar mi muñeca.

—¿Qué pasó?

Levantó una ceja, sorprendido por su toque tierno, tan en desacuerdo con la pared que erige cada vez que está cerca de mí.

—No me di cuenta de que te importaba tanto, cariño.

Se gira, tira de mí hacia la puerta más cercana y la abre para que podamos entrar en una gran oficina con madera de caoba y muebles de color burdeos.

—Solo necesito asegurarme de que no te desangrarás en la propiedad de Westerly —murmura mientras me empuja hacia uno de los sofás contra la pared—. Es malo para el negocio.

Me recuesto de buena gana, la tela suave como la mantequilla es tan cómoda que me hundo en los cojines.

—Espera. —Me señala mientras cruza la habitación y entra en la puerta del baño.

No me espero, por supuesto, saltando de inmediato y caminando hacia el escritorio, mis ojos se mueven rápidamente hacia la puerta abierta del baño privado y luego vuelvo mientras me encorvo para permitir que la cámara tenga una buena vista de la parte superior del escritorio. No toco nada, y lo más probable es que no haya nada importante, pero nunca se sabe.

—¿Qué estás haciendo? —La voz de Eveline atraviesa la niebla, haciendo que mi estómago salte hasta mi garganta.

Retrocediendo, paso una mano por mi cabello.

—Husmeando, obviamente.

Sus cejas se juntan.

—Te dije que te quedaras quieto.

Entró en ella hasta que su culo se presiona contra el borde del escritorio y mis caderas se acuñan contra las suyas.

—Y no soy un perro al que puedas ladrar demandas, cariño.

Ella sonríe.

—Siento disentir.

Mi polla se sacude, la excitación lucha contra mi cerebro, advirtiéndome que mantenga la distancia. Mi cerebro pierde, la forma en que parece siempre perder con ella.

—Tienes razón —aceptó, tomando mi mano ilesa y extendiendo la mano para agarrar su cadera y atraerla hacia mí—. Dime que me siente y coma como buena chica, y te juro por Dios que lo haré.

Se me hace agua la boca al pensar en su sabor.

Sus labios se abren, y tengo la más deliciosa imagen de mi polla deslizándose entre
ellos, sus grandes ojos marrones mirándome, y ese aro en la lengua que no tenía la
noche que nos conocimos corriendo a lo largo del eje.

—Este escritorio vale más que tu vida —susurra—. Y estás sangrando por todas partes.

Salgo de mis pensamientos, me doy cuenta de que mis dedos se están clavando en la carne de su trasero, y doy un paso atrás, soltándome como si me hubiera prendido fuego antes de mirar hacia abajo, donde hay un pequeño charco de agua roja en la madera.

Jesús, ¿qué diablos me pasa?

Un fuerte suspiro brota de la boca de Eveline y luego me toma de la mano de nuevo,
de vuelta al sofá, lanzándome como una muñeca de trapo en él. Se sienta a mi lado, arrastrando mi brazo sangrante a su regazo. Luego agarra el botiquín de primeros auxilios y se pone a trabajar, vertiendo agua oxigenada sobre la herida.

El aguijón atraviesa mi piel y me hace silbar.

—Ay. Mierda.

—Ups. —Ella me mira con los ojos muy abiertos—. ¿Dolió?

Se hace un silencio cuando saca el antiséptico y la gasa, limpia la herida y la frota, con los ojos enfocados con láser en la tarea que tiene entre manos.

Se me encoge el estómago y aprovechó el momento para mirarla, de verdad mirarla, preguntándome de nuevo qué está haciendo aquí y cómo se siente acerca de la profesión elegida por su

familia. La tristeza gira a través de mi centro mientras pienso en todo lo que podría ser.

Tal vez no sea demasiado tarde. Tal vez pueda sacarla.

—¿Por qué me mentiste sobre tu nombre? —pregunta sin levantar la vista de donde está vendando la herida.

Mi pecho se retuerce.

—La misma razón por la que no me diste el tuyo.

Traga audiblemente y me mira a través de sus pestañas, sus ojos se mueven de un lado a otro rápidamente, como si estuviera tratando de ver más allá de la fachada y sacar mi alma. Sus labios se separan y mis abdominales se tensan, el aire se espesa y llena el espacio entre nosotros hasta que se siente como si fuera a partirme por la mitad.

Su cara está a una pulgada de la mía y cuando exhala, inhalo, tratando como el infierno de recordar que ella es el enemigo. Que estoy aquí para derribarla a ella y a todos los que le importan.

Que nada de esto es real.

No puede ser real.

De repente, la puerta se abre y se golpea contra la pared, lo que nos separa de un salto. Liam entra, se lanza directamente hacia nosotros y empuja su dedo grueso en mi cara.

—Vuelve a joderlo así, y pondré una bala en tu jodida boca. ¿Me entiendes?

Las cejas de Eveline saltan y se pone de pie, moviéndose a través de la habitación para sentarse detrás del escritorio.

Me recuesto en los cojines del sofá.

—¿Recuérdame cuando comencé a trabajar para ti, Liam?

Sus mejillas se ponen rojas, su cuerpo se tensa, sus manos se cierran en puños como si estuviera a punto de intentar golpearme. El tipo tiene problemas de ira, seguro.

—Cuando terminen de medirse las pollas, no duden en decirme qué está pasando —interrumpe Eveline.

Se da la vuelta para mirarla, los mechones de su cabello rojo

caen sobre su frente.

—No te preocupes por lo que están haciendo los grandes, cariño. Solo siéntate ahí, luce bonita y calcula los números como te pide tu papá.

Así que ella está haciendo los libros. Mierda.

Él llamándola *cariño* arde profundamente en mis entrañas, porque llamarla así es mi manera de molestarla, no la suya. Cada vez que lo digo, mi polla se sacude por el rubor enojado que enrojece su piel. Cuando el *cariño* cae de sus labios quiero ponerme de pie y hundir su cara en el cristal como hice con Tony hace unos minutos.

Toda la personalidad de Eveline cambia en un instante. Ella inclina la cabeza hacia un lado y sonríe.

—¿Vienes otra vez?

—¿Por qué no nos das un minuto? —Liam continúa.

Claramente, Liam no ve el cambio.

Eveline coloca sus delicadas manos sobre el gran escritorio de caoba, deja caer la cabeza y la sacude de un lado a otro mientras cierra los ojos y pronuncia lo que parecen números.

—Vamos, Evie. No necesitas escuchar todo esto —intenta de nuevo, guiñándole un ojo esta vez—. Sé que te gusta jugar a ser el jefe cuando Skip no está, pero esto es cosa de hombres, ¿de acuerdo?

Sus ojos se abren y se afilan como una cuchilla mientras toma un par de sobres de la esquina del escritorio y un abrecartas plateado antes de caminar hacia la puerta.

—Claro, mi culpa.

Mis cejas se elevan, sorprendido de que se haya marchitado tan rápido, pero debería haberlo sabido mejor. Ella alcanza a Liam y lo empuja con fuerza contra la pared, usando todo su cuerpo para inmovilizarlo, el abrecartas presionando su entrepierna y el tacón delgado de esas botas que siempre usa apuñalando su pie.

Él empuja hacia atrás contra ella, sus manos en sus hombros, y me muevo para saltar entre ellos, pero rápidamente me doy cuenta de que no hay necesidad. Ella lo somete fácilmente.

En realidad, es una vista bastante cómica, una chica bajita que ni siquiera supera los dos metros con un hombre alto de más de seis pies a su merced.

Me siento, medio disgustado por lo que es capaz de hacer y la otra mitad asombrado por el poder que de repente está exudando.

—Ya sabes —comienza—. Siempre me he preguntado cómo se sentiría cortar los testículos de un hombre.

Él se sacude de nuevo, pero ella cambia su peso, su talón puntiagudo se clava en su pie hasta que él gime de dolor. Sus manos se tensan a los costados, pero incluso él no es lo suficientemente estúpido como para intentar nada mientras ella tiene una cuchilla afilada contra su pene.

Ella inclina la cabeza.

—¿Debería probarlo contigo?

—Evie, vamos. No lo pierdas ahora mismo. —Su voz es tensa —. Tu papá me matará si tengo que lastimarte.

—¿Perderlo? No estoy perdiendo cualquier cosa —dice, mirándome—. La gente parece pensar que tengo problemas con el control de los impulsos. ¿Puedes creerlo?

Ella se ríe, y yo estoy congelado, atrapado a medio camino en mi asiento ya medio camino de ponerme de pie, el ardor en mis muslos no se compara con el pánico que se arremolina a través de mi cintura y me sube a la garganta.

Los ojos de Liam se posan en mí, y yo... no sé qué carajo hacer. Debería detener lo que sea que sea esto, lo que hay que hacer es detenerlo, pero la otra parte de mí, quizás la parte más vengativa, quiere dejar que se desarrolle. Entrar es un riesgo. Uno que no puedo permitirme tomar.

—Oh, no —le arrulla a Liam—. Brayden no puede ayudarte. Me ha asegurado que es increíblemente experto en seguir instrucciones. —Su mano presiona el abrecartas más adentro de la entrepierna de Liam—. ¿No es así, perro?

Él gime.

—Discúlpate —exige ella.

—Lo siento —dice con voz áspera.

Ella chasquea la lengua.

—Como un hombre. Dando lo mínimo y esperando que estemos satisfechos. Dilo como lo dices en serio, Liam, y tal vez no dejes esta habitación como un eunuco.

Él traga.

—Lo siento, Evie. Me equivoqué. No volveré a faltarte el respeto.

Ella se acerca y le da palmaditas en la mejilla dos veces.

—Buen chico.

Cuando lo deja ir, se da la vuelta y se aleja rápidamente, sin molestarse en mantener los ojos en él, como si estuviera completamente segura de que él no buscará venganza a sus espaldas.

Mis ojos, sin embargo, no lo dejan ni un segundo. Solo por asegurarme.

No lo hace. Simplemente se aclara la garganta y ajusta su ropa arrugada mientras se endereza de la pared.

Caminando hacia el escritorio, gira el abrecartas entre sus dedos, mostrándome una sonrisa. Liam y yo estamos en silencio, y ella no tarda mucho en darse cuenta.

Ella se ríe y juro que ningún otro sonido me ha enviado un escalofrío como este.

—Ay, cálmate. Solo bromeaba. Es como dijiste, Liam. Solo estoy aquí para hacer los libros de papá. Les dejaré el 'negocio' a ustedes, hombres grandes y fuertes. —Sus ojos van a mi muñeca vendada—. Claramente lo manejas muy bien.

Ella sonríe de nuevo, esa misma sonrisa delgada sin dientes y ojos llameantes que siempre da, y entonces me doy cuenta de que Eveline Westerly *no* es una buena chica.

Y ella absolutamente no puede ser salvada.

10
EVELINE

He estado pensando constantemente en cómo sometí a Liam, frente a Brayden, hace dos noches. Fue estúpido de mi parte, y ahora Brayden me mira diferente.

Donde antes era rápido en seguirme, irritándome con su sonrisa y sus preguntas estúpidas, ahora mantiene su distancia.

Teniendo en cuenta que no me gusta de todos modos, no me molesta.

Lo que me molesta es el hecho de que prácticamente se mudó y se convirtió en otra extensión de la familia Westerly. Siempre está cerca, pasando el rato con Zeke o susurrándole cosas al oído a mi hermana, y cuando no está con ninguno de ellos, está haciendo carreras para mi papá, recaudando cuotas de negocios o ayudando a mantener a raya a nuestros traficantes de bajo nivel.

Mi padre parece no tener ningún problema en confiar en él, lo cual, francamente, me deja boquiabierta porque mi padre es notoriamente paranoico. Siempre lo ha sido, y eso se multiplicó por diez cuando salió del corral y se dio cuenta de que Nessa había cambiado el paisaje de nuestro nombre donde falló la primera vez. Duda en traer nuevas personas o socios y aún más protector de quién tiene acceso directo a él. Y a Dorothy.

Es por eso que termino haciendo todo lo que implica más que un simple proceso de pensamiento.

Así que hay algo desagradable en la forma en que ha permitido que un completo extraño entre en su redil. Sé que Zeke respondió por él, y no es que no confíe en la palabra de Zeke, pero no confío en los demás, y Brayden podría estar mintiéndole a Zeke tan fácilmente como el resto de nosotros.

Estoy en la trastienda del invernadero, con el equipo de protección puesto, mis gafas protectoras sobre mis ojos y una máscara KN95 sobre mi cara cuando suena mi teléfono.

Casi no respondo, pero en el último segundo, por alguna razón, me quito el guante amarillo de la mano y lo agarro.

—Estoy ocupada —siseo en el teléfono, colocándolo en el altavoz y colocándolo sobre la mesa.

Observó el bidón de aceite de cincuenta y cinco galones al otro lado de la habitación sobre una plataforma de acero con un quemador debajo.

—Está bien, pero tengo la información que querías —dice Cody—. Supongo que volveré a llamar más tarde.

—Espera.

Él se ríe.

—Mierda, estás ansiosa. ¿Qué estás haciendo de todos modos?

Suspiro, camino hacia el bidón de aceite, presiono un botón para encender el fuego debajo, y luego me muevo hacia la mesa y cruzó los brazos.

—Me estoy asegurando de que sea digno de confianza ya que a nadie más en mi familia parece importarle una mierda.

—Bueno, lo comprobé.

Mis cejas se elevan.

—¿Lo hiciste?

Agachándome, recojo los quince kilogramos de opio crudo que desangré de las vainas de las semillas, me duelen los músculos mientras los llevó hacia el tambor y los dejó caer en el agua hirviendo.

—Sí. Brayden Walsh. Nacido hace treinta y dos años en Chicago de una madre soltera que murió de cáncer cuando él tenía dieciocho. Ningún otro pariente.

—Interesante —murmuró, aunque estoy segura de que Cody no puede oírme.

—Probablemente para lo mejor. No muchas familias estarían orgullosas de la hoja de antecedentes penales que ha acumulado. Honestamente, es un poco impresionante.

Sonriendo, caminó hacia mi teléfono y muevo la máscara hasta mi cuello.

—O vergonzoso ser atrapado tantas veces.

—Cierto. Pero él mantiene sus crímenes pequeños o no es lo suficientemente malo como para ser atrapado por los grandes. Nunca ha pasado más de unos pocos meses tras las rejas.

Paso mi anillo de la lengua contra la parte posterior de mi labio.

—¿Eso es todo? ¿Nada parecía… raro o extraño?

—No. Sabes, Evie... no todo el mundo quiere atraparte. Un día tal vez te des cuenta de eso.

Mi pecho tira.

Honestamente, pensé que me sentiría aliviada de que Brayden sea quien dice ser.

Después de todo, significa que no le está mintiendo a mi familia. Pero por otro lado, me enoja irracionalmente que me mintiera cuando nos conocimos. Me gustaba el desesperado.

No tiene mucho, pero tiene la jodida audacia.

—Mmm.

—¿Qué significa eso? —pregunta Cody.

—Eso significa 'hmm', Cody, no siempre tiene que significar algo.

—¿Por qué suenas cortada? —él continúa—. No sé dónde estás siempre que tu teléfono se corta así, pero honestamente, tu servicio de celular apesta.

Mis músculos se tensan, molesta por haber contestado el teléfono en primer lugar. Es en momentos como estos en los que desearía no haber cableado el invernadero con tecnología, porque daría cualquier cosa por estar completamente fuera de contacto mientras estoy aquí.

—Te lo dije, estoy ocupada.

Me acerco, presiono finalizar llamada antes de que pueda decir algo más, y deslizo mis dedos dentro del guante amarillo, dejando que la goma se rompa contra mi piel. Vuelvo al bidón de aceite, agarró el palo que uso para remover y lo dejó caer en el agua hirviendo, haciéndolo girar.

De todas las cosas que hago por mi papá, esta es mi favorita. Se necesita habilidad y precisión para crear heroína, y más aún cuando ha elaborado un proceso impecable que produce una droga tan pura que nadie más puede igualarla.

Dominé el arte cuando era solo una niña, cuando Nessa estaba a cargo, cansada de verla recibir tratos de mierda de hombres de mierda que la trataban de manera diferente porque tenía una vagina. Y aunque Nessa era muchas cosas, mi mentora y mi mejor amiga, hablaba demasiado suave cuando importaba. Ella no hizo a la gente tener miedo lo suficiente, y como resultado fue maltratada.

Pero cuando falló, aprendí.

Y cuando nuestro papá salió del corral, se dio cuenta de que tenía una mina de oro en la punta de sus dedos. Pasé tres años construyendo este invernadero subterráneo para mí y nunca miramos atrás. Bien, él *nunca* miró hacia atrás.

Un grueso nudo surge en mi garganta, el dolor se eleva como un maremoto y amenaza con volcar mi control. Mis dedos enguantados agarran la barra hasta que siento que se romperán. Cierro los ojos y cuento hacia atrás.

Diez. Nueve. Ocho…

Exhalando un suspiro lento, abro mis párpados, ignorando la quemadura aguda detrás de mi nariz mientras trago el dolor. Lento pero seguro, muere hacia abajo, permitiéndome empujarlo en la oscuridad donde puedo mantenerlo oculto, incluso de mí misma.

11
NICHOLAS

Farrell se sienta en la oficina de su casa, su loción para después del afeitado amaderada es tan fuerte que flota sobre su escritorio y se instala en mi nariz sin siquiera respirar.

Su cabello plateado está peinado hacia atrás, más largo en la parte superior y muy corto a los lados, y me mira con ojos oscuros y calculadores, sus dedos tatuados recorriendo la parte inferior de su mandíbula. Está girando hacia adelante y hacia atrás en su silla solo un poco. Una y otra vez repite el movimiento, un crujido que imita el chasquido de un reloj.

Esta es una táctica común. El silencio. La mirada fija. La contemplación mientras me siento en la silla caliente y espero lo que sea que me llamó aquí para decir. Todo está destinado a intimidar, pero nada de eso vale la pena. Necesitas temer a alguien

para que sus tácticas funcionen y aunque es innegable que Farrell Westerly es una persona peligrosa, no le tengo miedo. Él debe temerme.

Entonces, si él quiere sentarse aquí en silencio, estoy listo.

Cruzo la pierna sobre la rodilla opuesta y doy golpecitos con los dedos en el brazo de la silla, esperando pacientemente hasta que haya tenido suficiente.

Finalmente, habla.

—Me enteré de lo que le hiciste a Tony. —Junta sus dedos debajo de su barbilla—. ¿Tienes algo que decirme sobre eso?

—Sí, debería haberlo golpeado más fuerte. —Me encojo de hombros.

Los labios de Farrell se contraen.

—Sabes que es el primo pequeño de uno de los capos de los Cantanelli. Podrías causarme un montón de mierda corriendo y haciéndolos sangrar.

—Con todo respeto, Skip… ¿vas por ahí dejando que la gente,

sin importar quiénes sean, te venda piedras falsas y te falte el respeto en tu propio club? Eso no me sienta bien.

—¿No? —él pide.

—No. A la mierda con ese tipo. Debería estar besándote los pies por no poner una bala en su cabeza en el momento en que te diste cuenta de lo que hizo. Y no soy idiota, independientemente de lo que pueda pensar tu matón Liam. —Inclinándome hacia adelante, descanso mis codos en mis rodillas, manteniendo nuestro contacto visual para que sepa lo serio que hablo—. Sopeso las opciones de todo lo que hago. Antonio Cantanelli, un italiano, en tu ¿club? —Niego con la cabeza—. Él no es ningún problema. Su primo lo mataría primero por poner un pie en Kinland.

Sus cejas se levantan y una sonrisa se dibuja en su rostro.

—Tienes mucho bronce, chico. Me gusta.

Se pone de pie, camina alrededor del escritorio y se apoya contra el borde, sus manos deslizándose en los bolsillos de los pantalones de su traje gris. Saca un Black & Mild y se lo mete en la boca, agarra una caja de fósforos de la esquina de su escritorio y enciende el extremo. El olor impregna la habitación de inmediato, haciendo que mi estómago se revuelva.

Jodidamente odio ese olor. Me recuerda al novio de mi mamá y todos los recuerdos de mierda que vienen con él. El hombre nunca iba a ninguna parte sin un Black & Mild colgando de su boca picada de viruela.

—¿Recuerdas a Evie? —pregunta, mirando fijamente la cerilla encendida. Mi corazón da un vuelco, las náuseas cada vez más fuertes. *Ojalá nunca lo hubiera hecho.*

—Brevemente. No es realmente un pájaro social, ¿verdad? —sonrío

Él se ríe, expulsando una nube de humo.

—Ella es de una raza diferente, eso es seguro. Nada como mi Dorothy. Pero cuando se trata de eso... nadie más a quien preferiría tener a mi lado que a ella.

Mis cejas se levantan y mis músculos se tensan, la anticipación hace que mis nervios canten.

No estoy seguro de lo que está a punto de decir, pero sea lo

que sea se siente importante.

—Qué bueno de una hija, ¿eh? —Yo bromeo.

Se pasa la lengua por los dientes mientras mira el cigarro.

—No sé si esas son las palabras que usaría. —Se golpea la sien y la ceniza cae al suelo—. Ella es inteligente como el infierno. La mujer más terca que jamás conocerás, pero ¿qué cerebro tiene? Tan bueno como el oro.

Me siento hacia adelante.

—¿La tienes corriendo mierda por aquí?

Su mirada se agudiza y levanta su cabeza hacia mí.

Mi estómago se revuelve. *Pregunta estúpida. Demasiado entrometido.*

—Ella hace lo que sea que le digo que haga. —Me señala—. Y tú también. Ahora trabajas para mí, ¿entendido? No más de esta mierda de hurto menor. Puedo darte dinero. Dinero *real*... pero tienes que hacer negocios a mi manera. Eso significa que si digo salta, tú preguntas qué tan alto.

Asiento, tragando. Esto es exactamente lo que necesito.

—Y cálmate con las malditas preguntas. Jesús, eres como mi madre, que en paz descanse.

Sonrió.

—Mi error, Skip. Tengo una personalidad curiosa.

Él gruñe, fumando su cigarro de nuevo y luego moviéndose para rascarse la ceja poblada.

—Evie hará rondas las próximas semanas por mí, haciéndose cargo de algunos recados mientras mi chico habitual está fuera.

Mis entrañas dan un brinco de genuina sorpresa. *¿Tiene a Eveline haciendo carreras?*

Frunce los labios.

—Irás con ella. Serás su músculo, cuídala y continúa aprendiendo las cuerdas al mismo tiempo. ¿Entiendo?

El temor se hunde en mi estómago, a pesar de que esto es exactamente lo que hemos estado esperando.

Es solo que desde que se burló de Liam, he hecho todo lo posible para evitarla. No tengo lugar para una distracción como ella, y me jode la cabeza.

Físicamente, nunca he querido derribar a alguien y llenarla más con mi polla, pero mentalmente, ella me llena de disgusto.

Jamás entenderé cómo alguien puede estar tan enredado en poner droga en las calles y dormir tranquilo por las noches.

Putas sucias ratas callejeras, todas ellas.

Pero salir a hacer mandados es exactamente lo que necesito hacer para recopilar información. Entonces, aunque originalmente pensamos que Dorothy era mi entrada, tal vez sea Eveline en su lugar. Y tendré que hacer lo que sea necesario para llegar a un acuerdo con eso.

—Entra y cállate —dice Eveline mientras camina a mi lado, su falda negra vaporosa silbando en sus rodillas y esas mismas botas hasta los muslos en sus pies.

—¿Cómo puedes conducir eso? —preguntó, deslizándome en el lado del pasajero de su Range Rover.

Ella suspira, pasándose una mano por la cara.

—Cerrar la boca generalmente incluye menos hablar y más silencio.

Me estiro, haciendo clic en el cinturón de seguridad sobre mi pecho.

—Tengo derecho a hacer preguntas. Estás a cargo de mi vida en este momento.

Ella se burla.

—Lo digo en serio. ¿Qué pasa si chocamos porque tus

diminutos pies en esos ridículos tacones de dieciocho pulgadas no pueden sentir los pedales?

—Miden seis pulgadas. —Sus ojos se desvían hacia mi regazo mientras arranca el auto—. Pero no me sorprende que exageres.

—Creo que ambos sabemos que no necesito estirar la verdad, cariño.

Ella ríe.

—Por supuesto.

—¿Qué significa eso? —Arrugó la frente.

Permanece en silencio, con los ojos en la carretera mientras sale del largo camino, ignorando a los guardias de seguridad en la puerta y gira hacia la carretera principal.

La irritación se clava en mis entrañas como mosquitos.

¿Con quién diablos ha estado ella que es más grande que yo?

—No pienses demasiado, te lastimarás —bromea.

—¿Adónde vamos de todos modos? —Cambio de tema, apoyando mi brazo contra la puerta del auto.

—No es asunto tuyo.

—Tu padre parece pensar que es asunto mío.

Ella me mira de reojo.

—Sí, bueno, mi papá no es conocido por sus habilidades para tomar decisiones.

Me inclino.

—Entonces, ¿por qué es conocido?

—¿Buscando información otra vez, acosador? ¿Qué eres, un policía?

Las palabras se envuelven alrededor de mi cuello como una soga y me golpeo en mi asiento.

—Solo estoy haciendo una conversación, cristo.

—Bueno, detente.

No respondo, me tomo un tiempo para observarla mientras conduce, mis ojos se empapan de sus rasgos, el delineador oscuro y las largas pestañas no hacen más que resaltar la estructura ósea casi perfecta de sus mejillas. Su cabello está recogido en un moño desordenado y su camiseta sin mangas negra se estira apretada contra sus senos.

Maldita sea, ella es hermosa.

—¿Haces esto a menudo por tu papá?

Ella me mira.

—Lo hago lo suficiente.

Asiento con la cabeza hacia su atuendo.

—¿Por qué la falda? No es realmente el mejor atuendo para tratar con traficantes de drogas y sacar dinero de las tiendas.

Su mandíbula se aprieta.

—Preocúpate por ti mismo.

Riendo, niego con la cabeza.

—Estás tan tensa. Creo que necesitas que te follen de nuevo. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

Ella no responde, pero no extraño la forma en que sus nudillos se ponen blancos alrededor del volante.

La satisfacción se burla de mi cintura y arqueo una ceja.

—¿Fui *yo*?

Ella resopla.

—No te halagues a ti mismo.

—Solo estoy preguntando. —Lanzó mis manos hacia arriba, con las palmas hacia ella.

—Es dolorosamente predecible que esperarías que mis emociones estén ligadas a si tengo o no una polla dentro de mí.

Me encojo de hombros, sonriendo.

—Solo trabajando con la experiencia, cariño.

—Deja de llamarme así. No soy tu *cariño*. —Ella aprieta su agarre en el volante.

—¿Alguna vez has oído hablar de la manifestación? —replico —. Tienes que hablar para que las cosas existan. Tal vez si lo digo lo suficiente, dejarás de ser tan perra.

El auto se detiene y ella se gira para mirarme, esos ojos marrones me succionan como un vórtice.

—¿Entonces eso es todo? —Ella se lame los labios—. ¿Crees que debería encontrar a otro hombre que pueda arrojarme contra la pared del baño y follarme hasta que grite?

Mi abdomen se contrae y mi boca se seca.

—No podría doler —de alguna manera me las arreglo para decir con voz áspera.

Su mirada se desliza hacia abajo.

—No, estoy de acuerdo. Definitivamente no podría doler.

Mis ojos se estrechan, pero no hablo de nuevo, no queriendo darle más municiones para herir mi orgullo. No puedo decir si solo está siendo maliciosa o si está tratando de decirme algo, y de cualquier manera, ya no tengo ganas de seguir sus juegos.

El auto se queda en silencio, nada más que la irritación latente que persiste en el aire entre nosotros. Me da tiempo para perderme en mis pensamientos, ver las calles pasar rápidamente mientras conducimos, memorizar el diseño en caso de que esté en algún lugar que necesite saber para más adelante.

En poco tiempo, nos detenemos en un pequeño grupo de edificios en la avenida principal de Kinland, estacionándonos directamente en frente de Anderson's, una tienda secundaria.

—¿Estás armado? —Ella pregunta.

Mi estómago se contrae y la miró, levantando una ceja junto con el dobladillo de mi camisa. Sus ojos caen hacia donde se ve un trozo de mi estómago y continúa su camino hacia abajo hasta que ve el arma enfundada en la cintura de mis pantalones.

Odio lo bien que se siente tener sus ojos en mí.

Traga saliva y apaga el auto, su brazo apenas roza mi pecho mientras se acerca a la consola y abre la guantera.

Una bocanada de algo floral y terroso golpea mi nariz, y mi polla se sacude. Aprieto los dientes, asqueado por la reacción de mi cuerpo. *Jodidamente contrólate.*

Saca una Desert Eagle de oro rosa, y mis ojos se abren cuando la veo acariciarla con amor.

—Gran arma para una niña tan pequeña.

—Sabes, realmente tienes una obsesión con el tamaño. —Ella tira hacia atrás de la diapositiva a la recámara de una ronda—. ¿Me pregunto por qué es eso?

Agarra la parte inferior de su falda negra, deslizándola por su piel impecable. Mis venas se calientan y mi estómago se retuerce mientras expone su pierna centímetro a centímetro. Quiero mirar hacia otro lado, sé que *debería* mirar hacia otro lado, pero estoy paralizado mientras continúa levantando hasta que aparece una funda en el muslo.

Me tragó un gemido. *Maldito infierno.*

Desliza su arma en su lugar antes de dejar caer la falda hacia abajo y pasar las manos por la tela.

—Para responder a tu pregunta anterior, las faldas permiten un fácil acceso. —Ella me mira—. Pero eso ya lo sabes, ¿recuerdas?

Destellos de mí levantando su falda alrededor de sus caderas y hundiéndome en su carrera a través de mí, y muerdo el interior de mi mejilla, mi polla ahora tan dura que duele.

Antes de que pueda siquiera formular un pensamiento, abre la puerta y salta fuera.

—Vamos, acosador. Vamos a buscar nuestras cuotas.

12
EVELINE

Benny Anderson es un hombre bajo con cierta actitud. Él piensa que porque ha vivido en Kinland la mayor parte de su vida, eso significa que dirige el lugar y todos los que están en él. De todas las personas con las que tratamos en las calles, él es, con mucho, el peor. Pero *tiene* conexiones y *es* uno de nuestros intermediarios, el tipo del que todos nuestros traficantes de drogas de bajo nivel toman su inventario y al que pagan sus cuotas.

Cuantas menos personas tengan contacto directo con nosotros, mejor.

Normalmente, ni siquiera soy yo quien hace estas visitas. Pero cuando hay una necesidad, aquí estoy, y el hecho de que la entrega de Benny se haya quedado corta en quince mil crea la *necesidad* de una visita especial.

Mi estómago se contrae cuando entramos en la tienda secundaria de Anderson, el peso de mi Desert Eagle pesado donde se sienta contra mi muslo. Miro a Brayden, la irritación se contrae debajo de la superficie de mi piel solo con verlo. Realmente, *realmente*, no lo quiero aquí.

Con toda honestidad, quería que esto fuera un concierto en solitario. No necesito músculos que me respalden, y si va a haber algo, prefiero tener a Zeke a mi lado. No estoy completamente convencida de que Brayden no me usaría como escudo para protegerse a sí mismo.

Brayden pasa a mi lado mientras caminamos, cortando frente a mí para agarrar la puerta primero. Agarra la manija y la abre, la campana encima de la puerta tintinea. Por un momento, creo que está mostrando caballerosidad, manteniéndola abierta para que yo camine, pero cuando doy un paso adelante, me suelta y me cierra la puerta en la cara.

Estúpido.

Lanzo mi pie hacia afuera, metiéndolo en la grieta antes de que se cierre por completo, y agarro la perilla, entrando. Brayden ya está

en el centro de la habitación, ignorándome por completo.

El olor a embutido es fuerte y me revuelve el estómago. Mientras camino por la sala, me encuentro con los ojos de los clientes dispersos por las varias pequeñas mesas circulares blancas, sin perder de vista la forma en que todos desvían la mirada, echando pequeños vistazos cuando creen que no estoy prestando atención.

Manteniendo la cabeza en alto, empujo los hombros hacia atrás y me acerco a la caja registradora, al lado de donde Brayden ya está recostado contra el mostrador.

Se cruza de brazos, mirando hacia la habitación, el músculo de su mandíbula palpitando.

—¿Por qué te miran así?

Miro hacia atrás, ignorando la forma en que me empiezan a sudar las palmas de las manos cuando me pregunto qué estarán pensando. *Nada bueno, estoy segura.*

—Lo que los demás piensen de mí no es asunto mío.

Hace una mueca, gira hacia mí y levanta una ceja.

—Eso suena como algo que alguien dice cuando se preocupa *demasiado*. —Se mueve más cerca de mí—. ¿No te importa lo que pienso de ti?

—Preferiría que no pensaras en mí en absoluto.

Él sonríe, esa estúpida sonrisa juvenil que ilumina sus ojos y muestra los odiosamente perfectos hoyuelos en sus mejillas.

—Así que *te* importa.

—¿Alguna vez te callas? —Chasqueo, golpeando mi mano en la pequeña campana.

—¿Alguna vez dejas de ser tan perra? —El devuelve el golpe.

Aprieto los dientes mientras miro el menú de la pizarra escrito con tiza verde oscuro.

—¿Qué puedo ofrecerte? —Pregunta una voz vivaz.

Miro hacia abajo y veo el rostro fresco de una joven, sus ojos van de mí al mosquito a mi lado, las mejillas se sonrojan un poco cuando se detienen en Brayden.

Algo se aprieta en mi pecho.

—¿Dónde está Benny? —Pregunto.

—Oh. —Dice ella, sus cejas rubias se arrugan—. No estoy, eh, no estoy segura de si está disponible.

—No pregunté si estaba “disponible”, pregunté dónde estaba.

Su sonrisa de servicio al cliente se desvanece y mi estómago se contrae, sabiendo que está a punto de hacerme enojar. Abre la boca, pero antes de hablar, Brayden la interrumpe, apoya un codo en la mesa y se inclina hacia ella.

—¿Cuál es tu nombre?

Su sonrisa vuelve a florecer como una flor en el sol.

—Amanda.

—¿De verdad? —Él inclina la cabeza, su mirada obviamente explorando la longitud de su cuerpo—. Te queda.

Su sonrisa se ensancha, y mi pecho arde.

—¿Y rubia también? —Sus ojos se mueven rápidamente hacia mí mientras coloca una palma sobre su corazón—. Mi debilidad.

Entrecierro mi mirada.

—Escucha, estoy seguro de que puedes darte cuenta de que *esta* —señala con su pulgar en mi dirección— no es la persona más agradable con la que estar. Y cuanto antes veamos a Benny, antes podré deshacerme de ella.

Mis cejas se disparan hasta la línea del cabello y cruzo los brazos.

—Entonces, si pudieras ir a buscarlo y hacerle saber que Eveline Westerly está aquí, realmente me estarías ayudando. —Él guiña un ojo—. Libérame más rápido para cosas mejores.

El rubor que tiñe sus mejillas es doloroso y asquerosamente predecible.

—C-claro. —Tartamudea—. Déjame ir a buscarlo.

—Chop chop. —Aplaudo, observándola dar la vuelta y desaparecer por la línea de embutidos hacia las habitaciones traseras.

Mi estado de ánimo se agria considerablemente con cada segundo que estamos aquí.

—Oye, acosador, ¿me haces un favor?

Se acerca y se lame los labios, bajando la mirada a mi escote.

—Depende del favor.

Rechinando los dientes, doy un paso hacia él, colocando mi pie entre los dos suyos.

—No vuelvas a hablar por mí nunca más.

Él sonríe y se inclina ligeramente hasta que nuestros ojos se encuentran.

—Tal vez si fueras mejor para hacer las cosas, yo no tendría que hacerlo.

El fuego se enciende en el centro de mi pecho y golpea hacia afuera, quemando todo a su paso. Mis puños se aprietan, un agudo pinchazo irradia a través de mis palmas por la forma en que mis uñas los presionan.

—Te voy a matar.

Él ríe.

—Ay, *cariño*. Me encantaría verte intentarlo.

Una garganta se aclara, y ambos saltamos hacia atrás, mis entrañas se sienten como restos quemados y brasas ardientes. Y solo entonces me doy cuenta de lo cerca que estábamos y de cómo *todos* en la tienda nos miraban.

—Um —Comienza la chica—. Benny está en la oficina trasera.

Respiro hondo, dibujando una sonrisa en mi rostro.

—Puedo mostrar…

—Conozco el camino. —La interrumpo.

—Vamos. —Le digo a Brayden mientras me alejo.

Cuando llegamos a la oficina trasera, abro la puerta entreabierta de una patada con el pie, disfrutando del salto que hace Benny desde detrás de su viejo escritorio rayado. Hay papeles

apilados hasta los codos y manchas de grasa que cubren su camisa blanquecina.

—Hola, Benny. —Sonrío—. No me estabas evitando, ¿verdad?

—Nop. —Niega con la cabeza—. Yo nunca haría eso, Eveline.

Se enfoca detrás de mí, su nuez de Adán se balancea con su áspero trago.

—¿Quién es el chico nuevo?

—No lo mires. —Me muevo hacia él, deslizando mi mano derecha debajo de mi falda para desenfundar mi arma. Lo recuesto sobre el escritorio, mis dedos se cierran alrededor de él—. Mírame.

Sus ojos se vuelven redondos, pequeñas gotas de sudor se filtran en la línea del cabello.

—Benny —arrullo—. Sabes lo que significa cuando mi padre me envía, ¿verdad?

Él traga de nuevo.

—Escucha, no sé para qué estás aquí. Dejé las bandas anoche con Liam.

Chasqueo mi lengua, suspirando.

—¿De verdad quieres que las cosas sean así?

Enderezándome, camino alrededor del escritorio, manteniendo mis ojos en él todo el tiempo. No me detengo hasta que estoy de pie directamente a su lado. Gira en su silla hasta que está frente a mí.

Levanto mi arma y la presiono contra su sien.

—¿Dónde está el resto, Benny?

Se seca la frente con el dorso de la mano y gruñe.

—Escucha, Eveline. Solo tengo lo que los chicos me dieron…

Gimiendo, muevo mi mano, llevándola hacia atrás antes de golpeársela en la cara.

—¡Mierda! —Grita, la sangre salpica sus papeles dispersos.

—Jesús, Eveline. —Dice Brayden. Lo miro cuando me doy cuenta de que se está moviendo hacia nosotros, y lo que sea que ve

lo hace detenerse a mitad de camino.

Vuelvo a mirar a Benny, empujando el cañón de mi Eagle contra su cabeza otra vez.

—No quiero tener que lastimarte, Benny. Pero realmente no disfruto que la gente cuestione mi inteligencia. Así que esto es lo que haremos. O me das el dinero, o te daré cinco segundos para visualizar a tu esposa e hijos antes de que te vuele los sesos por toda la foto de tu familia.

La respiración de Benny es irregular, y el sonido combinado con las gotas de sangre que se acumulan debajo de su boca y sobre el escritorio es suficiente para hacerme estremecer.

Golpeo la punta de mi bota contra el azulejo.

—No miraría más allá de mi generosidad. No muchos otros en mi posición serían tan amables.

Estoy fanfarroneando. Sería estúpido de mi parte matarlo ahora mismo cuando hay tantos testigos en la tienda. Pero él no necesita saber eso.

—Bien. ¡*Bien,* joder! —Se sienta derecho, mirándome. Sonrío, tirando hacia atrás de mi arma pero manteniéndola apuntada a su rostro—. Mira, no sé dónde está el dinero, ¿de acuerdo? Te di lo que obtuve de los idiotas que venden tu mierda en las calles. Pero tengo algo aquí para compensar la diferencia.

Se agacha y comienza a teclear un código para la pequeña caja fuerte debajo de su escritorio, pero levanto mi pierna rápidamente, presionando el talón de mi bota en la entrepierna de sus pantalones, mi pistola una vez más presionada contra su sien.

—Dale los números. —Asiento hacia Brayden.

Lo hace.

Brayden nos mira a los dos y se acerca, agachándose mientras ingresa el código para abrir la puerta.

Hay pilas de dinero en efectivo que llenan toda la caja fuerte y algunas carpetas manila.

Brayden me mira, agarrando la bolsa negra que está doblada y metida en un costado.

—¿Cuánto estamos tomando?

Sonrío ampliamente.

—Todo ello.

—Eveline, por favor. —Suplica Benny—. Tengo hijos. Bocas que alimentar.

Asintiendo, muevo mi arma hasta que el costado se desliza por su mejilla como una caricia fría.

—Lo sé. —Retirando mi mano de nuevo, la acerco, aplastando mi Eagle en su mejilla por última vez—. Simplemente no me importa una mierda.

13
NICHOLAS

Sólo somos Eveline y yo en el sótano de The Yellow Brick. Estamos sentados en una mesa de roble larga y pesada con una pila de dinero en efectivo sucio en un lado, un paquete de dinero en efectivo en el otro y un contador de dinero justo en el medio.

Eveline actualmente está tomando puñados del dinero no vinculado y canalizándolos a través de la máquina. El volteo de los dólares crea un zumbido similar al de un ventilador en una habitación tranquila y, a pesar de lo que presencié unas horas antes, me siento tranquilo.

Y ella también. Ella parece normal. Completamente en control. Lo cual es tan diferente a como estaba hace unas horas con Benny.

¿Cómo alguien tan jodidamente hermosa puede ser tan malditamente mala?

—Para de mirarme.

Empujo mi silla del suelo con los talones, balanceándome sobre las dos patas traseras.

—Estoy sorprendido, eso es todo.

Ella me mira.

—¿Acerca de?

—Esto. —Muevo mi brazo alrededor de la habitación.

Ella ríe.

—¿Tú, el ladrón de joyas, te sorprenden montones de dinero en efectivo?

—No. —Digo, sacudiendo la cabeza—. Me sorprende que estés tan involucrada. Y tan *violenta*. Probablemente deberías ver a alguien sobre eso.

Sus cejas se contraen cuando el contador escupe otra pila. Ella lo ata, luego lo coloca a un lado.

—¿Sorprendido porque soy una mujer?

—No, porque tú eres *tú*.

Ni siquiera sé a qué me refiero con esa declaración, lo cual no es del todo sorprendente considerando que ni siquiera puedo entender cómo diablos me siento. Me follé a esta mujer. Me siento increíblemente atraído por ella a pesar de que está desquiciada, pero no puedo relacionar a la mujer que imaginé cuando nos conocimos por primera vez con quién es ahora. Porque ahora, ella es contra quien estoy luchando. Ella es parte del problema que estoy tratando de solucionar.

Hace una pausa y coloca un puñado de dinero en efectivo en la pila sin encuadernar. Saca la lengua, la barra de metal roza su labio inferior mientras mira fijamente.

Mi estómago se sacude.

—Bueno, *esta* soy yo.

—Desafortunadamente. —Murmuro.

—¿Que se supone que significa eso? —Ella inclina la cabeza.

Me encojo de hombros, sabiendo que no debería pincharla pero sin poder detenerme.

—Solo significa que tal vez tu hermana tenía razón.

Su mandíbula se aprieta.

—Mi hermana no sabe *nada* de mí.

—Al menos ella sabe cómo tratar a las personas.

—Genial, ve a molestarla entonces.

Sonrío

—¿Te estoy molestando, cariño?

Golpea la mesa con las manos, haciendo temblar todo y empuja la silla hacia atrás para ponerse de pie. Se inclina, sus pechos se derraman por la parte superior de su camisa y mi mirada cae, porque no puedo dejar de aprovechar la vista cuando está tan dispuesta a ofrecerla.

Un rubor se arrastra a lo largo de su clavícula y le marca el cuello, como siempre sucede cuando la hago enojar.

Mi polla late.

—No soy tu maldito cariño. —Dice con los dientes apretados —. Y para que conste, todo sobre ti me molesta. La forma en que caminas. La forma en que apareces constantemente en cualquier lugar en el que esté. La forma en que haces una pregunta tras otra y nunca pareces tener una única respuesta.

Mis labios se inclinan hacia arriba.

Ella señala con el dedo.

—Esos estúpidos y jodidos hoyuelos en tus mejillas.

La sonrisa crece. Dejo caer las patas delanteras de mi silla y apoyo los codos en la mesa, apoyando la barbilla en la mano.

—Dámelo cariño. ¿Qué más?

—Odio la forma en que me miras. —Continúa.

Estoy medio prestando atención, mi mente demasiado ocupada preguntándome hasta dónde llega el rubor en su pecho, y qué más podría hacer para que se sonrojara tanto.

—Y… —Ella levanta la voz—. Eres un mentiroso.

La diversión desaparece con sus palabras y ahora soy yo empujándome para ponerme de pie, mis puños presionando contra la mesa.

—*No* soy un mentiroso.

—Por favor. —Se burla—. Todo lo que has hecho es mentirme.

Gimo, pellizcando el puente de mi nariz.

—Aquí vamos, joder. ¿Es esto por lo del nombre?

—Es por tu existencia general.

—Cariño. —Suspiro—. No pensé que importara.

Ella golpea sus manos contra la madera de nuevo.

—Te dije que no me llamaras así.

Me río, imaginando lo satisfactorio que sería extender la mano y estrangularla, solo para callarla.

—Y *te dije* que no soy tu perro.

El fuego en sus ojos es tan intenso que juro que vuela por el aire y se hunde en mi piel hasta que me quemo por dentro.

Ella sonríe.

—Discutible.

Un segundo estoy pensando en lo mucho que quiero estrangularla y al siguiente lo estoy, mi mano se dispara sobre la mesa y se envuelve alrededor de su cuello.

Ella toma una bocanada de aire, pero no pelea conmigo, el hombre que dice odiar tanto.

El hombre que se *supone* que la odia.

Y eso me enoja aún más, porque la odio. No puedo *soportar* quién es esta chica. Daría cualquier cosa por alcanzar su interior y sacar a la mujer que conocí esa noche en el club.

Ella es la que me interesa, la que me muero por ver.

Y cuando Eveline se acerca, alargando su cuello como si quisiera que la marcara con mis huellas, creo que tal vez la he encontrado.

Pero luego, ella frunce los labios y escupe.

Saliva húmeda rocía mi mejilla y gotea por mi cara, cortando el último hilo de mi cordura. Doy un salto hacia adelante, mi brazo libre deslizando a través de la mesa, el sonido del efectivo y el contador de dinero estrellándose contra el suelo silenciado por el latido en mis oídos. Envuelvo mi mano alrededor de su cintura, arrastrándola bruscamente sobre la mesa y golpeando mi boca contra la suya.

No pienso en cómo esto es inapropiado. Cómo ella defiende todo lo que estoy en contra. Cómo soy el villano de su historia tan seguro como ella lo es de la mía.

Y definitivamente no considero el cable escondido alrededor de mi cuello, atrapando todo a medida que sucede.

Mi lengua se sumerge en su boca, buscando el indicio de

metal, y cuando lo encuentro, la pequeña bola de su piercing me masajea, una onda de choque recorre mi cuerpo.

Mi mano se aprieta alrededor de su garganta, su pulso late contra mi piel.

Ella gime, sus uñas como garras se clavan en la parte de atrás de mi cuello, y mi polla palpita, presionando contra la parte delantera de mis jeans.

Muevo mis labios por su mandíbula y por su cuello, usando mi pulgar para inclinar su cabeza hacia atrás y darme más espacio. Se desliza hacia adelante, sus rodillas se deslizan sobre los pocos billetes sueltos de cien dólares que están debajo de ella, y estira la mano, desabrochando el botón de mis pantalones y deslizando su cálida mano dentro. Me agarra con fuerza y me sacudo en la palma de la mano cuando me acaricia desde la base hasta la punta. El líquido preseminal rezuma de la cabeza y desliza las yemas de los dedos sobre él, usándolo para lubricar sus movimientos en el camino hacia abajo.

—Joder. —Digo con voz áspera contra ella.

—Cállate. —Corta, acercando su boca para besarme de nuevo.

Mi pecho se calienta por la forma en que siempre me está faltando al respeto, y agarro su garganta con más fuerza, golpeándola contra la mesa hasta que queda plana contra ella. El efectivo vuela desde los bordes y revolotea hasta el suelo, el movimiento repentino hace que su agarre se afloje desde donde está envuelto alrededor de mi polla.

Ella grita, sus ojos brillan, pero antes de que pueda decir otra palabra, estoy sobre ella, mi mano se mueve desde su cuello hasta su mandíbula.

—Tú y esa maldita boca.

Presiono un beso en sus labios hinchados, mi otra mano se desliza a lo largo de su pecho hasta que su teta está en mi mano. Mi pulgar recorre el pico endurecido, escondiéndose debajo de la tela. Ella trata de hablar, pero presiono mis dedos contra sus mejillas, hasta que siento la marca de sus dientes.

—Me estoy cansando mucho de que camines sobre mí. *Escupirme*. Fingiendo que te lastimé cuando ambos sabemos que

realmente no te importa. Y he terminado de jugar el lado bueno.

Sus labios se abren, y aprovecho la oportunidad, juntando saliva en mi lengua y dejándola gotear dentro de su boca abierta.

Espero que se enfurezca. De hecho, mi agarre sobre ella se fortalece, la anticipación ilumina mi interior por cómo reaccionará.

Pero ella solo sonríe y traga.

Mis bolas se aprietan, la sangre corre hacia mi polla hasta que está palpitando tan rígida que me preocupa correrme.

Ella mueve su mano hacia arriba de nuevo, gimiendo.

—Eso te excita, ¿no? Puedo sentir que te pones más duro.

—¿Sí? —Muerdo mi labio—. ¿Vas a hacer algo al respecto, niña bonita?

Empuja su codo hacia arriba, su moño desordenado se cae hasta la mitad de modo que queda torcido sobre su cabeza, y me aprieta una vez más antes de quitar su toque por completo. Inclinándose, presiona un beso en mis labios.

—Quiero que te arrodilles y me lamas el coño como un buen cachorro.

Mis entrañas estallan ante la orden, pero no discuto, la abrumadora necesidad de que ella anule cualquier sentido de autoridad del que pueda estar despojándome. Mis manos se deslizan por su cuerpo hasta que alcanzan el dobladillo de su falda y se deslizan por debajo, deslizándose hacia atrás por su piel flexible hasta que golpean las fundas a ambos lados de sus piernas. Una imagen de ella desnuda con nada más que su arma atada a ella parpadea en mi mente, y gimo ante la visión.

Presionando mis dedos en su piel, muevo mi rostro hacia el de ella, presionando besos a lo largo de su mejilla hasta llegar a su oreja.

—No me digas qué hacer.

Y luego me muevo, agarrando la carne de sus muslos y tirando, su cuerpo deslizándose por la mesa con dureza, enviando más dinero al suelo.

Su falda está arrugada en sus caderas y lleva unas bragas blancas de algodón que tienen una mancha húmeda en el centro. El

aire sale de mis pulmones en un suspiro ante la vista. Es una dicotomía tal; ropa interior blanca simple escondida debajo de capas de negro y galones de perra.

—No te límites a mirar. —Sus manos presionan la parte de atrás de mi cabeza.

Presionando mi pulgar en la mancha húmeda, desabrocho mis jeans el resto del camino para liberar mi polla lo suficiente para poder agarrarla en mi palma.

—Maldita sea, estás mojada. ¿Mojaste tus bragas por mí?

Acaricio mi eje, pinchazos de placer deslizándose a lo largo de mi columna ante la sensación, y luego agarro la tela de su ropa interior y tiro, arrancándola con un movimiento fluido.

Ella gime y me sumerjo de inmediato, porque si no puedo saborearla, *ahora mismo*, podría morir.

Mi lengua se desliza a lo largo de su abertura, recogiendo la humedad que se filtra desde su centro, y gimo por el sabor almizclado. *Perfecto*. Mi mano se desliza por su cuerpo hasta que presiona contra su estómago para mantenerla en su lugar, y empiezo a darme un festín, girando alrededor de su agujero y subiendo hasta su sensible manojo de nervios.

Su clítoris palpita contra la superficie de mi lengua, y la idea de que yo la excite, *me excita*, así que lo chupo con mi boca, levantando mi mano y sumergiendo un dedo dentro de ella al mismo tiempo.

Está tan mojada que me deslizo fácilmente y empiezo un movimiento repetitivo, follándola con mis dedos y atiborrando su coño hasta que está jadeando debajo de mí.

—Oh, Dios. —Susurra, sus codos bajan hasta que está de espaldas de nuevo.

Sus muslos se tensan alrededor de mi cabeza, su espalda se arquea fuera de la mesa. Suelto su clítoris y la miro, mi polla goteando por la vista de su pecho agitado y sus ojos llenos de placer, placer que yo causé.

—Dámelo, niña bonita. Muéstrame lo jodidamente sucia que te estás volviendo alrededor de los dedos del hombre que dices odiar.

Ella lo hace, inmediatamente. Espectacularmente.

Sus piernas tiemblan y deja escapar un fuerte gemido, su coño palpitando mientras aguanta su orgasmo. La lamo como si fuera leche, tan jodidamente lista para hundir mi polla dentro de ella y romperla de adentro hacia afuera.

Continúo trabajando con ella a través de su caída y se ríe cuando la chupo en mi boca una vez más, sus manos empujando mis hombros.

—Detente, es sensible

Sonriendo, algo tibio da vueltas en mi pecho, y me abro camino de regreso a su cuerpo, presionando besos en sus muslos, sobre su estómago cubierto hasta que golpeo su pecho. Mi polla presiona entre sus piernas, empujando su entrada.

Sus piernas se envuelven alrededor de mis caderas, acercándome más. Mi cabeza se desliza a través de su coño resbaladizo y envía un zarcillo de placer que atraviesa mi polla y mis bolas. Agarrando la base de mi eje, me deslizo a través de sus pliegues, tocando la punta de mi polla en su clítoris necesitado, deleitándome con la forma en que su cuerpo se sacude por el toque.

—Fóllame. —Susurra.

Permito que la punta de mi polla se deslice hacia adentro, solo un poquito.

—Dime lo que quiero oír.

Ella arquea una ceja.

Lamo el lóbulo de su oreja, un escalofrío recorre su cuerpo.

—Dime que es la polla más grande que has tenido.

—Oh, *Dios* mío, eso realmente…

Sonriendo, golpeo dentro de ella a mitad de la oración, sus palabras se cortan con el pesado aliento que escapa de sus pulmones. Cierro los ojos, la sensación de su coño agarrándome tan perfectamente, haciendo que mis bolas se contraigan y el calor se acumule en la base de mi columna.

Arrancando un ritmo constante, me pierdo en la sensación de estar dentro de ella otra vez. Pasa sus dedos por mi cabello y comienza a mover sus caderas debajo de mí, haciendo que su clítoris se frote contra mi pelvis. Presiono con más fuerza, queriendo,

necesitando, sentirla correrse alrededor de mi polla.

—Joder, te sientes bien.

Sus ojos brillan y aprieta sus piernas, quitando sus dedos de mi cabello y empujando mi pecho. Me relajo, permitiendo que mi pene la deje mientras nos voltea, mi cabeza aterriza en la pila de dinero en la parte superior de la mesa.

Se sienta a horcajadas sobre mí, sus botas hasta la rodilla de repente son la cosa más jodidamente sexy que he visto en mi vida mientras se desliza hacia abajo por mi eje, cada centímetro de su coño me traga perfectamente hasta que estamos al ras.

—*Cristo*. —Murmuro, mis manos agarrando sus caderas con tanta fuerza, estoy seguro de que le harán moretones.

El material de las fundas de sus muslos roza mi piel, creando una quemadura por fricción mientras trabaja conmigo rápido y duro. Se mueve hacia adelante y hacia atrás, luego rebota hacia arriba y hacia abajo. Mis ojos absorben la visión de ella encima de mí, su cabello revuelto, la piel sonrojada y los ojos vidriosos. De repente, no puedo soportar la idea de no tocarla en *todas partes,* y mis dedos recorren su estómago hasta que estoy ahuecando sus senos, rodando sus pezones bajo mis dedos. Sus movimientos tartamudean y los pellizco. Duro.

Un chorro de humedad empapa mi regazo y ella echa la cabeza hacia atrás, sus dedos crean marcas en forma de media luna en mi abdomen mientras me monta.

Su mano desaparece debajo de su falda y estoy a punto de protestar hasta que siento el calor de sus dedos acariciando mis bolas mientras se muele en mi regazo. Todo mi cuerpo se estremece.

Pellizco sus pezones de nuevo, luego muevo una mano hacia arriba, agarrando el moño que solo le queda a medias en la cabeza, y lo tiro hacia atrás, tirando de los mechones con fuerza.

Ella gime, las paredes de su coño se estremecen a mi alrededor, haciendo que mis ojos se pongan en blanco.

—Córrete para mí otra vez, niña bonita. Quiero sentir que mojas mi polla.

Su otra mano levanta su falda, dándome la vista excepcional de mi polla desapareciendo dentro de ella, y comienza a frotar su

clítoris hinchado, con la boca abierta.

Eso, más el movimiento constante de ella acariciando mis bolas, es mi punto de no retorno. La tensión se rompe justo cuando sus paredes se contraen a mi alrededor, y me rompo en mil pedazos, disparando profundamente dentro de ella. Un pulso, dos, tres... ella me lleva a través de cada chorro hasta que mis extremidades se entumecen y mi visión se vuelve blanca.

Finalmente, se desacelera antes de alejarse de mí por completo, mi semen y su humedad se mezclan y gotean por mi polla resbaladiza y saciada. Me toma unos momentos recuperar el aliento y giro la cara para mirarla, *para decir algo*, aunque no tengo ni idea de qué.

Pero sus ojos ya están endurecidos en piedra.

Mi pecho se retuerce, pero lo sacudo, sin saber lo que significa. Sonrío suavemente, el eco de lo que acaba de suceder resuena en las cámaras huecas de mi corazón.

—Así de rápido, ¿eh?

—Obviamente, esto fue un error. —Responde ella.

Asintiendo, me muevo a una posición sentada, mi pulso sigue acelerado.

—Sí, lo que tú digas, cariño.

Me deslizo de la mesa y me agacho para agarrar mis jeans, poniéndolos y abrochándolos.

—Sabes... —Empiezo, mirando hacia atrás. Pero no sirve de nada porque ya se fue.

14
EVELINE

El cementerio de Quads está a unos cuarenta y cinco minutos en auto de la finca, y todos los domingos después de misa voy allí sin falta. Nadie se molesta en venir, y mientras una parte de mí está contenta porque no necesito compartir mi tiempo, la otra parte está disgustada porque a nadie parece importarle.

En el segundo en que Nessa se fue, todos siguieron adelante como si ella no hubiera estado ahí en primer lugar. Un juguete usado que se tira a la basura y se olvida.

Normalmente, me siento durante el servicio y luego salgo antes de la cena del domingo en la casa, pero hoy, con Brayden sentado a dos pasillos de distancia, necesitaba un escape.

Necesitaba un recordatorio de mis objetivos y *por qué* los tengo en primer lugar.

Las hojas caídas crujen bajo mis zapatos mientras camino por el cementerio, una mezcla de lápidas se alinea en el camino. Me detengo frente a la de Nessa, el mármol gris está opaco debido a las finas capas de suciedad, y coloco en la base el pequeño ramo de rosas rojas que compre de un vendedor ambulante.

—Hey, Ness. —Murmuro.

Me estiro hacia adelante, pasando mis dedos por las letras grabadas de su nombre, *Vanessa Esther Westerly*, deseando poder limpiar la suciedad junto con él. No hay ningún cuerpo real aquí; nunca se recuperó después del “accidente” que la mató, pero vengo aquí de todos modos, el memorial de su vida de alguna manera me hace sentir más cerca de ella que en cualquier otro lugar.

Mi estómago se revuelve.

—Te extraño. —Susurro, mirando a ambos lados de mí antes de sentarme. La hierba está fría, pero me pongo lo más cómoda posible, envolviendo mis brazos alrededor de mis rodillas dobladas mientras miro su lápida.

Una bola de tristeza se forma en mi garganta, haciéndome

difícil tragar el dolor.

—¿Qué se supone que eres? —Se ríe Nessa, sacudiendo la parte superior de mi sombrero puntiagudo.

Le sonrío, la pintura verde en mi piel aún está pegajosa mientras lanzo mis manos a mis costados.

—Una bruja, duh.

Ella sonríe, sus ojos observando mi disfraz. Sé que no es mucho, pero lo hice todo yo sola y estoy muy orgullosa de ello. Tomó días.

Ella pone sus manos en sus caderas.

—¿Eres una bruja buena o una bruja mala?

Inclino mi cabeza hacia un lado, sin entender la pregunta.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno… o lanzas hechizos malvados contra tus enemigos o usas tus poderes para el bien. Ya sabes, para ayudar a la gente. —Me mira de arriba abajo otra vez—. Sin embargo, las brujas buenas normalmente visten de blanco. Al menos, eso es lo que dicen.

Muerdo el interior de mi labio, mis cejas se fruncen mientras asimilo sus palabras. No había pensado en qué tipo de bruja quería ser. Honestamente, no sabía que había opciones. La vergüenza se arremolina a través de mí, preguntándome si la gente me juzgará si elijo mal.

Dorothy se ríe, entrando desde el vestíbulo, seguida de cerca por nuestra madre.

—No hay manera de que ella sea buena. Mírala.

Los ojos de Nessa se estrechan y mi pecho se retuerce cuando veo a mamá adulando a Dorothy, como de costumbre, e ignorándome por completo.

Entrelazo mis dedos, me muevo sobre mis pies, de repente siento que mi disfraz hecho en casa es estúpido. Especialmente al lado de Dorothy, que está vestida con un vestido de fiesta rosa brillante, completo con una elaborada corona plateada en la cabeza y una varita mágica con una estrella en la parte superior.

—Wow ¿Quién se supone que eres? —Pregunto, maravillándome de su disfraz.

La sonrisa de Dorothy se ensancha y da vueltas en círculos, el vestido brillando mientras lo hace.

—Soy una princesa hada, ¿verdad mamá?

Nuestra madre la mira, pasando su mano por las puntas del cabello perfectamente rizado de Dorothy.

—Así es, pequeña bebé. —Ella nos mira—. ¿No se ve genial? Hicimos el atuendo especialmente.

Mis dedos se retuercen con tanta fuerza que me duelen.

Nessa se burla.

—Jesús, mamá.

—¡Glinda! —La voz de papá llega desde el final del pasillo—. Trae tu trasero aquí. Ahora.

La sonrisa de mamá se desvanece y gira la cabeza hacia atrás antes de volver a mirar a Dorothy.

—Regreso más tarde. Diviértete haciendo truco o trato, ¿de acuerdo? Recuerda lo que te dije.

Dorothy asiente, sonriendo, y nuestra mamá se inclina para besarla en la frente antes de darse la vuelta y salir corriendo.

Nessa suelta un suspiro, pega una sonrisa y aplaude.

—Está bien, vámonos ahora antes de que todos roben todos los dulces buenos.

—Bonito disfraz, Dorothy. —Susurro mientras me acerco a ella, agarrando el balde negro en forma de caldero que está sobre el mostrador de la cocina.

Arruga la nariz, mirando más allá de mí a Nessa.

—Estaré al frente. Apesta aquí atrás.

Me duele el pecho y miro al suelo.

Una mano me aprieta el hombro y aparece el rostro de Nessa.

—¿Sabes? Definitivamente creo que eres una bruja buena.

Asiento, tratando de contener el sollozo que quiere liberarse. Me lo trago, mirando el pasillo vacío donde desapareció Dorothy. Es tan estúpida que piensa que solo porque tiene ocho años y es la favorita de mamá, es mejor que todos.

Algo oscuro y pesado se retuerce en mi centro, calentando mi cuerpo mientras se extiende. Las brujas buenas ayudan a la gente, pero realmente no tengo ganas de ayudarla. O cualquiera, para el caso.

—No. —Digo, tensando la columna vertebral y mirando al espacio vacío—. Soy la mala.

Ese fue el último Halloween que vi a mi madre. Antes de que papá se fuera y ella decidiera que era demasiado buena para criar hijos sola.

Pasos crujen detrás de mí, y mi columna se pone rígida, sacándome de las memorias.

He estado viniendo aquí todos los domingos durante los últimos siete años y nadie me ha seguido *nunca*. A nadie le importó que desapareciera en primer lugar. Nunca lo hacen.

Zeke aparece a mi lado y se sienta a mi lado, cruzando las piernas.

Suelto un suspiro, agarro una hoja caída y la hago girar entre mis dedos.

—¿Qué, no hay un hola? —Pregunta después de un minuto de silencio.

Me encojo de hombros, manteniendo mis ojos fijos en los marrones y dorados que giran en mi mano.

—Por eso eres mi favorita. —Suspira, recostándose sobre los codos y estirando las piernas frente a él—. Sin mentiras.

Desliza un cigarrillo de detrás de su oreja y saca un encendedor de su bolsillo, enciende la chispa y lanza un anillo de humo hacia el cielo.

—¿Aquí vienes cuando desapareces?

—Algunas veces.

—Hmm. —Tararea.

Se queda en silencio después de eso, solo el sonido del viento acariciando los árboles y el papel encendido de su cigarrillo evitan que sea un silencio completo.

—Ya sabes. —Dice finalmente—. Conocí a Nessa unas cuantas veces, cuando salía en ese ridículo yate con Oscar.

Las náuseas me recorren el estómago y la garganta al pensar en ese estúpido barco. Fui una vez y terminé teniendo un ataque de pánico por estar en el agua, así que nunca más fui. Tal vez si lo hubiera hecho, entonces ella todavía estaría aquí.

—Ella tenía algo ¿no? —Él sonríe—. Todos los hombres estaban medio enamorados de ella en ese entonces. Demonios, la mayoría de las chicas también lo estaban.

Él se ríe, pero no puedo encontrar el humor cuando me recuerda cuánto más oscuro es el mundo sin ella.

—Tu padre…

—No quiero hablar de él aquí. —Muerdo el interior de mi labio con tanta fuerza que pruebo el toque de cobre.

Él asiente, da otra calada a su cigarrillo y se recuesta hasta que está completamente en el suelo.

—Bueno, esto es importante, y no sé si tendré la oportunidad de decirlo de nuevo, así que solo…

Todo en mí quiere decirle que se calle y se vaya. Quiero chasquear los dientes y gritar, ¿cómo se *atreve* a mencionarlo? Él, el hombre que ni siquiera se molesta en aparecer. No merece ser reconocido. Aquí no.

Pero es Zeke, y él... bueno, es una de las únicas personas en mi vida que no me trata como si fuera diferente. Menos que. Así que, en cambio, me acuesto con él, mi cabeza presionando contra el suelo duro, el olor de las flores dejadas por otras almas de luto asaltando mis sentidos.

—Tu padre ha sido bueno conmigo, y es muy bueno en lo que hace. —Lo intenta de nuevo—. Pero un hombre puede tener éxito y aun así fracasar donde importa.

Mi pecho se aprieta con fuerza.

—Te observo, Evie, ¿sabes? Tú y ese corazón sangrante. —Gira la cara para mirarme—. Tu papá te ama… y él también la ama a ella. —Señala hacia la lápida de Nessa—. Simplemente no sabe cómo demostrarlo.

Me arde la nariz y me meto la lengua en el paladar, tratando de contener el dolor que brota con cada palabra que dice.

Suena bien, pero todo es una mierda al final del día. Zeke puede pretender que conoce nuestra dinámica familiar tanto como quiera, pero eso no cambia cómo se *siente*. Lo observo desde mi periferia, en lugar de encontrarme con su mirada.

—Por mucho que amo la unión sentimental, ¿podemos terminar?

Se ríe, la ceniza de su cigarrillo cae sobre sus nudillos llenos de cicatrices.

—Lamento que hayas perdido a tu hermana, Evie. Creo que nunca te he dicho eso.

Yo trago.

—Fue hace mucho tiempo.

Ahora me giro hacia él, notando la forma en que sus ojos están entrecerrados, su melena de cabello domada en un moño.

—¿Piensas en tu padre, Zeke?

Sus rasgos se transforman en algo más pesado.

—Todo el tiempo.

—¿Lo amaste?

—Pensé que habíamos terminado con la mierda sentimental. —Gruñe.

Levanto un hombro.

—Cambié de idea.

Se lleva el cigarrillo a los labios, inhalando antes de expulsar otro anillo de humo.

—Era un idiota.

—Entonces, ¿no?

—Sí, lo amaba. —Él suspira—. Sin embargo, haría cualquier cosa para no terminar como él.

—Bueno… —Hago una pausa, colocando mis manos sobre mi estómago—. Haría cualquier cosa por ser un poco como Nessa.

—Es una pena. —Entonces se sienta y me mira desde arriba —. Si fueras como ella, entonces no habría una *tú.*

Tomo aire por sus palabras, zarcillos de desesperación se abren paso a través del suelo y se envuelven alrededor de mi pecho, apretando hasta que mi corazón se siente como si fuera a explotar por la restricción.

Zeke se pone de pie, sacudiéndose los pantalones.

—Nos vemos, Evie.

Entonces se aleja y yo me quedo tirada en el suelo, disfrutando del silencio.

Pero por primera vez en años, la soledad se siente un poco menos cómoda y un poco más vacía.

15
NICHOLAS

El motel en las afueras de Kinland es una mierda, pero es el lugar más discreto para que Seth instale una tienda sin tener que viajar dos horas fuera de la ciudad.

La única fuente de luz en el oscuro estacionamiento es una farola parpadeante y las tenues bombillas amarillas que iluminan los pasillos. Estaciono mi auto, miro alrededor para asegurarme de que no hay nadie más aquí antes de salir y dirigirme a la última puerta a la izquierda, tocando dos veces.

Hay un leve olor a basura del gran contenedor de basura a unos metros de distancia que hace que mi nariz se arrugue, y un búho ulula desde un árbol en la distancia. Aparte de eso, y el zumbido constante de los autos en la calle, hay silencio, pero eso no evita que mi estómago se retuerza mientras miro hacia atrás una vez más, solo para asegurarme de que no me han seguido.

La puerta se abre con un crujido, el rostro cansado y desgastado de Seth me saluda. Es una mirada de bienvenida y se hace a un lado para que yo entre antes de cerrar la puerta detrás de mí. La habitación en sí no es nada especial, una cama completa en el centro, un pequeño sofá marrón oscuro en el otro y mesas dispuestas con monitores de computadora y equipo de grabación; suficiente para hacerme saber que él no ha estado haciendo vigilancia aquí solo.

Hay tazas de café vacías esparcidas por las encimeras y contenedores de togo blancos que llenan la habitación con el olor a comida china para llevar.

Mientras he estado espiando, ellos han estado recibiendo.

—¿Alguien más aquí? —Pregunto, mirando alrededor antes de moverme al sofá y sentarme.

Seth niega con la cabeza, pasándose una mano por la barba, pero no habla, y su posición me atrapa con la guardia baja, haciendo que la ansiedad me recorra las entrañas. Lo sacudo, pensando que solo está cansado, de la misma manera que yo.

—Hay una entrega mañana por la noche.

Seth agarra su taza del extremo de la mesa y se mueve para sentarse al otro lado del sofá, arqueando una ceja.

—¿De qué?

Me encojo de hombros.

—Ninguna pista. No dijeron qué era, solo que deberíamos estar allí para recogerlo.

Él asiente, tomando un sorbo de su taza.

—¿No pensaste en preguntar?

Su tono es acusador, se eleva a través del pequeño espacio entre nosotros y me golpea en el centro de mi pecho. Se me ponen los pelos de punta.

—Realmente no estoy en condiciones de hacer muchas preguntas, Seth. Puede que esté dentro, pero sigo siendo un jodido don nadie, ¿sabes? Las preguntas hacen que maten a la gente.

Mueve la cabeza de nuevo, sus ojos clavados en los míos.

—Seguro.

La irritación ilumina mis entrañas.

—¿Todo bien?

—Tu dímelo. —Levanta un hombro.

Yo levanto las manos.

—Está bien, bueno, no tengo tiempo para esto. Si escuchas el audio de ayer, te enterarás de la entrega por ti mismo.

Golpeando mis rodillas con las manos, empiezo a ponerme de pie, pero me detengo cuando habla de nuevo.

—Oh, escuché el audio. Lástima que ya no esté.

El aliento sale de mis pulmones.

—¿Qué diablos quieres *decir* con que ya no está?

Riendo, coloca su taza sobre la mesa de café, clavándose dos dedos en la sien.

—Piensa por un segundo, Nick. ¿Qué pudo haber sucedido que me hizo sentir que era necesario 'perder' evidencia?

—Te dije que no me llames así. —Le espeto.

Inmediatamente después de decirlo, una punzada golpea mi pecho, dándome cuenta de lo mucho que sueno como Eveline.

Gimiendo, me paso las manos por la cara.

—¿Esto es lo que hacemos ahora, Seth? ¿Hablamos en acertijos?

Él frunce el ceño.

—Hermano. Sé que no eres estúpido.

—¿Qué? —Repito, irritándome.

—Déjame dar algo de mierda para ti. —Dice—. Esta mañana vine aquí y revisé todo lo que se transmitió desde tu cable anoche. —Señala la cadena de plata alrededor de mi cuello—. Y hubo algo de buena mierda, hombre. Lo mejor que hemos conseguido hasta ahora. ¿Eveline Westerly? Ella es una puta escoria.

Mi estómago se retuerce.

—Y luego tuve que borrar la mitad porque no puedes mantener tu polla en tus pantalones.

Cada músculo de mi cuerpo se congela, la vergüenza me recorre el interior, porque ¿cómo pude ser tan estúpido?

Seth se pasa la mano por la boca y por la barba corta.

—Entonces, después de analizar todas las situaciones en mi cabeza, decidí que no hay posibilidad de que Galen vea eso y *no* piense que estás demasiado metido. Así que lo limpié. Para ti. Para cubrir *tu* mierda.

Respiro profundamente, tratando de detener las náuseas que se están gestando en mi estómago.

—Escucha, Seth…

Sacude la cabeza.

—Necesito que me digas, honestamente, que sabes lo que estás haciendo.

Mis cejas se disparan hasta la línea del cabello y un muro de defensa se cierra de golpe dentro de mí, porque independientemente de si me estoy tirando a Eveline o no, estoy seguro de que no necesito que cuestione mis habilidades.

—¿Estás diciendo que no estoy haciendo mi trabajo, Seth?

—Estoy diciendo que follarte a la hija de Farrell Westerly encima de un montón de dinero sucio no me hace tener la confianza de que sabes qué diablos estás haciendo, sí.

Me aclaro la garganta, mi mente se apresura a pensar en cómo arreglar esto.

—¿Cuándo me has visto alguna vez reteniendo un caso? —Pregunto.

—Nunca, pero…

Levanto una mano, cortándolo.

—Cierto, nunca. Y ahora, de repente, ¿crees que lo perderé en unas pocas semanas? Dame algo de jodido crédito, amigo.

—Nos estás poniendo a los dos en la línea con esta mierda. ¿Sabes en cuántos problemas me metería si supieran que borré la evidencia?

—Yo no te pedí que hicieras eso. —Le respondo con cuidado —. Ella está *involucrada*, claramente, como puedes ver. Y obtuvimos la información que necesitábamos, ¿no? Tenemos casos de coerción y lavado de dinero que se acumulan más rápido de lo que podemos parpadear.

Seth frunce los labios.

—Ambos sabemos que ese no es el objetivo aquí. No es suficiente. Queremos al proveedor.

Me muevo hacia adelante, poniendo mi mano en su hombro y mirándolo a los ojos.

—Ella es nuestra entrada, Seth. Es ella quien nos puede dar la información. Y si tengo que follármela para que confíe en mí, entonces eso es lo que haré.

Está callado, y con cada segundo que lo está, la culpa se

extiende a través de mi pecho, capa tras capa hasta que se vuelve pesado y espeso.

Finalmente, esboza una sonrisa.

—Eres un bastardo sin corazón, hombre.

Me encojo de hombros, forzando una sonrisa débil.

No fue por eso que la follé. Pero no estoy mintiendo ahora. Al final del día, Eveline es el enemigo.

No mi amiga.

No mi amante.

No es mi *nada*.

16
NICHOLAS

Hay un almacén abandonado en el centro de Kinland. Al menos, para el ojo errante, parece que está abandonado. Estando aquí ahora, está claro que no es el caso.

Liam, Zeke y Farrell están aquí, junto con otros asociados de menor nivel que he visto de pasada pero que aún no he llegado a conocer. Uno de ellos ni siquiera está en nuestros archivos, y tomo nota para intentar averiguar más sobre él más tarde. Pero ahora mismo, eso no importa. Lo que importa son las cajas de armas que me miran a la cara y que hacen que el corazón se me salga del pecho.

Maldita sea.

Está oscuro aquí fuera, las estrellas y el haz de los faros de nuestros autos son la única fuente de luz y Zeke sonríe, abriendo de golpe la parte trasera del todoterreno.

—Vamos, chicos, no se va a mover solo.

Me inclino hacia Liam.

—¿Ahora estamos en el negocio de las armas?

Me mira de reojo, pero no responde. Está claro que aún no ha superado lo de la otra semana.

—¿Necesitamos revisarlas, Skip? —Pregunta, levantando la parte superior de una de las largas cajas de madera y mirando dentro.

Farrell se ríe, apoyado en el parachoques de su auto, dando una calada a un Black & Mild.

—Son buenas.

Zeke sonríe.

—Vamos a cargarlas.

Miro a mi alrededor, el teléfono desechable en mi bolsillo me produce ansiedad. Mis chicos saben que estamos aquí esta noche, pero suponíamos que esto iba a ser una recogida de drogas. No de

armas. Pasamos la información a la policía local, con la esperanza de que una redada rápida haga saltar algunas plumas, tal vez consiga que algunas bocas hablen sin que sepan que tienen la atención de la DEA.

Pero cada segundo que pasa sin que la policía aparezca, mi ansiedad aumenta. Un teléfono suena y Farrell saca su móvil, una nube de humo se arremolina a su alrededor mientras mira lo que hay en la pantalla. Su rostro cambia y su cabeza se levanta, sus ojos rebotan de un tipo a otro. Se me revuelve el estómago.

—Date prisa —me dice.

—Tenemos compañía. Faltan diez minutos.

Mi corazón se detiene, cayendo al suelo. *¿Tiene... tiene una conexión en la policía? Por supuesto que la tiene.*

Agarro una de las cajas, mis músculos arden mientras la llevo a la parte trasera del todoterreno y la cargo en el maletero, mis ojos escrutan la zona cada pocos segundos, deseando que aparezca la policía. Las armas son pesadísimas y muy toscas, pero me dan algo que hacer además de concentrarme en el hecho de que, de alguna manera, Farrell sabe que hay gente en camino.

—¿Compañía? —Pregunto, pasándome la mano por el cabello.

Farrell se acerca a mí, apoyando una mano en mi hombro, sus ojos penetrantes miran directamente a los míos.

—Tú y esas preguntas. —Da una calada a su cigarro y deja que el humo me dé en la cara—. Igual que mi madre, ¿no? Siempre con tantas malditas preguntas.

La sangre corre por mis venas, mis dedos se crispan mientras debato si debo sacar mi pistola. Trago saliva y me encojo de hombros.

—Sólo intento ser el mejor en lo que hago, Skip.

—Hmm.

Su agarre se hace más fuerte.

—¿El conocimiento es poder y todo eso?

—Exactamente.

Sonrío.

Se lleva el Black & Mild a la boca de nuevo y sonríe alrededor de él, mordiendo la punta filtrada.

—Buen hombre. Ahora cierra la boca y carga mi mierda.

Se aleja de mí y hace un gesto hacia su auto.

—Zeke, vamos. Ahora.

Mis músculos se congelan en su lugar, mi corazón golpea contra mis costillas.

Por Dios.

Zeke vuelve a mirar hacia nosotros, con una pierna ya en el lado del conductor del auto de Farrell.

—Si los detienen, los mataré yo mismo.

Sus ojos se cruzan con los míos y se mantienen durante un segundo de más. Le doy un tirón de la barbilla, esperando que eso le dé una sensación de seguridad, una que yo definitivamente no siento.

Porque la verdad es que, aunque me gustaría poder garantizar la seguridad de Zeke, no puedo. No cuando ni siquiera puedo garantizar la mía. Observo cómo las luces traseras rojas se pierden en la distancia, pasando por una colina hasta que desaparecen por completo.

—¿Qué mierda estás haciendo? —Grita Liam.

—Ven aquí y ayuda. Por el amor de Dios, es como si no tuvieras sentido común en tu puta cabeza.

El corazón me martillea en el pecho y me doy la vuelta, dándome cuenta de que todavía hay una docena de cajas en el almacén, pero los chicos han dejado de cargar. Uno de ellos baja el maletero de golpe y corre hacia la puerta del conductor. Liam tiene una lata de gasolina con la que se precipita hacia el almacén.

¿De dónde demonios ha salido eso?

Comienza a verter la gasolina a lo largo del perímetro, rociando las zonas de hierba. Me quedo quieto, con la mente acelerada mientras intento averiguar cómo puedo evitar que esto ocurra.

Miro detrás de mí, esperando como un demonio ver los autos

que se acercan a la curva, pero no lo veo. Liam se acerca a mí y se limpia la frente sudorosa con la manga de su brazo. Luego me lanza una caja de cerillas.

—Enciéndelo por mí, ¿sí?

Miro hacia las cerillas y hacia el almacén antes de encontrarme con los ojos de Liam.

—Pero todavía hay cajas.

—El coste de hacer negocios con las ratas, ¿eh?

Se encoge de hombros.

Joder.

Si el almacén se quema, se queman todas las pruebas con él. Pero si no... Me encuentro con los ojos de Liam.

—¿Qué pasa, novato? —Sonríe, sus ojos son calculadores y me miran con atención—. ¿Nervioso?

Saco la cerilla y corro hacia el edificio, la golpeo contra la caja y la arrojo sobre la hierba que rodea el perímetro. Inmediatamente, arde en llamas. Me doy la vuelta y me apresuro a volver. El todoterreno ya está saliendo del aparcamiento, con la grava volando bajo sus neumáticos.

Liam está en su auto, acelerando el motor. Me arden los pulmones cuando corro hacia el lado del pasajero y me deslizo dentro, justo cuando él comienza a alejarse. Las llamas y el humo surgen detrás de nosotros y desaparecemos antes de que mis hombres aparezcan en la escena.

Pero ya sé lo que van a encontrar.

Absolutamente nada.

Dos horas más tarde, estamos en el sótano del Yellow Brick, con un silencio que nos aprieta. Todo el mundo está en vilo, incluido yo, pero no puedo evitar dejar que mi mente divague. Farrell está

sentado en la cabecera de la misma mesa en la que me follé a su hija hace dos noches. Y no la he visto desde entonces.

—Quiero saber —empieza Farrell, su voz baja y letal—. ¿Quién *demonios* avisó a la policía? ¿Quién es tan estúpido como para no darse cuenta de que tengo ojos y oídos en todas partes?

Nadie dice nada. Farrell se levanta de su asiento y golpea la madera con el puño.

—¿Nadie tiene nada que decir?

Liam me mira desde el otro lado de la habitación, y la ansiedad me rodea el pecho y me aprieta, haciendo que mi corazón lata al doble.

La puerta del sótano se abre, con el sonido de los tacones al subir las escaleras, pero aunque no pudiera oír sus pasos, sabría que Eveline está aquí.

Aunque suene estúpido, juro por Dios que puedo sentirla. Pasa por delante de mí y se dirige directamente hacia su padre, sin dedicarme ni siquiera una mirada.

—¿Qué ha pasado? —Su voz es aguda.

—Una jodida rata, eso es lo que ha pasado —escupe Farrell.

Sus cejas se levantan y echa un vistazo a la habitación, su mirada se detiene en la mía, y a mi estómago le da un vuelco. De repente, un metal frío me presiona la frente, haciendo que mi temperatura se dispare y mis músculos se tensen. Miro a Liam, con su pistola clavada en mi piel.

—Quita tu jodida pistola de mi cara.

Se ríe.

—Ni hablar, novato. No hasta que demuestres que no eres tú.

Inclinándome hacia atrás en mi silla, sonrío, aunque la bilis me provoca en el fondo de la garganta.

—No tengo que demostrarte nada.

Farrell se sienta hacia delante, sus ojos son agudos cuando se posan en mí, y ya sé por nuestra interacción anterior en el almacén que no será de ninguna ayuda.

Eveline se cruza de brazos, mirando perezosamente la escena, como si no pudiera importarle que alguien esté a diez segundos de clavarme una bala en el cerebro. Lo más probable es que esté deseando ser ella quien lo haga.

—¿Esperas que nos creamos que te presentas y de repente tenemos una fuga? —Escupe, apretando más su pistola contra mí.

Mi cabeza se inclina hacia un lado por la fuerza y hago una mueca.

—Muy a la defensiva para alguien que no tiene nada que ocultar, Liam. ¿Cómo sabemos que no eres tú?

Mis ojos se encuentran con los de Zeke al otro lado de la habitación, donde se apoya en la pared con los brazos cruzados y la mandíbula tensa, sin decir nada.

Está nervioso.

—No es él.

La voz de Eveline es aguda y fuerte.

—Claro que no soy yo —Dice Liam.

—No eres tú, imbécil.

Los ojos de Eveline se entrecierran y agita una mano hacia mí.

—No es él.

Los orificios nasales de Liam se agitan.

—¿Cómo lo sabes, Bug? —Pregunta Farrell.

Se acerca a mí, con su mirada fija en la mía, e incluso en esta jodida situación, mi estómago se revuelve cuando me mira. Lanza una mirada de soslayo mientras se coloca al lado de Liam, cuya pistola aún está apoyada en mi cabeza. Le sonrío. Ella frunce el ceño en respuesta.

—Ya lo he investigado. Es quien dice ser. Además, lo he seguido durante semanas.

Se me revuelve el pecho, la sorpresa me invade. ¿Qué mierda? Es imposible que me haya estado siguiendo. Si lo ha hecho, entonces sabría que estuve en ese motel, y si lo sabe, ¿por qué estaría diciendo que no soy la rata?

—Liam —continúa.

—Sé que él hirió tu ego la otra noche cuando jugaron a "*cual polla es más grande*", pero no puedes matar a uno de los nuestros sólo porque no te guste.

Ajusta su agarre en el arma, el metal tintineando bajo su agarre.

—Él es la rata, Evie. Te lo digo.

La veo deslizar su mano por el muslo antes de que nadie lo haga, y en unos segundos tiene su Desert Eagle presionada bajo su barbilla.

—No lo es —dice con calma.

Sus ojos se dirigen a ella.

—¿De verdad, Evie? ¿Todos estos años que me conoces y defiendes a este tipo?

Ella sonríe, quitando el seguro.

—Liam —interviene Farrell.

—Reúne a todos los hijos de puta que sabían lo que estaba pasando esta noche y tráemelos.

Mira a Eveline.

—¿Tienes esa cosa elegante que hizo tu amigo misterioso, sí? ¿El que escanea los cables? Tráelo.

Mis entrañas se vuelven locas, la ansiedad me corroe cada tendón.

¿Una cosa que escanea cables? ¿Cómo diablos?

La mandíbula de Liam se aprieta, su brazo tiembla mientras mantiene su arma apuntando a mi cabeza. Mantengo el contacto visual, aunque todo en mí quiere mirar a Eveline. Ver lo jodidamente sexy que está mientras defiende mi honor frente a un hombre que conoce desde hace años. Se me revuelve el estómago, sabiendo que no lo merezco. Finalmente, suelta el arma y Eveline da un paso atrás, girando hacia su padre.

Un brillo maníaco entra en sus ojos, y mi Eveline desaparece

en un segundo. Y así, sin más, recuerdo que ella no está de mi lado en absoluto.

17
EVELINE

—Eveline.

La voz de Brayden me roza la piel y acelero para intentar dejarlo atrás. Ya casi he llegado a mi auto, y si consigo dar un par de pasos más, estaré libre en casa. Es medianoche, así que no hay nadie más que los chicos en el sótano, pero no quiero quedarme hasta que me necesiten. Ya he llegado a mi límite de *"gente",* y estoy desesperada por un poco de soledad después de los últimos días de no hacer nada más que estar rodeada de otros.

—Espera, Eveline —dice Brayden de nuevo.

Por supuesto, me está siguiendo. ¿Cuándo *no* me sigue? ¿Y en qué demonios estaba pensando al defenderlo de esa manera? Encima, he mentido.

Sin pensarlo dos veces, dije que lo había estado siguiendo, lo cual no es cierto. Pero era eso o plantear más preguntas sobre cómo lo sé, y nunca pondré a Cody en sus sucias y codiciosas manos. No puedo decir que mi moral sea honrada, pero soy leal hasta la saciedad si te lo mereces. Es que la mayoría de la gente no lo hace.

Mis dedos alcanzan la puerta del lado del conductor de mi auto y estoy a dos segundos de emprender la huida cuando su mano me agarra del brazo, haciéndome girar.

Genial.

—¿Qué?

Siseo, empujándolo en el pecho. Me suelta, pero no se retira, eligiendo quedarse en su sitio y enjaularme.

—Sólo quería dar las gracias.

Muevo la cara hacia un lado, necesitando separarme de la intensidad de su mirada. No estoy segura de si esta noche es más potente de lo normal o si son los efectos de estar íntimamente familiarizada con su polla, pero en cualquier caso, mirarlo a los ojos despierta emociones que preferiría mantener enterradas.

—Agradecimiento no aceptado. ¿Puedo irme ya?

Se acerca hasta que sus caderas me aprisionan por completo contra la puerta. Mi estómago se tensa, el calor se dispara entre mis piernas.

—¿De verdad me has investigado? —Pregunta.

Cuando está tan cerca, es imposible no oler la canela y el pino, y con cada inhalación, la excitación clava aún más sus sucias garras en mí. Es algo indeseado y no hace nada más que enojarme por sentirlo en primer lugar.

Levanto una ceja.

—¿Qué te parece?

Su lengua pasa por su labio inferior. Sigo el movimiento, mi coño palpita ante el simple movimiento, recordando lo que sentía cuando me lamía el clítoris.

—¿Y me sigues?

Su ceño se levanta ante esto, como si no se lo creyera.

—¿De verdad puedes culparme?

Vuelvo a empujar mis manos contra su pecho. Él se levanta y me agarra las muñecas, tirando de ellas para que queden bloqueadas en su agarre y las mueve hasta que quedan inmovilizadas por encima de mi cabeza. Se inclina hacia mí y me roza con la nariz el cuello, lo que hace que se me ponga la piel de gallina a lo largo de la columna vertebral.

Se me cierran los ojos.

—¿Ahora quién es el acosador? —Susurra.

—Te odio —susurro.

—Vuelvo a ti, cariño. Pero está claro que mi polla no lo hace, porque no importa lo zorra que seas, o las veces que me diga que me aleje, siempre acabo aquí.

Me empuja, y me muerdo el labio para no gemir al sentir su gruesa polla presionando contra mí.

—Alguien va a ver.

Me retuerce las muñecas en sus manos, intentando de nuevo escapar. La fricción hace que una quemadura se extienda por mi piel, y su agarre se hace más fuerte.

—¿Y?

Me asalta el cuello, su lengua recorre la extensión de mi garganta. Mi clítoris palpita, desesperado porque lo haga en mi coño en lugar de torturarme.

—Apuesto a que me dejarías subirte la faldita y bajarte las bragas aquí mismo, ¿no?

Me tiemblan las piernas.

—No.

Me lame la oreja.

—Podría inclinarte sobre el capó de tu auto y deslizar mi polla dentro de ti, justo donde todo el mundo pudiera ver.

Mi cabeza se echa hacia atrás cuando me muerde justo por debajo de la mandíbula, y mi cráneo cruje contra la ventanilla.

—Estarías tan preparada para mí, ¿verdad, preciosa? Tu dulce coño me absorbería y me ordeñaría, sin importar quién pasara por allí.

Una de sus manos suelta mis muñecas y se dirige a mi garganta, apretando un poco.

—¿Seguirías odiándome entonces? —continúa—. ¿Cuándo te llene el coño con mi semen y veas las estrellas por el placer?

Se me entrecorta la respiración y el estómago se me revuelve ante sus sucias palabras. Las imágenes que crea en mi cabeza.

Me sentiría tan bien si se bombeara dentro de mí, haciéndome apretar su polla mientras gime en mi oído, sin importarle que estemos en medio de un aparcamiento muy público. Pero independientemente de lo que me haga físicamente, no significa que me guste tenerlo cerca. O que sea una buena idea complacer lo que me ofrece.

Giro la cabeza un poco y susurro:

—Te seguiría odiando, aunque fueras la última persona de la Tierra. Y no volvería a follar contigo ni, aunque me pusieras un cuchillo en la garganta. Elegiría la muerte. Siempre.

Su cuerpo se congela, sus ministraciones se detienen.

—Ahora suéltame, joder —le digo a la fuerza.

Vuelvo a empujar contra su agarre y esta vez me suelta, con los ojos vacíos de cualquier emoción. Sacude la cabeza.

—Bien, tú ganas. No vale la pena. No *vales* la pena.

Me da un calambre en el pecho, pero dejo que se vaya, porque no quiero que se quede.

LOS LADRILLOS ESTÁN HECHOS PARA LOS CAMINOS,

Pero de alguna manera siempre estamos quietos.
Si no hay nada para nosotros en el ahora,
entonces sé que nunca lo habrá.
Tú perteneces aquí arriba en la luz,
y yo en las amapolas de abajo.
Tal vez un día nos encontremos de nuevo,
al otro lado del arco iris.

La risa fluye desde el pasillo y cierro mi cuaderno en la isla de la cocina, justo cuando Dorothy entra con una brillante sonrisa pegada a su cara. Brayden la sigue de cerca. Ella no se fija en mí, parloteando sobre algo intrascendente, pero los ojos de Brayden encuentran los míos inmediatamente, como si fuéramos los dos extremos de un imán, atraídos por la fuerza.

El aire se vuelve denso y me agarro al borde del mostrador. Dorothy deja de hablar en medio de la frase cuando sigue su mirada.

—Evie —dice, con una fina sonrisa.

—¿Dónde has estado? —Pregunto, ladeando la cabeza.

Nunca ha estado muy involucrada en el lado oscuro de nuestros negocios, ya que nuestro padre se asegura de que se mantenga fuera de peligro, pero suele estar más cerca de lo que ha estado últimamente.

—Ocupada —dice—. Algunos de nosotros tenemos cosas que hacer además de estar sentados todo el día y soñar despiertos en cuadernos. ¿Por qué? ¿De repente empieza a importarte?

Me encojo de hombros.

—Sólo por curiosidad.

Pero sí me importa, porque la mayoría de las veces que está ocupada significa que nuestro padre la envía a hacer recados de los que no sé nada. Hago una nota mental para vigilarla más de cerca. Brayden se ríe y yo le estrecho la mirada.

—¿Algo gracioso, acosador?

Se pasa una mano por la boca, reprimiendo su sonrisa.

—Solo la idea de que te importe algo.

Ladeo la cabeza, la irritación me sube por la garganta y se me queda grabada en la lengua.

—Me preocuparía más por tu propensión a saltar de un juguete a otro, y menos por lo mucho que te importan mis cosas.

En el momento en que las palabras salen de mis labios, sé que son un error, pero es demasiado tarde. He dejado que mis emociones se infiltren en el momento.

Es una estupidez.

Sus ojos se oscurecen.

—Vaya. Se han sentido más cómodos el uno con el otro desde que me fui —dice Dorothy, con un toque de celos que tiñe los bordes de su voz.

—No te preocupes. —Sonrío—. Puede seguir siendo tu perrito faldero, Dorothy. No me interesa entrenar a perros nuevas.

Sonríe, apoyando los codos en el mostrador. Dorothy levanta una ceja perfectamente cuidada.

—¿Necesitas entrenamiento, Brayden?

—Eso depende —responde él.

—Si te hago un lío, ¿me lo restregarás por la nariz?

Se sonroja tan ferozmente que me sorprende que no se desmaye, y pongo los ojos en blanco, odiando la forma en que se me aprieta el pecho.

—Eres asqueroso. —Se ríe.

—Sí, cariño, está muy claro que me odias. Lo entendemos.

Recojo mi cuaderno, sosteniéndolo contra mi pecho, y sus ojos caen sobre él.

—¿Qué es eso? —Pregunta.

—Evie escribe hechizos de *amor*. ¿No es una lindura?

Dorothy suelta una risita, tapándose la boca con la mano. Sus cejas se levantan.

—¿Oh? ¿Buscando el amor, niña bonita?

Mi corazón tartamudea ante su término cariñoso «el que solo me llama cuando estamos solos» y la sonrisa de Dorothy cae inmediatamente, la energía de la habitación se transforma en algo más siniestro. Ignoro el cambio.

—Tal vez busque a alguien a quien maldecir en su lugar. ¿Te ofreces voluntario?

Engancha los pulgares en los bolsillos de su chaqueta de cuero y se balancea sobre los talones.

—Tal vez.

—Ugh —Dorothy gime con fuerza—. Estoy aburrida. Esto es aburrido.

Se gira hacia Brayden, cuya mirada se clava en mí tan intensamente que parece que me está marcando el alma.

—¿Quieres ver una película?

Él finalmente deja de mirarnos y la mira a ella, moviéndose sobre sus pies y manoseando su nuca.

—Yo... en realidad no puedo. He sido convocado por la bruja malvada aquí.

Me lanza un pulgar. Normalmente, me resistiría, pero la forma en que la envidia se arremolina en las facciones de Dorothy me hace

morderme la lengua. Además, es cierto. Necesito que me acompañe a ver a alguien.

—Siento lo de tu suerte —dice, arrugando la nariz.

—De todas formas, papá quiere que haga algo por él. Ya sabes... cosas de negocios.

La irritación se abre paso en mi ante el hecho de que papá la tenga haciendo algo, otra vez, y yo no sepa qué es de antemano. O tal vez está mintiendo sólo para sacarme de quicio. Con Dorothy, nunca se puede estar demasiado seguro.

—Te diré qué —dice Brayden de repente.

—Cuando termine de cumplir con mis obligaciones, vendré a buscarte para tomar un refrigerio a última hora. Puedes contarme todo sobre tu día y tus 'asuntos' importantes.

Su cara se ilumina y la ira me inunda como una presa rota. Cierro los ojos mientras la rabia hace que me tiemblen las manos, y vuelvo a contar.

Diez, nueve, ocho…

18
NICHOLAS

Miro a Eveline, con mil preguntas diferentes en la punta de la lengua, pero sin saber cómo hacer ninguna de ellas. Me doy cuenta de que está enfadada, y me gustaría suponer que es porque he coqueteado con su hermana, pero lo más probable es que sea porque es una persona miserable que no soporta estar cerca de mí.

Ha dejado más que claro cuál es nuestra posición, y por muy divertido que sea irritarla, mantener la distancia es lo mejor. Tanto para mi cordura como para mi trabajo.

Puedo fingir que la estoy utilizando para obtener información todo lo que quiera, pero la verdad es que hay algo en ella que me vuelve jodidamente loco. Su hermana es fácil y estará muy dispuesta a compartir cualquier secreto que conozca. Pero nada de eso cambia el hecho de que sigo siendo la sombra de Eveline en el futuro inmediato.

Vuelvo a mirarla cuando nos detenemos en un semáforo en rojo.

—¿Qué hay realmente en el cuaderno? —Pregunto, en parte por curiosidad y en parte porque intento averiguar si es algo importante que debería intentar conseguir.

Suspira y se pasa una mano por el cabello.

—Poesía.

La sorpresa me recorre y mis cejas se disparan.

—¿Cuál es tu favorito?

—Me gustan los clásicos.

—Hmm. —Asiento con la cabeza—. Ella habita con la Belleza. La belleza que debe morir; y la alegría, cuya mano está siempre en sus labios ofreciendo el adiós; y el placer doloroso cerca, convirtiéndose en veneno mientras la boca de la abeja sorbe.

Ella parpadea, separando la boca.

—¿Qué?

Sonrío, girando a la izquierda por una calle lateral que lleva a Kinland Heights; uno de los barrios más duros de la ciudad.

—¿No lo conoces?

—No, yo... —Ella sacude la cabeza—. Sí lo conozco. Keats es mi favorito, sólo que... ¿cómo lo sabes?

—Sé muchas cosas, cariño.

Le guiño un ojo. Sus labios se fruncen.

—Bueno, las palabras bonitas no me impresionan. Y tampoco tu pobre intento de evitar una conversación real.

Me agarro con fuerza al volante y un dolor agudo me recorre.

—A mi madre le gustaba la poesía.

El agujero en mi pecho me duele cuando digo las palabras, y ni siquiera sé por qué las digo. No hablo de mi madre. Nunca. Y menos con alguien que es la viva encarnación de por qué ya no la tengo.

—Oh —susurra.

—Está muerta, ¿verdad?

—Quién mierda sabe —le digo.

Ella inclina la cabeza, sus labios se diluyen. Finalmente dice:

—Estás enfadado con ella.

Se me revuelve el estómago.

—No, yo... no sé lo que soy. Ya no siento nada, para ser sincero. Fue hace mucho tiempo.

Levanta un hombro.

—Mi madre también se fue hace mucho tiempo, y todavía sería la primera persona en la fila para escupir en su tumba.

Mis labios se mueven.

—Mi madre tenía problemas. No estaba muy presente, y cuando lo estaba, estaba enferma.

Normalmente estaba enferma, pero no añado esa parte.

Eveline apoya la cabeza en la ventanilla del auto, y no sé si eso significa que está escuchando o que no le importa, pero ahora que he empezado a hablar, no quiero parar. El recuerdo recorre mis entrañas y se reproduce como una película; tan potente y visceral que es como si estuviera ocurriendo delante de mi cara.

—Tenía una colección de libros antiguos. Eran pequeños, rojos y con los bordes deformados. Ni siquiera sé de dónde los sacó, pero cuando era pequeño, llegaba a mi habitación en mitad de la noche y los leía para ayudarme a dormir. —Aparco el auto en una calle lateral llena de casas pequeñas y desgastadas envueltas en vallas rotas—. Cuando me hice mayor, y ella dejó de venir tanto, no sé... supongo que me ayudaron a sentirme cerca de ella o algo así. Es estúpido.

Se acerca a la consola y junta nuestros dedos, el metal de sus anillos se enfría contra mi palma.

—No es una estupidez.

Mi pecho palpita con latidos tartamudos mientras miro su pequeña mano y la forma en que encaja perfectamente en la mía.

—Te han consolado —afirma.

Me está consolando. Trago saliva para evitar el nudo en la garganta.

—Las palabras eran mi calma en una vida llena de caos.

Una hermosa sonrisa se dibuja en su rostro y su visión me deja sin aliento.

—Las mías también.

Mi mano sale disparada antes de que pueda pensarlo dos veces, y le aprieto la mandíbula, mi pulgar roza su labio carnoso, y saltan chispas entre mis dedos.

—Jesús, niña bonita. Podrías arruinar vidas con una sonrisa así.

Su sonrisa disminuye mientras me mira fijamente, y mi corazón golpea contra mi caja torácica con tanta fuerza que juro que intenta liberarse y caer a sus pies. Aprieto los dientes, molesto por esa sensación desagradable.

—De todos modos. —Retiro la mano—. No me gusta hablar de

ello.

Mis palabras son duras, pero tienen el efecto deseado, su cara se moldea de nuevo en los ángulos agudos de una chica malhumorada con poco carácter.

—Bien, porque no soy tu maldito terapeuta.

—Gracias a Dios por eso.

Me río. Ella se cruza de brazos.

—Sabes, eres una verdadera pieza de trabajo —digo, la ira goteando a través de mi sistema como la lava quemando la roca.

Ella se agarra el cabello y luego se golpea los muslos con las manos.

—Ni siquiera estoy haciendo nada. Mierda, ¿y la gente dice que tengo cambios de humor?

—Oh, bueno, al menos sabes que eres una psicótica.

El aire se diluye. Ella sonríe maníacamente.

—Bien.

Frunzo el ceño.

—¿Qué quieres decir con 'bien'?

No contesta, solo pasa las palmas de las manos por esa falda vaporosa que siempre lleva y sale del auto, marchando hacia la pequeña casa que hay al final de la calle. Cierro los ojos, exhalo con fuerza y golpeo el volante con el puño.

—¡Joder!

Salgo corriendo tras ella, sin querer que se meta en una situación de la que no pueda salir. Pero no debería haberme preocupado, porque cuando por fin la alcanzo, ya está dentro de la casa, con un tipo de rodillas en el centro de la habitación, con su gigantesca pistola apoyada en la cabeza.

Y tal vez si no me volviera tan loco, me daría cuenta de que he cometido un error.

Porque si bien es cierto que no sé si mi madre está viva, la madre de Brayden Walsh murió de cáncer.

19
EVELINE

Cillian es uno de nuestros traficantes de drogas. No es lo suficientemente alto como para tener acceso a mi padre, o a nuestros negocios diarios, pero es el primo pequeño de Liam, y con Liam actuando increíblemente al límite últimamente, pensé que era un buen momento para hacerle una visita.

Presentarme y asegurarme de que no hay nada raro que debamos saber. Entro en la puerta sin llamar «el idiota la mantiene abierta» y me dirijo directamente hacia Cillian, que se levanta de un salto del sofá raído y sus jeans holgados prácticamente se le caen por las piernas.

La ira corre por mis venas debido a mi pelea con Brayden y la utilizo como combustible, sabiendo que normalmente no entraría con tanta fuerza, pero sin que me importe.

—Hola, Cillian. Bonito lugar el que tienes.

Levantando la pierna, le doy una patada en la rodilla hasta que cae al suelo y le apunto con mi arma a la cabeza.

—¿Qué demonios? —Grita.

—Cállate —siseo, presionando más fuerte en su sien.

Por el rabillo del ojo, veo a Brayden entrando a toda prisa por la puerta detrás de mí y mi sonrisa se amplía al ver la escena.

La casa en sí no es nada especial. Un viejo sofá con una manta marrón sobre el respaldo y mesas desparejadas con lámparas sin pantalla. Hay una cocina diminuta a la izquierda y una pequeña mesa de desayuno circular justo enfrente, donde se sienta una mujer con la boca abierta mientras observa lo que ocurre. Mis ojos recorren la habitación y notan por primera vez los ladrillos de heroína «mi heroína» cortados y embolsados.

Inclino la cabeza, la sorpresa fluye a través de mí.

—Brayden, se bueno y ve a decirme qué hay en esa mesa.

Brayden sigue mi mirada y se acerca, sus músculos de la mandíbula se tensan cuando lo ve de cerca. Alarga la mano, toma el móvil que está junto a la mujer y se lo mete en el bolsillo.

—Por si acaso se te ocurre algo.

Le guiña un ojo.

—Dime que eso no es lo que creo que es —digo—. Dime que eso no es polvo cortado y marcado como nuestro.

Brayden chasquea la lengua.

—No puedo decirte eso, cariño.

Me responde, y vuelvo a mirar a Cillian, con su cabello rubio pegado a la frente.

—¿Alguien se ha portado mal?

—Vete a la mierda. ¿Quién mierda eres tú? —Escupe.

—Oh, sólo una psicópata residente. —Sonrío—. ¿No es cierto, Brayden?

Brayden gime, su cara se inclina hacia el cielo.

—Dios, ¿todavía estás con eso? ¿Podemos centrarnos, por favor?

Me encojo de hombros.

—Estoy perfectamente concentrada.

Cillian saca las manos y trata de agarrarme la muñeca, y yo la devuelvo rápidamente antes de golpearla contra un lado de su cabeza. Se desploma, golpeando el suelo de madera con un chasquido, y yo muevo la pierna, colocando mi tacón en la carne de su costado. Lo siento presionando contra sus costillas y me inclino hacia delante para que todo mi peso caiga sobre él.

Él gime.

—¿Ves?

Le sonrío a Brayden. La mujer sentada en la mesa tiene lágrimas en los ojos, sus manos cubriendo su boca. Brayden sacude la cabeza.

—Ridículo.

Miro a Cillian.

—Si te dejo subir, ¿prometes ser un buen chico?

Gime y asiente, con la palma de la mano aun cubriendo el corte en la sien. Lo suelto y me agacho, con los codos apoyados en las rodillas y la pistola colgando entre las piernas.

—Sabes, acabo de darme cuenta de que nunca he respondido a tu pregunta. Soy Eveline, y me muero por saber qué mierda estás haciendo con mis drogas.

—No estoy haciendo una mierda —gruñe.

—Sólo lo que ustedes me dijeron.

—¿Oh?

Poniéndome de pie, me alejo de él y me dirijo a la mesa, rozando a Brayden mientras miro por encima del hombro de la mujer.

—Por favor —susurra—. Yo no...

—Ssh. —Le pongo la mano en el hombro—. No pasa nada.

Los ladrillos se abren, los montones de polvo se transfieren y se mezclan antes de volver a embolsarlos y marcarlos de nuevo con nuestro logotipo. Mis ojos entornan la pegatina de la nueva bolsa. Es idéntica a la mía: la silueta de un mono con alas de murciélago. Mi cuerpo se estremece por la audacia de su réplica. Mis ojos siguen moviéndose a lo largo de la mesa, observando el bicarbonato de sodio y el veneno para ratas. La negrura se adentra en los bordes de mi visión. Vuelvo a girar y me acerco a Cillian, que está de pie ahora, frotando una toalla de papel en la herida sangrante de su cabeza.

—¿Estás cortando mis drogas con veneno para ratas, Cillian?

Se burla, mirándome con desprecio.

—Si no sabes lo que estoy haciendo, quizá no seas tan importante como crees.

Mi pecho se retuerce violentamente y reacciono antes de poder detenerme, apuntando mi arma a su rodilla y apretando el gatillo. El sonido queda silenciado por el silenciador, pero la mujer grita, y Cillian cae rápidamente, sus manos volando hacia su pierna.

—¡Joder, jodida loca! —grita.

Antes de que pueda reaccionar, Brayden está allí, con su puño volando hacia la cara de Cillian, antes de arrastrarlo por la camisa.

—Cuida tu boca.

Le sonrío, el calor se extiende a través de mí y apaga la ira, sólo un poco. Es bonito que defienda mi honor, aunque él mismo me haya llamado peor.

—Sólo hago lo que me dicen que haga —grita Cillian.

—¿Por quién?

Inclino la cabeza.

Me mira, las lágrimas recorren su cara mientras la sangre se filtra por sus dedos.

—Vete a la mierda, ¿por qué iba a decirte una mierda? ¿Para qué me maten cuando lo haga?

—Te mataré ahora si no lo haces —respondo.

Silencio.

Rompiendo el cuello, sonrío y me dirijo a la cocina, abriendo sus cajones hasta encontrar un gran cuchillo de cocina. Esto servirá. En silencio, me acerco a la mujer que está temblando en la silla de la mesa y sonrío suavemente.

—Lo siento.

Levanto la pistola y le disparo en la cabeza. Se desploma sobre la mesa, el rojo se acumula debajo de ella y se extiende sobre el producto que ya han arruinado. Brayden se queda con la boca abierta mientras observa la escena, con los ojos de piedra. Me acerco a él y le doy mi pistola.

—Sostén esto por mí, cachorro, ¿quieres?

Sus ojos se entrecierran al oír el apodo, pero hace lo que le pido; su mirada pasa por el cuchillo, la chica muerta y luego vuelve a mirar hacia atrás, antes de levantar finalmente el arma, apuntando a la nuca de Cillian. Me acerco, utilizando el filo de la hoja para inclinar la cara de Cillian.

—No estoy segura de que me hayas entendido antes, así que

déjame ser clara. Esto no es una negociación, y a pesar de lo que puedas pensar, soy tu juez, jurado y verdugo. Lo que significa que respondes ante mí.

Deslizo la hoja más adentro, justo por debajo de su mandíbula, y una enfermiza sensación de satisfacción me recorre cuando encuentra resistencia, y luego se hunde en su piel, la sangre empieza a gotear en el metal. Se queja y el sonido me produce escalofríos.

—¿Qué te hizo pensar que estaba bien cortar mis drogas?

—Me dijo que lo hiciera —tartamudea.

—¿Quién? ¿Es Benny quien te dice que lo hagas? ¿Tu primo? —Ronroneo—. Dímelo y todo esto se acabará.

Aprieta los labios. Suspirando, sacudo la cabeza, retirando la mano y la hoja de su mandíbula.

—Bien —digo, acercándome a la mesa y tomando una de las bolsas rehechas antes de emprender el camino de vuelta. Mis tacones chasquean en el suelo de madera mientras me acerco a él y señalo con la cabeza a Brayden.

—Dóblalo hacia atrás para mí, cachorro.

La mandíbula de Brayden se aprieta y me mira fijamente. Mi corazón comienza a latir con fuerza en mis oídos cuando pienso que no va a escuchar, que tal vez no puede manejar lo que ha sucedido. Pero entonces, lentamente, asiente y se agacha, arrancando el cabello rubio enmarañado de Cillian hasta dejar al descubierto su cuello rebanado.

—No te estás resistiendo mucho, Cillian —digo, inclinándome sobre él con una de las bolsas. La abro con el filo del cuchillo—. Es *casi* una decepción.

Cillian aprieta los labios y mis dedos se adelantan, clavándose en su barbilla y abriéndolos, su carne se atasca bajo mis uñas. Introduzco la bolsa de heroína cortada en su boca, el polvo llena la caverna vacía mientras él se atraganta y escupe. Me aseguro de apartar la cara, para que no me entre nada por accidente en las fosas nasales. Le agarro con fuerza las mejillas, dejo caer la bolsa y subo la parte plana del cuchillo para taparle la boca.

—Traga.

Las lágrimas recorren su rostro y se sacude contra el agarre de

Brayden. Brayden le aprieta los ojos pero lo mantiene en su sitio. Finalmente, la garganta de Cillian se tambalea mientras come el polvo seco.

—¿Crees que ha sido suficiente para hacerte sentir bien, bebé? —Ronroneo, deslizando la hoja hacia abajo hasta que se apoya en su yugular.

—Voy a pedírtelo una vez más —susurro—. ¿Quién?

—Liam. Él quería... quería empezar a ahorrar algo de dinero. Para poder alejarnos de esta mierda. De todos ustedes, malditos imbéciles de Westerly.

Mi mano se agita en su espalda y él se sacude hacia adelante, atrapándome desprevenida. Mi cuchillo se desliza en su garganta, chorreando sangre, el líquido caliente rociando mi piel. Sus ojos giran hacia atrás antes de que el peso de su cuerpo se hunda, el alma abandonando su cuerpo. Me quedo mirando en estado de shock durante largos momentos, el silencio que nos rodea es espeso y pesado. Luego doy un paso atrás y suspiro, mirando el desastre, con las manos manchadas de rojo.

—Bueno, esto es lamentable.

Brayden deja caer el cuerpo de Cillian y se levanta, con los ojos vacíos mientras me mira como si nunca me hubiera visto antes. Se me revuelve el estómago, pero alejo esa extraña sensación. No es nada nuevo que a la gente no le guste lo que ve y que se dé cuenta de que no soy la chica que ha creado en su cabeza es algo bueno.

—Llama a Zeke —le digo—. Dile que tenemos que encontrarnos en la tintorería.

Brayden traga, su manzana de Adán se mueve. Le chasqueo los dedos en la cara.

—¿Hola? ¿Estás vivo ahí dentro? Hazlo. Él sabrá lo que significa.

Y entonces me doy la vuelta y salgo por la puerta, marchando de nuevo hacia el auto y deslizándome dentro, metiendo la mano en la guantera con manos temblorosas, tomo las toallitas para bebés para intentar limpiar la sangre.

20
NICHOLAS

No hablo en el camino de vuelta a la finca.

Eveline tampoco lo hace, sus manos manchadas tiemblan ligeramente donde están sentadas en su regazo. No sé si es por la adrenalina o porque no tiene tanta sangre fría como intenta aparentar. Me odio por preocuparme de cualquier manera.

Mi mente vuela en mil direcciones diferentes. Arrepentimiento por no haberla detenido. Inquietud porque ya me he medio convencido de que está bien. Que era *necesario* que me quedara sin hacer nada.

Si hubiera intervenido y los hubiera salvado, me habría descubierto, y para ser completamente honesto, salvar a dos traficantes de drogas está muy abajo en mi lista de prioridades.

La parte vengativa de mí cree que recibieron su merecido. Lo peor es que, a pesar de todo, no me siento enfadado con Eveline. Todo lo que quiero es asegurarme de que está bien. Y eso es una mierda, porque *ella* es la que causó todo en primer lugar.

No quiero enfrentarme a lo que eso significa sobre mí, porque aunque no mostrar emociones es importante para el trabajo, sigo siendo un agente federal. Se *supone* que debo preocuparme. Pero cuando se trata de degenerados que voluntariamente ponen veneno en las drogas, causando sobredosis y muerte, me resulta difícil.

Eveline salta del auto en el momento en que llegamos a la entrada del círculo, y sube volando los escalones y entra en su casa. Me quedo parado, con los dedos apretados en el volante, luchando conmigo mismo sobre lo que sé que debo hacer y lo que quiero hacer.

Lo que *debería* hacer es ir a ver a Seth y denunciarlo. Informar a Cap de los últimos acontecimientos, para que podamos acumular más pruebas para el caso. Hay cadáveres apilados en Kinland Heights, y sangre en las manos de Eveline.

Hay un montón de heroína que podría llevarnos más cerca de averiguar a quién demonios estamos tratando de inculpar.

En cambio, estoy estancado en mi auto, con el estruendo del

motor vibrando debajo de mí y el calor calentando mi piel mientras sale por las rejillas de ventilación. No tengo ni idea de por qué me quedo, esperando… ¿quién sabe qué? Pero a pesar de todo, los minutos siguen pasando y aquí estoy. Finalmente, después de lo que parecen horas, decido irme.

Para hacer lo correcto.

La *única* cosa.

Saco el auto del aparcamiento, pero antes de que pueda pisar el acelerador, algo llama mi atención, arrastrándose por el perímetro de la mansión. Entrecierro los ojos, tratando de distinguirlo.

Es una persona «una persona pequeña» con un moño desordenado y una capucha negra que oculta su figura.

Eveline.

Apago el auto y abro la puerta de golpe antes de que pueda dudar de mí mismo, trotando rápidamente para no perderla de vista mientras escapa hacia el bosque que bordea la parte trasera de la casa.

El repentino frío del aire me escuece en la cara mientras me apresuro a seguirla, con la luna llena arrojando un brillo espeluznante sobre el bosque oscurecido. Tiemblo, mi chaqueta de cuero apenas me mantiene caliente.

Me quedo lo suficientemente atrás como para que no me vea, y me pregunto a dónde demonios va, porque parece que se adentra en el medio de la nada. *Tal vez esté más nerviosa de lo que parece.* No sé cuántos minutos pasan mientras la sigo hacia el interior del bosque, pero son suficientes para que me duelan las piernas y se me seque la boca, cuando, de repente, el suelo se mueve y tropiezo, y la hierba y las ramas se convierten en ladrillos amarillos descoloridos.

Mis pulmones se aprietan mientras miro fijamente mis pies.

Los ladrillos se están desmoronando y están cubiertos de maleza, pero están ahí, y mi cerebro se llena de teorías. *¿Es una coincidencia que su club de striptease se llame The Yellow Brick, cuando esto está en su patio trasero?*

Avanzo, siguiendo el sinuoso amarillo hasta llegar a un pequeño claro entre los árboles. Eveline se desliza dentro de la puerta principal de una pequeña y destartalada casa de campo.

Santa mierda.

Me he pasado horas estudiando los planos arquitectónicos y las fotos de satélite de este terreno, pero, de alguna manera, no tenía ni idea de que esto existiera.

Apresurándome, me deslizo por la puerta tras ella. No tengo interés en esconderme. Pero debería haber sabido que no se daría cuenta de que la estaban siguiendo, porque en el momento en que entro, se me echa encima, con su pistola en la cara mientras me empuja con dureza.

—Jesús —jadeo, el dolor irradia a través de mi cráneo mientras se golpea contra la pared.

—Debería haber sabido que eras tú quien me seguía —se queja.

—Sólo quería saber cómo estabas. —El calor inunda mis venas cuando su cuerpo se aprieta contra el mío, y mis manos se disparan para agarrar su cintura.

Ella frunce los labios, relajando su agarre.

—Considérame comprobada.

Mi polla se endurece cuando veo su cara desnuda, sin una pizca de maquillaje, y mis pulgares acarician su piel antes de que pueda detenerme. Mi mente me pide a gritos *que me recomponga*, pero mi cuerpo tiene otras ideas, como siempre que se trata de ella.

No lo soporto.

—Eres de gatillo fácil, ¿alguien te lo ha dicho alguna vez? —Me quejo.

—Sólo antes de que estén muertos. —Ella sonríe ampliamente.

Pongo los ojos en blanco, con el estómago revuelto por su despreocupación.

—¿Qué es este lugar? —Miro a mi alrededor.

Suelta su arma pero se queda en mi poder.

—Mi escape.

—¿De?

Se encoge de hombros.

—La vida.

—¿No te gusta tu vida? —No estoy seguro de por qué lo pregunto, pero de repente estoy desesperado por saberlo.

Su lengua pasa por su labio inferior y ladea la cabeza.

—¿Nunca quieres simplemente… alejarte?

—No especialmente.

Ella suspira.

—Bueno, yo sí. Me iría para siempre si pudiera.

Mi interés se ha despertado.

—¿A dónde irías?

—Irlanda. —No duda ni un segundo—. Mi padre se enorgullece de nuestra herencia irlandesa, pero yo nunca he estado allí, ¿puedes creerlo?

No respondo porque no sé qué decir. En cambio, me empapo de su belleza sin esfuerzo. Pero su belleza es un espejismo, un truco de la luz. Te absorbe y te reconforta, sólo para volverse feo cuando miras debajo de la superficie.

—¿Por qué mientes tanto? —pregunta.

—Yo no miento. —Aprieto los dientes.

Técnicamente, lo *hice*, pero es irritante que me llame constantemente la atención, cuando he sido más sincero con ella que con cualquier otra persona. Espero que tenga una respuesta inteligente, pero sólo me mira. Me *mira* como si intentara meterse bajo mi piel y desenterrar las partes enterradas. Me pica y me inquieta, con los dedos apretando con fuerza su cintura.

—¿Sigue siendo esto lo del nombre?

—Dímelo tú.

Sonriendo, trago para evitar la opresión en mi garganta y me inclino para susurrarle al oído:

—Cariño, puedes llamarme lo que quieras si eso significa que

puedo volver a hundirme en ese dulce coño.

Se echa hacia atrás, arrancándose de mi agarre.

—Ugh, eres una vergüenza para los hombres de todo el mundo.

Me río.

—Lo dice la chica que acaba de matar a dos personas.

Abre la boca como si tuviera algo más que decir, pero se da la vuelta para entrar en la pequeña cocina. La sigo y me agolpo en el lugar en el que se encuentra la encimera, con la cabeza inclinada y los dedos apretados contra el borde. La acorralo y bajo hasta que mi nariz roza su cuello.

—Te molesta, ¿verdad? —Pregunto—. ¿Lo que hiciste?

—Brayden, *por favor*. Vete a la mierda —murmura.

No sabría decirte por qué lo hago. Tal vez sea porque estoy tratando como el demonio de encontrar a la chica dentro del monstruo; la que está tratando tan desesperadamente de ocultar. O tal vez sea porque *estoy* desesperado por escuchar una razón, una sola y maldita razón por la que no debería denunciarla, aunque sé que es lo que tendré que hacer.

Se me revuelve el estómago y aprieto la mandíbula. Deslizo las palmas de las manos por la longitud de sus brazos, y mi polla se llena cuando se le pone la piel de gallina y su trasero me aprieta la ingle. Nuestros dedos se entrelazan en el mostrador de formica y mi corazón se golpea contra mis costillas cuando su cuerpo tiembla.

—Puedes decírmelo —ronroneo contra su cuello, mi lengua se desliza para probarla, sólo un poco.

En este momento, lo digo en serio. Ella *puede* decírmelo. No estoy tratando de obtener información, o ver lo que ella dirá. No estoy interesado en su boca malcriada o en todas las formas en que puedo hacerla retorcerse. Sólo quiero hablar con la chica que hay debajo de la máscara. La que sonríe tanto que suaviza sus ojos, y me deja susurrar sonetos contra su piel.

Su respiración es pesada.

—No estoy molesta por haberlos matado.

La decepción se instala en mi pecho como una roca, pero se siente apagada y sin brillo, eclipsada por el fuego que ilumina mis entrañas cada vez que me acerco a esta mujer.

—Estoy enfadada por haber perdido el control —continúa.

Me agarro a sus manos y lo sé «sé» que debería alejarme. Que cuando esto termine, pasaré horas odiándome por enamorarme de alguien a quien se supone que debo enfrentarme.

Pero cuando se trata de Eveline Westerly, soy un jodido tonto.

Así que, en lugar de marcharme e informar a Seth, muevo nuestros brazos entrelazados y los envuelvo alrededor de su medio, antes de retirar mis dedos, arrastrándolos por la parte delantera de su cuerpo mientras me hundo de rodillas.

—Entonces devuélvelo.

21
EVELINE

Sabía que me estaba siguiendo.

Y sé que miente más de lo que deja entrever. Entonces, ¿confío en él? Absolutamente no.

Pero *yo* no estaba mintiendo cuando dije que estaba molesta por haber perdido el control. Después de la muerte de Nessa, me he esforzado mucho por mantener mi temperamento, por asegurarme de que mi problema de impulsos esté bajo llave. Nunca lo dominé mientras ella estaba viva y hacerlo en la muerte es una de las formas en que he tratado de honrar su memoria.

Últimamente, me falta mucho, lo que me hace sentir que le estoy faltando el respeto. *Decepcionándola*, como hago con todos los demás.

Pero luego está él.

Este hombre. Este completo desconocido. Y está de rodillas por *mí*.

No me hago la ilusión de que ceder el control sea fácil. Toda la razón por la que estamos enfrentados es porque hay una lucha constante en la que yo intento mantenerlo mientras él me lo quita. Pero hay algo ahí, entre el vitriolo y la animosidad. Un revestimiento de plata que es cálido y suave alrededor de los bordes, instándome a hundirme en lo que él está dando.

Sus dedos se clavan en mi cintura y mis brazos tiemblan al empujar el dorso de sus manos. Cierro los ojos, mi corazón late tan rápido que lo siento en mi cuello. Los labios me presionan en la parte baja de la espalda y los escalofríos me suben por la columna vertebral, la excitación envía una inyección de adrenalina por mi centro.

Y sé que esto no está bien. Lo odio, y él me tolera como mucho. Pero mis nervios rebotan en los bordes de mi cuerpo, enviando una ansiedad punzante que me atraviesa por dentro, y cuando él me toca, calma el escozor.

Así que me daré el gusto. Sólo por un momento.

Giro mi cuerpo hasta quedar frente a él y mi estómago se tensa cuando nuestras miradas se encuentran. Mi sudadera con capucha está ligeramente arrugada por sus manos, y su aliento recorre la franja de piel que asoma por debajo de la tela. Me agacho, levanto el dobladillo de la sudadera y la camiseta de tirantes que llevo debajo, la subo por encima de la cabeza y la dejo caer al suelo. No llevo sujetador y mis pezones se endurecen al tener sus ojos sobre mí.

Sus rizos castaños oscuros están alborotados, un mechón rebelde le cae por la parte superior de la frente, y yo le paso los dedos por encima, apartándolo de su cara y enredando mis dedos entre sus sedosas hebras.

—Preciosa —raspa, se inclina y chupa uno de mis pechos en su boca.

Jadeo ante la sensación de humedad, su lengua se arremolina alrededor del pezón, sus dientes muerden hasta que el dolor se convierte en placer.

—Quítame los pantalones —exijo.

Me suelta el pecho con un chasquido resbaladizo, el aire frío hace que se me ponga la piel de gallina. Sus manos se mueven lánguidamente, arrastrándose por mis costados y mis caderas hasta que engancha sus dedos bajo la cintura de mis leggings y tira de ellos. La tela me roza los muslos cuando me los baja, y me quedo quieta, con la excitación nublando mi visión mientras me desnuda. Las bragas me rodean los tobillos y él vuelve a subir, me levanta por la cintura y me coloca junto al fregadero. El frío de la encimera me muerde la piel del trasero y aspiro al repentino frío contra mi acalorada piel.

La mirada de Brayden se fija entre mis piernas. Me quita los zapatos y se deshace de los leggings antes de volver a trazar sus palmas hacia arriba, apretando el interior de mis muslos.

Los abro más para que tenga una buena vista.

—La carne no tiene más razón que levantarse ante tu nombre —murmura, frotando su nariz a lo largo de mi raja.

Mis abdominales se tensan.

—¿Estás citando a Shakespeare a mi coño?

Presiona un suave beso en la parte superior de mi clítoris.

—Te encanta.

—No lo hace. —*Lo hace*.

Se aparta, con una sonrisa diabólica en su rostro.

—Me acuesto con ella, y ella conmigo. —Hace una pausa y, de repente, su lengua está sobre mí, haciendo pequeños círculos alrededor de los nervios sensibles. Gimoteo y el calor me recorre las piernas.

Su lengua desaparece.

—Y en nuestras faltas con mentiras nos halagamos.

Mi pecho se calienta, el deseo se enrolla como una cuerda alrededor de mi núcleo y sube por mi columna vertebral. Creo que me gusta así.

—No tienes que confiar en mí, Eveline. Pero las palabras son tu espacio seguro, de la misma manera que son las mías.

Mis dedos se enredan en su cabello.

—Déjame ser tu calma en el caos, niña bonita.

La emoción se agolpa en mi pecho y se cierne tras mis ojos con tanta rapidez que me hace perder el aliento, pero antes de que pueda procesar la sensación, su boca está sobre mí de nuevo, *devorándome* como un hombre desesperado por demostrar su valía.

Mis músculos se tensan, un cosquilleo me recorre el abdomen y se acumula entre mis piernas. Mi cuerpo se estremece cuando me lame el clítoris y sus dedos me masajean el interior de los muslos.

—Sí —gimo, echando la cabeza hacia atrás—. Chúpalo.

Lo hace, cerrando sus labios en torno a mí y metiendo el manojo de nervios en su boca, la punta de su lengua torturándome, succión lenta mezclada con lánguidos lametones, una y otra vez, hasta que la tensión se extiende tanto que está a punto de romperse.

Y entonces me derrito, explotando sobre su lengua y gritando, chocando contra su cara mientras mi visión se vuelve negra. No deja de acariciarme y le arranco la cabeza una vez que estoy demasiado sensible. Sonríe, con la boca brillante por el desastre que ha hecho.

—Ven aquí —digo.

Sus brazos me enjaulan inmediatamente mientras se levanta y atraigo su cara hacia la mía, lamiendo a lo largo de sus labios antes de sumergirse en su boca.

—Así es, niña bonita —gime—. Chúpate mi lengua y verás lo bien que sabes.

Mi núcleo palpita por sus palabras y junto nuestros labios, el sabor almizclado de *mí* mezclado con todo lo *suyo* me hace poner los ojos en blanco.

Sus brazos me rodean con fuerza, sus caderas se mueven entre mis piernas hasta que su erección cubierta de jeans presiona mi coño desnudo.

Me alejo, bajo de un salto de la encimera y presiono mi mano contra su torso para empujarlo hacia atrás hasta que sus piernas chocan con una silla de la cocina.

—Siéntate.

Lo hace.

—Tienes razón. Sigues las instrucciones increíblemente bien. —Sonriendo, me inclino sobre él y le levanto la camisa, tirándola a un lado, y mis ojos se impregnan de las afiladas líneas y los músculos de su torso. Agarro su cinturón, desabrocho la hebilla y lo saco de las trabillas—. Pon las manos detrás de la silla.

Su ceño se levanta, pero hace lo que le pido. Camino detrás de él, deslizando mis dedos sobre los suyos y girando las palmas de sus manos para que queden una frente a la otra antes de rodear su cinturón por fuera y atarlas. La anticipación ilumina mi centro, el deseo florece por la cantidad de poder que me está dando.

Volviendo a su frente, me arrodillo entre sus piernas, deslizando mis manos por sus muslos hasta llegar a la parte superior de sus pantalones y desabrochando el botón. Levanta las caderas, ayudándome a desnudarlo. El corazón se me sale del pecho cuando le bajo la ropa, dejando libre su polla. Es tan dura y gruesa que palpita físicamente, y se me hace la boca agua al verla.

—¿Sientes tus muñecas bien? —Pregunto.

No quiero que le duela, sobre todo porque sé que solo lo hace por mí. Se pasa la lengua por el labio inferior y asiente con la cabeza,

con los ojos brillantes clavados en los míos. Alargo la mano y lo agarro. Se sacude en mi mano y sonrío, acariciando de la base a la punta, queriendo hacerlo sentir tan loco como yo por él.

—¿Confías en mí?

Gruñe, una gota de presemen gotea de su cabeza.

—No estoy seguro.

—Es más inteligente si no lo haces —respondo con sinceridad.

Se me retuerce el pecho y me levanto ligeramente, lo justo para darle un ligero beso en los labios. Es tierno y, francamente, inoportuno, pero me permito el momento más suave, queriendo mostrar mi gratitud por lo que me está dando.

Hay algo tan atractivo en el hecho de que una persona se someta por completo a otra, de que esté a su merced, de que acepte lo que considere oportuno darle.

Quiero consumirlo y deleitarme con su entrega.

Su mirada no se aparta de la mía mientras me inclino sobre su polla rígida, soplando pequeñas bocanadas de aire contra él hasta que sus músculos se tensan y sus caderas se agitan.

—Te gusta mirarme, ¿verdad? —Pregunto.

—Sí.

Mi lengua se desliza y recorre la longitud de su eje, y sé que si realmente quisiera, podría escapar fácilmente de su restricción y tomar el control.

El hecho de que no lo haga me desespera por recompensarlo.

Otro lametón. Esta vez, me aseguro de que la parte plana de mi lengua con mi piercing golpee su cabeza, y rodeo la carne sensible, esperando que la sensación añadida lo vuelva loco.

Gime y empuja sus caderas, su polla golpeando mis labios separados. Lo agarro por la base y me muevo ligeramente hacia atrás, observando la gruesa vena que lo recorre, sintiendo que la presión crece en lo más profundo de mi abdomen. Vuelvo a bajar, ejerciendo una ligera presión mientras desciendo la cara, y el interior de mis mejillas apenas roza su piel. Levanto la mano y mis uñas arañan sus pelotas. Inmediatamente se tensan, y su polla salta en mi boca.

Gime cuando me alejo, echando la cabeza hacia atrás.

—Me estás jodidamente *matando*.

—Estas cosas deben hacerse con delicadeza —digo—. Pero me gusta tenerte a mi merced.

Me mira fijamente, con los ojos desorbitados y la mandíbula apretada. Sin embargo, no intenta liberarse.

—Te estás portando muy bien. —Sonrío—. ¿Debo chuparte la polla como recompensa?

—Por favor —susurra, moviendo las caderas como puede mientras tiene los brazos atados a la espalda.

Bajo la boca y lo trago hasta que llega al fondo de mi garganta, mis mejillas se ahuecan mientras chupo. Su sabor salado hace que la humedad se deslice por el interior de mis muslos, y gimo, lo que hace que él se sobresalte. Me dan arcadas cuando llega a la parte posterior de mi boca, y su polla palpita en mi lengua. Empujo más hasta que rompe la resistencia y se desliza por mi garganta, con los ojos llorosos. Mis labios llegan a su base y muevo la lengua, presionándola contra su tronco, intentando no toser mientras me deja sin aire.

—Maldita sea —gime.

Cuando no puedo aguantar más, retrocedo, con finas líneas de saliva que conectan la punta de su polla con mis labios, la saliva gotea por mi barbilla y en la parte superior de mi pecho. Me arde el esófago, pero el dolor me hace palpitar el coño, así que inspiro profundamente y vuelvo a sumergirme, iniciando un rápido movimiento de masturbación con la boca y la lengua hasta que siento que se hincha y sus pelotas se tensan en mis manos.

Me separo rápidamente y él gime, su pecho se agita con su fuerte respiración.

—Chico travieso, intentando correrte antes de que te lo diga. —Me muevo desde mis rodillas, pasando las palmas de las manos por su piel acalorada hasta que mis brazos rodean su cuello y mi trasero está en su regazo, con su gruesa polla presionada contra mi resbaladizo coño.

—¿Quieres correrte, cariño? —Susurro contra sus labios, apretando sobre él.

—*Joder*, sí —dice con fuerza.

—Dime.

Se adelanta, su aliento recorre mi cuello y me hace sentir un escalofrío a lo largo de mi cuerpo.

—Quiero que me uses hasta que te sacies, y luego deja que me corra dentro de ti.

Mi núcleo se contrae dolorosamente y agarro su cara con las manos, aplastando nuestros labios hasta que nuestros dientes chocan y nuestras lenguas colisionan.

Su polla está ahí, *justo* en mi entrada, y levanto ligeramente las caderas.

Gemimos el uno en la boca del otro cuando se desliza dentro, y mis paredes se aprietan alrededor de él. Me siento tan jodidamente *llena*.

Muevo mis caderas de un lado a otro, siguiendo el ritmo de nuestro beso descuidado, y mi clítoris se frota contra su entrepierna con cada pasada.

—Joder —susurra contra mis labios—. Estoy cerca.

Moviendo mi mano por la parte delantera de mi cuerpo, empiezo a rebotar hacia arriba y hacia abajo, mis músculos se tensan hasta que parece que voy a estallar de la tensión. Y entonces me destrozo, mi coño lo ordeña mientras grito. Él capta el gemido y se lo traga.

Poco después, sus caderas chocan con las mías mientras se mantiene en lo más hondo, su polla palpitando salvajemente mientras bombea su semen muy profundo.

Me desplomo contra él, con los oídos zumbando y la vista nublada. Alcanzo el respaldo de la silla y me pongo a tientas con su cinturón hasta que sus muñecas se liberan. Inmediatamente, me envuelven, atrayéndome más hacia él. Apoyo mi cara en su pecho mientras él me da un beso en la parte superior de la cabeza, y me siento… contenta.

Casi como si la felicidad estuviera aquí *mismo*, esperando a que la alcance y la tome.

Así que me sumerjo en el momento, cerrando los ojos al

sonido de su corazón que late.

Y cuando se va una hora más tarde, diciendo que tiene que ir a buscar a Dorothy, porque odiaría romper su promesa, ese sentimiento que estaba tan cerca de sostener se evapora en polvo.

22
NICHOLAS

Hace cuatro días que no veo a Eveline.

Me fui poco después de que me atara y pusiera mi mundo patas arriba, y desde entonces he estado cayendo en una espiral sin fondo. Me hizo correrme más fuerte que nunca con *ninguna* mujer, y luego se tumbó sobre mi pecho y se acurrucó conmigo como si yo fuera su hombre.

Pero entonces ocurrió algo.

Un pensamiento susurró en mi cerebro. *Que lo dejaría todo sin pensarlo si pudiera quedarme así para siempre.*

Y pensamientos como ese son inaceptables para mí, así que usé lo único que sabía que le haría daño y fingí que me iba a buscar a su hermana.

Tuvo el resultado esperado.

Sus ojos, que hasta ese momento habían sido suaves y vulnerables, se cerraron de golpe. Y cuando volvió a mirarme, no quedaba más que una tundra helada donde nada podía sobrevivir.

Decidí enfrentarme a ella al día siguiente, pero luché contra el impulso.

Entonces me encontré con ella el segundo día. Ni siquiera me miró, poniendo una excusa rápida sobre la necesidad de hablar con su padre.

Al tercer día, me di cuenta de que el coño me estaba jodiendo la cabeza, y por muy bueno que sea, sigue siendo mi enemigo. No tenemos absolutamente nada en común fuera de nuestra compatibilidad sexual.

Y ahora es el cuarto día. Estoy sentado frente a su padre en la oficina trasera de The Yellow Brick, y mi mente no puede concentrarse. Estoy demasiado ocupado preguntándome dónde está, qué está haciendo. Si todavía me odia tanto como sé que debería odiarla.

—Nos vamos a Chicago.

Me concentro rápidamente en Farrell, sus palabras me hacen volver al presente.

Siempre ha sido una posibilidad, tener que volver a Chicago mientras me hago pasar por otra persona. Trabajar en un caso encubierto en el mismo estado en el que vives es arriesgado en el mejor de los casos. Pero los pros superan a los contras. Necesitaban a alguien local que pudiera ser convincente en su conocimiento de la zona. La mafia irlandesa no es precisamente conocida por recibir a los forasteros.

—¿Para qué? —Zeke pregunta, sus ojos miran hacia mí y luego hacia atrás.

—Una subasta benéfica, por supuesto. —Farrell sonríe alrededor de su cigarro—. Soy un filan… fi… alguien que hace buenas acciones, y la reelección del alcalde se acerca.

—¿Qué hay en Chicago para el alcalde de Kinland? —Pregunto.

—Es una noche en el agua —dice Farrell tras una nube de humo—. Por una causa importante.

—¿Qué es eso? —Zeke se ríe—. ¿Chupar las pollas de los ricos y llenar sus bolsillos?

—Habrá muchos invitados importantes allí. Oscar nos ha preparado algo con los Cantanelli.

Me siento más recto en mi silla. *Esto* un giro sorprendente.

—¿Los italianos?

Sus ojos se afilan.

—Como es lógico, están cansados de no poder competir con nuestro producto. Han sido… poco complacientes con sus peticiones de que dejemos de distribuir en sus zonas.

El malestar me envuelve el pecho.

—¿Te estás moviendo en *su* territorio?

Se encoge de hombros.

—Simplemente me siento a negociar los términos.

—¿Piensas darles tu proveedor? —Pregunto, inclinándome hacia delante en mi asiento.

La sonrisa de Farrell disminuye y sus gruesos dos dedos se acercan para quitarle el Black & Mild de la boca, golpeándolo en el cenicero de cristal, con los ojos entrecerrados.

—Deja que me preocupe por mi proveedor. Estará allí, y eso es lo que importa. Tú preocúpate de mantener a Dorothy a salvo.

Mi corazón tartamudea.

—¿No Evie? —Pregunta Zeke.

—Evie está ocupada —dice Farrell.

Mi centro se tensa, mi mente vuelve a preguntarse dónde está y qué está haciendo.

La puerta se abre de golpe y entra un Liam sudoroso, con los ojos inyectados en sangre y el traje arrugado.

—Skip —jadea.

Farrell se ríe y señala con el dedo a Liam.

—Mira a este hijo de puta fuera de forma. ¿Qué te hace correr?

—Cillian ha desaparecido. —Su voz es plana, pero percibo la manía en su tono.

El rostro de Farrell se vuelve serio, toda la diversión se desvanece.

—¿Y mi producto?

Liam aprieta los puños y sacude la cabeza.

Zeke se tensa a mi lado, nuestros ojos se encuentran durante un breve instante.

Farrell se reincorpora a su asiento y vuelve a tomar su Black & Mild, el humo se arremolina en su cabeza y se evapora en el aire. Se quita el puro de la boca y agita los dedos de un lado a otro, pasando la lengua por la parte delantera de los dientes.

—Recorre esto por mí, Liam. Ven a mí. —Señala su propio pecho—. Dime que tienes a alguien en quien podemos confiar. Alguien leal. Alguien que puede hacernos *más* de lo que hemos estado recibiendo. ¿Estoy en lo cierto hasta ahora?

—Sí, pero… —Liam comienza.

Mis sentidos se agudizan, y todo lo que ha estado atormentando mi mente hasta este momento desaparece. Esta conversación parece importante.

—Pero nada —Farrell sacude la cabeza—. Sabes, Evie dice que eres la rata.

La cara de Liam se frunce.

—¿Qué? No, yo…

Farrell se levanta de su asiento, toma una pistola de debajo de su escritorio y le dispara a Liam dos veces, justo en la cabeza. Su cuerpo cae al suelo, con los ojos muy abiertos y mirando fijamente.

Se me revuelve el estómago.

El viento azota el agua del lago Michigan y rueda por la ciudad, haciendo que el frío me pique las mejillas y me congele las manos.

Respiro en visibles nubes de aire y me apoyo en el muro de hormigón cubierto de grafitis, observando a Seth ir y venir por el callejón trasero.

No fue fácil escapar una vez que llegamos a Chicago, pero aquí estoy.

—¿Cuándo es la reunión? —Pregunta.

—Este fin de semana. El sábado por la noche. —Me froto las manos antes de meterlas en los bolsillos de mi chaqueta—. Pensé que podríamos organizar algo. No hay manera de que no traiga producto para que lo prueben.

Seth suelta un suspiro.

—Hombre… sabes que eso no es lo que buscamos.

—Escucha —continúo, con la frustración apretando mis entrañas—. Nadie me va a decir una mierda. Zeke ha estado allí durante años y todavía no tiene ni idea. Vamos a traerlos, a sacudirlos. Podemos hacer que Farrell se raje. —Hago una pausa.

Seth frunce los labios.

—Podemos volver a ponerte en contacto con la policía, pero el capitán no quiere hacer ninguna tontería.

Sacudo la cabeza.

—La policía está muy comprometida. Definitivamente tiene filtraciones en Kinland, lo que significa que probablemente las tenga aquí también.

—¿Y sus hijas? —pregunta.

—Sí —digo, los gélidos zarcillos del miedo me envuelven el cuello—. Podrían saber algo.

Se queja y se pellizca el puente de la nariz.

—Sabes que un 'podría' no es suficiente. Galen quiere el perro grande, y si nos movemos demasiado pronto, podríamos perderlo todo.

—Me estoy muriendo aquí, Seth —suplico, la desesperación empuja las palabras de mi lengua—. ¿Sabes lo que es quedarse de brazos cruzados y ver cómo hieren a la gente, ver cómo se infringen las leyes y no hacer *nada*? —Me aprieto los dedos en la sien—. Te jode la cabeza.

—Nunca has tenido un problema —afirma.

—Sí, pues ahora tengo un problema —respondo con veneno.

—¿Esto es por la chica?

Me alejo de él de un tirón.

—¿Qué?

—Eveline Westerly.

Se acerca a mí, ladeando la cabeza. Su mano se extiende y se

apoya en mi hombro, y yo aprieto los dientes, reprimiendo el impulso de apartarlo.

»¿Estás muy metido, Nick?

Un estallido de rabia me atraviesa y le agarro de la camisa, retorciéndola hasta estamparla contra la pared. El rojo me nubla la vista.

—¿Cuántas jodidas veces tengo que decirte que no me llames así? *Jesucristo*. ¿Intentas que me maten?

—Pero eso es lo que eres —arremete Seth—. Eres Nicholas Woodsworth.

Me da un empujón en el pecho y mi agarre se afloja.

—Nacido el 17 de agosto. Tuviste una infancia de mierda con una madre drogadicta que te hizo crecer demasiado rápido, y tienes una hermana esperando en casa. Una que te quiere y pregunta por ti *todos* los días.

Suelto el agarre de su camisa, retrocediendo a trompicones mientras me miro las manos, con el estómago revuelto.

¿Qué demonios me está pasando?

—Yo…

—Lo sabes —me corta Seth—. Ahora incluso hablas como ellos.

Sigo mirando mis manos.

—Lo entiendo, hombre. Sé que es difícil, y en el fondo creo que nadie puede hacer este trabajo como tú. Tienes el don. —Duda—. Pero la razón por la que eres tan bueno es porque no *sientes* las cosas como lo hacen otras personas. Eres una máquina. No te apegas.

Levanto la cabeza y me encuentro con su mirada preocupada.

—Así que si estás empezando a… —continúa—. Eso es algo que tenemos que abordar.

Me relamo los labios y sacudo la cabeza, ignorando el dolor que se extiende entre mis sienes.

—No, estoy bien. Sólo estoy estresado. Lo siento. —

Flexionando mis dedos temblorosos, trago, la determinación se asienta como un pesado ladrillo en el centro de mis entrañas—. Creo que Dorothy puede saber algo.

Los ojos de Seth se disparan.

—¿Estás seguro de eso?

Sacudo la cabeza y suelto una carcajada exasperada.

—No, pero si lo hace… si le ofrecemos inmunidad, podría aceptarla. Sólo dame algo de tiempo con ella.

23
EVELINE

El escritorio del alcalde es más grande de lo que parece en la cámara.

Tomo un cubano de su lujoso maletín y me reclino en la silla, apoyando los tacones en el ostentoso roble y encendiendo la punta del cigarro. No hay nadie en este momento, pero tras una rápida charla con su secretaria, la convencí de que se tomara un almuerzo temprano y me dejara esperar en su despacho.

Somos viejos amigos, después de todo, el alcalde y yo, y este es el momento perfecto para reunirnos con él. Todos los demás se han ido a Chicago antes de tiempo, mi padre afirma que quiere que sus chicos "disfruten de la ciudad" antes del evento de Oscar, pero yo me he quedado, diciendo que tenía que estar aquí con las amapolas.

No es mentira, la botánica es una cosa que consume mucho tiempo, y tengo que revisarlas con frecuencia para asegurarme de que tenemos un flujo constante de opio para hacer el mono volador.

Pero no es por eso que no fui.

La puerta del despacho se abre y entra Oscar. Tiene una expresión de concentración en su pálido rostro, y su cabello negro azabache está tieso y perfectamente peinado, engominado hacia atrás con el brillo de un político. Sus pasos vacilan al verme y su mano se detiene en el lugar donde estaba aflojando el nudo de su corbata.

—Bueno, bueno, bueno. Si es la pequeña Eveline Westerly. —Sus ojos recorren mi cuerpo—. Toda crecida.

—Hola, Oscar —respondo, expulsando una nube de humo.

—¿Te envía tu padre? —Se acerca.

Chasqueo la lengua, colocando el cubano en la esquina de su escritorio.

Sus ojos siguen el movimiento y se entrecierran cuando parte de la ceniza cae sobre su elegante alfombra persa púrpura y dorada.

—Estoy aquí en nombre de mi hermana.

—¿Cuál?

Inclino la cabeza, observando su rostro con atención. No esperaba que dijera eso.

—¿Cuál *crees* que es?

Entrecierra los ojos y hay unos instantes de silencio incómodo en los que nos quedamos con una mirada acalorada. Finalmente, una sonrisa se dibuja en su cara.

—¿Me estás jodiendo?

—Lo sabes. —Ignoro su pregunta, pasando las puntas de mis dedos por la madera de su escritorio—. Este es un buen mueble. Fuerte. Robusto. —La silla cruje cuando avanzo, golpeando mis nudillos en la parte superior—. Se pueden hacer muchas cosas en un escritorio como éste.

—Hmm. —Su sonrisa crece—. ¿Es por eso que has venido a verme? ¿Para probar lo *resistente* que puede ser mi escritorio?

—Oh, Oscar. —Me río, me pongo de pie y camino hacia él. Sus ojos están entrecerrados y el fuerte olor a colonia llega a mis fosas nasales cuando me acerco. Enrollo mis dedos alrededor de su corbata, alisándola y enderezando el nudo antes de girar el cuello para encontrar su mirada—. Se habla de ti, ¿sabes? Pensé que querrías saberlo.

—¿De verdad? —Su ceño se frunce—. ¿Sobre?

—Estar en la cama con los Cantanellis.

Se burla.

—Por favor.

—Estabas cerca de Nessa, así que considera esto un favor… una visita para recordarte de dónde vienes. —Le doy unas palmaditas en las solapas de su traje—. No me gustaría que alguien tan *importante* como tú se viera envuelto en rumores desagradables.

Su cuerpo se tensa.

—¿Estás amenazando a un funcionario público, señorita Westerly?

—Sólo una charla con un viejo amigo. —Me encojo de hombros.

—Bueno, por muy divertida que sea esta *charla* —dice—. No es un buen momento. Tengo una reunión del ayuntamiento en treinta minutos.

—Por supuesto, dejaré que te pongas a ello. —Lo rodeo para dirigirme a la puerta, mis tacones resuenan en el suelo de madera y en las paredes de color beige. Mis dedos rodean el pomo metálico y giro, pero antes de salir del todo, me detengo y vuelvo a mirar hacia él.

Me observa con las manos en los bolsillos y una expresión de consternación en su rostro.

—Sabes… *es* una pena que no tengamos tiempo para probar ese escritorio. —Suspiro—. Supongo que le preguntaré al comisario Boq qué tal lo aguanta.

Le guiño un ojo y sus fosas nasales se agitan.

—Sal de mi oficina.

Riendo, me doy la vuelta y me voy, con el subidón de amenazar a alguien inundando mis venas como una droga.

Tres horas más tarde, estoy de vuelta con mis amapolas, respirando sus aromas terrosos mientras escribo. Tacha eso, mientras *intento* escribir. Llevo seis días bloqueada, desde que dejé que Brayden me susurrara poesía en la piel mientras me corría alrededor de su lengua.

Las palabras son tu espacio seguro.

Agito el bolígrafo una y otra vez, el extremo golpea los bordes de mis nudillos y luego la página, creando un ritmo agitado.

¿También le susurra poesía a Dorothy?

Se me agrian las entrañas al pensarlo y gimo, golpeando mi cuaderno en el suelo a mi lado. Cierro los ojos y cuento hacia atrás, concentrándome en mi respiración y tratando de encontrar mi centro. Pero los flashes de Brayden y Dorothy se filtran en mi cerebro. *¿Se están divirtiendo juntos en Chicago?*

Me siento… utilizada. Patética. Débil. Debería haber sabido que no debía ceder. Y no sólo eso, sino que cedo continuamente, una

y otra vez, deleitándome en la forma en que hace cantar a mi cuerpo. Debería haber escuchado mi voz interior cuando agitó su gigantesca bandera roja como una señal de advertencia desde el primer día, gritando en mi psique.

Pero por primera vez desde Nessa, la voz de otra persona se coló en las grietas, y empecé a escucharlo a él en lugar de a mí misma. Como el perro de Pavlov, me entrenó sin esfuerzo para aceptar lo mínimo. A desear las idas y venidas, a que la animosidad se convirtiera en excitación cada vez que estaba cerca, simplemente porque me prestaba algo de atención.

Y ya sea negativo o positivo, al menos estaba *viéndome*.

Además, puedo admitir a regañadientes que es el mejor polvo que he tenido.

Déjame ser tu calma en el caos.

Mentira.

Suspirando, me paso los dedos por el cabello anudado, tirando de las raíces hasta que el escozor aclara mis pensamientos. No funciona, de hecho, cuanto más tiempo permanezco sentada en el silencio, más repaso cada uno de los encuentros que hemos tenido Brayden y yo, buscando alguna razón más allá de lo físico que explique la atracción que siento.

Y cuando llegó a la otra noche, cuando me hablaba de su madre, una epifanía se dispara como una bombilla que explota en mi cerebro.

Me levanto de mi sitio en el suelo y prácticamente corro hacia mi teléfono, lo tomo y marco rápidamente a Cody. Contesta al tercer timbre.

—No es un buen momento, nena.

—¿Cómo murió la madre de Brayden? —Me apresuro a decir.

—Yo… ¿quién?

—El tipo que te hice investigar. ¿No dijiste que su madre murió?

—Uhh… sí. Cáncer. Cuando tenía dieciocho años. Escucha, ¿puedo llamarte luego?

Dejo caer el teléfono, un dolor intenso que se extiende por mi cabeza y por cada miembro de mi cuerpo, seguido de cerca por la ira.

Pura rabia sin adulterar.

Ese hijo de puta me mintió. Otra vez.

24
NICHOLAS

Supuse que *"vigila a mi hija"* significaba vigilarla durante el evento, pero claramente no es el caso. Me han puesto de niñera, cenando con Dorothy mientras los otros chicos podrían estar haciendo cualquier cosa. Me pone nervioso, me hace preguntarme *por qué* no estoy con ellos.

Dorothy, por otro lado, no parece molesta por no ser incluida, lo que no es del todo sorprendente porque ella no encaja en el molde de esta vida. Es como si *quisiera* ser parte del negocio, pero no entiende realmente lo que implica ese negocio.

Además, Farrell es demasiado protector como para permitirle tener realmente algún poder. Mostrar a tus enemigos «incluso a aquellos con los que estás haciendo tratos» quién es importante para ti es una forma segura de darles munición contra ti más adelante.

Las relaciones son una debilidad y cuando juegas a juegos peligrosos, tienes que ser una fortaleza de fuerza.

Así que aquí estoy con Dorothy, comiendo aperitivos envueltos en bruschetta y bebiendo vino en el restaurante del hotel. Es un lugar elegante, y aunque sé que debería centrarme en ganarme su confianza para que sea más fácil de voltear, no puedo evitar desear que no sea ella la que esté al otro lado de la mesa.

Su cabello es sedoso y suave, un hermoso color marrón en el que cualquier hombre mataría por hundir sus dedos en él.

Pero yo prefiero verlo enmarañado y negro.

Sus ojos son suaves y abiertos, serenos, como sumergirse en aguas tranquilas en un día soleado.

Pero me duele sentirlos furiosos como una tormenta.

Y cuando echa la cabeza hacia atrás y ríe, mi mente se pregunta cómo sonaría al salir de los labios de otra persona.

—¿Es tu color de cabello natural? —Pregunto, tratando de alejar mi mente de las cosas que no importan.

Dorothy sonríe y se pasa una mano por los mechones.

—Sí, ¿por qué?

Me encojo de hombros.

—Sólo me lo preguntaba. Tu hermana lo tiñe. Tenía curiosidad por saber si tú hacías lo mismo.

Sus ojos bajan un poco, pero su sonrisa se amplía.

—Eveline comenzó a cambiar su apariencia en el momento en que nuestra hermana murió. Dios sabe por qué... tal vez para que su apariencia coincidiera con su alma negra.

Se ríe como si lo que ha dicho fuera gracioso, pero no lo es. De hecho, me hace un poco triste.

—Siento lo de tu hermana.

Sus labios se fruncen y estira la mano, tomando un trozo de bacon envuelto en bruschetta del plato central y metiéndoselo en la boca. Ella mastica, luego toma un sorbo de vino antes de hablar.

—No éramos cercanas.

—¿Pero ella y Eveline lo eran?

No pensaba hacer tantas preguntas, pero una vez más Eveline se apodera de cada pensamiento y su nombre sigue saliendo de mis labios sin que pueda evitarlo. Además, Dorothy parece un poco borracha y sería estúpido por mi parte perder una oportunidad.

Ella toma otro sorbo de Cabernet, la punta de su zapato rojo brillante golpea contra la pata de la mesa.

—Accidente de barco.

—¿Un accidente?

Ya lo sé, por supuesto, pero la forma en que Dorothy se mueve, su comportamiento ha cambiado de la chica despreocupada que era momentos antes, tiene la curiosidad burbujeando en mis bordes.

Se limpia la comisura de la boca con la servilleta antes de volver a colocarla en su regazo.

—Sólo un desafortunado accidente. Yo estaba allí, ¿sabes? Nessa nunca me prestó atención, no comparada con Evie, pero cuando ella iba al agua con el alcalde Norman... me llevaba a mí.

Sus ojos adquieren un brillo extraño, casi como si estuviera a punto de llorar. Sólo que ella nunca lo hace.

—Sabes, nunca encontraron su cuerpo —reflexiona, recogiendo su copa de vino—. Está en algún lugar por ahí, descomponiéndose en el fondo del lago Michigan.

—Jesús, Dorothy. Eso es morboso. —Me encogí.

Se ríe, tomando otro trago de su bebida.

—Como dije... no éramos cercanas.

Sonrío y asiento con la cabeza, pero me siento cualquier cosa menos ligero. Había algo extraño en esa conversación. Algo que tiene mi intuición pinchando en mi espina dorsal, y hago una nota mental para investigar más a fondo la muerte de Vanessa Westerly.

De repente siento que la pernera de mi pantalón se sacude, el zapato de Dorothy recorre a lo largo de mi espinilla y luego volviendo a bajar.

—Sabes, toda esta charla me está aburriendo —ronronea—. ¿Quieres salir de aquí?

No.

No puedo follarla.

Tengo cero interés en follar con ella.

—Claro —me aclaro la garganta.

Pedimos la cuenta y la cargamos en mi habitación antes de atravesar el vestíbulo y tomar el ascensor hasta el piso veintiuno, donde está su habitación. Me detengo frente a su puerta, y cuando la abre para entrar, me quedo atrás en el pasillo.

Se gira hacia mí, con las cejas fruncidas.

—¿No vienes?

Niego con la cabeza.

—Por muy tentadora que sea la oferta, prefiero no acabar en la

lista de mierda de tu padre.

Deja caer su mirada, deslizándola lentamente por mi cuerpo.

—No lo diré.

Las náuseas me revuelven el estómago cuando me inclino hacia ella y le doy un beso en la mejilla.

—En otra ocasión.

Durante las dos horas siguientes, camino por mi habitación, con la mente dividida entre quedarme quieto por si viene alguien o arriesgarme a ir a ver a mi hermana.

Es una estupidez, pero me estoy volviendo loco al estar aquí sin hacer nada.

Rose gana.

Salgo de mi habitación, usando la escalera trasera y bajando a toda prisa cuatro pisos hasta llegar a la salida trasera.

Nuestro apartamento no está en esta parte de la ciudad, pero no está demasiado lejos, y puedo estar en veinte minutos a pie. Sé que debería mantenerme alejado, no es inteligente y definitivamente no es seguro, pero no puedo resistir la tentación de comprobar mientras estoy aquí.

Sólo un minuto. Sólo para asegurarme.

Cuando estoy a unas tres cuadras, encuentro un viejo teléfono público escondido en la parte trasera del Gas 'N Go. Me apresuro a ir hacia él, mirando a mi alrededor antes de entrar en el pequeño puesto de cristal y sacar algo de cambio de mi bolsillo.

—Responde, responde, responde —murmuro, saltando de puntillas para evitar que mi cuerpo sienta el frío de Chicago.

Su buzón de voz se enciende.

Maldita sea.

Lo intento una vez más y me doy por vencido, colgando el teléfono en el auricular antes de recorrer las últimas tres manzanas, comprobando detrás de mí cada pocos metros. No hay nadie en los alrededores, pero no puedo evitar el inquietante cosquilleo que de vez en cuando me suben por la espalda.

El edificio de apartamentos es alto y de color beige, una mierda de cuatro pisos que tiene lo suficiente como para ser considerado *"habitable"*. Me salgo cada dos escaleras mientras subo los escalones de la entrada y entro por la puerta, mi estómago se tensa por los nervios, aunque no estoy seguro de por qué estoy nervioso. No la he visto hace unos meses que no la veo, pero sigue siendo mi hermana.

El ascensor de la derecha tiene cinta adhesiva de precaución en las puertas, igual de los últimos dos años, y paso por delante de él sin pensarlo dos veces y me dirijo al hueco de la escalera que lleva a nuestro segundo piso.

Mis pasos resuenan en las paredes de hormigón mientras subo a toda prisa los escalones.

Llego a nuestra puerta, con el gran 4A brillando contra la pintura roja apagada y levanto la mano para llamar, golpeando los nudillos hasta que me duelen.

Nadie responde.

La ansiedad me aprieta el estómago.

Son las once de la noche, ¿dónde mierda puede estar?

Vuelvo a llamar, esta vez pegando la oreja a la puerta y sacudiendo el pomo de la puerta. Sé que debería haber traído la llave, pero no quería llevar nada en mi persona que pudiera ser tomado. Nunca se sabe cuándo tus objetos terminan en las manos equivocadas.

Sin embargo, nadie responde.

Suspirando, apoyo mi frente en la puerta, con la tristeza que me invade por la oportunidad perdida. No sé cuánto tiempo más durará este caso, pero estoy medio desesperado por ver a Rose, con la esperanza de que ella me ponga la cabeza en su sitio.

Sin ella para que me apoye, sólo soy una cáscara hueca y oxidada, jugando el papel de un hombre vivo y que respira.

Un ruido procedente del pasillo me hace levantar la cabeza, y antes de que me dé la vuelta, el clic de un interruptor de seguridad está en mi oído, y luego la dura presión del metal contra mi cráneo.

—¿Te importa explicar por qué demonios estás aquí?

25
EVELINE

La decisión de venir a Chicago fue un impulso. Yo sabía dónde se alojaban; yo fui quien hizo las reservas, así que esperé entre bastidores, lista para cazar a Brayden y dispararle o cortarle la polla.

Pero entonces lo vi llevar a mi hermana a su habitación. Tirando de su cabello y presionando suaves besos en su mejilla, y mi estómago se revolvió sobre sí mismo, las náuseas me quemaron por dentro como el ácido de una batería.

Después me dirigí a la puerta de su hotel, pero el agudo golpe de mis emociones me impidió entrar. Quiero mantener mi rabia cuando lo vea no sentirme como un cachorro enfermo que ha visto a sus dueños abandonarlo y encontrar otro perro.

Cuando reapareció, con su cuerpo irradiando el peor tipo de energía, lo seguí. Y ahora estamos aquí, con él mirando derrotado mientras mi Desert Eagle presiona contra su cabeza.

—Sabes —comienzo—. Casi me tienes.

Todo su cuerpo se pone rígido y se da la vuelta. Le permito hacerlo, moviendo mi pistola de la cabeza a su pecho una vez que estamos cara a cara. Los músculos de los brazos ya me duelen por el peso del arma y por la tensión con la que la sostengo, pero no pierdo la compostura. Y entonces, por primera vez desde que conozco a Brayden Walsh, veo emoción en su mirada. Miedo genuino se refleja en sus ojos, sólo un destello, y luego desaparece.

—Y tú *me* llamas acosador —bromea. Pero no hay humor en su tono.

—Cállate —siseo con los dientes apretados—. Explica lo que estás haciendo.

Asiente con la cabeza, metiendo las manos en los bolsillos y mirando hacia donde el cañón está presionado contra su pecho.

—No sabía que estabas en Chicago.

—Sorpresa. —Sonrío.

Mira detrás de él, hacia la puerta cerrada, y exhala un suspiro. Sus mejillas se hinchan ligeramente cuando lo hace.

—Si estás planeando dispararme, preferiría no desangrarme en la puerta de mi amiga. Es de mala educación.

Inclino la cabeza.

—¿Qué amiga?

—Te diré todo lo que quieras saber sobre ella, cariño. Sólo baja la pistola y volvamos a salir.

Me tiemblan las manos, me recorren gruesas ráfagas de hiel cuando él confirma que es una mujer, y entonces quiero matarme por sentir celos.

—Te juro por Dios, Brayden, que si tienes una novia...

Él sonríe, esos malditos hoyuelos iluminando su cara y se acerca a mí, el extremo de mi arma tocando su pecho.

—¿Celos?

—Sólo que no me interesa la polla de la comunidad.

Su mano agarra el lado de mi cara, ahuecando mi mejilla. Abre la boca, pero vacila, sus ojos se cierran como si tratara de averiguar qué decir.

—No es una novia... es mi hermana.

Entrecierro los ojos.

—No tienes una hermana.

—Sí la tengo.

Lentamente, bajo el arma.

Él me agarra la palma de la mano inmediatamente, enredando nuestros dedos y arrastrándome detrás de él. Lo sigo, demasiado aturdida por sus tiernas caricias y sus revelaciones como para discutir.

Mi mente se acelera mientras caminamos por el pasillo y el hueco de la escalera.

Se mueve por el edificio como si lo conociera íntimamente, y mi corazón se aprieta, preguntándose si está mintiendo.

Cody dijo que no tenía parientes.

Abre una puerta lateral que da al exterior y el aire fresco me golpea la cara, pero no se detiene hasta que me arrastra por el lateral del edificio hasta un pequeño y oscuro callejón. Me tira de la mano como si le hubiera prendido fuego.

Sacudo la cabeza y vuelvo a levantar la pistola.

—Me estás mintiendo.

Sus ojos se oscurecen y se lanza hacia delante, retorciendo mi brazo rápidamente, mis tendones se estiran mientras me roba el Eagle de la mano y me apunta con ella.

Su otra palma agarra mis muñecas con fuerza, atándolas con su fuerte agarre y empujándolas por encima de mi cabeza y contra la pared.

—Deja que te prepare algo, cariño.

Pasa el cañón a lo largo de mi cara, el metal rozando mi mejilla, mi corazón en la garganta.

—He sido un ladrón durante años. Y en ese tiempo, he robado a hombres muy peligrosos. Hombres importantes. ¿Crees que haría todo eso sin garantizar la seguridad de la gente importante para mí?

Aprieto los dientes y empujo contra su agarre.

Él aprieta su agarre.

—Sé que no eres tan estúpida como para creer que eres la única que tiene acceso a los archivos del gobierno.

La confusión se agolpa en mi cabeza aunque todo lo que está diciendo tiene sentido. De hecho, si yo estuviera en su situación probablemente haría lo mismo.

—Mi chico sabría si tus documentos son falsos.

Sonríe, apretando más sus caderas contra mí.

—¿Estás segura de eso?

—No —admito de mala gana—. Quita la pistola de mi cara.

—No se siente tan bien cuando está del otro lado, ¿verdad? —

El cañón está frío mientras lo desliza por la piel de mi cuello, arrastrándolo hacia abajo a un ritmo tortuoso hasta que acaricia mi clavícula—. Me depuré del hecho de que tenía una hermana. Inventé algunas historias sobre un niño solitario que vivía una vida normal hasta que perdió a su madre. Felicidades, te lo creíste. Como todo el mundo.

Mi ritmo cardíaco se acelera, la adrenalina retumba en cada vena.

—Suéltame.

—No estás en condiciones de ser exigente.

Mis dedos empiezan a entumecerse por su agarre alrededor de mis muñecas, y me muevo, el ladrillo me araña la espalda incluso a través de la ropa. Si quisiera luchar, si realmente quisiera, sé que podría, pero por alguna razón, no lo hago.

Si soy sincera, esta es la razón por la que aparecí, ¿no? Por lo que salté a mi auto, con la pistola a medio apuntar, lista para enfrentarme a Brayden y molestarlo. No era para exigir respuestas, no del todo. Fue porque mis emociones estaban explotando, y el único que recibe los golpes, el único que me hace sentir... es él. Él no me dice que me recomponga, o que no sea exactamente que soy. En cambio, amortigua el golpe, asegurándose de que mis piezas no se dispersen en el viento. Y tal vez por eso me deleito con su atención, deseando la forma en que sus músculos de la mandíbula y sus ojos se oscurecen cuando me pone en mi lugar. O cuando renuncia a su control.

Puede que le haya dado a Dorothy besos suaves y cenas elegantes, pero no le da esto.

Me aflojo en su agarre, volviéndome flexible, su aliento patinando sobre mi mejilla, mientras él recorre los planos de mi cuerpo con mi arma. Se da cuenta del cambio y se acerca hasta que su cuerpo está a la altura del mío.

Mis dientes se hunden en mi labio inferior, y sus ojos bajan para seguir el movimiento.

—Te gusta esto, ¿verdad, niña bonita? —Su voz es ronca, presionando el arma contra el lado de mi cuello—. ¿Te excita?

—Deja de adularte. —Mi voz sale entrecortada.

—Sí, lo hace. —Sonríe y baja la cabeza hasta que sus labios

rozan mi piel—. Te voy a contar un secreto. La idea de hacerte cosas aquí mismo en este sucio callejón me pone tan jodidamente duro.

Mis entrañas se estremecen ante sus palabras y me empujo sin entusiasmo contra él, tratando como el infierno de mantener mi ira de hace unos minutos y fallando miserablemente.

—*Me* tienes tan. Jodidamante. Duro.

Mantiene mis brazos inmovilizados mientras se abre camino sobre mis pechos con el Eagle, deslizando el cañón entre mi escote. Mis pezones se tensan, deseando su toque.

—Quiero follarte aquí —dice, tirando del arma hacia atrás para que mi camisa se despegue de mi piel—. Me he pasado *días* memorizando las curvas de tu cuerpo sólo para ir a casa y sacar mi polla, acariciándola a la visión de ti en mi cabeza.

Mis dientes se hunden con más fuerza en mi labio, la carne se divide hasta que el sabor de cobre caliente llega a mis papilas gustativas.

Se mueve de nuevo, deslizando el metal por mis costados, la piel de gallina brotando en cada lugar que recorre.

Las voces gritan desde la calle, resonando en los edificios y se hacen más fuertes a medida que pasan los segundos, pero él no se detiene. De hecho, su erección palpita contra mí, como si la idea de que nos vean le excitara.

—Tú y estas faldas —gime, soltando finalmente mis muñecas y se agacha para deslizar su mano libre por debajo de la tela.

Las yemas de mis dedos hormiguean cuando la sangre vuelve a brotar y lanzo mis brazos alrededor de su cuello, mi cuerpo es demasiado débil para mantenerme en pie por mí misma.

—Dime algo, niña bonita —La pistola me aprieta contra las costillas y su mano izquierda pasa como un fantasma por mi coño, sus dedos acarician mi clítoris a través la tela empapada de mi ropa interior.

—Quiero tus pequeños hechizos de amor.

Las voces están tan cerca ahora que sería un milagro que no nos vieran, y mi estómago da un vuelco cuando visualizo el aspecto que tendremos cuando lo hagan. Quiere poesía, pero no puedo darle la mía. Es demasiado personal, y ya estoy dando demasiado.

—Mi vida se ha mantenido en pie, una pistola cargada —le digo a la fuerza entre respiraciones pesadas. Las puntas de sus dedos se deslizan ahora por debajo de mis bragas, deslizándose por mis labios, recogiendo la humedad que se filtra de mi agujero.

Su lengua serpentea y lame la columna de mi cuello, provocando un escalofrío que recorre mi cuerpo.

—Sigue así —exige.

—En las esquinas hasta un día.

Como a cámara lenta, su mano deja de rozarme, moviendo la pistola por mi costado hasta que también desaparece bajo mi falda. Presiona el cañón contra mi clítoris.

Mi cabeza vuela hacia atrás, chocando contra la pared, mis uñas se clavan en su cuello.

—El dueño pasó —grito—. Se identificó y me llevó.

El frío metal empuja mi coño, y mis caderas tienen una mente propia, deslizándose a lo largo de la barandilla, las ranuras profundas espaciadas uniformemente en la parte superior crean una sensación que hace que el calor recorra mi cuerpo y baje por mis piernas.

—Oh, Dios —gimo cuando mueve la pistola de un lado a otro.

Se inclina, sus labios están tan cerca que su aliento es mi aire.

—Lo sé, cariño. Lo sé.

—Y... y ahora vagamos por bosques soberanos, y ahora cazamos... cazamos la cierva —tartamudeo—. Y cada vez que hablo por él, las montañas directamente responden.

Ahora estoy a tope con el arma, tan perdida en la niebla de lo que está sucediendo, que me olvido de todo lo demás.

—Y hago sonreír, tan cordial luz, sobre el brillo del valle. Es como un rostro vesubiano, había dejado su placer a través.

—Nos están mirando, Eveline. —Presiona un suave beso en mis labios—. Parados afuera del callejón, viendo cada cosa depravada que te hago.

La forma en que dice mi nombre completo hace que mi cara se ruborice y mi espalda se arquee, mis caderas trabajan más fuerte

contra la parte superior de la barandilla.

—¿Crees que les gusta? —Su otra mano agarra la tela y tira lo suficiente para que mi ropa interior se deslice hasta la mitad de mis muslos—. ¿Crees que sus pollas son gruesas y duras, que sus mentes dan vueltas por los celos que pueden mirar, pero nunca tocar?

Se me escapa un ruido mientras pinta el cuadro lascivo, y aprieto los ojos cerrados.

—Los mataría si te tocaran. Esto es mío —gruñe—. Hay una mujer también. ¿Crees que se irá a casa esta noche y se acostará en su cama follando al pensar en lo que te estoy haciendo?

Gimo mientras me muevo encima de mi arma, persiguiendo el orgasmo que necesito.

—Abre las piernas para mí.

Lo hago, sin pensarlo. Estoy demasiado ocupada imaginando la mirada de los desconocidos, los hombres que aprietan los puños para no sacar sus pollas y acariciarlas hasta el fondo. La mujer, agarrada a uno de sus brazos, su coño hinchado y empapado, palpitando mientras me ve ser torturado de placer.

—Sigue así, niña bonita. Lo estás haciendo muy bien.

Mi abdomen se aprieta, los músculos se tensan hasta sentir que estallaran a través de mi piel.

—Y... y por la noche, nuestro buen día terminado, yo guardo la cabeza de mi amo.

Su mano libre se extiende alrededor, agarrando un puñado de mi culo, forzándome más fuerte hacia el arma y su cuerpo.

Abro mi boca, y Brayden se sumerge, atrapando el gemido con su lengua. Desliza la Eagle contra mi cuerpo y luego lo arrastra hacia atrás para que la mira, la pequeña pieza que sobresale en la punta, presione mi clítoris. Me elevo aún más alto, la presión entre mis piernas aumenta.

Rompe el beso y dice la siguiente línea contra mis labios, su voz profunda y tensa.

—Es mejor que la almohada profunda del pato eider pudo haber compartido.

Mi coño se contrae. *Conoce a Emily Dickinson.*

—Para el enemigo de él, soy mortal... *joder*... soy mortalmente enemigo —me fuerzo a decir, apretando más los ojos mientras intento formular las palabras—. Ninguno se agita la segunda vez. Sobre quien pongo un ojo amarillo, o un... un pulgar enfático.

Los dientes de Brayden se hunden en mi garganta, lo suficientemente fuerte como para romper la piel mientras continúa sacándome con mi arma, y jadeo, mis piernas temblando.

—Por favor —ruego, mis uñas destruyendo la parte posterior de su cuello—. *Por favor.*

Su agarre me magulla la mejilla del culo mientras controla mis movimientos, empujándome hacia adelante y arrastrándome hacia atrás, y luego cambia el ángulo de su mano hasta que la punta del arma da vueltas contra mi entrada.

Las chispas rebotan en cada parte de mí, mi cuerpo zumba como si estuviera drogada.

—Termina el poema —susurra, apartándose para mirarme a los ojos.

Mi corazón tartamudea mientras lo miro fijamente, algo se rompe en mi pecho, permitiendo que el calor inunde cada grieta.

—Aunque yo, más que él, pueda más tiempo vivir, él debe vivir más que yo —jadeo.

¿Está activado el interruptor de seguridad? La excitación me atraviesa como una tormenta, mi espalda vuela de la pared mientras me aferro a él como si me estuviera ahogando.

—Porque no tengo más que el poder de matar —retumba, su brazo se tensa alrededor de mí.

—Sin el poder de morir —termino.

Desliza la punta de la pistola dentro de mí, el metal arañando mi abertura, enviando punzadas de dolor, y me corro, luces cegadoras disparando que se disparan a través de mi visión como fuegos artificiales.

Su boca vuelve a estar sobre mí rápidamente, sujetándome con fuerza mientras me rompo en pedazos. mi coño se agita alrededor del cañón de mi arma, la sensación es tan intensa que me duelen los

huesos.

Me desmayo por completo, y cuando vuelvo en mí, estoy jadeando, desplomada contra con sus labios presionando suaves besos en mi cabeza. Me despego, mi cuerpo temblando mientras miro a mi alrededor.

No hay nadie.

Ese maldito mentiroso.

Se ríe y lo miro a los ojos, con el coño todavía palpitando por las réplicas del orgasmo más intenso de mi vida.

Su mano me acaricia la mejilla y me inclina la cabeza para que me encuentre con sus ojos.

—Pasa la noche conmigo.

Intento hablar. Realmente lo hago. Me quito la lengua del paladar y busco más palabras para dar. Pero todas han desaparecido. Y estoy cansada de luchar, así que aprieto mi cara contra la palma de su mano y asiento, dejando que él sea la calma de mi caos.

26
NICHOLAS

Lo he jodido.

Y sigo jediéndolo. Una y otra vez, creo que voy a poner mi cabeza en orden, y entonces aparece ella y todo se va a la mierda. Fue una estupidez tratar de ver a Rose sin la planificación adecuada de antemano.

Así que entré en pánico.

Si volvía a mentir, quién sabe qué pasaría. Y no estoy dispuesto a jugar con la vida de mi hermana de esa manera. No debería haber ido en primer lugar.

Pero si dije la verdad…

Me arriesgué. Mostré mi mano para que Eveline no buscara el resto, y luego la golpeé contra la pared y la tomé con su arma como medio para distraerla. Pero como siempre, cada vez que involucra a Eveline Westerly, me pierdo en el momento.

Está jodidamente loca. Pero tenerla a mi merced me hace algo, enciende un fósforo a las brasas olvidadas, creando un infierno ardiente cada vez que está cerca. Me hace sentir vivo.

Ahora está en el baño de mi habitación de hotel, y una vez más estoy en pánico, el corazón se me sale del pecho mientras busco a tientas mi teléfono y envío un mensaje a Seth.

Saca a Rose. Ahora.

Ojalá pudiera decir que confío en Eveline, pero no soy estúpido.

¿Qué demonios estoy haciendo?

La puerta del baño se abre justo cuando meto el móvil desechable en el cajón superior de la mesa auxiliar, descuidadamente escondido bajo la Biblia del hotel.

Tumbado en la cama, me subo la sábana hasta la cintura y pongo las manos detrás de la cabeza y le sonrío.

—¿Qué tal la ducha?

Ella suspira, frotándose el cabello mojado con la toalla.

—Bien.

Mis ojos recorren su cuerpo húmedo, y mi polla se estremece cuando la tomo. Ella siempre lo hace para mí, pero hay algo en verla así, desnuda y despojada de todos sus extras, me hace sentir como un cavernícola.

Me aclaro la garganta.

—¿Tienes hambre? Puedo pedir algo.

Ella inclina la cabeza, dejando caer las dos toallas al suelo hasta quedar completamente desnuda. Se me seca la boca.

—Estás siendo raro —dice, deslizándose bajo las sábanas.

—¿Porque te pregunto si quieres comer algo?

Se encoge de hombros.

—No sé, esto es raro, ¿no? ¿Que no discutamos? Quiero decir, definitivamente estaba planeando causarte un daño corporal grave cuando vine aquí. Todavía no estoy cien por ciento segura de que no lo haré.

—Vaya. Romántico. —Coloco mi mano sobre mi corazón.

—¿Es eso lo que quieres que sea? —Ella inclina la cabeza—. ¿Romántico?

Su pregunta me golpea en el estómago y la energía alegre de la habitación se evapora en un abismo negro, dejando algo más pesado detrás.

Es el tipo de aire que se sienta sobre tus hombros y te presiona, haciéndote sentir cansado por el peso.

—No me trago todo eso del 'romance'. —Extiendo mi mano, colocando su cabello húmedo detrás de la oreja—. Pero me gusta cómo me haces sentir.

La esquina de su boca se inclina.

—¿Incluso cuando intento matarte?

Me río.

—Sobre todo entonces. Me da una razón para follar a la chica traviesa en ti.

El anillo de su lengua se asoma mientras lo pasa por encima de su labio inferior.

—¿Así que esto es sólo... sexo?

Mi estómago se agita por los nervios, y todo me insta a decirle que ni siquiera puede ser eso. La verdad es que si sigo follando con ella, no va a ser por el caso, o para conseguir un ángulo. Va a ser porque puedo. Porque quiero hacerlo.

Porque no estoy seguro de poder soportar estar cerca de ella y no tocarla.

Agarro su pequeña mano entre las mías, las yemas de mis dedos recorren el dorso de las suyas.

—Sabes que no es así.

—¿Lo sé? —dice ella.

Me inclino y le doy un beso en la mandíbula y muevo las palmas de las manos hasta debajo de sus costillas. Siento que sonríe mientras se inquieta.

Mis dedos recorren sus costados y ella se ríe.

Es solo un momento, pero el sonido es una sacudida, mil voltios de electricidad que me enciende por dentro.

—Hazlo otra vez —le pido.

Ella levanta una ceja.

—¿Hacer qué?

No respondo, sino que clavo mis dedos en su torso, intentando forzar el ruido de su boca. Ella se agita ante mi ataque, gritando mientras sus manos empujan contra mí, la risa brotando de ella mientras lucha contra mi agarre.

Me sumerjo, salpicando su cuello con besos, todo mi jodido

cuerpo flotando por la forma en que sus risas se elevan en el aire y se asientan en el centro de mi pecho.

Finalmente, me retiro y ella se calma, sus ojos brillan mientras me mira con una sonrisa en la cara.

Y yo me tambaleo; sin aliento en los pulmones, mareado por el tipo de giro.

Es esa sonrisa de nuevo, la de verdad. Rara y tan hermosa.

Mis ojos son voraces mientras miro fijamente, grabando este momento en mi memoria por si no vuelvo a verla de esta manera. Sabiendo que pronto, no tendré la oportunidad.

—No me había dado cuenta de que tenías pecas —le digo.

Ella frunce la nariz y se pasa la mano por la cara.

—Sí, el maquillaje suele cubrirlas.

Agarro su mano y la alejo de sus mejillas, mi estómago se revuelve al hacerlo.

—¿No te gustan?

—Me recuerdan a mi madre. —Su voz es monótona.

—¿Y eso es algo malo?

—¿Mirarse en el espejo y ver a una mujer que no podía soportar que yo existiera? No se siente exactamente como el sol y las rosas, no.

Su lenguaje corporal cambia entonces, los brazos se ponen rígidos mientras los cruza sobre su pecho. Se está acurrucando sobre sí misma. Se está guardando a sí misma.

—¿Siempre haces eso?

—Ugh —se queja—. Si hubiera sabido que planeabas hacer tantas preguntas, no habría accedido a pasar la noche.

Sonrío.

—Sólo intento conocerte.

Se pone de lado, apoyando las manos bajo la cara mientras se tumba en la almohada, sus ojos parpadean sobre cada centímetro de

mí.

—Mi madre era... ella simplemente no estaba destinada a ser una madre, no creo. No la mía, al menos.

Mi medio arde porque nunca me he relacionado más con un comentario.

—Soy la más joven, ¿sabes? Nessa y Dorothy, ambas fueron planeadas, pero... yo no. Yo fui un error. Un 'desafortunado accidente'. —Ella hace una pausa, sus ojos se desenfocan—. Cuando era pequeña, cuando me obligaban a ir a misa todos los domingos, solía escuchar al sacerdote hablar con poesía sobre Dios, y me iba a casa y me acostaba en la cama preguntándome, si todos estábamos hechos a su imagen, por qué mi madre no podía amarme como yo ansiaba ser amada.

—Creo que... —digo con cuidado—. El único amor con el que puedes contar, es el que te tienes a ti misma.

Ella tararea, mordiéndose el labio inferior.

—Sí. Tal vez. Ya lo he superado, ¿sabes? Hace mucho tiempo que se fue. Mi padre fue a la cárcel y ella salió rápidamente. Dejó a Nessa para que nos criara a pesar de que todavía era una niña ella misma.

El silencio se extiende entre nosotros.

—Mi madre no murió realmente de cáncer. —La verdad se siente bien cuando sale de mi lengua, y sigo adelante, sabiendo que estoy otra vez poniendo en peligro mi tapadera, pero no me importa. Ella sabe que mis archivos son falsos, y se siente mal no darle algo real. Una mierda no darle algo real cuando ella acaba de darme algo a mí.

Pone los ojos en blanco.

—No me jodas.

Riéndose, extiendo la mano y atraigo su cuerpo hacia mí antes de moverme hacia mi espalda, mis manos trazan líneas arriba y abajo de su columna vertebral mientras ella descansa su cabeza en mi pecho.

Me pregunto si puede oír cómo se acelera mi corazón.

—Era una drogadicta, en realidad. Ella nunca... —la emoción

se abre paso en mi garganta y trago para evitarlo, forzando las palabras. —No estaba muy cerca, y cuando lo estaba no era muy bueno. Pero hubo momentos.

Pienso en la última vez que la vi. Lo claros que eran sus ojos, su cara parecía más viva que en años. Estaba convencido de que estaba mejorando.

—¿Te gusta la poesía? —Las yemas de sus dedos me ponen la piel de gallina al dibujar piel mientras dibuja círculos en mi pecho.

—Como la poesía —repito—. Un día nos dejó en la caravana de su hermana y desapareció.

—No volvió —afirma Eveline.

Sacudo la cabeza, la herida con costra en mi pecho se abre hasta que sangra.

—Mi madre nunca tuvo momentos —reflexiona—. Al menos, no conmigo. Solía pasar incontables horas tratando de averiguar por qué me odiaba tanto y un día me di cuenta de que no me importaba.

Moviendo mis manos por sus costados hasta que mis dedos tocan su barbilla, levanto su cara para que se encuentre con mi mirada.

—No sé cómo alguien puede odiarte.

—¿No me odias?

Niego con la cabeza, con el centro apretado.

—Casi tanto como tú me odias.

Se levanta y presiona sus labios contra los míos, y durante el resto de la mañana, estoy perdido.

27
EVELINE

Miro fijamente a la cara de mi padre, tratando de averiguar lo que está pensando y me quedo en blanco.

Sin embargo, miles de cosas diferentes pasan por *mi* mente. Principalmente son sobre el encuentro que tuve con Brayden hoy temprano. Sabía que era una estupidez quedarme en su habitación, y cuando Zeke vino y llamó a su puerta por la tarde, corrí y me escondí en el baño como una niña a la que atrapan robando caramelos.

No porque estuviéramos haciendo algo malo, sino porque no tengo interés en compartir a Brayden con el resto del mundo. Lo que sucede es entre nosotros, nadie más.

—Pensé que no ibas a venir —gruñe papá.

—He cambiado de opinión. —Sonrío, aunque mis pulmones se aprietan ante la idea de ir al evento *On the Water*.

—Bueno, bien. De todos modos, quería hablar contigo —continúa, encendiendo el final de su Black & Mild—. Tengo un regalo para los Cantanelli.

Sus palabras tardan un minuto en ser registradas.

—¿Para quién?

—Vamos, Bug. Sabías que estaba planeando expandirme. No puedo hacerlo sin ayuda. Necesitamos a los italianos de nuestro lado o vendrán a por nosotros. —Me mira—. Somos los pequeños aquí.

—*Ya* vienen por nosotros. ¿Sabes que están a punto de licitar esa nueva obra en el centro de Kinland?

Se burla.

—No pueden tocar nuestra ciudad.

—*Pueden,* si tienen al alcalde en el bolsillo. —Sacudo la cabeza —. Tienes que ser inteligente en esto.

Su puño golpea la mesa.

—No me des lecciones. Estoy haciendo lo mejor para nosotros,

para nuestra *familia*. Si suministramos a los Cantanelli, somos valiosos.

Dejo escapar una risa incrédula.

—No, papá. Si suministramos a los Cantanelli, somos sus perras. Además, enojaremos al Cártel, y no sé tú, pero yo no quiero tener nada que ver con eso. Nos va bien en nuestro pequeño rincón del mundo. —Aprieto mi mano contra la mesa hasta que me duele—. Sin mencionar que ni siquiera tengo la capacidad de producir lo suficiente para ese nivel de distribución.

—Traeremos más gente.

—*Joder*. Claro. —Suelto un suspiro frustrado—. Mira... ya tenemos suficientes problemas. ¿Recuerdas que atrapé al pedazo de mierda del primo de Liam robando nuestras drogas y quedándose con los beneficios? Quién sabe qué otra mierdecilla este haciendo lo mismo.

La irritación brota dentro de mí, burbujeando como un caldero a punto de desbordarse.

Me pellizco el puente de la nariz y cierro los ojos.

Diez. Nueve. Ocho...

Una vez que vuelvo a estar bajo control, los abro de nuevo.

—La *cuestión* es que estás cometiendo un error. Y en el *caso* de que los Cantanelli acepten tu oferta, me estás pidiendo que haga lo imposible.

Se encoge de hombros.

—Entonces te sugiero que lo resuelvas.

—Nessa nunca habría hecho esto —le digo.

Sus ojos brillan mientras da una calada a su cigarro, observándome. Baja el Black & Mild, golpeando con las yemas de sus dos dedos sobre la mesa.

—Quizá si lo hubiera hecho, no seríamos peces pequeños en un puto gran estanque.

Mis uñas se clavan en las palmas de las manos para no arremeter y hacer algo que lamentaré.

—Ella fue cautelosa.

—Fue estúpida —responde—. Y un hazmerreír. ¿Sabes cuánto trabajo costó poner nuestro nombre en orden después de la mierda que hizo? ¿De los errores que cometió?

Mis venas se calientan, la furia corre por ellas y me levanto de la silla.

—Cállate.

—¿Perdón? —Se levanta igual de rápido, se inclina sobre la mesa y agarra mi cara con fuerza entre sus manos. Hago una mueca de dolor—. Cuidado con la forma en que me hablas, joder.

—No la conoces —digo apretando los dientes. Mi voz se tambalea a medida que la emoción brota y se desborda en mi tono—. *Nunca* la conociste.

Se ríe, apartando mi cara de él.

—Deja de ser dramática. Lo mejor que hizo tu hermana fue cuidar de ti. Siento si eso hiere tus sentimientos, Bug, y sé que la querías. Sé que la extrañas. Pero no era la heroína que tienes pintada en tu cabeza.

Mis fosas nasales se agitan, un ardor recorre mi garganta.

No hay lugar como el hogar y no hay nada como la familia. Permanezcan juntos.

Mi visión se vuelve borrosa en las esquinas, el impulso de arremeter contra él y hacerle sentir una décima parte del dolor que yo siento me llena el estómago y se expande hasta el pecho. Pero un golpe en la puerta me detiene. Él va a responder y yo me quedo inmóvil, con las uñas todavía clavadas en las palmas de las manos y la silla tumbada de lado detrás de mí. Me duele la mandíbula por las huellas rojas que estoy segura que me dejo.

Las voces se filtran por el pasillo y se acercan a medida que se aproximan al centro de la habitación, pero no miro. No puedo moverme, mi cuerpo está congelado por la rabia que estoy tratando de ocultar.

—¿Qué te pasa? —dice Dorothy, acercándose y agitando su mano frente a mi cara. Miro hacia arriba.

Mi padre me mira fijamente, Zeke no me presta ninguna

atención y Brayden está escudriñando la habitación, con el ceño fruncido. Se me revuelve el estómago cuando nuestras miradas se cruzan y él frunce una ceja. Me mira las mejillas y su cuerpo se pone rígido.

Me repugna lo mucho que quiero acercarme y envolverme en él. Dejar que me consuele por el dolor que mi padre acaba de sacar de las partes más oscuras de mi alma. No he sido más que leal a esta familia, ¿y *así* es como me lo paga?

—¿Todo bien? —Brayden pregunta, su mirada nunca deja la mía.

—Todo está bien —responde mi padre, acercándose y pasándome un brazo por los hombros.

Mi cuerpo se tensa, no me gusta su contacto. Me quito de encima su agarre.

—Pensé que no ibas a venir —suspira Dorothy.

—Los planes han cambiado. —Le sonrío, tratando de encontrar diversión en su disgusto por estar aquí.

—¿Dónde has estado? —Padre le dice de golpe.

Sus ojos se abren de par en par.

—Bajé al spa del hotel y me dieron un masaje. No pensé que me necesitarías.

Gruñe y yo inclino la cabeza, observando cómo sus dedos se entrelazan y se retuercen como si estuviera nerviosa.

Brayden se mueve por la habitación mientras la atención no está en nosotros hasta que está de pie cerca. Me mira desde su visión periférica.

—¿Estás bien?

Es una pregunta tan pequeña. Intrascendente, en realidad. Sin embargo, mi corazón se estremece ante el hecho de que lo pregunte.

—No —respondo—. Pero lo estaré.

28
NICHOLAS

S: Ella está a salvo. En mi casa y pidiendo verte.

El alivio fluye a través de mí y la gratitud se filtra en las grietas por Seth. He sido un compañero de mierda, pero más que eso he sido un amigo horrible, descargando mis problemas personales en él, cuando de todas las personas que hay en mi vida es el *único* que me cubre la espalda.

Nunca me ha hecho una putada y yo se lo devuelvo explotando en ataques de ira y yendo a sus espaldas, liándome con la única chica que le prometí que no sería un problema.

Ella *es* un problema. Y eso nunca ha estado tan claro como hace una hora, cuando entré en la habitación de hotel de su padre y vi marcas en su piel.

Mi vista se tiñó de rojo, y me costó todo lo que tenía dentro para no hacer una escena. Sé que puede cuidar de sí misma, pero eso no significa que deba hacerlo.

Me giro hacia Zeke en el momento en que pone la llave en el contacto, con el estruendo de su auto. Nos dirigimos rápidamente a la tienda para comprar comida y más cigarros para Farrell.

—Necesito que me lleves a un lugar.

Me mira fijamente, su mano se detiene en la palanca de cambios.

—¿Perdón?
—Hace un minuto que no me comunico con mis chicos, así que necesito que me lleves allí —repito.

Sus mejillas se enrojecen mientras me mira incrédulo.

—La puta que me pario.

La impaciencia retuerce mis músculos. —No es una sugerencia.

Desde mi intento fallido, la necesidad de ver a Rose en persona

no ha hecho más que aumentar. Para ver con mis propios ojos que está prosperando sin mí.

Que todavía está sobria.

Tomo el teléfono y llamo a Seth, que contesta al segundo timbre.

—Voy para allá.

—Hola, amigo. Me alegro de saber de ti. Estoy bien, gracias.

Me pellizco el puente de la nariz.

—Mierda, lo siento. Tengo poco tiempo, pero necesito... necesito verla.

La línea se queda en silencio.

—¿Seguro que es una buena idea?

—No —respondo—. Pero dijiste que te dijera si la mierda se estaba volviendo real. La mierda se está volviendo real y necesito hablar con ella.

—Muy bien, hombre. Estaremos aquí.

Asintiendo con la cabeza, suelto un suspiro.

—Gracias.

Diez minutos después, hago que Zeke entre en una gasolinera a tres manzanas de la casa de Seth. Puede que trabaje para nosotros, pero eso no significa que le confíe el conocimiento de dónde vive un agente federal.

—Puedes esperar aquí. Seré rápido.

—¿Cuándo va a terminar esta mierda? —Pregunta.

Ya había empezado a salir del auto, pero me vuelvo a sentar, volviéndome hacia él.

—Cuando me traigas el proveedor.

Se le cae la cara.

—Oh, vete a la mierda. Ese no era el trato, ¿y sabes qué? Aunque lo supiera, no te lo diría.

Golpea el volante con el puño, el claxon suena tan fuerte que me hace saltar por dentro.

—Me siento como una mierda, ¿bien? La culpa me está comiendo vivo.

Me encojo de hombros, aunque me identifico con sus palabras más de lo que me gustaría admitir.

—Eso parece un problema personal, Zeke.

Exhala una risa vacía.

—Puedes fingir que no te importa. Hacer el papel del gran agente federal que viene a encerrar a los malos. Pero yo te veo.

Mi corazón se detiene.

—¿Ver qué, exactamente?

—¿Sabes por qué Skip acudió a mí hace tantos años, queriendo formar un equipo y reconstruir el legado de mi padre? No fue por lo que yo era... no del todo. Mi padre era el rey de la selva, no yo. Nunca obtuve ese gen, el que te permite subir a la cima y no temer la caída. —Se lleva los dedos a la sien—. Pero soy perceptivo, y eso es valioso en esta vida.

Me muevo en mi asiento.

—¿Entregar a los Westerly? —Sacude la cabeza, su lengua presionando contra la parte delantera de sus dientes—. Tendré que vivir con esa mierda el resto de mi vida. Y puedes decir que estoy haciendo lo correcto todo lo que quieras, pero la verdad es que no se *siente* bien. Se siente como la salida fácil. —Me mira fijamente—. ¿Y lo que sea que estés haciendo? No *habrá* una salida fácil para ti. ¿Entiendes? Te estás acostando con la mujer equivocada.

Y sé sin duda, en ese momento, que está hablando de Eveline. Sonrío, pero mi interior se tambalea.

—Quédate en el auto. No tardaré mucho.

—Sí, lo que sea.

Enfoca por la ventanilla del conductor.

Me levanto de un salto del asiento y cierro la puerta tras de mí. No tengo tiempo para preocuparme por Eveline y los errores que estoy cometiendo con ella, o por cómo acabarán las cosas. Ahora mismo, necesito centrarme en mi vida real; la que se ve borrosa, como si estuviera mirando por el retrovisor.

La caminata es rápida y en poco tiempo estoy en la base de una colina con un camino empinado, una pequeña casa estilo rancho con persianas azules en el alféizar de la ventana que me mira. Subo los escalones y Seth abre la puerta antes de que llame, extendiendo la mano y arrastrándome para abrazarme.

—¿Qué hay de bueno, hermano?

—¿Dónde está ella? —Pregunto, echándome hacia atrás.

Asiente con la cabeza hacia el pasillo trasero, frotándose el cuello.

—En la habitación de invitados.

Me da un vuelco el estómago cuando me dirijo hacia donde está Rose y empujo la puerta, mis músculos se relajan cuando la veo, con las piernas cruzadas en medio de la cama. Lleva los auriculares en los oídos y, cuando abre los ojos y los fija en mí, los estrecha.

Antes de que pueda pronunciar una palabra, se levanta, se acerca y me da una bofetada en la cara.

El dolor me sube por la mejilla y me cubro el lugar tratando de calmar la quemadura.

—Ouch, ¿qué mierda?

Me señala con un dedo flaco.

—Eso es por hacerme venir aquí.

Me quejo.

—Por favor, no empieces con tu mierda, Rose. Necesito que hagas esto por mí, sólo hasta que vuelva.

Se arranca los auriculares de las orejas y los tira en la cama antes de poner las manos en las caderas.

—¿Y cuánto tiempo será, Nick? —El nombre es una sacudida para mi sistema, y parpadeo mientras asimilo el golpe.

Sus cejas se levantan, la ira desaparece de sus rasgos, siendo reemplazada por algo más suave, algo más parecido a la preocupación.

—¿Estás bien? —pregunta.

Asiento con la cabeza, apretando los dientes. *No.*

—Sí.

Sus ojos revolotean sobre mi cara y mueve la cabeza.

—De acuerdo. Me quedaré.

El alivio me invade y me muevo hacia la pared izquierda, metiendo las manos en los bolsillos.

—Quiero saber cómo te va. ¿Estás viendo a tu padrino?

Suspira, se echa la mano a la espalda y agarra una almohada para tirármela a la cabeza.

—¿No te he visto en tres meses y esto es lo primero que sale de tu boca?

—Me *pegaste.* —Me agacho, riendo—. Sólo me preocupo, eso es todo.

—Sí... lo sé. —Ella asiente, sus dedos recorriendo su brazo—. En realidad, encontré un nuevo trabajo.

—¿No es una mierda?

Su cara se anima.

—Sólo entrada de datos de nivel básico para un tipo rico que tiene un montón de aplicaciones, pero es agradable. —Sonríe—. Se siente bien.

La satisfacción fluye a través de mí, feliz de que *ella* parezca ser feliz. Miro detrás de ella y veo que han pasado treinta minutos desde que dejé a Zeke. Se me revuelve el estómago, sabiendo que tengo que volver.

—Tengo que irme, chica.

Se cruza de brazos.

—Acabas de llegar.

—Sí, bueno... es un milagro que haya podido pasar por aquí en primer lugar.

Se lleva los dedos a la boca, mordiéndose las puntas de las uñas, mientras se acerca a mí, enlazando nuestros brazos y acompañándome de nuevo a la habitación delantera.

Sólo estoy allí otros diez minutos, lo suficiente para informar a Seth y despedirme rápidamente.

Cuando Rose cae en mis brazos, me abraza más fuerte de lo normal, apoyando su cabeza contra mi pecho.

—¿Me prometes que estás a salvo?

Trago, odiando tener que mentirle a ella. Odiando tener que mentir a *todo* el mundo.

—Lo prometo.

—Te quiero. —Ella aprieta fuerte y luego se suelta.

—Yo también te quiero, chica. —Le sonrío.

Pone los ojos en blanco.

—Soy *mayor* que tú.

Me encojo de hombros, la agarro por la cabeza y le doy un beso.

Esto es lo que necesitaba. Un recordatorio de que mientras me siento como un fraude en un mar lleno de gente, ella está aquí, esperando que vuelva a casa.

29
EVELINE

No me gusta disfrazarme, pero me encanta llevar tacones. Admito que no son los zapatos más prácticos, pero cuando mides 1,65 y estás en el reino de los hombres peligrosos es importante tener todo lo que puedas usar a tu disposición. Y los tacones de aguja duelen cuando los clavas en la carne.

Tengo náuseas desde que me levanté, al saber que esta noche es la gala benéfica *On the Water*. Sólo el nombre hace que el pánico se agite en mis entrañas, por no mencionar que será en el mismo yate en el que mi hermana fue vista viva por última vez. No he estado cerca del agua desde la muerte de Nessa, e incluso antes de eso, siempre me he sentido incómoda.

Mi estómago se revuelve como olas agitadas, mi mano izquierda sostiene el lado de mi vestido verde esmeralda para que no se arrastre por el suelo. Me siento desnuda, tanto por el vestido sin tirantes como porque es tan ajustado que no hay espacio para mi Desert Eagle.

El *SS Toto* es grande y está impecable con sus brillantes adornos negros. Se balancea serenamente en el agua, con suaves olas que chocan contra sus costados mientras el horizonte de Chicago centellea en el fondo. Es pintoresco, y la vista me da ganas de vomitar.

Me tiemblan las manos mientras llevo el bolso pegado al cuerpo y subo la rampa para embarcar. Me apresuro a pasar por la cubierta delantera y entrar en el comedor donde sé que se celebra la subasta, pasando entre la gente vestida con sus mejores galas, ansiosa por llegar a una sala donde pueda fingir que aún estoy en tierra.

Acabo de entrar en la zona principal, con la piel temblando por el frío, cuando un áspero agarre me envuelve el brazo. Doy vueltas, con el cuerpo ya en vilo, pero vacilo cuando me doy cuenta de que es Zeke.

Me mira y sonríe.

—¿Qué haces aquí arriba? Vamos, vayamos al sótano.

—Oh, no sabía dónde ir. —Porque por supuesto mi padre no pensó en incluirme en los detalles.

Miro a mi alrededor mientras Zeke me arrastra y veo a Dorothy de pie en la esquina más a la derecha, con una copa de champán en la mano mientras habla con Oscar. Entrecierro los ojos, recordando que me preguntó de *qué* hermana estaba hablando. No sabía que se relacionaban después de la muerte de Nessa, y ahora me doy una patada por no haber prestado más atención.

El cuerpo de Zeke está en alerta máxima mientras caminamos por el pasillo enmoquetado y pasamos por los baños, llegando a una escalera que lleva al nivel inferior. Mi columna vertebral se pone rígida a cada paso, la ansiedad aprieta mi centro cuando el yate se sacude al empezar a moverse. Mis dedos se retuercen y golpeo el anillo de mi lengua en la parte posterior de mis dientes.

—¿Dónde se reúnen? ¿en las malditas mazmorras? —Siseo.

Zeke me mira, nos detiene frente a una puerta de acero y se gira para mirarme.

—¿Vas a lograrlo?

Me obligo a sonreír, aunque creo que me voy a desmayar.

—Estoy bien, sólo molesta porque no me dijeron a qué hora estar aquí.

—Bien —dice, levantando la barbilla—. No hagas nada estúpido aquí, ¿sabes? Estos tipos... sólo siéntate y deja que tu padre se encargue de las cosas.

Mi estómago cae al suelo, sus palabras se convierten en cuchillos que tallan mi piel.

Endurezco la mandíbula y asiento con fuerza.

Abre la puerta y entramos en una habitación llena de cajas y cajones. Hay estanterías de alambre a lo largo de los costados, llenas de artículos de limpieza. Las paredes tienen pequeñas ventanas circulares espaciadas uniformemente, y si escucho atentamente, puedo oír las olas chocando contra el barco mientras nos movemos por el lago. Me salen gotas de sudor y el corazón me golpea el pecho.

Si nos hundimos, esta será la primera habitación en desaparecer.

—Hola —susurra una voz. Trago saliva, levanto la vista y me encuentro con los ojos de Brayden. Me mira con preocupación, como si le preocupara que pudiera enfermar y no supiera qué hacer.

Pero todo eso pasa a un segundo plano cuando veo a Giacomo Cantanelli sentado en una pequeña mesa plegable en el centro de la sala, fumando un puro con mi padre como si fueran viejos amigos.

Ninguno de ellos me reconoce cuando entro, pero los dos matones que están a la espalda de Giacomo sí lo hacen.

—Sabes —dice Giacomo, apuntando con su dedo de anillo de oro a la cara de mi padre—. Tu producto de mierda para volar me está causando un dolor de cabeza.

Mi padre sonríe.

—Hay una solución para cada problema, Giacomo.

Giacomo canturrea, dando vueltas al cigarro en su boca, con sus gruesas hebras plateadas y negras peinadas hacia atrás con pomada y un elegante traje de tres piezas que le queda perfecto. Parece un dios, y cuando miro a mi padre, con sus tatuajes y su exterior áspero, no hay comparación.

Los Cantanelli son rivales, pero, al fin y al cabo, siguen siendo peces gordos en el estanque. Su alcance es mucho mayor que el nuestro, y si quisieran, podrían matarnos a todos ahora mismo y estar en la iglesia mañana por la mañana sin que nadie hiciera preguntas.

Ese es el poder que mi padre desearía tener pero que nunca alcanzará.

Ese es el tipo de desesperación que hace que la gente haga cosas estúpidas.

—Tú y yo pensamos igual. —Giacomo sonríe y eso hace saltar las alarmas en mi cabeza—. No hay necesidad de ser enemigos cuando podemos ser *amigos*. Claro que, como comprenderás, si trabajas para mí, necesito saberlo todo.

Mi pecho se aprieta cuando doy un paso adelante.

—¿Quién dice que vamos a trabajar *para* ti?

Todos los ojos de la sala se dirigen hacia mí, como si acabaran de darse cuenta de que estoy aquí. Brayden suspira con fuerza, pero se acerca a mi lado.

—Eveline. Silencio —exige mi padre.

—Eveline Westerly —ronronea Giacomo, con su mirada recorriendo mi figura—. Es un placer.

Le sonrío, asegurándome de mostrar todos mis dientes.

Agita la mano en el aire, llamándome.

—Ven aquí, muñeca. Deja que te vea bien.

Me acerco a la mesa, sin dejar de mirarlo. En mi visión periférica veo la mirada de desaprobación de mi padre.

—Pareces tensa, Eveline —observa Giacomo—. No tienes miedo, ¿verdad?

Riendo, sacudo la cabeza, me siento junto a mi padre y levanto un cigarro de la mesa. Giacomo está allí con su mechero antes de que pueda pedirlo. Me tomo mi tiempo para dar una calada a la punta, dejando que el humo se agite en mi boca antes de expulsarlo al aire. Nadie habla mientras espera y, sorprendentemente, no me molesta la atención.

—No —digo finalmente—. No tengo miedo. Sólo agradecería que todo el mundo dejara de actuar como si fuera una chica mansa incapaz de participar en la conversación.

—Eres un premio, ¿verdad? —Giacomo sonríe, sus ojos vuelven a atravesar mi vestido—. Farrell, seguramente no está aquí para hacer negocios.

Un movimiento llama mi atención y Brayden se mueve desde su posición cerca de la puerta hasta acercarse al centro de la habitación, donde se apoya en una columna con los brazos cruzados.

Parece calmado, frío y tranquilo. Pero yo sé que no es así. Su mirada nunca se aparta de mí.

—Si vas a trabajar *con* nosotros, me gustaría formar parte de ello, sí —respondo.

Mi padre se aclara la garganta.

—Eveline hace mucho por mí. Ella sabe mucho sobre nuestro negocio. La familia es importante para ella, así que puede volverse un poco... apasionada. Tú entiendes.

—Lo hago. —Giacomo asiente—. Es interesante que dejes que una mujer tenga tanto prestigio. Yo nunca permitiría algo tan ridículo.

El fuego arde en mi centro, pero reprimo la réplica, presionando las uñas en las palmas de las manos hasta romper la piel.

—Supongo que has traído algún producto para que lo probemos —continúa.

Mi padre inclina la cabeza.

—Por supuesto.

Chasquea los dedos. Brayden y Zeke se mueven y se dirigen a la esquina de la habitación donde hay cinco grandes bolsas de lona negras. Las arrastran y las dejan caer sobre la mesa.

—Considera esto un regalo de buena fe —dice papá.

Giacomo recorre sus ojos sobre mí una vez más.

—¿Ella también es un regalo?

Mi sonrisa se borra, el negro empieza a rodear mi visión. Inclino la cabeza y coloco el cigarro en el cenicero.

—Mi hermana podría ser más de tu agrado.

Mi padre se pone rígido y la satisfacción me recorre. *Eso le pasa por hacer tratos sobre mi producción sin mí.*

—De alguna manera, dudo que tenga una vela para ti. —Giacomo se ríe antes de inclinar la barbilla hacia papá—. Probaremos el producto y pronto tendrás noticias nuestras, pero debes saber que, si aceptamos, trabajas *para* nosotros. —Se levanta y se abotona la chaqueta del traje antes de mirarnos a los dos—. Eso significa que quiero saber con quién estoy trabajando. A quién le compro.

Es imposible que mi padre esté de acuerdo. Llevo años haciendo esto por él, y en todo ese tiempo, ni una palabra. Ese es el trato. Me mantiene protegida; fuera de los focos, y nos da ventaja donde de otro modo nos quedaríamos cortos.

Mi padre sonríe y le da la mano.

—Tienes mi palabra.

30
NICHOLAS

Me ajusto los gemelos de los brazos, tratando de aliviar la tensión que ha estado sacudiendo mi cuerpo desde que subí a este ridículo barco de mierda. No esperaba que Eveline se presentara a la reunión y, cuando lo hace, se me sube el estómago a la garganta, rezando como un demonio para que no enloquezca.

No lo hizo, pero ahora estoy enojado por una razón diferente. Ese hijo de puta la miro a los ojos y la ha tocado demasiado las manos. Un fuego posesivo me recorre las venas mientras paso por la subasta del comedor y voy hacía la terraza trasera. Me dirijo a la pared de puertas francesas y salgo, agradeciendo inmediatamente que no haya nadie más aquí, excepto una figura solitaria.

Eveline.

Ahora que la amenaza inmediata ha pasado, tengo tiempo de empaparme de lo que lleva puesto, y cuando lo hago, mis pulmones se acalambran y mi polla cobra vida. Está impecable con un vestido verde que fluye a lo largo de las curvas de su cuerpo. Lleva el cabello rizado y fuera del cuello, y aunque sé que no se comporta como el resto de la élite de Illinois, sabe vestir como es debido.

Está de espaldas a mí, y me quedo con la vista de su piel desnuda, con la bata sin espalda y que se extiende a lo largo de la curva de su culo. Avanzo sin pensarlo. Sus manos se enredan en la barandilla metálica que bordea la parte trasera del barco. El viento que sopla desde el agua se arremolina en la cubierta, y la parte inferior de su vestido se agita, con pequeños mechones de cabello revoloteando alrededor de su cuello.

—No saltes.

Su cuerpo se tensa y me acerco, preguntándome por qué no tiene una respuesta rápida como lo hace normalmente.

Me acerco más a ella, notando sus ojos cerrados, luego muevo mi mirada por sus brazos cubiertos de piel de gallina y finalmente hasta donde sus nudillos están blanqueados por su fuerte agarre a la barandilla.

—¿Estás bien?

—Cállate —dice ella, apretando más los ojos.

Abre uno tímidamente, mirando el lago oscuro. Su pecho sube y baja rápidamente y vuelve a cerrarlo de golpe.

¿Le da miedo el agua?

Me muevo sin pensar, en parte porque ella me necesita y en parte porque estoy desesperado por tocarla, sólo para demostrar que puedo hacerlo después de ver a otro hombre deseándola y siendo incapaz de detenerlo. Me sitúo detrás de ella, no a ras del suelo, pero lo suficientemente cerca como para que el calor de su cuerpo irradie de su espalda.

Está aquí fuera, sola, y toda su familia está dentro como si no se dieran cuenta de que podría estar luchando. Como si no supieran que tiene miedo.

Tal vez no lo hagan.

Es una sensación desagradable verla así.

Le doy un suave beso en la pequeña peca de su hombro izquierdo y me quito la chaqueta para cubrirla. Luego la enjaulo, rodeándola con mi cuerpo y apoyando mis manos en la barandilla.

Su respiración se entrecorta, pero no abre los ojos. Le quito el agarre del metal y paso mis dedos por los suyos para que pueda agarrarse a mí.

—Estrella brillante, ojalá me mantuviera firme como tú, y no colgara de la noche en solitario esplendor. Y observando, con los párpados eternos separados, como la paciente e insomne Eremita de la naturaleza —le susurro las palabras suavemente al oído.

Su cuerpo se aprieta contra el mío.

—Las aguas en movimiento en su tarea sacerdotal, de pura ablución alrededor de las costas humanas de la tierra, o contemplando la nueva máscara de suave caída, de la nieve sobre las montañas y los páramos…

Su respiración se estabiliza y su cabeza se relaja contra mi pecho, y probablemente debería preocuparme por quién podría ver, por dónde estamos y qué estamos haciendo, pero no lo hago. Lo *único* que importa es ella.

—Acomodado en el pecho maduro de mi bello amor, pero aún firme, aún inmutable, para sentir por siempre su suave caída e hinchazón. —Inclino mi cabeza hacia abajo hasta que mis labios rozan su cuello, y la inspiro, con la polla dura y el corazón palpitando—. Despierta para siempre en una dulce inquietud, todavía.

Se aprieta contra mí, un suave gemido sale de sus labios cuando siente mis caderas fuertemente contra ella.

—Todavía para oír su tierno aliento, y así vivir siempre, o bien desmayarse hasta la muerte.

La tensión que se arremolina en nuestros cuerpos es abrumadora, y no sé qué es lo que estoy sintiendo, sólo que nunca he sentido nada igual.

Abriendo los ojos, se retuerce en mis brazos para mirarme a la cara.

Sonríe.

Y siento que mi pecho va a explotar.

—Keats es mi favorito —suspira.

—Me acuerdo. —La rodeo con mis brazos y subo uno de nuestros dedos enredados para darle un beso en el dorso de la mano.

—Para alguien que no cree en el romance, eres irritantemente bueno en él.

—¿Esto es romance? —me río entre dientes.

—Citas a Keats y me reconfortas. —Se encoge de hombros—. Y no cualquier Keats. Él escribía sobre querer morir si no podía vivir para siempre con su amor. No creo que haya nada más romántico que eso. —Ella mira hacia el agua, su cuerpo se tensa de nuevo.

—No tengas miedo —susurro, el viento envía una fuerte ráfaga de aire que nos rodea, haciéndola temblar—. Te tengo.

Aspira un poco y vuelve a mirar hacia mí.

—¿Lo prometes?
Quiero, con cada hueso de mi cuerpo, darle la verdad. Pero no puedo.

Así que miento en su lugar.

—Lo prometo.

—Esto es bonito —interrumpe una voz aguda.

Eveline me aparta de ella antes de darse la vuelta y adoptar una mirada inexpresiva mientras mira fijamente a su hermana.

—¿Qué están haciendo ustedes dos? —Dorothy mira entre los dos.

—Sólo estoy admirando la vista —respondo, metiendo las manos en los bolsillos.

—Hmm —tararea, dando un sorbo a una copa de champán mientras se acerca al borde de la cubierta. Se apoya en él y sus uñas rojas y brillantes golpean el vaso mientras nos mira y luego echa un vistazo a las oscuras aguas de abajo—. La gente realmente viene y se va tan rápido aquí, ¿no?

Mis cejas se fruncen, pero Eveline se sobresalta a mi lado.

Cuando Dorothy vuelve a levantar la vista, tiene una mirada maníaca y una amplia sonrisa en la cara. Me sorprende lo mucho que me recuerda al aspecto de Eveline justo antes de estallar.

Supongo que el gen viene de familia, después de todo.

—Eres una puta —escupe Eveline.

Dorothy se ríe mientras nos mira a los dos.

Nunca la había visto así, como si se hubiera transformado en una persona completamente diferente. Como si la hija inocente a la que le encanta estar en el ojo público y quiere ser la niña de papá no fuera más que una fachada que escondía a esta mujer siniestra debajo.

—Sólo estoy constatando un hecho —dice.

Suspirando, me paso una mano por la cara. Esta familia es agotadora.

—¿De qué estás hablando, Dorothy?

—Oh, ¿no lo sabías? Aquí es donde murió nuestra hermana.

El shock me golpea en el pecho y dirijo la mirada hacia Eveline. Pero sus ojos no me prestan ninguna atención. Están centrados en Dorothy.

Eveline ladea la cabeza.

—¿Quieres refrescarme la memoria sobre cómo sucedió exactamente?

El lado izquierdo de la boca roja de Dorothy se levanta.

—Se resbaló.

Eveline hace un gesto de desprecio, y siento el cambio de energía antes de que se produzca. Sin embargo, no soy lo suficientemente rápido para agarrarla. Se lanza hacia delante, agarra a Dorothy por el cuello y ambas caen al suelo de la cubierta, la copa de champán de Dorothy se rompe junto a ellas.

Dorothy se agita, con sus uñas arañando la parte trasera de mi chaqueta cuando ésta se desprende de los hombros de Eveline, y yo me precipito hacia ellas, agarrando a Eveline por la cintura y alzándola.

La mano de Dorothy se dispara a su garganta.

—Jesús, Evie. Necesitas estar encerrada.

—¡*Quítate* esos zapatos! —Eveline grita, con la cara manchada y las lágrimas cayendo por sus mejillas—. Cómo mierda te atreves a llevarlos aquí.

Mis ojos se dirigen a los pies de Dorothy, donde unos brillantes tacones rojos resplandecen a la luz de la luna.

Dorothy se burla.

—Siempre eres tan dramática. No es que te queden bien.

La cabeza de Eveline se estremece y se gira hacia mí, con una mirada feroz.

—¿Llevas tu arma encima?

Sí, pero me siento muy incómodo diciéndoselo ahora mismo. Ella nota mi vacilación.

—¿Puedo verla? —pregunta dulcemente.

Me alejo de ella y sacudo la cabeza.

—Te dejaré hacer lo que quieras con ella una vez que nos vayamos.

Dorothy suspira con fuerza y se quita el polvo de la parte

delantera del vestido antes de quitarse los zapatos y sujetarlos con la mano.

—Bien, ¿los quieres tanto? Son tuyos.

Los extiende, y Eveline da un paso adelante, extendiendo la mano para tomarlos. Entonces Dorothy los lanza por la borda del barco. Apenas puedo oír cuando caen al agua.

—*¡No!* —grita Eveline, lanzando su cuerpo contra la barandilla. En cuanto sus ojos tocan el agua, se congela, y yo voy tras ella, agarrándola por la cintura y atrayéndola hacia mí, con su cuerpo temblando mientras nos hundimos en el suelo de la cubierta.

—Quizá si te lanzas tras ellos, te lleven con ella —bromea Dorothy.

Mis ojos se entrecierran y mi cabeza se levanta.

—Dorothy, cierra la boca antes de que te dispare yo mismo.

Se ríe.

—Dios, imagina que quisiera acostarme contigo. Patético.

Sus pasos son ruidosos incluso sin sus tacones cuando se acerca, y se agacha frente a nosotros.

—Te diré un secreto, Evie.

Eveline levanta la vista, con el rímel corrido por la cara y los labios hinchados y rojos. Nunca la había visto tan derrotada, y mi pecho se resquebraja al verla. Esto no es lo que debe ser. Esta no es la persona que se supone que *es*.

—No quería matarla —susurra Dorothy—. Pero me alegro de haberlo hecho.

Se levanta y se aleja, y mi agarre se intensifica hasta que estoy seguro de que va a magullar la cintura de Eveline, con tantas ganas de dejarla ir, pero sabiendo que, si le hace daño a su hermana aquí, delante de toda esta gente, ni siquiera *yo* podré salvarla.

31
NICHOLAS

Nos marchamos antes de que termine la subasta, y no espero para decirle a nadie que nos hemos ido. Mis entrañas se vuelven locas, mi cerebro intenta encajar nuevas piezas del rompecabezas en los lugares apropiados. Dorothy asesinó a Vanessa Westerly, y yo tuve que *evitar* que Eveline la asesinara.

No se resiste cuando la saco de la cubierta trasera del barco y, en cuanto pisamos tierra firme, su cuerpo se relaja y el miedo debilitante que arrastraba desaparece como los recuerdos dibujados en la arena.

—Todavía voy a matarla —afirma con calma.

Sonrío, la coloco en el asiento del copiloto de mi auto y, extendiendo mi frente a ella, la abrocho en su sitio.

—Lo sé.

No me molesta como probablemente debería.

Eveline tiene *años* de heridas que no se han curado, sólo se han vendado con sarcasmo y tristeza, formando un tejido cicatrizal mutilado que todavía rezuma cuando se pincha.

Y tal vez mi moral está embotada cuando se trata de ella. Porque mientras ella esté cuidada, me importa poco lo que le ocurra a los demás. Me inclino y le doy un suave beso en la frente, respirando su aroma terroso y floral.

—Llévame a casa —susurra.

Asiento con la cabeza y le envío un mensaje a Zeke diciéndole que tome mis cosas de la habitación del hotel, y luego nos llevo de vuelta a Kinland. No hablamos por el camino, y dejo que nos sentemos en silencio porque a veces las palabras no sirven de nada. Durante dos horas, la tomo de la mano y no la suelto, mi pulgar rozando metódicamente su mano y no es hasta que entramos en la puerta principal de la finca Westerly que aflojo el agarre.

No estoy seguro de cómo manejar esta parte de ella. Esta

chica vulnerable y triste que extraña a su hermana y odia a la gente que se la llevó.

No me mira mientras sale del auto y sube los escalones hasta las grandes puertas dobles de roble. La sigo, sin saber si quiere que me quede o que me vaya.

—Eveline.

Se detiene y se gira para mirarme. Tiene el cabello revuelto, con mechones encrespados que le caen desordenadamente alrededor de la cara. El rimel se desliza por sus mejillas, las lágrimas negras reflejan las manchas de su alma.

Y a pesar de todo, sigue siendo lo más impresionante que he visto nunca.

—¿Quieres que me vaya? —Subo las escaleras hasta situarme frente a ella.

Suspira y se pasa el dorso de la mano por la boca, manchando un poco de su lápiz labial rojo, que ya está muy difuminado.

—No quiero que te vayas.

Enhebro mis dedos entre las raíces de su cabello e inclino su barbilla hacia arriba con mi pulgar, mi estómago se revuelve cuando la empapo.

—Maldita sea, eres hermosa.

Está sobre mí en un instante, su boca se encuentra con la mía. Me aprieto contra ella, agarrándola por la cintura y tomando todo lo que tiene para dar.

Es abrumadora. Devastadora.

Ella va a arruinar mi maldita vida.

Al separarse, extiende la mano a ciegas detrás de ella para abrir la puerta, arrastrándome con ella. Mis manos se vuelven locas, incapaces de dejar de tocar su piel por un segundo, toda la posesividad de antes «cuando vi a otro hombre pensando que podía tenerla» volviendo a rugir.

Entramos a trompicones por el vestíbulo, una mansión vacía y oscura salvo por el brillo de la lámpara de araña apagada que cuelga sobre nuestras cabezas. Hay una gran mesa redonda en el centro de

la habitación, encajada entre el hueco de la escalera, y la arrojo encima de ella, sin importarme que el jarrón de flores se caiga del borde y se haga añicos en el suelo.

Rozo con mis dientes su mandíbula, mis labios ya están hinchados y magullados por su asalto, pero no me importa. Quiero que marque cada parte de mí. Mi mano recorre su garganta y aprieto mi boca contra la suya.

—Dime que eres mía —exijo contra sus labios.

Su mano salta hasta mi cara, rascando la barba incipiente mientras me mira fijamente a los ojos.

—Soy tuya.

Mis dedos agarran la parte delantera de su vestido y tiran de él hasta que se rompe, mostrando sus perfectos pechos sólo para mí. Me sumerjo y me meto un pezón en la boca, sintiendo cómo se endurece bajo mi lengua.

Ella gime y yo chupo más fuerte antes de soltarla cuando sus dedos me tiran del cabello y me acercan de nuevo a su boca.

Ya hemos follado innumerables veces. La he follado en todas las posiciones, la he llenado con mi polla de mil maneras diferentes.

Pero ahora mismo todo eso palidece en comparación con lo que se siente al besarla.

Lo consume todo, como si hubiera atravesado mi centro y colocado su corazón dentro de mi pecho, forzándolo a latir.

Desciendo por su cuerpo, presionando con mis labios cada centímetro de piel desnuda que encuentro, y luego me hundo de rodillas, deslizando la tela verde por sus piernas hasta que se amontona alrededor de sus caderas.

No lleva ropa interior, y mi polla palpita cuando su coño chorreante está en mi cara, necesitado y exigente, rogándome que la devore entera. No pierdo tiempo y me meto entre sus muslos. La miro fijamente mientras la lamo, su sabor inunda mi lengua y hace que el deseo me atraviese.

—Eso es, cariño —gime, apoyándose en los codos mientras aprieta su coño contra mi cara—. Lame mi clítoris.

Se corre violentamente, apretándose a mi alrededor mientras grita y su cuerpo se desploma sobre la mesa. Y entonces me pongo

de pie, sumergiéndome en su boca para que pueda saborearse en mí, como sé que le gusta hacer. Gime mientras nos besamos, y sus manos recorren mi camisa hasta que me agarra el cinturón y me desabrocha los pantalones torpemente. Sus pies suben, se apoyan en la cintura y los empuja hacia abajo con los dedos de los pies hasta que mi polla se libera, con la cabeza casi morada de lo jodidamente duro que estoy para ella.

Me agarra con la mano y me acaricia desde la base hasta la punta, haciendo que mi cuerpo se estremezca con ella y que la excitación me suba por la espalda. Me chupa la lengua y luego se separa, saltando de la mesa, girando y empujando mi pecho hasta que soy yo el que está de espaldas, con la polla palpitando mientras se levanta en el aire.

Sonriendo, se agarra las tetas, haciendo rodar los pezones entre los dedos, con los ojos en blanco.

—Eres tan jodidamente sexy cuando te tocas —jadeo, acariciando mi polla mientras la observo.

Sus labios se fruncen mientras escupe, la saliva sale de su boca y gotea hacia abajo, golpeando la parte superior de su escote, rodando a lo largo de la curva hasta que se hunde entre el valle de sus pechos.

Maldita sea.

Inclinándose hacia delante, me rodea con sus manos, empujándolas mientras empieza a mover su pecho hacia arriba y hacia abajo.

—Oh, joder.

Vuelve a escupir, esta vez dejando que caiga sobre la cabeza de mi polla, y la sensación de que se desliza por el lado de mi eje mientras su piel pegajosa se desliza hacia arriba es suficiente para hacer que mis pelotas se tensen.

Es una de las cosas más calientes que he visto. Agacha la cabeza y saca la lengua. Mi mano agarra su mandíbula y me siento hasta que su cara está debajo de mí, con mi polla todavía metida en su escote. Dejo que mi propia saliva gotee hasta que llega a su boca, y la suciedad de todo ello me excita tanto que apenas puedo respirar. Atrapo sus labios con los míos, su aliento caliente y dulce mientras gime, moviendo sus pechos para masturbarme. El calor se acumula en la base de mi columna vertebral, y sé que si no me detengo, me

correreé sobre sus tetas.

—Dímelo otra vez. —Empujo dentro de ella.

—Tuya.

El fuego arde en mí, apagando todo excepto la necesidad de acercarme. Le suelto la cara y la hago girar hasta que se tumba debajo de mí. Con el puño en la mano, me acerco a su entrada, los dos todavía medio vestidos y jodidamente desesperados, y me hundo profundamente dentro de ella, con mi polla sacudiéndose mientras sus paredes se contraen a mi alrededor.

Mierda.

Esto se siente diferente. Esto se siente como más.

Áspero y desordenado y con mil matices diferentes de error.

Pero si yo soy su calma, entonces ella es mi caos, y si no puedo vivir con ella para siempre, entonces no quiero vivir en absoluto.

Capturo sus labios mientras empiezo un ritmo de castigo, mis caderas golpeando las suyas con cada golpe. Me siento loco, completamente abrumado por todo lo que ella es, por lo que sea que me está haciendo. Me está *cambiando*. O tal vez simplemente me está haciendo sentir vivo.

Se arquea contra mí, sus uñas se clavan en mi piel mientras se separa, las pulsaciones de su coño me hacen hincharme y explotar dentro de ella.

Mi visión se vuelve negra y mi cuerpo se rinde al pintar las paredes de su coño, y me derrumbo encima de ella, con el sudor goteando a un lado de mi cara, mi mejilla apoyada en su pecho. Ella me pasa los dedos por el cabello y yo cierro los ojos, intentando recuperar el aliento mientras escucho los rápidos latidos de su corazón.

Mi cuerpo tiembla con las réplicas.

—Brayden —murmura.

Me quedo helado, con el pecho partido por la mitad y cayendo al suelo.

Brayden.

Ella es de Brayden.

Lo que significa que nunca será mía.

32
EVELINE

Nadie preguntó qué había pasado con el jarrón del vestíbulo, y yo no ofrecí ninguna explicación. Pero han pasado cuatro días y me he quedado con la boca abierta con mis emociones desde entonces. A decir verdad, he estado encogida en la casa de campo, porque el próximo lote de vainas está listo para ser lanceado y es una excusa perfecta para esconderme del mundo y mantener mis *impulsos* bajo control.

—Bug.

La voz de mi padre suena a través del invernadero y me detengo, respirando profundamente antes de girar para mirarlo. Me alegro de que esté aquí. Parte de la razón por la que me he encerrado es para averiguar cómo enfocar la situación, para hacerle saber que no estoy bien con la expansión. No quiero trabajar con los Cantanelli. No anhelo el cambio como él parece necesitarlo.

En lugar de encontrarme con sus ojos, me encuentro con los marrones brillantes de Dorothy. Mi corazón se precipita al suelo, rompiéndose y partiéndose en dos.

¿Cómo pudo traerla aquí?

Escudriño la expresión de mi cara, no quiero que sepa que me molesta. Su sola visión me hace enfurecer, y necesito toda mi fuerza de voluntad para no tomar la regla de la mesa y clavársela en los ojos, para que no pueda *volver* a mirarme.

Este es mi lugar. Mi santuario. El único lugar en el que podía estar sin preocuparme de que otros vinieran a buscarme.

Y mi padre acaba de arruinar eso.

La rabia me invade y cierro los ojos, contando desde diez. Cuando los vuelvo a abrir, me relamo los labios.

—¿Qué está haciendo ella aquí?
Una gran sonrisa se dibuja en su rostro.

—Te lo dije antes, ¿no? Papá me está enseñando el camino.

—Dijiste que no podías manejar la producción —dijo—. Conoce a tu nueva protegida.

—No gracias —muerdo—. No necesito ninguna ayuda.

La calidez de su rostro desaparece por completo y da un paso más hacia mí.

—No estaba en discusión. No olvides quién dirige esto, Eveline.

Sus palabras son cuchillos que atraviesan mi centro como cortes de papel.

—No me estoy expandiendo.

Exhala un profundo suspiro y camina hacia mí. Mi columna vertebral se endurece mientras me mantengo firme.

—Escucha, entiendo lo que quieres, de verdad, pero tienes que entender dónde estoy...

Crack.

La sangre cubre el interior de mi boca, mi mejilla palpita mientras mi cara es lanzada hacia un lado por el dorso de su mano.

Se inclina cerca.

—Ahora, porque te quiero y eres mi hija, voy a dejar pasar este... incidente. Pero si vuelves a probarme, me obligarás a hacerlo. Haces mucho por mí, pero no pretendamos que no seas reemplazable.

Mi pecho se aprieta tanto que pierdo la respiración.

—¿Entiendes?

Cierro los ojos y asiento con la cabeza, con el cuerpo temblando por la rabia que está pidiendo escapar.

—Bien. He añadido a Dorothy al escáner de seguridad. Ella volverá mañana para aprender.

Parpadeo y mi visión se nubla, pero no lo suficiente como para no ver la sonrisa de Dorothy antes de darse la vuelta y seguir a nuestro padre mientras se va.

Diez. Nueve. Ocho...

—Necesito tu ayuda.

Cody gira en su silla, con los auriculares envolviendo su cuello y el cabello rubio erizado en cien direcciones diferentes.

—¿Qué más hay de nuevo?

Él sonríe, pero yo no, y su cara se transforma en algo más serio.

Sacudo la cabeza, sin saber por dónde empezar y, sinceramente, sin saber cuánto debo contarle. Después de que Dorothy y mi padre abandonaran mi invernadero, quise tomar mi Desert Eagle y dispararles a los dos en la cabeza.

La idea sigue siendo válida.

Pero prefiero ver la cara de mi padre mientras todo arde en llamas. ¿Y Dorothy? Quiero verla arder.

—¿Estás bien? —Pregunta.

Mis piernas tiemblan, haciendo que la silla de escritorio en la que estoy sentada se balancee de un lado a otro.

—¿Cuánto tiempo llevamos siendo amigos?

Cody pone los ojos en blanco.

—Parece una eternidad.

—¿Puedes ser serio, por favor? Estoy tratando de abrirme a ti aquí, que es lo que me has estado pidiendo desde que te mudaste…

—Hace tres años.

Asiento con la cabeza.

—Sí. Tres años.

—Más tiempo si cuentas el instituto —apunta.

—Así que puedo confiar en ti, ¿verdad?

Sus cejas se fruncen y usa sus talones para empujar su silla hacia adelante, rodando por el suelo hasta que está lo suficientemente cerca como para tomar mis manos entre las suyas.

Mis entrañas se tensan, no me gusta el contacto, pero no me alejo.

—Eres mi mejor amiga, nena.

Tragando, asiento con la cabeza.

—No he sido completamente honesta contigo.

Jadea, llevándose una mano al corazón.

—Estoy sorprendido. Déjame adivinar, ¿te estás follando a ese tipo Brayden?

—¿Qué? No... —Sacudo la cabeza—. Bueno, sí, pero no me refiero a eso.

Chasquea los dedos, riéndose.

—Lo sabía. Sabía que te estaba retorciendo.

—No se trata de eso —digo—. Necesito que hackees un sistema de seguridad para mí.

Sus cejas se alzan ante eso, y cruza su pierna sobre la rodilla contraria, apoyando la barbilla en su mano.

—Continúa.

—Hay cosas importantes para mí. Cosas a las que prefiero que mi padre o mi hermana no puedan acceder más hasta que yo esté preparada para ello.

—¿Como una caja fuerte?

—¿Importa?
Inclina la cabeza.

—Más o menos.

Exhalo, mi estómago da una vuelta de campana mientras empujo las palabras de mis labios.

—Es un invernadero.

Asiente con la cabeza.

—¿Quieres que te ayude a mantener tus plantas a salvo?

—Sí. Es para... son amapolas.

Avanza en su silla.

—¿Y por qué habría un sistema de seguridad para unas *amapolas*, Evie?

—No es necesariamente por las *amapolas*. —Lo miro—. Es para el laboratorio.

Parpadea y su rostro cambia, la sorpresa se filtra en sus rasgos.

—¿Eres el mono volador?

—Soy la *creadora* del El Mono Volador —corrijo.

Silba, sacudiendo la cabeza.

—Maldita sea. Debería haberlo sabido. Bien... cuéntame todo sobre ello y luego me pondré a trabajar.

33
EVELINE

Acabo de volver a la casa de campo y ahora estoy esperando a que Brayden llegue. Me di cuenta de que no tenía su número, que es una locura teniendo en cuenta que su polla ha pasado numerosas horas dentro de mí, así que lo tome de Zeke y le envié un mensaje, pidiéndole que pasara por allí.

Se siente raro tener lo que supongo que considerarías invitados. Nessa me regaló esta casa de campo justo antes de morir, y cuando mi padre se dio cuenta de que necesitábamos un espacio para cultivar, construyó el invernadero subterráneo, lleno de seguridad y aislamiento para que ni siquiera las cámaras térmicas lo detectaran.

No puedo evitar preguntarme por qué demonios se tomó tantas molestias para estar tan dispuesto a dejarlo todo al final.

Durante años fuimos sólo nosotros dos. Ahora están Brayden, Dorothy y Cody para añadir a la lista de personas que saben. Me niego a sentarme y esperar a que invite también a los Cantanelli.

Llaman a la puerta y, aunque estoy segura de que es Brayden, agarro mi Desert Eagle de todos modos, abro la puerta y apunto. Estoy ansiosa y eso me hace sentir un poco maniática.

Brayden sonríe, atravesando la puerta, su pecho rozando el arma.

—¿Es esta tu manera de pedirme que te folle con ella otra vez?

Suelto la pistola y me muevo a un lado, cerrando la puerta tras él.

—¿Alguna vez no eres molesto? —Le digo con brusquedad.

Sonríe, rozando sus labios con los míos.

—Yo también me alegro de verte.

Aprieto mis manos contra su pecho, mis dedos rozan el cuero de su chaqueta.

—¿Esto es cuero de verdad?

—Uhh... sí, ¿por qué?

Qué asco. Arrugo la nariz y lo miro.

—No importa. Escucha, ¿puedo confiar en ti?

Su manzana de Adán se balancea.

—No sé, cariño, ¿puedo confiar en *ti*?

Me froto la lengua contra la parte posterior de los dientes antes de morderme el labio. Se acerca, me pasa la mano por el cabello y me atrae hacia él. Respiro profundamente, disfrutando de la forma en que me reconforta y odiándome a mí misma por necesitarlo.

—¿Qué pasa? —Pregunta.

Los nervios me recorren, haciéndome sudar las palmas de las manos. Es un riesgo exponerlo todo por él. Pero quiero contárselo todo, y para ello tengo que asegurarme de que siente por mí lo que yo siento por él. Me aterra que no lo haga. Después de todo, es él quien dijo que no creía en el romance.

Mi corazón tartamudea.

Lo atraigo hacia mí y aprieto mis labios contra los suyos antes de apartarlo.

Sus cejas se levantan y sonríe de nuevo, con esos hoyuelos a la vista.

—¿Así que *no* quieres follar?

—No quiero follar. Quiero decir, sí quiero, obviamente, pero no ahora mismo.

No se trata de eso. Siempre nos distraemos con lo físico y ahora mismo, cuando mi mente está tan retorcida, sintiéndome como una cautiva sin salida, necesito su atención, no su tacto.

—Te amo —suelto.

Las palabras son sorprendentemente fáciles de decir, y contengo la respiración esperando su respuesta.

Su cuerpo se bloquea, cada uno de sus músculos se tensa mientras me mira fijamente.

Me río, pasándome una mano por el cabello.

—Lo sé, es una locura, ¿verdad? No era mi intención que sucediera. Ni siquiera sé cuándo demonios ocurrió, pero sólo sé que está ahí y que es grande. Como, no puedes respirar cuando estás cerca de ese tipo de grande. Y es... —Hago una pausa, levantando las manos en señal de frustración—. Jodidamente molesto. De la misma manera que todo me molesta *siempre* contigo. Y es una estupidez. Porque no sé pequeñas cosas como tu color favorito, o cómo te fue en la escuela, o tu segundo nombre. Y para ser honesta, realmente no me importa.

Empiezo a pasearme porque con cada palabra que vomito su cuerpo se enrosca más.

—Pero está ahí. Y es un jodido asco, y me odio por amarte.

Se acerca un paso más. Dejo de moverme, dejando caer las manos a los lados.

—Pero odio la idea de no tenerte más.

El silencio suena más fuerte que cualquier otro ruido, mis palabras se desparraman y se hacen jirones en el espacio que nos separa. El impulso de retractarme es fuerte, pero no lo hago.

—Todo este tiempo, y no pude pagarte para que te callaras, ¿y ahora eliges callarte? —Me quejo.

La comisura de su boca se levanta, y entonces se mueve.

Se me echa encima rápidamente, me agarra por la nuca y me roba el aliento para sí mismo, con sus labios y su lengua reclamando, con un beso que supera a todos los demás que existen. Mi corazón da un salto, mi estómago da un vuelco y, por primera vez en mi vida, me siento como cualquier otra chica.

Una chica que por fin tiene a alguien que la ama.

Se separa de mi boca y presiona sus labios contra mi oído, sus manos agarrando mi cara con fuerza.

—Mi color favorito es el azul. —Me besa ligeramente a lo largo de la mandíbula y en el cuello.

Siento que mi pecho se va a derrumbar.

—Me fue bien en la escuela. Bien en los deportes. Mal en los

deberes. Odiaba la universidad.

Algo se agita en el fondo de mi mente, pero entonces sus labios se encuentran de nuevo con los míos y me voy, perdida en lo que me está dando.

—¿Y qué hay en un nombre? —Continúa—. Lo que llamamos rosa con cualquier otro nombre olería igual de dulce.

Sonrío contra su boca.

—Gracias por amarme —susurra, apartándose lo suficiente para mirarme a los ojos.

Su pulgar me roza la mejilla y me sumerjo en el momento, esperando con la respiración contenida lo que vaya a decir a continuación.

Pero entonces suena su teléfono.

—Es Zeke. —Se encoge—. Mantén ese pensamiento.

Antes de que pueda parpadear, sale por la puerta, llevándose mi corazón.

34
NICHOLAS

Culpa. El sentimiento de vergüenza o arrepentimiento por mala conducta.

Nunca he pensado mucho en la palabra, pero la culpa que siento por cada cosa que involucra a Eveline es un tornado, que se arremolina rápido y fuerte, destruyendo todo lo que toca. Y luego se compone porque sé, sin duda, que si volviera atrás y tuviera la oportunidad de hacerlo todo de nuevo, no cambiaría nada.

No conocerla, no existir en su mundo, es una tragedia mucho mayor que desempeñar un pequeño papel en él.

Ella me *ama*.

Ella me *ama*.

Pero ella no sabe quién soy, y no tengo dudas de que cuando se entere de la verdad, todo terminará para nosotros.

Y joder, duele mucho.

Silencio la llamada de Zeke, habiéndolo utilizado sólo como excusa para marcharme antes de hacer algo estúpido, como arruinar mi tapadera y rogarle comprensión, o mentir completamente y decir que no siento nada en absoluto. Estaba en el punto de mira, y no me gusta estar en el punto de mira, así que huí.

El cielo está nublado y gris, el olor de la primera nieve que se avecina en el aire, las hojas muertas y los escombros crujen bajo mis pies mientras camino a toda velocidad por el sendero de ladrillos amarillos. Miro fijamente mi teléfono y envío un mensaje rápido a Zeke, haciéndole saber que estoy ocupado, razón por la cual no veo a la persona que está delante de mí antes de chocar con ella.

Mi cuerpo se sacude, el teléfono vuela de mi mano, la pantalla se rompe al golpear el suelo.

—Mierda. —Me agacho para recogerlo. Cuando me levanto, me encuentro cara a cara con Dorothy.

Ella frunce los labios.

—Así que ya lo sabes.

No es una pregunta y mi frente se frunce, tratando de entender de qué demonios está hablando. *¿Saber qué?*

Se cruza de brazos, con las uñas golpeando el interior del codo.

—Típico. Siempre soy la última persona en enterarse de algo.

—¿Qué? —Me quito los trozos de cristal de la pantalla.

Ella lanza su mano a la casa de campo.

—Sobre el invernadero.

Mis manos se detienen en el lugar donde estaba tratando, y fallando, de arreglar mi teléfono.

—Oh —digo con cuidado, mi estómago se retuerce. *¿Invernadero*?— Sí. ¿Quieres decir que no lo sabías hasta ahora?

Ella se burla.

—Sabes que es propio de Evie no incluirme. Ella y Nessa siempre me dejaban fuera, y odia que nuestro padre no haga lo mismo.

Mi corazón se acelera, las piezas de un rompecabezas encajan en su sitio, creando una imagen que no sabía que existía.

—Bueno —me relamo los labios, mirando detrás de mí—. Parece que ahora lo sabes, al menos.

—Sí. —Ella suspira—. Pero es una especie de mierda, ¿no? Quiero decir, ¿quién quiere aprender sobre plantas?

Mi estómago se hunde, sus palabras se repiten en mi cabeza como un mantra.

—¿Qué estás aprendiendo exactamente?

—Cómo hacer el producto de Evie, obviamente. —Mis oídos se entumecen y mi boca se seca.

Ella inclina la cabeza, con los ojos entrecerrados, y yo trato de ordenar mis rasgos, pero creo que no lo consigo.

—Sabes —continúa—. No quise retenerte de lo que sea. Te dejaré ir. Sólo... olvida que dije algo, ¿sí?

Se mueve a mi alrededor a toda prisa y la dejo pasar, con el corazón golpeando mis costillas.

La conmoción recorre mis miembros como el hielo.

Eveline es el proveedor.

Mierda.

Me doy la vuelta, mi cuerpo tiembla mientras me apresuro a llegar a mi auto, me deslizo en el asiento y salgo entumecido de la finca. No presto atención a lo que me rodea, y no tengo ni idea de si el guardia de la puerta saluda. Todo lo que sé es que debo encontrarme con Seth en el motel dentro de tres horas para nuestro chequeo semanal, y ahora tengo algo que decirle.

Algo grande.

Porque esta vez he encontrado a nuestro hombre. Pero no esperaba que fuera ella.

Mi mente está en piloto automático mientras conduzco por Kinland Heights y llego a la parte trasera del motel. Aparco, pero no salgo. En lugar de eso, me siento en el auto y observo los números digitales del salpicadero, un minuto tras otro, hasta que el sol se sumerge en el horizonte y la luna sale en su lugar.

La idea de entregar a Eveline hace que la bilis me suba por el fondo de la garganta, y las náuseas me hacen sentir como si me zarandearan en el mar. Exhalo una bocanada de aire, con los codos apoyados en el volante mientras me froto los ojos.

¿Qué demonios se supone que debo hacer?

Recostado en mi asiento, me recuerdo a mí mismo todas las razones por las que me convertí en agente de la DEA en primer lugar. Para poner a los criminales, como *ella*, entre rejas. Ha sido mi objetivo desde que tuve la edad suficiente para darme cuenta de que las drogas y la gente que las pone en las calles son lo que me costó mi infancia.

Mi familia.

Mi inocencia.

Es todo lo que he conocido, y aunque lo que siento por ella es tan fuerte que opaca todo lo que me rodea... sigue siendo nuevo. Y mi odio por lo que ella representa es igual de fuerte. *¿No es así?*

Mi mano vuela hacia el pecho por el dolor palpitante, que se extiende como una hiedra y envuelve cada parte de mí hasta que siento que me voy a doblar bajo su peso. No quiero hacerlo, pero tampoco sé si podré volver a mirarla a los ojos y no ver todo el trauma de mi pasado.

Ambas opciones son dolorosas, me aprietan a ambos lados y me desgarran hasta que me parto en dos; trozos irregulares que no volverán a encajar.

La emoción me obstruye la garganta, las lágrimas me arden detrás de los ojos. Exhalo, mis mejillas se hinchan mientras intento sacudirme la tristeza.

Sé que, en el fondo de mi corazón, esto es lo que tengo que hacer.

Así que apago el auto, abro la puerta y me dirijo a la habitación del motel para ver a Seth.

Como siempre lo he hecho.

35
EVELINE

Me quedé en la cabaña durante unos dos minutos, mirando el lugar donde estaba Brayden antes de que saliera furioso. Y luego me espabilé y corrí tras él, dispuesta a exigirle que me mirara a la cara y me dijera lo que sentía. Porque él no puede hacer eso. No puede hacerme *sentir* tanto y luego marcharse como si Zeke fuera más importante que yo.

Al salir por la puerta principal, me encuentro con Dorothy. Dice algo, pero si hablo con ella, la mataré, y quiero que sufra cuando lo haga, así que la empujo a un lado y paso corriendo, esperando que no sea demasiado tarde para atrapar a Brayden. Cuando llego a la finca, lo veo en su auto, preparándose para salir.

Se me aprieta el pecho porque si estaba hablando con Zeke, ¿por qué iba a marcharse del todo? Así que me subo a mi Range Rover y lo sigo, porque voy a hacer que se enfrente a mí quiera o no.

Conduce por las calles del vecindario hasta que llegamos al corazón del centro de la ciudad, luego continúa, y finalmente me doy cuenta de que se dirige hacia Kinland Heights.

¿Vive aquí?

Cuando entra en el motel, conduzco hasta el otro lado, aparcando lo suficientemente lejos como para que no me vea. Se me ponen los pelos de punta al no saber por qué está aquí, pero no quiero precipitarme y exigir respuestas. Sólo quiero sentarme y ver qué demonios está haciendo.

Resulta que no está haciendo nada.

Se sienta. Y se sienta. Y se sienta.

Cuanto más tiempo pasa, más inquietud empieza a crecer en mi pecho, porque no hay ninguna buena razón para que alguien esté en la parte más peligrosa de Kinland actuando como un jodido sospechoso. Se hace de noche en el exterior y mis ojos empiezan a caer, el cansancio cala en mis huesos. Pero entonces, *finalmente*, se mueve para salir de su auto.

Me animo, mi corazón tartamudea mientras la ansiedad sangra por mis venas. Agarro mi Eagle de la guantera cuando lo veo deslizarse por la esquina del edificio, y una vez más lo sigo, asegurándome de caminar lento y ligero para que mis pasos no suenen en la oscuridad de la noche. Me arrastro a lo largo de las puertas del motel, llego al borde de la pared y me asomo a la esquina. Está en la última puerta, llamando tres veces y pasándose una mano por el cabello castaño rizado.

¿Ha quedado con alguien?

Si ha quedado con una prostituta, creo que me pondré enferma. Alguien responde, y un leve respiro de alivio me llega cuando es una voz de hombre. Brayden le da un abrazo y luego ambos desaparecen dentro de la habitación. Doy un respiro al doblar la esquina, intentando agarrar la puerta antes de que se cierre, pero no hace falta porque el cartel de *no molestar* que cuelga del pomo está alojado entre la rendija, lo que me facilita empujarla para abrirla, solo un poco.

Lo suficiente para ver el interior. Mis ojos escudriñan lo que puedo desde mi limitado punto de vista, y veo a Brayden y al otro hombre que está de pie detrás de un escritorio improvisado, con tazas de café y ordenadores de doble monitorización frente a él. Hay una pistola sobre la mesa y los dos están tranquilos, hablando como si fueran viejos amigos.

Sin duda, se conocen.

Entrecierro los ojos mientras miro fijamente al desconocido, intentando situarlo. Me resulta tan familiar que siento una punzada en la columna vertebral, algo que me empuja al cerebro y me insta a pensar. Y entonces, todo encaja. La noche de hace meses en el bar.

“Hoy me han puesto un nuevo trabajo que me lleva fuera de la ciudad. Así que vamos a “celebrar” por última vez”.

Un trabajo. De acuerdo... tal vez sólo son amigos poniéndose al día.

—Galen quiere hablar con Zeke —dice el desconocido. Brayden se ríe.

—Buena suerte. Zeke está jodidamente acabado. Es un milagro que ese hijo de puta no me haya abandonado todavía. —Mi frente se arruga, algo pesado se arrastra por medio de mi espina dorsal—. No puedo seguir haciendo esto, joder —continúa Brayden,

con la voz baja y torturada. Su amigo observa a Brayden con ojos oscuros, con las manos en las caderas. Infla las mejillas y sacude la cabeza.

—Nick...

El nombre es un puñetazo en el pecho, el aliento expulsado a la fuerza de mis pulmones. Nick. Mi corazón gira sobre su eje mientras repaso cada uno de los momentos que hemos pasado juntos, separando los recuerdos y mirándolos desde distintos ángulos. Mis ojos vuelven a mirar a Brayden-*Nick* y lo veo caminar de un lado a otro frente al escritorio. Su forma de comportarse ahora es diferente, su forma de hablar es diferente, su nombre es diferente, todo en él es diferente, y tengo que llevarme el dorso de la mano a la boca para no vomitar. La verdad me marca la piel, me mata y me calan los huesos.

Es una sensación familiar, pero nunca la había sentido arder tan profundamente. Estoy harta de que la gente me utilice. De que me mientan. *Y he terminado* porque no tengo nada más que dar. El negro se desliza en los bordes de mi visión. Agarro con fuerza mi Eagle y me pongo de pie, con las rodillas crujiendo, y abro la puerta de una patada para que se estrelle contra la pared antes de retroceder. La sostengo con el hombro cuando entro en la habitación. Ambos sacan sus armas y giran hacia mí.

Me río al verlos, dándome cuenta de que, aparte de cuando me estaba torturando, es la primera vez que veo a Brayden con un arma en la mano. Su forma es impecable. Como si hubiera sido entrenado a la perfección. Sus ojos se abren de par en par, los brazos caen inmediatamente a los lados, el arma cae al suelo.

—Eveline.

Mis ojos se dirigen a la pistola y de nuevo a él, y muevo la barbilla.

—Deberías volver a recogerla. Dispárame ahora para que tengas más posibilidades. —Su boca se abre y da un paso adelante. Mis dedos se tensan alrededor de mi Eagle y mi mirada se dirige al hombre que está detrás de él—. Creo que no nos han presentado —digo, con la voz tensa. Me mira fijamente.

—Lo sé todo sobre ti, Eveline Westerly.

Mis fosas nasales se agitan, las puntas afiladas de la traición me aprietan en el medio. Brayden se gira y lo ve.

—Hombre, baja el arma, Jesús.

—Nick, yo...

Brayden se congela y todo en mí se congela al oír el nombre, aunque ya lo he oído decir. Sacudo la cabeza, y Nick levanta las manos delante de él, como si se acercara a un depredador.

—Eveline, puedo explicarlo.

—No quiero oír tus explicaciones —siseo. Mi visión se nubla con las lágrimas y aprieto los dientes, sacudiendo la cabeza, tan jodidamente enfadada que estoy mostrando todo lo que me está haciendo sentir.

—Eveline —dice su amigo con calma—. Tira el arma.

—Seth —suelta Nick—. Cállate de una jodida vez. Puedo encargarme de esto.

Suelto una carcajada. Él puede manejar esto. Me arde el pecho, y entonces me doy cuenta de algo más, la formulación de las palabras me golpea como una daga directa al corazón. Abro la boca por el shock y cierro los ojos, intentando mantener la concentración para no perderla por completo. Me tomo un momento y respiro profundamente para encontrar mi concentración. Cuando vuelvo a abrir los párpados, mi mirada se encuentra con un par de ojos verdes preocupado. Pero no tienen el mismo efecto en mí que antes. Mis manos tiemblan tanto que la pistola se agita en mi mano.

—¿Eres policía? —Su cara se tuerce y su boca se abre, pero luego la vuelve a cerrar, su cabeza tiembla mientras toma medidas hacia mí. Retrocedo, subiendo el cañón—. Da un paso más y juro por Dios, Brayden, que vaciaré todo el cargador en tu jodida boca mentirosa.

Traga, sus ojos se vuelven vidriosos. Pero no se mueve de nuevo.

—Eveline.

—No lo hagas. —Me duelen los dientes de tanto apretarlos—. Sólo... dime la jodida verdad por una vez en tu vida.

Mi tono sube con cada palabra. Aprieta los labios, con las fosas nasales abiertas y la barbilla levantada mientras me mira con ojos llorosos.

—Soy un agente federal. —Me habría dolido menos si me hubiera disparado. Mis ojos se cierran y mi cara se vuelve hacia un lado, las lágrimas calientes y *asquerosas* fluyen por mis mejillas como una angustia tangible—. Por favor —su voz se quiebra—. Por favor, niña bonita... déjame explicarte —Respiro por la nariz, intentando contar hasta diez, pero los números no llegan. Todo lo que viene es ira. Lentamente, abro los ojos y enderezo la columna vertebral, dejando que la humedad salada escurra desde mi barbilla hasta el suelo. Muevo mi objetivo de él a su compañero. Después, todo sucede a cámara lenta. Brayden -*Nick*- se agacha y recoge su arma, sus manos tan firmes como debe ser su corazón vacío—. No hagas esto, Eveline —dice, sacando su pistola.

—¿Me dispararías? —Otra lágrima traicionera cae al suelo. Su mandíbula se aprieta, pero no mueve su puntería.

—No dejaré que lo mates.

—¿Entonces es así? —Mi boca se inclina hacia arriba. Se hace a un lado, bloqueando a Seth.

—Sí, niña bonita. Es así.

Mi dedo se posa en el gatillo y doy un paso hacia él hasta que el extremo del cañón apunta directamente a su pecho. Baja los brazos, como si aceptara la muerte si decido dársela.

—¡Tira el arma! —Grita su amigo—. No te lo volveré a decir.

Pero lo ignoro, arqueando el cuello y mirando fijamente a unos ojos que nunca he conocido.

—¿Dejarás que me mate? —Susurro. Me mira, con la nuez de Adán moviéndose al tragar. Su silencio es toda la respuesta que necesito—. Hazlo entonces.

Me doy la vuelta y me alejo, con el corazón en la garganta, la mitad de mí deseando que termine el trabajo ahora y me dispare por la espalda. Pero no pasa nada. Así que me voy, un pesado tipo de entumecimiento que cae en su lugar como una cortina, protegiéndome de cualquier cosa que no sea la oscuridad.

36
NICHOLAS

Mi tapadera ha sido descubierta. Es obvio. Así que me han retirado oficialmente del caso, y ahora estoy enfadado en mi apartamento, mi verdadero apartamento, con la decisión de contarle a mi departamento todo lo que sé tan pesado en el pecho que no puedo respirar.

Anoche tomé la decisión, seguro de que estaba haciendo lo correcto, por mucho que me doliera. No importaba lo mucho que supiera que estaba traicionando a la única persona que nunca me había defraudado. Pero cuando miré a Seth a la cara, no pude apartar las palabras de mi lengua. ¿Y cuándo Eveline echó la puerta abajo y me miró como si hubiera matado su espíritu? Fue entonces cuando lo supe. La elegiría mil veces, aunque significara pudrirse en el infierno. Dejé que volviera a salir por la puerta, porque no merezco retenerla, y me derrumbé contándole todo a Seth.

Todo excepto quién es el proveedor. Luego volví a casa con mi hermana, sin saber a dónde más ir. Rose se sienta en la pequeña mesa redonda frente a mí, con una taza de té humeante en las manos. Frunce los labios mientras me observa.

—Te ves como una mierda.

—Me siento peor —gruño. Deja la taza y me toma la parte superior de la mano.

—Bueno, es bueno tenerte en casa.

Me paso los dedos por el cabello, la cavidad de mi pecho traquetea.

—Sí. Se siente bien estar aquí.

Excepto que *no* se siente bien, porque esto ya no se siente como un hogar. Creo que no sabía lo que era un hogar hasta que lo encontré en *ella*.

—¿Quieres hablar de ello? —Rose pregunta.

—¿Alguna vez has estado enamorada? —Le suelto.

Ella se sienta de nuevo en su silla, sus cejas rojas se disparan.

—Eh... sí.

La miro.

—¿Qué se siente?

—Así que eso es lo que es —respira—. Un corazón roto.

¿Lo es? Me río, inclinándome hasta que mi frente se apoya en la mesa.

—No, es que... no lo sé.

Ella toma un sorbo de su té.

—Lo entiendo, amigo. El amor es una puta mierda.

—¿Cómo sabes que es real? —Susurro, con el estómago revuelto—. ¿Duele?

—Como una mierda. —Se muerde los labios—. Entonces es real.

No digo nada, sólo hago rodar la cabeza de un lado a otro contra la madera fría, esperando que de alguna manera llegue a mi interior y calme el ardor.

—Entonces, ¿quién la jodió, tú o ella?

—Ella. Yo. —Otra risa vacía sale de mi boca y vuelvo a sentarme, tirando de las raíces de mi cabello—. No tengo ni puta idea.

Rose da un sorbo a su té.

—¿Quién es ella?

—Es una mujer...

—Sí, ya lo he entendido —interrumpe.

Sonrío suavemente, reprimiendo el dolor que me destroza al imaginarme la cara de Eveline.

—Ella es... *lo es todo.* —Sacudo la cabeza—. Pero no es una buena persona.

Rose tararea.

—Me cuesta creer que mi hermano se enamore de alguien a quien no vale la pena amar. —La parte posterior de mi garganta se hincha hasta arder—. ¿Te ama?

—Dice que sí... lo hizo. Pero no lo sé. —Me encojo de hombros —. Es rápido.

Las uñas de Rose golpean el lado de su taza.

—Sabes, nunca te he dado las gracias por salvarme.

—No me des las gracias —murmuro.

Ella levanta la mano en el aire.

—No hagas esa mierda de mártir conmigo, Nicholas.

—No lo hago. —Me burlo.

—Siempre lo haces —dice ella—. Has cargado con la culpa de todas las cosas que han pasado en nuestras vidas cuando nada era culpa tuya. —Se inclina hacia mí, con sus ojos afilados, mirándome fijamente—. ¿Me oyes? Nada de eso.

Aprieto los labios, intentando contener el sollozo que quiere escapar. Sus ojos se humedecen.

—Soy la hermana mayor. Se supone que soy la que te protege. Y si no sabes lo que se siente el ser amado, está claro que he fallado en eso.

—No —digo—. La gente que puso ese veneno en las calles nos falló a los dos. Hiciste lo mejor que pudiste.

—Y tú también estás haciendo lo mejor que puedes — responde ella.

—¿Lo estoy haciendo? Es mi trabajo detenerlos. ¿Cómo puedo vivir conmigo mismo por amar a alguien que representa todo lo que perdí?

—Oh, Nick —suspira Rose, apoyando la barbilla en su mano —. ¿Sabías que una vez vendí?

El aliento se me escapa y me desplomo contra el respaldo de mi silla.

—¿Tú... qué?

Ella asiente.

—Sí. Estaba jodida, y desesperada, y a veces, era la única manera de mantener lo suficiente en mis bolsillos para sobrevivir.

—Estabas enferma. No fue tu culpa.

—Sabía exactamente lo que estaba haciendo. —Se limpia las lágrimas de las mejillas—. ¿Ahora *me* odias?

Agarrando sus dedos por encima de la mesa, los aprieto.

—Por supuesto que no.

—Claro. Porque sigo siendo yo. —Ella resopla—. Todos estamos aquí viviendo, ¿sabes? Vagando bajo nubes que son mil tonos diferentes de gris. Pero no puedes evitar a quién amas, Nick. —Asintiendo, miró fijamente la mesa, mi corazón oxidado tratando como el infierno de bombear en mi pecho—. Te he visto existir durante mucho tiempo. Pasas por el aro y... te vuelcas en tu carrera, tratando de compensar errores que nunca fueron de tu peso en primer lugar. —Me tiembla el labio inferior y aprieto los dientes—. Tú no tienes la culpa de las decisiones que tomaron otras personas. Las decisiones que tomé yo. —Me encuentro con su mirada—. Y ella tampoco.

—¿Estás seguro de esto? —Pregunta Seth, con un tono grave y profundo. Parpadeo, sin decir una palabra «*sin tener palabras*» porque ¿qué más hay? ¿Qué me queda por decir? Me doy la vuelta en la silla del escritorio en la que no me he sentado en meses, mirando los pocos galardones enmarcados y el salvapantalla que baila en el monitor. Se siente extraño, como si Nick Woodsworth no existiera realmente. Como si nunca hubiera existido. Es curioso que algo que me parecía tan intrínseco a mi persona durante tantos años, ahora me parezca un extraño.

—Estoy seguro —respondo.

Seth se apoya en el borde de la pared gris del cubículo, asintiendo.

—Sabes que no cambiará mucho. No detendremos el caso, no

hasta que encontremos lo que buscamos.

Trago saliva por el conocimiento que mantengo cerca de mi pecho, y me pongo de pie, agarrando mi placa y mi pistola, sabiendo que las necesitarán de vuelta cuando renuncie.

—Lo sé.

—¿Quieres que te acompañe a decírselo? —Pregunta.

—Woodsworth. Adams. Mi oficina, ahora —grita la voz de Cap Sonrío a Seth.

—Parece que no tienes elección.

La mano de Seth se encuentra con mi hombro y aprieta, manteniéndome en el sitio.

—Soy tu compañero, pero más que nada, soy tu amigo. Profesionalmente, no puedo aprobar lo que estás haciendo. —Hace una pausa, con una leve sonrisa en la comisura de los labios—. Pero personalmente... me hace muy feliz ver al hombre detrás de la máquina.

Se aleja antes de que pueda replicar, pero sus palabras me duelen en lo más profundo. Daría cualquier cosa por volver a ser como antes, porque esta sensación de ahora... Es una mierda. Y no sé si alguna vez desaparecerá. Sigo a Seth por el estrecho pasillo que atraviesa los cubículos y me dirijo al despacho de Cap, deteniéndome en seco cuando veo a Oscar Norman, alcalde de Kinland, sentado junto a otro hombre con un traje gris y el cabello revuelto. Cap sonríe cuando entramos.

—Fantásticas noticias, chicos. Resulta que no importa que lo hayan jodido. —Frunzo el ceño, confundido—. Caballeros, les presento al agente Baum. —El Capi señala con la cabeza a Oscar—. Y este es el alcalde Norman.

El agente Baum se levanta de su silla, extendiendo su mano para estrechar la mía, sus gafas de montura de alambre cayendo ligeramente por su cara.

—Encantado de conocerle.

—¿Qué pasa? —Pregunta Seth, mirando a su alrededor con el ceño fruncido.

Cap asiente hacia los hombres.

—El agente Baum está con la división de Chicago del FBI. Han estado construyendo un caso contra los Westerly durante los últimos años, y han tenido un gran avance.

Se me cae el estómago.

Maldito FBI.

—¿Y están aquí por qué? —Levanto la barbilla hacia Oscar.

El agente Baum se aclara la garganta.

—El alcalde y el comisario de Kinland han decidido recientemente que prefieren cooperar con nosotros que no hacerlo. —Le sonríe—. ¿No es cierto, Oscar? —Oscar aprieta los labios mientras asiente.

—Ha sido fundamental para conseguir lo que necesitamos tanto contra los Cantanellis como contra los Westerly.

Una bombilla explota en mi cerebro. La caridad en el yate de Oscar. La reunión. *Maldita sea.* Suelto un suspiro y me hundo en una silla en la esquina de la habitación, con los codos apoyados en las rodillas mientras asimilo lo que significa, lo que están diciendo. El agente Baum inclina la cabeza.

—Te agradecemos todo lo que has hecho hasta ahora. Estoy aquí como un favor, para hacerte saber que su duro trabajo no será olvidado. En cuanto puedas darnos acceso a todas tus pruebas, mejor.

Seth se ríe.

—No hay mucho que podamos ofrecer. —Me mira—. Nos centramos en encontrar al proveedor, no en construir un caso de delitos menores. El agente Woodsworth fue descubierto antes de que pudiéramos encontrarlo. —Mi pierna hace sonar un ritmo nervioso.

El agente Baum sonríe.

—Pero lo hicimos.

37
EVELINE

Han pasado dos días desde que mi mundo se puso de nuevo patas arriba y descubrí que Brayden es una mentira. Que todo lo que había entre nosotros era mentira. Me siento sucia. Utilizada. Y más que nada, me siento realmente, jodidamente estúpida.

Siempre me he enorgullecido de ser el cerebro de la familia, pero ¿qué tan inteligente puedo ser si dejo que esto suceda? Cerrando los ojos, me apoyo en la lápida de Nessa.

—Me has mentido, Ness —susurro al viento—. Dijiste que la familia es todo lo que necesito, que tenemos que permanecer juntos. Resulta que eso es una mierda.

Sacudo la cabeza y mis dedos se enredan en la hierba que tengo debajo. Me tiembla el labio inferior y vuelvo a abrir los ojos, mirando el cuaderno que tengo en el regazo. Lo abro y examino la letra desordenada y las palabras tachadas que se confunden en las páginas. Recorro con la yema del dedo el último poema que pude escribir. Ahora cada letra me recuerda a él. La palma de mi mano se tensa y agarro la página, arrancándola del libro. Me siento bien, así que lo vuelvo a hacer.

Y otra vez.

Rasgar. Rasgar. Rasgar.

No me detengo hasta que cada cosa está arrancada de la encuadernación y en pedazos en el suelo.

Mis ojos escudriñan el espacio a mi alrededor y agarro las páginas destrozadas, colocándolas en la base del marcador de Nessa, en un pequeño montón sobre la piedra. Metiendo la mano en el bolsillo, agarro la caja de cerillas de Winkies que he traído, por si acaso, y avanzo de rodillas, con los dedos temblorosos.

Cada palabra parece ahora una confesión en lugar de una huida. Poemas ñoños de una chica rota y solitaria, que pretende ser algo fuerte. El viento me azota la cara, los mechones de cabello me hacen cosquillas en las mejillas, e inspiro profundamente, golpeando la cerilla contra el cartón y dejándola caer en las partes desgarradas

de mí, viendo cómo las palabras arden en llamas.

Con cada segundo que arden, mi alma palpita con un dolor que estoy segura que llevaré el resto de mi vida.

Y odio a Nick sólo un poco más por robar lo único que sentía como mío.

Él era el rey de las palabras bonitas, así que ahora lo haré rey de las cenizas.

El fuego arde rápidamente y se apaga cuando no queda nada.

Aquí yace uno cuyo nombre fue escrito en el agua.

Me acerco y soplo la ceniza hasta que se dispersa, flotando sobre las tumbas de cien personas diferentes. Tal vez mis pequeños hechizos de amor puedan ser su calma en el caos.

—Toda mi vida he vivido para otras personas, y he terminado. —Miro la lápida de Nessa por última vez—. Eso significa que yo también tengo que dejar de vivir para ti, Ness. Espero que lo entiendas. —La tristeza se abre paso a través de mí, y aunque es duro, se siente extrañamente catártico también, como si las profundas cadenas subterráneas se rompieran de mi cuerpo, liberándome de la restricción que la sangre en mis venas y mi apellido siempre han causado—. No importa a dónde vaya en la vida, Nessa, no importa a quién ame y pierda.... creo que siempre te extrañaré.

Dando un beso a la palma de mi mano, la presiono contra su lápida antes de retroceder y alejarme, dejando una sola flor de amapola en la base de su tumba.

Vuelvo directamente a la finca, evitando la entrada principal y caminando hacia la parte trasera, dirigiéndome a la casa de campo. Sinceramente, no pienso quedarme después de que todo esté destruido, pero mientras tanto no soporto ver las caras de la gente que nunca se preocupó de verdad.

Zeke está sentado en el patio, recostado en una silla, con el humo del cigarrillo flotando en el aire a su alrededor. Y en todo mi dolor, toda mi tristeza, había olvidado un detalle importante de la otra noche. El nombre de Zeke fue mencionado en una sala de agentes federales. Entrecierro los ojos y me acerco a él mientras me mira y luego vuelve a mirar al cielo.

—Dame una buena razón por la que no deba matarte, Ezekiel.

—Hace una pausa, con el cigarrillo a medio camino de la boca.

—Me dijeron que te habías enterado, ¿sabes? Me llamaron anoche, tratando de convencerme de que me fuera. Protección de testigos o alguna mierda.

—¿Y por qué no lo hiciste? — Deslizo la mano por debajo de la falda, sacando mi pistola de la funda y apoyándola en la mesa del patio. Esperaba sentirme más enfadada con él, pero supongo que cuando dejo de lado el nombre Westerly y su importancia, la gente que traicionó el nombre empieza a importar menos. Aun así, me escuece saber que me estaba tirando debajo del autobús y que no le importaba dónde aterrizaba—. ¿Cómo pudiste?

Suspira, sentándose hacia delante en la silla, mirándome por primera vez.

—No me dieron opción.

—*Siempre* hay una opción.

—¿Sabes lo que le pasó a mi padre cuando fue a la cárcel? Se convirtió en la perra de alguien y luego fue mutilado y colgado de las vigas. Aún hoy se burlan de él. —Sacude la cabeza—. ¿Crees que quiero acabar así? Me han obligado a vivir una vida como la de él. No quiero morir como él también.

—Así que hiciste un trato —añado.

Él asiente con la cabeza.

—Así que hice un trato.

Golpeo con los dedos la parte superior de mi Eagle.

—Sabes, en realidad no eres más que un cobarde.

El humo sale de sus fosas nasales.

—Tienes razón. *La tengo*. Y eso me aterra. He vivido toda mi vida admirando a mi padre. Él era eso, un dios para mí. Y él estaría disgustado por en quién me he convertido... Pero soy quien soy. —No respondo, no tengo ganas de luchar. Y aunque la traición sigue ahí, entiendo que viva a la sombra de su padre y quiera liberarse. No puedo envidiarle eso, por mucho que lo desee—. ¿Vas a matarme? — Me pregunta cuando me pongo de pie y agarro mi pistola.

—No —suspiro—. Pero no quiero volver a verte. Vivir con la

vergüenza de saber que nunca serás la mitad de hombre que fue tu padre es más doloroso que cualquier tortura que pueda ofrecerte. —Moviéndome alrededor de la mesa, me detengo frente a él—. Un día, Ezekiel, espero que encuentres tu paz.

—No merezco tu empatía —susurra, mirando su regazo. Trago saliva para evitar el nudo en la garganta.

—No... no la mereces. Pero te la doy de todos modos.

Enfundando de nuevo mi pistola, paso junto a él y me adentro en el bosque. A estas alturas, qué más da que vea por dónde voy.

38
EVELINE

He pasado tres horas preparando el espacio antes de enviar un mensaje de texto a mi hermana pidiéndole que se reúna conmigo aquí para “enseñarle el funcionamiento”, ya que ayer la dejé plantada. Voy a disfrutar viéndola morir. Tengo las piernas cruzadas y los ojos cerrados mientras me siento tranquilamente en el centro del pasillo, justo delante de la puerta del invernadero.

El pequeño repiqueteo de los pies que bajan por la escalera del armario oculto hace que mis oídos se agudicen y que la emoción me recorra la columna vertebral. Llevo *años* esperando este momento.

Abro los ojos y sonrío mientras la miro.

—Hola, Dorothy.

—¿Qué haces? —Mira a su alrededor—. ¿Dónde está papá?

—Ya vendrá —digo con calma, poniéndome de pie. Me dirijo hacia la puerta para pulsar mi huella dactilar en el escáner, pero Dorothy se me adelanta. El semáforo se pone en verde y todo se desbloquea. Se me arruga la frente y me doy cuenta de que Cody aún no ha podido hackear el sistema. No es que importe ya.

Entra en el invernadero, arrugando la nariz al ver todas las amapolas.

—Sabes, para ser flores hermosas, realmente no huelen tan bien, ¿verdad?

—Subjetivo, supongo. —Murmuro, mi falda negra se agita al pasar junto a ella—. Por aquí. —La conduzco por las dos hectáreas de flores, que florecen en sus diferentes etapas, y al laboratorio del fondo, encendiendo las luces y dirigiéndome a la mesa de metal en el centro de la habitación donde está mi equipo de química. Ya tengo todo preparado.

—Vaya, esto es... intenso —reflexiona mientras camina, con el globo ocular ampliado mientras mira fijamente a través de un vaso de precipitados.

—Sí —respondo, vertiendo agua en un pequeño cuenco de metal, así como un poco del opio crudo que he terminado de extraer recientemente.

—¿Qué estás haciendo? —Ella se inclina sobre la mesa para intentar ver mejor—. Deberías estar explicando las cosas, ¿no? Cómo se supone que voy a aprender si no.

Le sonrío.

—Sólo estoy preparando las cosas para poder enseñarte cómo funcionan.

—Ah, bien. —Ella levanta una ceja—. Estás siendo rara.

—Ya sabes —digo, tomando el recipiente y colocándolo sobre el mechero Bunsen, subiendo lentamente el calor—. Quiero pedirte disculpas, Dorothy. El otro día me pasé de la raya. No sé en qué estaba pensando. —Sus ojos se entrecierran. Me río, viendo cómo el opio se deshace en forma líquida—. Algo que dijiste aquella noche en el barco se me quedó grabado.

—¿De verdad? —Su tono es incrédulo.

—De verdad —repito, sacando el líquido del quemador y tomando la aguja que tengo a mi lado—. Dijiste que tal vez si me lanzaba tras los zapatos de Nessa, me llevarían a casa con ella. Y en ese momento, me sentí tentada, porque nada se ha sentido como un hogar para mí de la forma en que lo hizo Nessa.

—Nos hice un favor a todos. —Se burla—. Nessa era una perra.

Echo la cabeza hacia atrás y me río. Es aguda y tensa, e incluso para mis oídos, suena penetrante.

Los ojos de Dorothy se abren de par en par.

—Estás jodidamente loca.

—Sí. —Sonrío—. Eso es lo que dicen.

Retirando el émbolo, aspiro el opio líquido, luego sostengo la aguja a la luz y doy un golpe en el costado, deshaciéndome de las burbujas de aire.

—¿Quieres ver? —Le pregunto, tendiéndosela.

Ella se inclina.

—Hm. Fascinante.

—De todos modos —continúo—. Pensé en lo tonto que sería para mí hacer eso... dejarte ganar. Incluso si era el mayor deseo de mi corazón estar con Nessa.

Doy vueltas alrededor de la mesa, con la aguja a mi lado. Sus ojos se dirigen a ella y luego a mí y retrocede un paso.

—¿Así que la próxima vez que me anhele algo que amo? no saldré de mi propio patio. —Las puntas de mis zapatos presionan contra las puntas de los suyos—. Y me gustaría mucho, mucho, verte morir.

Le acerco la aguja y se la clavó en el cuello, clavando el émbolo para que el opio entre en su torrente sanguíneo. Sus ojos se fruncen, su boca cae en un grito mientras se agita. Levanto la mano, con el placer nadando por mis venas, mientras cierro el puño y lo giro hacia delante, dándole un puñetazo en la cara hasta que cae al suelo. El dolor se extiende por mis nudillos y sacudo la mano, agarrando su estúpida cola de caballo castaña, como he soñado hacerlo durante años, arrancándosela del cuero cabelludo mientras la arrastro hasta la mesa.

Llora y se agita, pero la tengo bien agarrada y me doy la vuelta, disfrutando de la forma en que la sangre le sale de la nariz y mancha su camiseta azul. Le doy una patada en el costado y luego presiono con mi tacón sobre ella, hundiendo todo mi peso hasta que el satisfactorio chasquido de la piel atraviesa mi zapato.

Vuelve a gritar y sus manos suben para clavarse en mi pierna, y yo me acerco rápidamente a ella y recojo las bridas que he colocado allí para esta ocasión. Cuando el opio empieza a correr por sus venas, se afloja.

—Eso es —le digo, pasando el dorso de mi mano por su cara y atando sus muñecas antes de pasar a sus tobillos—. Duerme un poco, dulce hermana. No te preocupes, no haré nada divertido hasta dentro de un par de horas.

—¿Qué son otro par de horas? —Murmura, con los ojos cada vez más nublados.

Yo sonrío.

—Eso es lo que te queda de vida.

Suspirando, me quito el cabello de la cara, dejando que la adrenalina me llene hasta que esté a punto de estallar. Esto ha tardado mucho en llegar.

Vuelvo a agarrarla por el cabello y tiro con fuerza, sintiendo cómo las raíces ceden mientras la arrastro fuera de la sala de atrás y a través de los pasillos hasta llegar al lugar donde he preparado el escenario para el espectáculo.

Dejo caer su cuerpo inerte mientras descanso mis brazos.

Es poético tenerla inconsciente y a punto de morir aquí, en mi campo de amapolas. Me duelen los pies, el sudor me resbala por la cara y la ropa se me pega a la piel, pero no me importa el esfuerzo.

He colocado un gancho especial en el extremo de una de las luces de halogenuros móviles y tiro de ella por debajo, gruñendo mientras levanto sus brazos y deslizo el gancho por debajo de su cremallera. Luego me acerco a donde controlo la altura y aprieto un botón, elevándola, *subiendo, subiendo.*

En la pared hay un barril de plástico negro de 50 galones que hago rodar bajo sus pies, y sonrío cuando gime y su cabeza se balancea de un lado a otro. Me dirijo a la pared más alejada, me pongo el equipo de protección en los brazos y me coloco la máscara en la cara, luego recojo las botellas de teflón llenas de ácido fluorhídrico y vuelvo al barril, tarareando para mí mientras lo lleno.

Cuando está hecho, me muevo a un lado, me quito el equipo y envío un mensaje de texto a mi padre, diciéndole que es una emergencia y que necesito su ayuda. Después, tomo mi Desert Eagle y me siento en el suelo, cruzando las piernas y cerrando los ojos con las palmas hacia arriba y abiertas.

Ahora esperamos.

Mi padre tarda treinta minutos en llegar. Lo sé porque los he contado todos. Oigo el pitido del sistema de seguridad, así que abro los párpados, saltando y dirigiéndome hacia el botón que controla la altura de la luz a la que está sujeta Dorothy. La puerta del invernadero se abre y sonrío, empapándome de la visión de mi padre mientras observa la escena.

—Hola, papá. Llegas tarde.

—Bug... —Sus ojos se dirigen a donde Dorothy está inconsciente, con sangre seca alrededor de las fosas nasales de donde le rompí la nariz, con la boca amordazada mientras cuelga sobre el barril de ácido—. ¿Qué demonios estás haciendo?

—Sólo atando algunos cabos sueltos. —Me rasco la sien con el cañón de mi Eagle—. Creo que he hecho mucho por ti a lo largo de los años, ¿no te parece? —Traga saliva y se acerca un paso, con las manos en la espalda. Apunto con mi arma—. Por favor, por una vez en tu vida, no seas estúpido. No me gustaría tener que matarte antes de que veas el espectáculo.

—Eveline —dice—. Hablemos de esto.

Dorothy gime detrás de nosotros y sus ojos vuelan hacia ella, los músculos de su mandíbula se tensan.

—Oh, ¡qué bien, se está despertando! —Sonrío—. Pon tu arma en el suelo y ve a sentarte en la silla que he preparado sólo para ti.

—*Evel*...

—¡Siéntate! —Grito, con mi dedo sacudiendo el botón. El cuerpo de Dorothy desciende hasta que sólo sus pies quedan sumergidos en el ácido. Hago una pausa, exhalando un suspiro para recomponerme—. En la silla, padre. No me gusta repetir.

Él hace lo que le pido, su mirada ardiente no se aparta de la mía. Los ojos de Dorothy parpadean mientras vuelve en sí. Cuando se despierta del todo, empieza a agitarse, la solución ácida salpicando su piel.

—Yo no haría eso si fuera tú —digo cantando—. Sólo faltan un par de minutos para que empieces a sentirlo. Sólo lo estás empeorando para ti. —Me giro hacia papá—. Como decía, siento que me he doblegado para acomodarte desde que saliste de la cárcel. He crecido para ti. He arreglado todos tus problemas. Matado a cualquiera que se interpusiera en nuestro camino. ¿Y qué recibo como agradecimiento?

—Bug —intenta de nuevo.

Vuelvo a presionar el dedo en el botón y Dorothy se deja caer, soltando un grito ahogado a través de la mordaza que tiene en la boca.

Riendo, frunzo la cara.

—Sí, ¿empezando a arder? Eso es ácido fluorhídrico para ti. ¿Quieres saber lo que hace mientras se derrite a través de tu piel? Tiene iones de flúor que migran por el cuerpo, destruyendo los tejidos hasta que se alojan en tus huesos.

Dorothy se agita más, lágrimas saliendo de sus ojos.

—Por supuesto, si me siento bien, tal vez te ahogue primero. —Inclino la cabeza—. ¿Crees que Nessa te dará la bienvenida a casa? —Vuelvo a apuntar a papá con la pistola—. ¿Alguna última palabra para ella, *papá*?

Los músculos de su mandíbula se tensan y sus fosas nasales se agitan, pero gira la cabeza hacia un lado, sin mirarla a la cara. Chasqueo la lengua.

—¿No? Deja que te pregunte esto. —Vuelvo a dejar caer a Dorothy hasta que está metida hasta la cintura, su cara tiene ahora el tono de un tomate maduro de lo mucho que grita—. ¿Sabías que ella mató a Nessa? —Se lame los labios y sacude la cabeza. Pero puedo decir por la mirada en su cara que lo sabía—. Nunca te importamos en absoluto, ¿verdad? Todos somos sólo medios para un fin. Bueno, felicidades, papá. Ahora estamos al final del camino.

Un ruido me distrae, y me giro hacia él, viendo a Zeke de pie en la puerta abierta del invernadero, con los ojos muy abiertos y la mandíbula desencajada mientras asimila la escena.

Genial.

Y entonces mi cuerpo sale despedido, mi pistola se estrella contra el botón mientras vuela de mi mano, dejando caer a Dorothy en el ácido por completo. Me rodean el cuello con las manos y me cortan el aire de inmediato, con mi padre tumbado encima de mí, con las venas de su garganta sobresaliendo a través de sus tatuajes.

Me agito y mis uñas se clavan en la piel de su brazo mientras intento liberarme. Pero es inútil. El tamaño de su cuerpo me pone en desventaja y no tengo suerte.

—Maldita perra estúpida. ¿Crees que tienes el poder? Nunca has tenido ningún poder real aquí.

Su saliva vuela sobre mi mejilla, y mis pulmones se agarrotan, los latidos de mi corazón son fuertes en mis oídos mientras mi cuerpo pide un respiro. Mi visión se nubla y muevo la cabeza hacia atrás, intentando por todos los medios zafarme de su estrangulamiento.

Apenas puedo distinguir a Zeke, inmóvil, observando. Sin hacer nada, como siempre.

Cobarde.

Mi cuerpo se debilita, mi mente se vuelve confusa y me rindo, dándome cuenta de que esto es todo. Mis últimos momentos los paso en una habitación llena de amapolas de la mano del hombre que tanto deseaba que me amara.

Suena un sonido agudo y un gran peso cae sobre mi pecho, el aire vuelve a entrar en mis pulmones a un ritmo alarmante cuando las manos de mi padre relajan su agarre.

Algo húmedo gotea por un lado de mi cuello, y el olor a sangre llega a mis fosas nasales, haciéndome desfallecer. De repente, su cuerpo se levanta y es arrojado a un lado.

Jadeo y mis manos vuelan hacia mi garganta, que está tan sensible que me estremezco al tocarla. Aspiro bocanadas de aire mientras miro la cara borrosa de Zeke, con una pistola a su lado. Me tiende una mano para ayudarme a levantarme y me rodea la cintura con el brazo para mantenerme firme.

—Gracias —susurro, con las cuerdas vocales en carne viva por el trauma.

Observo la habitación, el agujero de bala en el pecho de mi padre, sus ojos vacíos y abiertos hacia el techo, y luego el barril de ácido, con el cuerpo de Dorothy sumergido. Los dos están muertos. Ya está hecho. Sorprendentemente, todo lo que siento es entumecimiento.

—Vamos —dice Zeke—. Te ayudaré a limpiar.

39
EVELINE

No estoy segura de lo que Zeke hizo con los cuerpos de mi padre o de mi hermana, aunque no quedaba mucho de Dorothy después de que derritiera la piel de sus huesos.

Y cuando me desperté esta mañana y traté de encontrarlo, no estaba en ninguna parte, dejando una nota en la que me daba las gracias por ayudarlo a encontrar su valor. Pero yo no hice nada de eso. Estaba dentro de él todo el tiempo. Espero que algún día lo sepa. Estaré siempre en deuda con él por haberme salvado la vida cuando más lo necesitaba.

Nadie ha cuestionado la desaparición de mi padre, aún no, pero sé que es sólo cuestión de tiempo.

Apenas unas horas antes de que la gente empiece a buscar, sus hijos de puta de menor nivel vendrán a pagarle su cuota, y prefiero no estar cerca cuando la mierda golpee el ventilador. Suspirando, me muevo por el dormitorio de la casa de campo, sintiéndome extrañamente agridulce por dejar todo atrás. De todos los lugares de mi vida, este fue el único que realmente sentí como mío, y me entristece tener que dejarlo.

Pero es hora de seguir adelante y crear nuevos recuerdos en otro lugar.

Si tan sólo Cody atendiera su maldito teléfono. Me acerco el móvil a la oreja, intentándolo una vez más antes de presentarme en su casa sin ser invitada. La música resuena en la otra habitación y me quedo paralizada, dando vueltas mientras me esfuerzo por escuchar. Frunzo el ceño y sigo el ruido. La mano que sujeta el teléfono se afloja. Otro ruido, y una maldición amortiguada flota en el aire justo cuando doblo la esquina y entro en la sala de estar, con el corazón subiéndome a la garganta.

—Dios, ahí estás —exhalo un suspiro de alivio—. Llevo todo el día intentando llamarte.

Cody se gira para mirarme, con la puerta principal aún abierta detrás de él, y sonríe.

—Hola, nena.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Pregunto, mientras mis ojos recorren su traje y vuelven a su cabello revuelto y sus gafas—. ¿Y por qué estás tan arreglado?

—Pensé en pasar por aquí y ver dónde ocurre la magia. —Mueve las cejas, mirando a su alrededor—. Así que es aquí, ¿eh? La casa de campo en el bosque.

Hago una mueca.

—Uhh... sí. Supongo que sí. —Riendo, sacude la cabeza. Pone la mano en la cadera, los lados de su chaqueta gris se balancean hacia atrás, y yo aspiro al notar la pistola enganchada a su cinturón.

—¿Desde cuándo tienes una pistola?

—Desde que me puse celoso de la tuya. —Sonríe—. ¿Dónde está la tuya? Quizá podamos comparar.

Echo un vistazo a la mesa de delante, junto a la puerta, donde está mi Desert Eagle, antes de volver a mirarlo. Ni siquiera se me pasó por la cabeza tomarla cuando llegué al frente. Pero se comporta de forma extraña, se viste de forma diferente y me hace sentir que ha sido una cosa muy estúpida por mi parte.

Sonríe, esa sonrisa bobalicona que siempre me dedica, solo que esta vez no parece tan genuina como en el pasado.

—He estado preocupado por ti —dice, acercándose y abrazándome. Me tenso ante el contacto, con los brazos rectos como flechas a los lados. Se aparta un poco y sus manos me agarran por los hombros—. Me importas de verdad. Quiero que lo sepas.

La confusión me recorre y ladeo la cabeza, moviéndome en su agarre.

—Cody, ¿qué demonios está pasando? —Su agarre se hace más fuerte, una de sus palmas se retira por un breve segundo mientras se lleva la mano a la espalda. Mi mente sigue jugando a ponerse al día, tratando de entender qué demonios está pasando.

Un chasquido.

Algo frío me aprieta la muñeca.

—Tienes derecho a guardar silencio —susurra.

Dios mío.

Me zafo de su agarre, pero no soy lo suficientemente rápida, y vuelve a atraparme, tirándome al suelo y poniéndome a horcajadas en la espalda, agarrando mi otra mano y esposándola.

—Cálmate —gruñe.

—¿Eres un jodido policía? —Mi respiración es rápida, y mi mejilla se aplasta contra el suelo de madera, con el dolor balando en mi cabeza.

En todo este tiempo, sólo he estado sola. Se quita de encima tan pronto como me ha esposado, y me doy la vuelta, gimiendo por la incomodidad. Se inclina, encogiéndose mientras me ayuda a sentarme, con la espalda apoyada en el viejo sofá de terciopelo.

—¿Estabas trabajando con Bray-Nick? —Se me revuelve el corazón al oír el nombre. Sacude la cabeza y se pasa una mano por el cabello para arreglar los mechones rebeldes.

—Por favor. Ese pedazo de mierda se metió en mi territorio como si pudiera meterte la polla y robarme el caso. Este es mi caso, y no voy a trabajar con un puto de la DEA.

—Vaya. Dos encubridores distintos. No tenía ni idea de que fuera tan popular. —Apoyando la cabeza contra el sofá, acepto mi destino como lo que es. Pero qué injusto es que, después de todo este tiempo, acabe recibiendo lo peor y haya salvado a mi familia del mismo destino. La muerte fue demasiado buena para ambos—. ¿Dónde están tus refuerzos? —Intento ver detrás de él, fuera de la puerta, pero está demasiado cerca de mí y es difícil moverse para mirar a su alrededor.

—He venido primero por cortesía —dice, como si eso supusiera alguna diferencia—. No tardarán en llegar.

—Todo este tiempo, ¿eh? —Pregunto, todavía sin querer creer que después de todo «después de todos estos años» fuera sólo una mentira.

—Me eligieron específicamente por nuestra conexión en el instituto.

La comprensión se hunde, aguda y profunda, serrando los trozos magullados y maltrechos de mi alma.

—Te mudaste por mí.

—Lo admito, estaba empezando a perder la fe. —Se ríe—. Eres increíblemente cautelosa, ¿sabes eso de ti misma?

—Parece que tenía derecho a serlo —digo.

—Es justo. —Frunce los labios—. Sinceramente, estaban a punto de alejarmr. Pero entonces... me hiciste un regalo.

La incredulidad llueve sobre mí como el granizo.

—Te hablé del invernadero.

—¿Crees que me darán la medalla al mérito? —Sus ojos se desenfocan como si lo estuviera imaginando en ese momento—. No te lo tomes como algo personal, nena. También tenemos cosas de los Cantanelli gracias a la grabación que nos sugeriste que hiciéramos del alcalde.

La unidad USB. Había olvidado que existía.

—Todo este tiempo, pensé que eras un tipo misterioso, que vivía detrás de una cortina y que hacía trucos extravagantes con sus ordenadores.

Se encoge de hombros.

—Soy un hombre de muchos talentos.

—Eres un verdadero pedazo de mierda.

—Vamos, no hay ninguna ne...

Hay un golpe, y entonces sus ojos se abren de par en par, la sangre salpicando desde el agujero que acaba de aparecer en medio de su cabeza. Gotea por su cara, y su cuerpo cae, con un fuerte golpe al caer al suelo. Nicholas está de pie detrás de él, con mi pistola a su lado, y sus ojos son como el fuego que me atraviesa. Me quedo con la boca abierta y lo miró fijamente, completamente atónita.

Mi corazón galopa.

—¿Qué...?

—Silencio —me exige, cerrando la puerta tras de sí y adelantándose para inclinarse sobre el cadáver de Cody, con las manos revisando sus bolsillos hasta encontrar un pequeño juego de

llaves.

Cierro la boca porque, bueno, en realidad no estoy en condiciones de hacer nada más que lo que él pide ahora mismo.

—¿Hay otra forma de salir de aquí? —Pregunta. Mis cejas se fruncen, mis ojos van de un lado a otro de Cody y la sangre que se acumula alrededor de su cuerpo, y luego vuelven a Nick.

Una y otra vez.

¿Así es como se siente el shock?

—Eveline. —Su voz es aguda—. ¿Hay otra manera de que te vayas? —Trago saliendo de mi aturdimiento, mi pecho se agita al darme cuenta de lo que acaba de hacer.

—Sí, hay un túnel subterráneo que tiene una salida trasera.

Cuando se arrodilla a mi lado, su aroma a canela y pino fluye a través de mí, haciendo que mi pecho se contraiga tanto que apenas puedo respirar.

—Tienes que irte. —Me quita las esposas y levanto las manos, frotándome las muñecas.

Agarrando mi cara, la gira hacia él, con sus manos tan firmes como siempre, sus pulgares rozando mis mejillas. Sus ojos son oscuros y preocupados y tan jodidamente perfectos, y me molesta que incluso ahora me distraiga con todo lo que es.

—Escúchame —se apresura a decir—. Tienes que irte.

—Pero yo... —Pega su boca a la mía y no puedo evitar devolverle el beso, porque a pesar de todo lo que ha hecho, y de todo lo que no es, lo sigo amando, por mucho que haya intentado detenerlo.

—Te amo —dice. Un sollozo se abre paso por mi cuerpo y se queda atascado en la parte posterior de mi lengua—. No sabía que podía amar hasta ti. Y no eres perfecta, ¿bien? Me haces enfadar y haces cosas que nunca pensé que me parecerían bien, y eres muy temperamental. En realidad, eres lo más alejado de la perfección que he visto. Pero Eveline... eres perfecta para mí. —Mi corazón se retuerce, con pequeños trozos que se recomponen en las costuras. Me besa una vez más—. En unos cinco minutos, este lugar va a ser un enjambre de federales, y están aquí por ti. ¿Entiendes lo que digo?

Asiento con la cabeza, con el estómago revuelto y la sangre corriendo por mis venas. Él me agarra con fuerza la cara.

—Escúchame. No voy a pedirte perdón. —Mira hacia la puerta antes de volver a clavar sus ojos frenéticos en mí—. No quiero que me perdones ahora mismo. Sólo quiero saber que estás ahí fuera y que hay una oportunidad. Que un día, tal vez nos encontremos de nuevo, y me acerque a ti y te diga que soy Nicholas Tennyson Woodsworth, que mi color favorito es el azul, que odiaba el colegio y que estoy tan jodidamente enamorado de ti que no puedo imaginarme vivir en un mundo que no te tenga a ti.

Tengo hipo y mis manos se enredan en sus muñecas.

—Si no huyes, ahora mismo, no tendré esa oportunidad. —Sus ojos van y vienen entre los míos—. Por favor, déjame tenerlo, niña bonita. Vete.

Hay un momento en el que considero quedarme. Miro a Cody, tirado en el suelo, y me pregunto cómo lo explicará Nicholas. Si será capaz de hacerlo.

—Estaré bien —me insta. Me agarra, presiona sus labios contra los míos una vez más y luego me empuja. Me levanto de un salto, me doy la vuelta y corro.

40
NICHOLAS

Llegué a tiempo.

Sinceramente, no estaba seguro de si lo haría. No había renunciado todavía, queriendo mantener los ojos y los oídos abiertos, y gracias a Dios que lo hice, teniendo en cuenta que hacía sólo tres horas que había recibido el informe de que el agente Baum se estaba moviendo.

Cuando me enteré, hubo un momento de claridad, como mirar las aguas cristalinas por primera vez en mi vida. No quedaba ninguna duda, todo lo que he estado luchando se disipó en el aire como si nunca hubiera existido en primer lugar. Todo lo que sabía era que no podía dejarla caer. Y tal vez eso me hace estúpido, tal vez me hace débil. Tal vez me ha manipulado para convertirme en algo que nunca quise ser. Sea cual sea el caso, no me importa. Porque ella me ha cambiado fundamentalmente. Irrevocablemente. Y no hay vuelta atrás.

No amo a Eveline a pesar de sus defectos. La amo a *causa* de ellos.

El alivio me invade cuando desaparece en la parte trasera de la casa y cierro los ojos, rezando por primera vez en años para que salga bien. Luego, salgo por la puerta principal y espero. Los neumáticos crujen sobre la nieve recién caída, los sedanes negros se abren paso entre los árboles, listos para llevarse a la chica que amo. Para llevársela para siempre. Y para decirlo simplemente, no puedo vivir con eso. Una docena de agentes trajeados saltan de sus autos, con el departamento de policía local rodeándolos como refuerzo. Se agachan detrás de las puertas abiertas y me apuntan con sus armas.

—¡Tira el arma! —Levanto las manos y salgo al desvencijado porche de madera, dejando caer la pistola al suelo.

—Soy el agente Nicholas Woodsworth —digo—. He estado trabajando en este caso.

Un hombre de cabello oscuro y ojos acerados sale de detrás de la puerta, avanzando sin quitarme el objetivo del pecho.

—¿Dónde está el agente Baum?

—Muerto.

—¿Y el sospechoso?

—Desaparecido. —Mi corazón estalla contra mi pecho—. Voy a buscar en mi bolsillo y mostrarle mi placa, ¿de acuerdo?

El hombre levanta su arma más alto.

—Mantén las manos donde pueda verlas.

—Bien, puedes venir a comprobarlo. He venido a ofrecer apoyo, pero estaba... —Sacudo la cabeza, frunciendo el ceño—. Llegué demasiado tarde.

Le hago un gesto con la cabeza hacia el bolsillo de mi chaqueta y él mete la mano en él, tomando mi placa y abriéndola de un tirón, antes de mirarme. Finalmente, baja el brazo y avisa a los demás para que hagan lo mismo.

—Agente Woodsworth, lo siento. —Se encoge de hombros.

—Protocolo. —Sonrío—. Lo entiendo.

El resto de la noche es un borrón.

Me traen para hacer una declaración y veo cómo cargan al primer hombre que he matado en una camilla, colocan su cuerpo ensangrentado en una bolsa y lo sacan.

No siento arrepentimiento, ni me siento mal por lo que tuve que hacer. Sólo me siento satisfecho al saber que he mantenido a salvo a la mujer que amo.

A la mañana siguiente, entro en mi división, pasando por alto mi escritorio y entrando directamente en el despacho de Cap, colocando mi arma y mi placa sobre su escritorio.

Él levanta una ceja.

—¿Qué es eso?

—Esto es la entrega de mi placa. —Me encojo de hombros—. Ya he terminado, Cap.

Respira hondo y se pasa la lengua por los dientes.

—¿Qué diablos quieres decir con que has terminado?

—Quiero decir sólo eso. He terminado. Estoy fuera. Renuncio. —Cada vez que lo digo, mis hombros se sienten más ligeros.

—Es una gran decisión —dice—. ¿Estás seguro de que es la correcta?

Me quedo con su pregunta durante un minuto y luego miro el papel que hay encima de su escritorio, una foto de Eveline con las palabras **SE BUSCA** estampada debajo en letras gruesas. Me reafirmo y asiento con la cabeza.

—Esta vida no es mi sueño. Ya no.

Entrecierra los ojos.

—¿Necesitas hablar con alguien sobre lo que pasó con el agente Baum? Tenemos recursos, ¿sabes?

Sacudo la cabeza.

—Estoy bien, pero gracias. Te lo agradezco.

—De acuerdo. —Exhala un suspiro y camina alrededor de su escritorio, acercándose a mí y poniendo su mano en mi hombro—. Probablemente debería intentar convencerte de que te quedes.

Sonriendo, una sensación de tristeza me golpea en el pecho. Después de todo, ser agente es todo lo que he conocido. Durante la mayor parte de mi vida, es todo lo que he querido. Pero entonces aparece en mi mente el rostro de Eveline, y *no hay nada* que desee más que ella.

—No desperdicies tu aliento, Cap. —Sus cejas se arrugan.

—No soy un maldito capitán. —Me río y lo abrazo.

Se pone rígido, me da una palmada en la espalda y me aparta.

—Siempre serás el capitán en mi corazón.

El primer mes sin ella estuvo lleno de ansiedad. Ella estaba en todas las noticias. El cerebro detrás de Farrell Westerly. Considerada

armada y extremadamente peligrosa. El agente Cody Baum fue premiado con la medalla al mérito a título póstumo, y el Cap me llamó tres veces para intentar que volviera al campo. Resulta que no me odia tanto después de todo.

Llegó el segundo mes y la cobertura empezó a remitir. Ya era una noticia vieja, y no habían tenido suerte para encontrarla. Además, los Cantanelli estaban siendo acusados de varios cargos, gracias a los cables que llevaba el alcalde Norman cuando hacía tratos sucios, y siempre eran el pez más grande del estanque.

Al tercer mes, estaba inquieto. Me dediqué a la carpintería y descubrí que tenía bastante habilidad para crear muebles a medida. Incluso monté un pequeño negocio para intentar pasar el tiempo, pero nada impedía que mi alma se resintiera, clamando por su otra mitad.

En el cuarto mes, me planteé llamar a Seth para ver si podía localizarla. Pero nunca lo hice. Ya lo he puesto en suficientes situaciones que ponen en riesgo su carrera. Puede que sea un hombre egoísta, pero ya no soy un amigo egoísta. Así que contraté a un detective privado, uno que se mueve en los límites de la ley lo suficiente como para no preocuparme de que entregue la información que reúna a nadie más que a mí. Y al principio, mi esperanza se renovó. Pero los meses se alargaron.

Entonces, un día, doce meses y diecisiete días después de que matara al agente Cody Baum y ayudara a Eveline a escapar, sonó mi teléfono.

La había encontrado, viviendo en un pequeño pueblo de la costa de Irlanda. Exactamente como siempre había soñado.

Han pasado tres días desde que me enteré de la noticia, y todavía no he hecho nada al respecto. Rose suspira y se acerca para sentarse a mi lado en el sofá del salón.

—Deberías ir a verla.

Tragando el nudo en la garganta, niego con la cabeza.

—Ella está bien sin mí.

—Bueno, estoy harta de ti —se ríe—. Y aunque aprecio la forma en que has estado llenando nuestro lugar con hermosos muebles, si me das otra mesa auxiliar, encenderé un maldito fuego sólo para hacer algo de espacio.

—No quiero dejarte, chica.

Sonríe y me da un codazo en el hombro.

—Siempre he querido visitar Irlanda.

Eso es todo lo que se necesita.

A la mañana siguiente estoy en un vuelo, con una dirección garabateada en un papel y nada más que nervios y esperanza explotando en mi pecho. El viaje dura ocho horas y estoy al borde de mi asiento todo el tiempo, preguntándome qué le diré cuando la vea, si es que quiere verme.

El tiempo se mueve más lentamente cuando estás ansioso por empezar el resto de tu vida, pero finalmente se mueve. Salgo del taxi y contemplo el pequeño alojamiento y comedor de Doolin Village.

El pueblo en sí es pintoresco, con edificios de colores que bordean un hermoso paisaje de colinas verdes y un mar centelleante. Pero no estoy mirando nada de eso. No cuando Eveline está delante de mí. Sale por la puerta principal y se dirige a la calle, con un cuaderno en la mano y una falda negra vaporosa que le rodea las rodillas.

Tiene el mismo aspecto, pero totalmente diferente. Ya no tiene el cabello negro, las ondas castañas naturales le llegan hasta la mitad de la espalda, y las pecas que tiene repartidas por la cara son visibles incluso desde donde estoy yo, al otro lado de la calle.

El corazón se me para en el pecho y mi mano sube a posarse sobre él. Me deja sin aliento. La sigo. Caminamos durante lo que parecen horas, pero no me importa la vista, empapándome de su forma de *existir*.

Finalmente, el camino se estrecha y la vista cambia, pasando de la tierra ondulada a los acantilados afilados que caen al mar. Las olas chocan contra las rocas y ella se detiene en una pequeña zona en la que no hay nadie más, mirando el océano, con el viento haciendo que su cabello vuele en diferentes direcciones detrás de ella.

Un trueno retumba bajo y profundo en la distancia, y yo miro más allá de donde estamos, observando las nubes grises que se acercan, con láminas de lluvia visibles al chocar con la tierra. Ella se sienta, cruza las piernas y abre su cuaderno, y yo me alejo y la observo como un auténtico *bicho* raro. Garabatea y luego rasca y se lleva el bolígrafo a los labios, con la cabeza inclinada en señal de

reflexión.

Finalmente, hago mi jugada.

—Te estás esforzando demasiado —me acerco un paso, con el corazón golpeando mi pecho. Su cuerpo se congela y se gira, con la boca abierta mientras me mira fijamente.

—¿Perdón? —dice—. ¿Quién dice que lo estoy intentando?

Se pone de pie, con la mirada feroz y los labios bajos, y por un momento se me para el pecho, pensando que tal vez le molesta que esté aquí. Que tal vez no me ha perdonado, y tal vez nunca lo hará.

Pero entonces una sonrisa se extiende por su cara. Una de verdad, del tipo que muestra todos sus dientes y hace que sus ojos se arruguen en las esquinas. Mi corazón salta y tartamudea y luego empieza a latir con un ritmo constante. Y con esa única sonrisa, sé que he llegado a casa.

Epílogo
EVELINE

Está aquí.

Han pasado doce meses, casi al día, y había perdido la esperanza de que me encontrara. Me alegro de que no lo haya hecho hasta ahora. Necesitaba tiempo para respirar, para aprender a ser yo sin el peso añadido de las expectativas. Y necesitaba tiempo para perdonarlo. Así que vine a Irlanda, y me enamoré, sabiendo que nunca me iría.

No es que pudiera de todos modos, teniendo en cuenta que soy una fugitiva. Nicholas está de pie a unos pasos y avanza, sin detenerse hasta que está directamente frente a mí. Respiro profundamente, la canela y el pino recorren mis sentidos y hacen que mi pecho dé un vuelco. Me duele de tanto extrañarlo.

—Hola —dice.

—Hola.

Extiende la mano.

—Soy Nicholas Tennyson Woodsworth. —Se me quiebra la garganta y pongo la palma de la mano en la suya. Se me pone la piel de gallina al contacto y miro hacia abajo, donde nos tocamos—. Un nombre un poco largo. —Se ríe—. ¿Me vas a decir el tuyo?

Sacudiendo la cabeza, lo miro.

—¿Cómo sé que no eres un acosador?

—Oh, niña bonita. —Se acerca, pasa sus dedos por mi cabello y me atrae hacia él. Me acerco de buena gana, hundiéndome en su abrazo—. Seré lo que tú quieras que sea.

Aprieto la cabeza contra la palma de su mano y me inclino ligeramente para meter la mano bajo la falda y tomar mi flamante pistola. No es de oro rosa y no tiene recuerdos, pero sigue cumpliendo su función. La arrastro por su torso y la coloco bajo su barbilla.

—Dame tus palabras, Nicholas. Y tal vez te deje quedarte.

Sus ojos se encienden.

—No sabes con qué anhelo te miro. Tú debes ser lo que yo buscaba, y me complementas. —Agacha la cabeza y pasa sus labios por mi mejilla—. En algún lugar seguramente he vivido una vida de alegría contigo, Todo se recuerda mientras revoloteamos uno al lado del otro, fluidos, afectuosos, castos, maduros.

Su nariz se frota contra la mía, y mi estómago se revuelve y vuela.

—Creciste conmigo, fuiste niño conmigo o niña conmigo, comí contigo y dormí contigo, tu cuerpo se ha convertido no sólo en el tuyo ni ha dejado de ser sólo mío.

Sus dedos se mueven, recorriendo mi frente, mi nariz, mis mejillas. Cierro los ojos, el sonido del océano es casi tan fuerte como el latido de mi corazón desde donde late en mi pecho.

—Me das el placer de tus ojos, de tu cara, de tu carne, mientras pasamos, tomas de mi barba, de mi pecho, de mis manos, a cambio. No debo hablarte. Debo pensar en ti cuando me siento solo o me despierto solo por la noche.

Rodea la mía con su mano, bajando la pistola hasta que está a mi lado en lugar de debajo de su barbilla.

—He de esperar, no dudo de que he de volver a encontrarte. —Su aliento roza mis labios—. Me encargaré de no perderte.

Miro detrás de él y veo la tormenta que se avecina y un tenue arco iris que asoma por sus bordes y se sumerge en el agua.

—Ya sabes, por no creer en el romance...

—Estoy jodidamente enamorado de ti, Eveline Westerly —me corta.

Sonrío y me pongo de puntillas para darle un beso en los labios.

—¿Todos los pedazos miserables? —Me aparta el cabello de la cara.

—Todos y cada uno.

Pequeños hechizos de amor

Ode on Melancholy por John Keats
My Life had stood - a Loaded Gun por Emily Dickinson
Sonnet 151 por Shakespeare
Bright Star por John Keats
To a Stranger por Walt Whitman

Agradecimientos

A mi esposo, Mike: Gracias por todo lo que haces. Te amo.

A mi mejor amigo, Sav R. Miller: Brindemos por los smokies. te amo y no querría hacer esto sin ti.

A mi equipo: Nicki, Ellie, Rosa y Cat. Son las mejores y mantienen mi vida en orden. Gracias.

Para McIncult: Gracias por ser mis mayores seguidores y amar las palabras que escribo. Todo esto es posible gracias a ustedes.

A todos mis lectores, nuevos y los OG. gracias por arriesgarte y elegir mis libros.

Y por último, pero no menos importante, a mi hija, Melody. Ahora eres, y siempre serás, la razón de todo.

Sobre la Autora

Emily McIntire es una de las 20 autoras más vendidas de Amazon de un romance doloroso, desordenado, y hermosos romances. No le gusta encasillarse en un subgénero, pero en el centro de todas sus historias está el amor profundo del alma.

Como compositora y ávida lectora, Emily siempre ha sentido pasión por la palabra escrita, y cuando no está escribiendo, puedes encontrarla esperando su carta perdida de Hogwarts, persiguiendo a su niño loco, o perdida entre las páginas de un buen libro. de un buen libro.

Este libro llega a ti gracias a:

TCOD

TCOD

Notas

[←1]

Valedictorian: Estudiante, que generalmente tiene los logros académicos más altos de la clase, que realiza el discurso de despedida en una ceremonia de graduación.

[←2]

Clinger: Un chico o una chica que constantemente anda con la persona que le gusta, y aunque la otra persona tiene una pareja, o no muestra interés.